

**Las aventuras del capitán
Hatteras**

Julio Verne

CAPÍTULO PRIMERO

EL INVENTARIO DEL DOCTOR

Era un audaz designio el que había concebido el capitán Hatteras de elevarse hasta el Norte y de reservar a Inglaterra, su patria, la gloria de descubrir el Polo boreal del mundo. Aquel valiente marino acababa de hacer cuanto era posible dentro de los límites de las facultades humanas. Después de haber luchado por espacio de nueve meses contra las corrientes y contra las tempestades, después de haber quebrantado montañas de hielo y destrozado bancos, después de haber luchado contra los fríos de un invierno sin precedentes en las regiones hiperbóreas, después de haber resumido en su expedición los trabajos de sus predecesores y comprobado y rehecho, si así puede decirse, la

historia de los descubrimientos polares, después de haber conducido su bergantín, el *Forward*, más allá de los mares conocidos, en fin, después de haber cumplido la mitad de la misión que se había impuesto, veía sus grandes propósitos súbitamente trastocados. La traición o, por mejor decir, el desaliento de su tripulación, abatida por las durezas de las pruebas y la criminal locura de algunos excitadores, le dejaban en una espantosa situación: de dieciocho hombres que se embarcaron en el bergantín, no quedaban más que cuatro, abandonados sin recursos y sin buque a más de 2.500 millas de su país.

La explosión del *Forward*, que acababa de volar delante de ellos, les arrebatava los últimos medios de existencia.

Sin embargo, el valor de Hatteras no disminuyó en presencia de aquella catástrofe. Los compañeros que le quedaban eran los mejores de su tripulación, eran verdaderos héroes. Había hecho un llamamiento a la energía y a la

ciencia del doctor Clawbonny, al celo y adhesión de Johnson y de Bell y a su misma fe en su propia empresa, atreviéndose a hablar de esperanzas en aquella situación desesperada. Sus intrépidos camaradas no fueron sordos a sus insinuaciones, y tenían un pasado de hombres resueltos que respondía de su denuedo futuro.

El doctor, después de las enérgicas palabras del capitán, quiso darse exacta cuenta de la situación, y dejando a sus compañeros parados a quinientos pasos del desmenuzado buque, se dirigió hacia el teatro de la catástrofe.

Del *Forward*, de aquel buque construido con tanto esmero, de aquel bergantín tan querido, no quedaba ya nada. Témpanos removidos, restos informes, ennegrecidos, calcinados, barras de hierro retorcidas, pedazos de cable que ardían aún como mechas de artillería, y a lo lejos, algunas espirales de humo arrastrándose sobre el campo de hielo, atestiguaban la violencia de la explosión. El cañón del alcázar o casti-

llo de proa, echado a la distancia de algunas toesas, estaba tendido a lo largo sobre un témpano como sobre una cureña. El piso estaba sembrado de fragmentos de todo género en un radio de cien toesas: la quilla del bergantín yacía sobre un montón de hielo, y los *icebergs*, derretidos en parte por el calor del incendio, habían ya recobrado su dureza de granito.

El doctor pensó entonces en su gabinete devastado, en sus colecciones perdidas, en sus instrumentos hechos pedazos, en sus libros quemados, reducidos a cenizas. ¡Tantas riquezas, irremplazables en su mayor parte, destruidas! Contemplaba con los ojos húmedos aquel inmenso desastre, pensando, no ya en el porvenir, sino en la irreparable desgracia que tan directamente le afectaba.

Muy pronto acudió Johnson a su lado. El semblante del viejo marino llevaba impresas las huellas de sus últimos padecimientos. Sin duda había tenido que luchar contra sus compañeros

rebeldes para defender el buque confiado a su cuidado.

El doctor le tendió una mano que el contramaestre apretó tristemente.

–¿Qué va a ser de nosotros, amigo mío? – dijo el doctor.

–¿Quién es capaz de adivinarlo? – respondió Johnson.

–¡Sobre todo –repuso el doctor–, no nos entreguemos a la desesperación, y seamos hombres!

–Sí, señor Clawbonny –respondió el viejo marino–, tenéis razón; en el mundo de los grandes desastres deben tomarse las grandes resoluciones; nos hallamos en un atolladero; pensemos en salir de él a fuerza de perseverancia.

–¡Pobre buque! –dijo suspirando el doctor–. Yo le había tomado cariño, le amaba como se ama el hogar doméstico, como la casa en que se ha pasado toda la vida, y no queda de él un pedazo del cual se sepa lo que ha sido.

–¡Quién diría, señor Clawbonny, que este conjunto de vigas y de tablas había echado raíces en nuestro corazón!

–¿Y la lancha? –preguntó el doctor, buscándola en torno suyo con ávidas miradas–. ¿No se ha podido librar tampoco de la destrucción?

–Sí, señor Clawbonny. Shandon y los demás que nos han abandonado la llevaron consigo.

–¿Y el bote?

–¡Hecho trizas! Mirad todo lo que de él queda, unos cuantos pedazos de hojalata todavía calientes.

–¿No tenemos, pues, más que el *halkett-boat*?⁽¹⁾.

–Sí, gracias a la buena idea que tuvisteis de llevárosla en vuestra excursión.

–Poca cosa es –dijo el doctor.

¹ Canoa de caucho, hecha a manera de vestido, y que se hincha a voluntad.

–¡Miserables traidores que han huido! – exclamó Johnson–. ¡Así el cielo les dé su merecido!

–Johnson –respondió apaciblemente el doctor–, no olvidemos que el dolor les ha sometido a pruebas muy duras. ¡Sólo los mejores saben permanecer buenos en la desgracia que hace sucumbir a los débiles! ¡Compadezcamos a nuestros compañeros de infortunio y no les maldigamos!

Después de estas palabras, el doctor guardó algunos instantes de silencio, y paseó por los alrededores una mirada inquieta.

–¿Qué se ha hecho del trineo? –preguntó Johnson.

–A una milla de aquí le hemos dejado.

–¿Bajo la custodia de Simpson?

–¡No, mi buen amigo Johnson! El pobre Simpson ha sucumbido a la fatiga.

–¿Muerto? –exclamó el contramaestre, sorprendido.

–¡Muerto! –respondió el doctor.

–¡Bienaventurado! –dijo Johnson–. ¡Y quién sabe, sin embargo, si no debiéramos nosotros envidiar su suerte!

–Pero si hemos dejado un muerto –repuso el doctor–, traemos, en cambio, un moribundo.

–¿Un moribundo?

–Sí, el capitán Altamont.

El doctor refirió en pocas palabras al contra maestre la historia del encuentro.

–¡Un americano! –dijo Johnson reflexionando. –Sí, todo nos induce a creer que Altamont es un ciudadano de la Unión. Pero ¿qué buque es ese *Porpoise*, que evidentemente ha naufragado? ¿Qué venía a buscar a estas regiones?

–Venía a perecer –respondió Johnson–, a arrastrar a la muerte a su tripulación, como a todos aquellos a quienes su audacia conduce bajo cielos semejantes. Pero al menos, señor Clawbonny, habréis alcanzado el objeto de vuestra excursión.

–¡El criadero de carbón! –respondió el doctor.

–Sí –dijo Johnson.

El doctor movió tristemente la cabeza.

–¡Nada! –dijo el viejo marino.

–¡Nada! ¡Los víveres nos han faltado, y nos ha rendido la fatiga! ¡Ni siquiera hemos ganado la costa indicada por Edward Belcher!

–Así, pues –repuso el viejo marino–, ¿no hay nada de combustible?

–¡No!

–¿Ni víveres?

–¡Tampoco!

–¡Ni hay buque para volver a Inglaterra!

El doctor y Johnson callaron. No había valor bastante para mirar frente a frente una situación tan terrible.

–¡En fin –repuso el contraamaestre–, nuestra situación al menos es franca! ¡Sabemos a qué atenernos! Pero vamos a lo más preciso; la temperatura es glacial; es menester construir una casa de nieve.

–Sí –respondió el doctor–, con el auxilio de Bell será cosa fácil; después iremos a buscar el trineo; nos traeremos al americano, y hablaremos de todo con Hatteras.

–¡Pobre capitán! –dijo Johnson, que hallaba medios de olvidarse de sí mismo–. ¡Cuánto debe de sufrir!

El doctor y el contraamaestre volvieron a donde estaban sus compañeros.

Hatteras permanecía en pie, inmóvil, con los brazos cruzados, según su actitud habitual, mudo y mirando fijamente el espacio. Su semblante había recobrado su firmeza acostumbrada. ¿En qué pensaba aquel hombre extraordinario? ¿Se preocupaba de su situación desesperada o de sus proyectos frustrados? ¿Pensaba retroceder, viendo que todo, hombres y elementos, conspiraba contra su tentativa?

Nadie hubiera podido conocer su pensamiento, que no se traslucía exteriormente.

Su fiel *Duck* estaba junto a él, desafiando a su modo una temperatura que había descendido a 32° bajo cero (−36° centígrados).

Bell, tendido sobre el hielo, no hacía ningún movimiento, parecía un ser inanimado; su insensibilidad podía costarle la vida, y corría el riesgo de quedar enteramente helado.

Johnson le sacudió vigorosamente, le frotó con nieve, y, no sin trabajo, consiguió sacarle de su estado de embotamiento.

–¡Ea, Bell, valor! –le dijo–. No te dejes abatir, levántate; vamos a hablar juntos de la situación, y necesitamos un abrigo. ¿Has olvidado tal vez cómo se hace una casa de nieve? ¡Ven a ayudarme, Bell! ¡He aquí un *iceberg* que está pidiendo que lo ahuequen! ¡Trabajemos! El trabajo nos dará lo que aquí no debe faltarnos: valor y corazón.

Bell, algo alentado por estas palabras, se dejó dirigir por el viejo marino.

–Entretanto –repuso éste–, el señor Clawbonny se tomará la molestia de ir a buscar el trineo, y volverá con él y con los perros.

–Estoy pronto a partir –respondió el doctor–, y dentro de una hora estaré aquí de vuelta.

–¿Le acompañáis vos, capitán? –añadió Johnson dirigiéndose a Hatteras.

Éste, aunque abismado en sus reflexiones, había oído la pregunta del contramaestre, pues le respondió con voz dulce:

–No, amigo mío, si el doctor se quiere tomar la molestia de ir solo... Es preciso que antes que concluya el día se tome una resolución definitiva, y tengo necesidad de estar solo para reflexionar. Id. Haced lo que juzguéis conveniente para salir del paso en estos momentos. Yo pienso en el porvenir.

Johnson volvió hacia donde estaba el doctor.

–Es singular –le dijo–, el capitán parece que ha olvidado toda su cólera; nunca su voz me había parecido tan afable.

–Eso significa que ha recobrado su sangre fría –contestó el doctor–. Creedme, Johnson; es muy capaz de salvarnos a todos.

Dichas estas palabras, el doctor se encapuzó lo mejor que pudo, y, apoyándose en un palo con punta de hierro, emprendió el camino en dirección al lugar donde había dejado el trineo, en medio de una bruma que la luna volvía casi luminosa.

Johnson y Bell empezaron inmediatamente su obra. El viejo marino excitaba con sus palabras al carpintero, que trabajaba en silencio; no había nada que construir, sino que ahuecar un gran témpano; el hielo, muy duro, volvía muy penoso el uso del cuchillo, pero en cambio su dureza aseguraba la solidez del albergue, y muy pronto Johnson y Bell pudieron trabajar a cubierto en su cavidad, echando fuera lo que quitaban de la masa compacta.

Hatteras andaba de cuando en cuando algunos pasos, y se detenía de pronto. Evidentemente, no quería llegar al sitio en que había sido destruido su desgraciado bergantín.

El doctor, tal como lo había prometido, estuvo pronto de vuelta. Traía a Altamont tendido sobre el trineo y envuelto en los pliegues de la tienda. Los perros groenlandeses, flacos, extenuados, hambrientos, podían apenas tirar y roían sus correas. Tiempo era ya de que todos, hombres y animales, tomasen algún alimento y se permitiesen algún descanso.

En tanto que se iba agrandando la cavidad en el hielo, el doctor, husmeando de un lado a otro, tuvo la buena suerte de hallar una pequeña estufa que la explosión había casi respetado, y cuyo torcido tubo pudo fácilmente enderezarse. El doctor cargó con ella dándose aires de triunfo. A las tres horas la casa de hielo era habitable, y se colocó en ella la estufa, llenándola de astillas. Ardió al momento, y esparció alrededor un calor benéfico.

El americano fue introducido en el albergue y se le tendió en el fondo, sobre mantas. Los cuatro ingleses se colocaron alrededor del fuego, y bien o mal les dieron vigor las últimas provisiones del trineo, un poco de galleta y té caliente.

Hatteras no decía una palabra, y todos respetaban su silencio.

Terminada la comida, el doctor hizo señal a Johnson de que le siguiese.

–Ahora –le dijo– vamos a hacer el inventario de lo que nos queda. Es preciso que conozcamos exactamente el estado de nuestras riquezas, que se hallan esparcidas en el mayor desorden. Se trata de juntarlas. Puede nevar de un momento a otro, y, si tal sucediese, nos sería imposible encontrar luego el menor resto del buque.

–Así, pues, no perdamos tiempo –respondió Johnson–. Víveres y leña, he aquí lo que tiene para nosotros una importancia inmediata.

–Pues bien, busque cada cual por su lado –respondió el doctor–, de manera que recorramos todo el radio de la explosión; debemos empezar por el centro y luego ensanchar gradualmente los círculos que describamos.

Los dos compañeros se trasladaron inmediatamente al lecho de hielo que había ocupado el *Forward*, y a la luz dudosa de la luna examinaron con cuidado los restos del buque. Aquello fue una verdadera caza a la que el doctor se entregó con la pasión y casi con el placer de un cazador, palpitándole el corazón con fuerza cuando descubría alguna caja casi intacta. Desgraciadamente, estaban en su mayor parte vacías y sus restos diseminados por el campo de hielo.

La violencia de la explosión había sido considerable. Muchos objetos no eran más que polvo y ceniza. Las grandes piezas de la máquina yacían distantes unas de otras, retorcidas y fracturadas; las paletas de la hélice, rotas, arrojadas a veinte toesas del buque, penetraban

profundamente en la nieve endurecida; los cilindros estaban doblados, y habían sido arrancados de sus quicios; la chimenea, hendida de arriba abajo y de la que colgaban aún algunos trozos de cadena, aparecía medio aplastada bajo un enorme témpano; los clavos, las escarpas, la armazón de hierro del gobernalle, las planchas del forro, todo el metal del bergantín estaba esparcido a lo lejos como una verdadera metralla.

Pero aquel hierro, que hubiera hecho la fortuna de una tribu de esquimales, no era de ninguna utilidad en aquellas circunstancias. Lo que principalmente convenía hallar eran víveres, y víveres hallaba el doctor muy pocos.

«La cosa no marcha –se decía–; es evidente que la despensa, situada cerca de la santabárbara, ha quedado enteramente destruida por la explosión, y lo que no ha sido quemado debe de estar reducido a moléculas imperceptibles. Mal anda el negocio. Si Johnson no ha sido más

afortunado que yo, no sé lo que va a ser de nosotros.»

Sin embargo, ensanchando el círculo de sus investigaciones, el doctor llegó a recoger como cosa de quince libras de *pemmican*, y cuatro botellas de barro, que arrojadas a lo lejos sobre una nieve blanda, habían escapado de la destrucción y contenían cinco o seis pintas de aguardiente.

Más lejos recogió dos paquetes de granos de codearía, que venían de molde para compensar la pérdida del zumo de limón, tan propio para combatir el escorbuto.

Al cabo de dos horas, el doctor y Johnson se reunieron y se participaron recíprocamente sus descubrimientos, que respecto de víveres eran desgraciadamente poco importantes, reduciéndose a algunos pedazos de carne salada, unas cincuenta libras de *pemmican*, tres sacos de galleta, una pequeña cantidad de chocolate, aguardiente y unas dos libras de café que se recogieron sobre el hielo, grano tras grano.

No se hallaron mantas, ni coys, ni vestidos. Evidentemente, el incendio los había devorado.

En resumen, el doctor y el contraamaestre recogieron los víveres estrictamente necesarios para tres semanas, consumiéndolos de una manera insuficiente para vigorizar a personas extenuadas. Así, pues, a consecuencia de circunstancias desastrosas, Hatteras, después de haber carecido de carbón, estaba en vísperas de carecer de alimentos.

En cuanto al combustible suministrado por los restos del buque, los pedazos de su arboladura y de su casco, podía durar unas tres semanas, y aun así el doctor, antes de destinarlo a calentar la casa de hielo, quería que Johnson le dijese si con aquellos informes despojos se podría reconstruir un buque pequeño, o por lo menos una lancha.

—No, señor Clawbonny —le respondió el contraamaestre—, no hay que pensar en eso, no hay una pieza de madera intacta de la que se pueda sacar partido; todo lo que hay no sirve

más que para calentarnos algunos días, y después...

–¿Después, qué? –dijo el doctor.

–¡Después, Dios dirá! –respondió el bravo marino.

Terminado el inventario, el doctor y Johnson fueron a buscar el trineo. Engancharon a él los pobres perros rendidos de fatiga, volvieron al teatro de la explosión, cargaron aquellos restos tan escasos, pero tan preciosos, y los condujeron cerca de la casa de hielo. Después, medio helados, se sentaron junto a sus compañeros de infortunio.

CAPÍTULO II

LAS PRIMERAS PALABRAS DE ALTA-MONT

ESPUÉS de anochecer, a cosa de las ocho, el cielo quedó por algunos instantes despejado de sus brumas de nieve, y las constelaciones brillaron con un vivo resplandor en una atmósfera más fría.

Hatteras aprovechó aquella variación para ir a tomar la altura de algunas estrellas. Salió sin decir una palabra, llevándose los instrumentos. Quería determinar la posición y averiguar si el *icefield* seguía aún derivando.

A la media hora volvió, y se echó en un rincón de la casa, quedando abismado en una profunda inmovilidad que no debía de ser la del sueño.

Al día siguiente, cayó una nueva nevada muy abundante, por lo que el doctor se felicitó de haber emprendido sus pesquisas el día an-

tes, pues una vasta cortina cubrió muy pronto el campo de hielo, y todos los vestigios de la explosión del *Forward* desaparecieron bajo una capa de nieve que no tenía menos de tres pies de espesor.

Durante aquel día no fue posible salir del albergue. Afortunadamente, la habitación era cómoda, o, al menos, lo parecía a aquellos viajeros molidos que no estaban en el caso de pedir gollerías. La estufa se conducía admirablemente, menos cuando algunas ráfagas violentas rechazaban el humo hacia el interior de la morada. Su calor, además de reconfortar sus ateri-dos miembros, permitíales preparar sendas tazas de té y café, que tomaban casi hirviendo, y cuya influencia es tan maravillosa en las bajas temperaturas.

Los náufragos, pues bien merecen este nombre, experimentaban un bienestar a que desde mucho tiempo no estaban acostumbrados, y así es que no pensaban más que en aquel instante presente, en aquel calor benéfico, en

aquel reposo momentáneo, olvidando y desafiando casi el porvenir, que les amenazaba con una muerte tan próxima.

El americano sufría menos y volvía poco a poco a la vida. Abría los ojos, pero no hablaba, pues sus labios ostentaban las huellas del escorbuto y no podían formular un sonido. Oía, sin embargo, y se le puso al corriente de la situación. Meneó la cabeza dando gracias. Se veía salvado de un hundimiento en la nieve, y el doctor tuvo la discreción de no darle a conocer cuan corto era el aplazamiento que se había concedido a su muerte, pues dentro de quince días, o, todo lo más, tres semanas, los víveres habían de faltar absolutamente.

A cosa de mediodía, salió Hatteras de su inmovilidad, y se acercó al doctor, a John y a Bell.

–Amigos míos –les dijo–, vamos a tomar juntos una resolución definitiva respecto de lo que nos queda por hacer. Pero antes quisiera

que Johnson me dijese en qué circunstancias se ha consumado la traición que nos pierde.

–¿Para qué queréis saberlo? –respondió el doctor–. El hecho es cierto, y no hay que pensar en ello.

–Al contrario –respondió Hatteras–, yo pienso en ello, pero, después de la narración de Johnson, lo olvidaré para siempre.

–Voy, pues, a decir lo que ha sucedido –respondió el contramaestre–. Yo he hecho cuanto he podido para impedir el crimen...

–No lo dudo, Johnson –interrumpió Hatteras–; y añadiré que los agitadores tenían el plan preconcebido desde mucho tiempo.

–Tal creo –dijo el doctor.

–Y yo lo mismo –repuso Johnson–, pues casi inmediatamente después de vuestra partida, capitán, al día siguiente de haberos marchado, Shandon, enojado contra vos, Shandon, que se volvió malo, y sostenido además por los otros, tomó el mando del buque, a pesar de mi resistencia. Desde entonces, hizo cada cual lo que le

dio la gana, y Shandon dejaba hacer, porque quería dar a entender a la tripulación que había pasado el tiempo de las fatigas y de las privaciones. Así, pues, cesaron todas las economías, se cargó la estufa de leña hasta la prodigalidad, pensando en darle a devorar el bergantín entero. Pusiéronse las provisiones a disposición de todos, y lo mismo los licores, y, de consiguiente, ya podéis figuraros el abuso que de ellos harían los que tan a pesar suyo se veían privados desde mucho tiempo de bebidas espirituosas. Así fueron siguiendo las cosas desde el 7 hasta el 15 de enero.

–Por lo visto –dijo Hatteras con voz grave–, fue Shandon el verdadero agitador, el jefe de la revuelta...

–Sí, capitán.

–Pues no hablemos más de él. Proseguid, Johnson.

–Hacia el 24 ó 25 de enero se concibió el proyecto de abandonar el buque. Se resolvió ganar la costa occidental del mar de Baffin, y

desde allí, con la lancha, ir en busca de los balleneros, o alcanzar los establecimientos groenlandeses de la costa oriental. Las provisiones eran abundantes, y los enfermos, sonriéndoles la esperanza del regreso a su patria, habían mejorado mucho. Empezaron, pues, los preparativos de marcha; se construyó un trineo a propósito para transportar los víveres, el combustible y la lancha; y de él debían tirar los hombres mismos. Los preparativos les ocuparon hasta el 15 de febrero. Yo ansiaba veros llegar, capitán, y, sin embargo, temía vuestra presencia. Vos no hubierais recelado de la tripulación, que hubiera preferido acabar con vos a permanecer a bordo. Aquello era una verdadera hambre de licencia. Yo les cogí a todos a solas uno tras otro; les hablé, les exhorté, procuré hacerles comprender los peligros de su expedición, y al mismo tiempo la cobarde felonía que cometían al abandonaros. Nada pude obtener de ellos, ni aun de los más sensatos. La partida se fijó para el 22 de febrero. Shandon

estaba impaciente. Metieron en el trineo y en la lancha cuantas provisiones y licores pudieron embutir en ésta y en aquél; hicieron un considerable cargamento de leña, demoliendo al efecto la obra muerta de estribor hasta su línea de flotación. En fin, el día último fue un día de orgía; se pilló, se saqueó, y, en medio de su borrachera, Pen y otros dos o tres prendieron fuego al buque. Yo me batí con ellos; luché a brazo partido; pero me derribaron, me descalabraron, y después, los miserables, con Shandon a la cabeza, emprendieron su fuga hacia el Este y desaparecieron a mis miradas. Estaba solo; ¿qué podía hacer para atajar aquel incendio que se apoderaba del buque todo entero? El pozo estaba obstruido por el hielo y, por consiguiente, no tenía a mi disposición una gota de agua. El *Forward*, por espacio de dos días, se retorció entre las llamas... Y ya sabéis todo lo demás.

Terminada esta narración, reinó en la casa de hielo un silencio bastante largo. El sombrío cuadro del incendio del buque, la pérdida de

aquel bergantín tan precioso, se presentaron más vivamente a la imaginación de los náufragos, que se sintieron en presencia de lo imposible, y lo imposible era el regreso a Inglaterra. No se atrevían a mirarse, temiendo el uno sorprender en el semblante del otro la expresión de una desesperación absoluta. No se oía más que la respiración precipitada del americano.

Hatteras tomó al fin la palabra.

–Johnson –dijo–, os doy gracias; habéis hecho todo lo posible para salvar mi buque, pero solo no podíais resistir. Repito que agradezco vuestros esfuerzos, y no hablemos más de la catástrofe. Reunamos nuestros esfuerzos para la salvación común. Somos aquí cuatro compañeros, cuatro amigos, y la vida de uno vale tanto como la del otro. Que cada cual manifieste, pues, su opinión acerca de lo que conviene hacer.

–Interrogadnos, Hatteras –respondió el doctor–, os somos enteramente adictos, y

vuestras palabras saldrán del corazón. ¿Tenéis vos alguna idea?

–Yo solo no me atrevo a tener ninguna –dijo Hatteras con tristeza–. Mi opinión podrá parecer interesada. Quiero, pues, conocer antes la vuestra.

–Capitán –dijo Johnson–, antes de pronunciarnos en tan graves circunstancias, tengo que haceros una pregunta importante.

–Hablad, Johnson.

–Ayer fuisteis a determinar nuestra posición. ¿El campo de hielo ha derivado aún más, o se encuentra en el mismo sitio?

–No se ha movido –respondió Hatteras–. Se encuentra, lo mismo que antes de nuestra partida, a los $80^{\circ} 15'$ de latitud, $97^{\circ} 35'$ de longitud.

–¿Y a qué distancia –dijo Johnson– nos hallamos del mar que tenemos más cercano por la parte del Oeste?

–A unas 600 millas –respondió Hatteras.

–¿Y este mar es...?

–El estrecho de Smith.

–¿El mismo que pudimos haber pasado en abril último?

–El mismo.

–Bien, capitán, nuestra situación nos es ahora conocida, y podemos tomar una resolución con conocimiento de causa.

–Hablad, pues –dijo Hatteras, dejando caer su cabeza entre las manos.

Así podía oír a sus compañeros sin mirarlos.

–Veamos, Bell –dijo el doctor–, ¿cuál es, en vuestro concepto, el mejor partido que debe tomarse?

–No es necesario reflexionar mucho tiempo –respondió el carpintero–. Es menester que, sin perder un día ni una hora, volvamos hacia el Sur o hacia el Oeste, y ganemos la costa más próxima, aunque tengamos que emplear dos meses en el viaje.

–No tenemos víveres más que para tres semanas –respondió Hatteras sin levantar la cabeza.

–Pues bien –repuso Johnson–, en tres semanas debemos recorrer el trayecto, puesto que no tenemos otro medio de salvación; aunque, para acercarnos a la costa, nos veamos obligados a arrastrarnos de rodillas, debemos partir y llegar en veinticinco días.

–Esa parte del continente boreal no es conocida –respondió Hatteras–. Podemos encontrar obstáculos, montañas, témpanos, que obstruyan completamente el camino.

–No veo en eso –respondió el doctor– una razón suficiente para no intentar el viaje. Sufriremos, y mucho, es evidente; tendremos que limitar nuestra alimentación a lo más estrictamente necesario; a no ser que los azares de la caza...

–No nos queda más que media libra de pólvora –respondió Hatteras.

–Veamos, Hatteras –repuso el doctor–, conozco todo el valor de vuestras objeciones y estoy muy lejos de mecerme en una vana esperanza. Pero creo leer en vuestro pensamiento. ¿Tenéis algún proyecto practicable?

–No –respondió el capitán después de algunos instantes de vacilación.

–Vos no dudéis de nuestro valor –añadió el doctor–, somos gente capaz de seguiros hasta el último extremo, ya lo sabéis; pero, ¿no es preciso en este momento renunciar a toda esperanza de remontarnos hasta el Polo? La traición ha frustrado vuestros planes; habéis podido luchar contra los obstáculos de la naturaleza y vencerlos, no contra la perfidia y debilidad de los hombres; habéis hecho cuanto humanamente era posible hacer, y estoy seguro de que habríais alcanzado el éxito apetecido; pero en la situación en que nos encontramos, ¿no estáis obligado a aplazar nuestros proyectos, y, para realizarlos otro día, tratar de volver a Inglaterra?

–Y bien, capitán, ¿qué decís? –preguntó Johnson a Hatteras, que permaneció largo tiempo sin responder.

El capitán levantó al fin la cabeza, y dijo con una voz que revelaba su embarazosa posición:

–¿Estáis, pues, seguros de llegar hasta el estrecho, fatigados como estáis y casi sin alimentos?

–No –respondió el doctor–; pero estamos seguros de que la costa no vendrá a nosotros, es menester que vayamos a buscarla. Acaso encontremos más al Sur tribus de esquimales con quienes podamos fácilmente entrar en relaciones.

–Además –repuso Johnson–, ¿no podemos encontrar en el estrecho algún buque obligado a invernar?

–Y en caso necesario –respondió el doctor–, si el estrecho está obstruido, ¿no podremos, atravesándolo, alcanzar la costa occidental de Groenlandia, y desde allí, ya sea desde el cabo

Prudhoe, ya sea desde el cabo York, llegar a algún establecimiento dinamarqués? ¡En fin, Hatteras, nada de eso se encuentra en este campo de hielo! ¡El camino de Inglaterra está allí abajo, al Sur, y no aquí al Norte!

–Sí –dijo Bell–; el señor Clawbonny tiene razón, debemos partir, y partir sin tardanza. Hasta ahora hemos olvidado demasiado nuestro país y las personas queridas que hemos dejado allí.

–¿Es ésta vuestra opinión? –preguntó de nuevo Hatteras.

–Sí, capitán.

–¿Y la vuestra, doctor?

–Sí, capitán.

Hatteras volvió a quedar silencioso; su rostro, a pesar suyo, reproducía todas sus agitaciones interiores. Con la decisión que iba a tomar se jugaba la suerte de toda su vida. Si retrocedía, se despedía para siempre de sus atrevidos designios, pues no podía renovar una cuarta tentativa del mismo género.

El doctor, viendo que callaba el capitán, volvió a tomar la palabra.

–Añadiré, Hatteras –dijo–, que no debemos perder un instante; carguemos cuanto antes el trineo con nuevas provisiones, y llevémonos toda la leña posible. Convengo en que un camino de 600 millas en las condiciones en que nos hallamos es largo, pero no impracticable. Podemos, o, por mejor decir, debemos recorrer diariamente veinte millas, lo que en un mes nos permitiría llegar a la costa, es decir, hacia el 26 de marzo.

–Pero –dijo Hatteras– ¿no podemos aguardar algunos días?

–¿Qué esperáis? –respondió Johnson.

–¡Qué sé yo! ¿Quién puede prever el porvenir? ¡Algunos días más! ¡Los suficientes para reparar nuestras fuerzas agotadas! ¡Apenas habréis andado dos jornadas, caeréis rendidos de cansancio sin una casa de nieve en que acogeros!

–¡Pero una muerte horrible nos aguarda aquí! –exclamó Bell.

–¡Amigos míos –repuso Hatteras con una voz casi suplicante–, desesperáis antes de tiempo! Si os propusiese buscar hacia el Norte el camino de la salvación os negaría a seguirme. Y, sin embargo, ¿no existen acaso cerca del Polo tribus de esquimales lo mismo que en el estrecho de Smith? Un mar libre, cuya existencia es, sin embargo, segura, debe de bañar continentes. La naturaleza es lógica en todo lo que hace. Pues bien, debemos creer que la vegetación recobra su imperio donde cesan los grandes fríos. ¿No es acaso una tierra prometida la que nos aguarda en el Norte, de la cual intentáis alejaros?

Hatteras, hablando, se animaba. Su imaginación sobreexcitada evocaba los cuadros encantadores de aquellas comarcas cuya existencia era más que problemática.

–¡Un día más! –repetía–. ¡Una hora siquiera!

El doctor Clawbonny, con su carácter aventurero y su ardiente fantasía, se sentía conmovido poco a poco, e iba a ceder; pero Johnson, más discreto y más frío, le llamó al camino de la razón y del deber.

–¡Vamos, Bell! –dijo–. ¡Al trineo!

–¡Vamos! –respondió Bell.

Los dos marinos se dirigieron a la abertura de la casa de nieve.

–¡Oh! ¡Johnson! ¡Vos! ¡Vos! –exclamó Hatteras–. ¡Pues bien! ¡Partid! ¡Yo me quedaré, yo me quedaré!

–¡Capitán! –dijo Johnson, deteniéndose a pesar suyo.

–¡Os digo que me quedaré! ¡Partid! ¡Abandonadme como los otros! ¡Partid...! Ven, *Duck*, nos quedaremos los dos...!

El valiente perro se volvió junto a su amo ladrando. Johnson miró al doctor. Éste no sabía qué hacer. El mejor partido era calmar a Hatteras y sacrificar un día a sus ideas. El doctor iba

a revolverse, cuando sintió que le tocaban el brazo.

Se volvió. El americano acababa de dejar sus mantas; se arrastraba por el suelo; se levantó al fin sobre sus rodillas, y de sus labios enfermos brotaron sonidos inarticulados.

El doctor, atónito, casi espantado, le miraba en silencio. Hatteras se acercó al americano y le examinó atentamente. Procuraba sorprender palabras que el desventurado no podía pronunciar. En fin, después de cinco minutos de esfuerzos, el enfermo dejó oír esta palabra:

–*Porpoise*.

–¡El *Porpoise*! –exclamó el capitán.

El americano hizo una señal afirmativa.

–¿En estos mares? –preguntó Hatteras con el corazón palpitante.

La misma señal del enfermo.

–¿Hacia el Norte?

–¡Sí! –indicó el desgraciado,

–¿Y sabéis su posición?

–¡Sí!

-¿Exacta?

-¡Sí! -siguió indicando Altamont.

Hubo un momento de silencio. Los espectadores de aquella imprevista escena estaban palpitantes.

-Oídmeme bien -dijo Hatteras al enfermo-; nos interesa conocer la situación del buque. Voy a contar en voz alta, y, cuando sea preciso, vos me detendréis haciéndome una seña.

El americano movió la cabeza en señal de aprobación.

-Veamos -dijo Hatteras-, se trata de grados de longitud. ¿Ciento cinco? No. ¿Ciento seis? ¿Ciento siete? ¿Ciento ocho? ¿Es al Oeste?

-Sí -indicó el americano.

-Continuemos. ¿Ciento nueve? ¿Ciento diez? ¿Ciento doce? ¿Ciento catorce? ¿Ciento dieciséis? ¿Ciento dieciocho? ¿Ciento diecinueve? ¿Ciento veinte...?

-Sí -respondió Altamont.

-Ciento veinte grados de longitud -dijo Hatteras-. ¿Y cuántos minutos? Cuento...

Hatteras empezó con el número uno. Al llegar al quince, Altamont le hizo señal de que no siguiese adelante.

–¡Bueno! –dijo Hatteras–. Pasemos a la latitud. ¿Me entendéis? ¿Ochenta? ¿Ochenta y uno? ¿Ochenta y dos? ¿Ochenta y tres...?

El americano le detuvo con un gesto.

–¡Bien! ¿Y los minutos? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Quince? ¿Veinte? ¿Veinticinco? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco...?

Nueva señal de Altamont, el cual se sonrió ligeramente.

–Así, pues –repuso Hatteras con voz grave–, el *Porpoise* se encuentra a los 120° y 15' de longitud y 83° 35' de latitud.

–¡Sí...! –indicó el americano, cayendo sin movimiento en brazos del doctor.

Aquel esfuerzo le había quebrantado.

–Amigos míos –exclamó Hatteras–, ya veis que la salvación está en el Norte, siempre el Norte. ¡Nos salvaremos!

Pero después de estas primeras palabras de alegría, Hatteras se sintió súbitamente asaltado por una idea terrible. Se alteró su fisonomía, y sintió que le mordía el corazón el áspid de la envidia.

¡Otro, un americano, había llegado tres grados más allá que él en el camino del Polo! ¿Por qué? ¿Con qué objeto?

CAPÍTULO III

DIECISIETE DÍAS DE MARCHA

STE nuevo incidente, estas primeras

E palabras pronunciadas por Altamont, habían variado completamente la situación de los naufragos. Antes se hallaban fuera del alcance de todos los auxilios, sin ninguna esperanza fundada de ganar el mar de Baffin, amenazados de carecer de víveres durante una peregrinación demasiado larga para sus cuerpos fatigados; y después, a menos de 400 millas de su casa de hielo, había un navío que les ofrecía abundantes recursos, y tal vez los medios de continuar su atrevida marcha hacia el Polo. Hatteras, el doctor, Johnson y Bell, empezaron a esperar después de haber estado tan cerca de la desesperación, y su alegría era casi un delirio.

Pero las indicaciones de Altamont eran aún incompletas, y, después de algunos minutos de descanso, entabló de nuevo conversación con él, presentándole sus preguntas bajo una forma que para toda respuesta no requería más que

una simple inclinación de cabeza o un movimiento de ojos.

Pronto supo que el *Porpoise* era una fragata americana de Nueva York, que había naufragado en medio de los hielos, con mucho acopio de víveres y de combustible; y aunque echada sobre un costado, debía de haber resistido, y era posible poder salvar su cargamento.

Altamont y su tripulación la habían abandonado hacía dos meses, llevando la lancha en un trineo. Querían ganar el estrecho de Smith y alcanzar algún ballenero para hacerse conducir a América; pero poco a poco las fatigas y las enfermedades se apoderaron de ellos y fueron quedando uno tras otro en el camino. En fin, el capitán y dos marineros fueron los únicos que quedaron de una tripulación de treinta hombres, y si él, Altamont, sobrevivía, era verdaderamente por un milagro de la Providencia.

Hatteras quiso que el americano le dijese por qué el *Porpoise* se había comprometido en una latitud tan elevada.

Altamont dio a entender que había sido arrastrado por los hielos sin poder contrarrestarlos.

Hatteras le interrogó con ansiedad acerca del objeto de su viaje.

Altamont manifestó que su objetivo era intentar el paso del Noroeste.

Hatteras no insistió ya más, y no volvió a dirigirle ninguna pregunta de este género.

El doctor tomó entonces la palabra:

–Ahora –dijo–, todos nuestros esfuerzos deben encaminarse a encontrar el *Porpoise*, ya que en lugar de aventurarnos hacia el mar de Baffin, podemos por un camino mucho más corto llegar a un buque que nos proporcionará todos los recursos que necesitamos para una invernada.

–No podemos tomar otro partido –respondió Bell.

–Añadiré –dijo el contramaestre– que no debemos perder un instante, pues es menester calcular la duración de nuestro viaje por la du-

ración de nuestras provisiones, en sentido inverso de lo que se hace generalmente, y ponernos cuanto antes en camino.

–Tenéis razón, Johnson –respondió el doctor–; emprendiendo la marcha mañana, martes, 26 de febrero, debemos llegar el 15 de marzo al *Porpoise*, so pena de morir de hambre. ¿No os parece lo mismo, Hatteras?

–Hagamos inmediatamente nuestros preparativos –dijo el capitán– y partamos. Acaso empleemos en el viaje más tiempo del que suponemos.

–¿Por qué? –replicó el doctor–. Parece que el americano está seguro de la situación de su buque.

–¿Y si el *Porpoise* –respondió Hatteras– hubiese derivado en su campo de hielo, como hizo el *Forward*?

–En efecto –dijo el doctor–, es posible.

Johnson y Bell nada tuvieron que replicar a la posibilidad de una derivación, de que ellos mismos habían sido víctimas.

Pero Altamont, que no perdía una palabra de la conversación, hizo comprender al doctor que deseaba decir algo. El doctor accedió a sus deseos, y después de un cuarto de hora de circunloquios y vacilaciones, adquirió cierta seguridad de que el *Porpoise*, varado junto a una costa, no podía haber abandonado su lecho de rocas.

Esta noticia volvió la tranquilidad a los cuatro ingleses, si bien les quitaba toda esperanza de regresar a Europa, a no ser que Bell llegase a construir un buque pequeño con los restos del *Porpoise*. De todos modos, lo más esencial era trasladarse al lugar mismo del naufragio.

El doctor hizo otra pregunta al americano, y fue la última. Le preguntó si había encontrado el mar libre en aquella latitud de 83°.

–No –respondió Altamont.

Aquí terminó la conversación. Empezaron inmediatamente los preparativos de marcha; Bell y Johnson se ocuparon del trineo, que re-

quería una reparación completa; como no faltaba madera, se establecieron sus montantes de una manera más sólida, y aprovechando la experiencia adquirida durante la excursión al Sur, que dio a conocer el lado débil de aquel género de transporte y los obstáculos que oponen las nieves abundantes y espesas, se dispuso de modo que le fuese más fácil deslizarse.

Interiormente, Bell dispuso para el americano una especie de cama cubierta con la tela de la tienda. Las provisiones, desgraciadamente poco considerables, no debían aumentar mucho el peso del trineo, pero, en cambio, se completó su cargamento con toda la leña que pudo recogerse.

El doctor, arreglando las provisiones, las inventarió con la más escrupulosa exactitud, y resultó de sus cálculos que cada viajero, para un viaje de tres semanas, debía reducirse a tres cuartas partes de ración. Se reservó ración entera a los cuatro perros de tiro, teniendo *Duck*

derecho también a ella en el caso de tirar como los otros.

Estos preparativos fueron interrumpidos por la necesidad de sueño y de reposo que se hizo sentir imperiosamente desde las siete de la noche; pero antes de echarse, los náufragos se reunieron alrededor de la estufa, en la que no se escatimó el combustible. Los desventurados se permitieron un despilfarro de calor a que no estaban acostumbrados desde hacía mucho tiempo.

Un poco de *pemmican*, algunas galletas y sendas tazas de café no tardaron en ponerles de buen humor, a lo que contribuía poderosamente la esperanza que les sonreía de tan lejos.

A las siete de la mañana se emprendieron de nuevo los trabajos, y se hallaron enteramente terminados a las tres de la tarde.

Empezaba ya a oscurecer; el sol, desde el 31 de enero, había reaparecido en el horizonte, pero no daba aún más que una luz débil y poco duradera. Afortunadamente la luna debía apa-

recer a las seis y media, y estando el cielo tan puro sus rayos bastarían para alumbrar el camino. La temperatura, que hacía ya algunos días que bajaba sensiblemente, alcanzó al fin 33° bajo cero (-37° centígrados).

Llegó el momento de partir. Altamont acogió con alegría la idea de ponerse en camino, no obstante saber que el traqueteo aumentaría sus padecimientos. Había hecho comprender al doctor que éste encontraría a bordo del *Porpoise* los antiescorbúticos que su curación requería.

Se le trasladó, pues, al trineo, donde se le acomodó lo mejor posible. Se destinaron al tiro todos los perros, incluso *Duck*, y los viajeros dirigieron entonces la última mirada a aquel lecho de hielo donde había dormido el *Forward*. En las facciones de Hatteras se pintó un instante un violento sentimiento de cólera, pero se hizo dueño de sí mismo, y en breve la comitiva, estando el tiempo muy seco, se abismó en la bruma del Nornoroeste.

Cada cual ocupó su sitio de costumbre. Bell a la cabeza, indicando el camino; el doctor y el contraamaestre al lado del trineo, vigilando y empujando en caso necesario, y Hatteras detrás, rectificando el rumbo y manteniendo a la tripulación sobre la línea que Bell iniciaba.

La marcha fue bastante rápida. Estando tan baja la temperatura, el hielo ofrecía una dureza y una tersura favorables al deslizamiento del trineo; y los cinco perros arrastraban fácilmente aquella carga que no pasaba de novecientas libras. Sin embargo, lo mismo ellos que las personas se ahogaban rápidamente, y tuvieron que detenerse con frecuencia para tomar aliento.

A cosa de las siete de la noche, la luna desalojó con su disco rojizo las brumas del horizonte. Sus tranquilos rayos atravesaron la atmósfera, y derramaron alguna luz que los hielos reflejaron con pureza. El *icefield* presentaba hacia el Noroeste una inmensa llanura blanca perfectamente horizontal. Ni un *pack*, ni un *hummock*. Parecía como si aquella parte del mar

se hubiese helado pacíficamente, como un lago sereno.

Aquello era un inmenso desierto, llano y monótono.

Tal fue la impresión que causó aquel espectáculo en el ánimo del doctor, y que él comunicó a sus compañeros.

–Tenéis razón, señor Clawbonny – respondió Johnson–; estamos en un desierto, pero no corremos el peligro de morir de sed.

–Lo que –respondió el doctor– es una ventaja evidente. Esta inmensidad me prueba, sin embargo, una cosa, y es que debemos de hallarnos muy lejos de tierra. La aproximación de las cosas está en general indicada por una multitud de montañas de hielo, y no hay a nuestro alrededor un solo *iceberg* al alcance de nuestra vista.

–El horizonte –observó Johnson– está muy limitado por la bruma.

–Sin duda, pero desde nuestra partida estamos pisando un campo llano que parece que no ha de concluir nunca.

–¿Sabéis, señor Clawbonny, que nuestro paseo es peligroso? Nos acostumbramos a él y ni siquiera nos fijamos en el peligro, pero la verdad es que esta superficie helada sobre la cual andamos, cubre abismos sin fondo.

–Tenéis razón, amigo mío; pero no corremos ningún riesgo de que estos abismos nos traguen. Con el frío que hace de 33°, la resistencia de esta blanca corteza es muy considerable. Notad que tiende a ser cada vez mayor, porque bajo estas latitudes nieva casi todos los días, hasta en abril, en mayo y en junio, y yo creo que en su mayor profundidad no medirá menos de 30 ó 40 pies.

–Eso es tranquilizador –respondió el contramaestre Johnson.

–En efecto, no somos nosotros como esos patinadores del *Serpentine* (2), que temen a cada instante que el frágil suelo les falte bajo los pies; nosotros estamos libres de este percance.

–¿Se conoce la fuerza de resistencia del hielo?. –preguntó el viejo marino, ávido siempre de instruirse en compañía del doctor.

–Perfectamente –respondió éste–. ¿Quién ignora actualmente nada de lo que es susceptible de medirse, exceptuando la ambición humana? ¿No es ella en realidad la que nos precipita hacia ese Polo boreal que el hombre quiere al fin conocer? Pero volviendo a nuestra pregunta, he aquí lo que puedo responderos. Teniendo dos pulgadas de grueso, el hielo resiste el peso de un hombre; teniendo tres y media resiste un caballo con su jinete; teniendo cinco, resiste una pieza de a ocho; teniendo ocho, resiste una batería de campaña con sus tiros, y, por último, teniendo diez, resiste todo

² Río del Hyde Park, en Londres.

un ejército, una multitud inmensa. En el punto en que nos hallamos en este momento, se podría edificar sobre el hielo la Aduana de Liverpool o el palacio del Parlamento de Londres.

–Cuesta trabajo –respondió Johnson– concebir una resistencia semejante; pero hace poco, señor Clawbonny, hablabais de la nieve que cae casi todos los días en estas comarcas. El hecho es evidente, y por consiguiente no lo discuto, pero, ¿de dónde procede toda esta nieve? Estando los mares helados, no veo cómo pueden ellos dar origen a la inmensa cantidad de vapor que forman las nubes.

–Vuestra observación es justa, Johnson, y no se puede contestar a ella sino admitiendo, como admito yo, que la mayor parte de la nieve o de la lluvia que recibimos en estas regiones polares está formada del agua de los mares de las zonas templadas. Hay copo tal vez que, siendo en un principio una simple gota de agua de un río de Europa, se ha elevado por el aire en forma de vapor, se ha convertido en nube y

ha venido, al fin, a condensarse aquí, de suerte que es muy posible que bebiendo nosotros esta nieve, apaguemos la sed con el agua de los mismos ríos de nuestro país.

–Tenéis siempre respuesta para todo – respondió el contraamaestre.

En aquel momento, la voz de Hatteras rectificando los errores del camino interrumpió la conversación. La bruma se condensaba más y más, y hacía difícil el seguir una línea recta.

En fin, la comitiva se detuvo a cosa de las ocho de la noche, después de haber ganado quince millas. El tiempo permanecía seco; se levanto la tienda, encendieron la estufa, y se dispusieron a pasar la noche, que se deslizó pacíficamente.

Hatteras y sus compañeros estaban realmente favorecidos por el tiempo. Su viaje en los días siguientes se hizo sin dificultades, si bien el frío era sumamente intenso y el mercurio permanecía helado en el termómetro. Si hubiese hecho viento, ningún viajero hubiera podido

soportar una temperatura tan baja. El doctor confirmó en aquella ocasión la exactitud de las observaciones de Parry, durante su excursión a la isla de Melville. El célebre marino dice que por mucho que sea el frío, con tal que la atmósfera esté tranquila, un hombre convenientemente abrigado puede salir impunemente al aire libre; pero como se levante un poco de viento, se experimenta en la cara un escozor doloroso y un dolor de cabeza tan vivo que a él sucede muy pronto la muerte. El doctor no las tenía, pues, todas consigo, sabiendo que una ráfaga repentina les hubiera helado a todos hasta la medula de los huesos.

El 5 de marzo fue testigo de un fenómeno particular de aquella latitud. El cielo estaba perfectamente sereno y tachonado de estrellas, y, sin embargo, nevó abundantemente sin que hubiese la menor apariencia de nube. Las constelaciones resplandecían entre los copos que caían en el campo de hielo con una elegante regularidad. La nevada duró aproximadamente

dos horas, y cesó antes de que el doctor pudiese explicársela satisfactoriamente.

Se había entonces desvanecido el último cuarto de luna, y de las veinticuatro horas del día había diecisiete de una oscuridad profunda. Los viajeros tuvieron que unirse unos a otros por medio de una larga cuerda para no separarse, siendo absolutamente imposible seguir el camino en línea recta.

Sin embargo, aquellos hombres intrépidos, aunque sostenidos por una voluntad de hierro, empezaban a fatigarse. Los altos iban siendo más frecuentes, a pesar de que no podían perder una hora, pues las provisiones disminuían de una manera sensible.

Hatteras determinaba frecuentemente la posición con el auxilio de observaciones lunares y siderales. Viendo que pasaban días y que no se llegaba al término del viaje, se preguntaba algunas veces si el *Porpoise* existía realmente, pues era muy posible que el americano se hubiese vuelto loco a consecuencia de sus pa-

decimientos, y tampoco hubiera sido muy extraordinario que, por odio a los ingleses, viéndose él perdido irremisiblemente, quisiera arrastrarles a una muerte cierta.

Comunicó sus recelos al doctor, el cual los rechazó de una manera absoluta, pero comprendió que entre el capitán inglés y el americano existía una rivalidad funesta.

«Difícil será –se dijo– mantener en buenas relaciones a esos dos hombres.»

El 14 de marzo, después de dieciséis días de marcha, los viajeros no se hallaban aún más que a los 82° de latitud; sus fuerzas estaban agotadas, y se veían aún a 100 millas de distancia del buque. Para colmo de desdichas, fue menester reducir a una cuarta parte la ración de los hombres para poder seguir dándola entera a los perros.

Desgraciadamente, no se podía contar con los recursos de la caza, porque no quedaban ya más que siete cargas de pólvora y seis balas. Se había tirado inútilmente a algunas zorrabo y

liebres blancas, que eran además muy escasas, y no se mató ninguna.

Sin embargo, el viernes, 15, el doctor tuvo la buena fortuna de sorprender una foca tendida en el hielo. La hirió con varias balas, y el animal, no pudiendo escaparse por su agujero, cerrado de antemano, fue muy pronto cogido y rematado. Era de gran tamaño; Johnson la hizo pedazos con gran destreza, pero estaba el anfibio tan sumamente flaco, que apenas sacaron de él partido alguno unos hombres que no supieron decidirse, como los esquimales, a beber su aceite.

Sin embargo, el doctor intentó resueltamente introducir en su boca aquel licor pegajoso, pero con toda su fuerza de voluntad no pudo conseguirlo. Conservó la piel del animal, sin saber por qué, por instinto de cazador, y la colocó en el trineo.

Al día siguiente, 16, se percibieron en el horizonte algunos *icebergs* y montecillos de hielo. ¿Era aquello el indicio de una costa próxima

o un mero accidente del *icefield*? ¿Quién era capaz de decirlo?

Llegados a uno de los *hummocks*, los viajeros se aprovecharon de él para ahuecarlo y formarse una guarida más cómoda que la tienda con el auxilio del cuchillo para nieve ⁽³⁾, y, después de tres horas de un trabajo asiduo, pudieron tenderse al fin alrededor de la estufa.

CAPÍTULO IV

LA ÚLTIMA CARGA DE PÓLVORA

³ Cuchillo ancho, a propósito para cortar témpanos de hielo.

OHNSON había tenido que dar asilo en J la casa de hielo a los perros, rendidos de fatiga. Cuando la nieve cae en abundancia, puede servir de abrigo a los animales, cuyo calor natural conserva. Pero al aire libre, con un frío seco de 40°, las pobres bestias se hubieran helado en poco tiempo.

Johnson, que era un excelente *dog driver* (4), dio a comer a los perros la carne negra de foca que tanto repugnaba a los viajeros, y vio con asombro que era para los animales un verdadero regalo. El viejo marino, muy alegre, contó esta particularidad al doctor.

A éste no le causó ninguna sorpresa, porque sabía que en el Norte de América el pescado es el alimento principal de los caballos, y con lo que bastaba a éstos, que son esen-

⁴ Adiestrador de perros.

cialmente herbívoros, bien podían contentarse los perros, que son carnívoros.

Para gentes que acaban de andar 15 millas por el hielo, el sueño era una necesidad imperiosa, y, sin embargo, el doctor quiso, antes de dormirse, hablar a sus compañeros de la situación, sin atenuar su gravedad.

–No hemos llegado aún –dijo– al 82° paralelo, y estamos ya casi sin víveres.

–Por lo mismo, no debemos perder un instante –respondió Hatteras–. ¡Es preciso partir! Los más fuertes arrastrarán a los más débiles.

–¿Hallaremos siquiera el buque en el punto indicado? –preguntó Bell, a quien las fatigas del camino abatían a pesar suyo.

–¿Por qué dudarlo? –respondió el contra-maestre Johnson–; la salvación del americano responde de la nuestra.

El doctor, para mayor seguridad, quiso interrogar de nuevo a Altamont. Éste hablaba con bastante facilidad, aunque con voz débil, y confirmó todos los pormenores que tenía dados.

Repitió que el buque, varado en unas rocas de granito, no había podido moverse, y que se hallaba a los 120° 15' de longitud y 83° 35' de latitud.

–No podemos dudar de esta afirmación – repuso entonces el doctor–. La dificultad no está en encontrar el *Porpoise*, sino en llegar a él.

–¿Qué nos queda de provisiones? – preguntó Hatteras.

–Lo suficiente, todo lo más, para vivir tres días –respondió el doctor.

–Pues bien, es preciso llegar en tres días – dijo enérgicamente el capitán.

–En efecto, es preciso –repuso el doctor–. Y si conseguimos nuestro objeto, no tendremos motivo de queja, pues nos hemos visto favorecidos por un tiempo excepcional. La nieve nos ha concedido quince días de tregua, y el trineo ha podido deslizarse fácilmente por el hielo endurecido. ¡Ah! ¡Si tuviésemos doscientas libras de alimentos! Nuestros valientes perros llevarían esta carga sin dificultad alguna. Pero

puesto que la suerte ha dispuesto otra cosa, no podemos hacer más que tener paciencia.

–Con un poco de buena fortuna y de destreza –respondió Johnson–, ¿no podríamos utilizar las cargas de pólvora que nos quedan? Si cayese un oso en nuestro poder, quedaríamos abastecidos para el resto del viaje.

–Sin duda –replicó el doctor–, pero los osos escasean mucho y son muy ariscos. Además, basta pensar en la importancia del tiro para que se turbe la vista y tiemble la mano.

–Vos sois, sin embargo, muy buen tirador –dijo Bell.

–Sí, cuándo la comida de cuatro personas no depende de mi destreza. Con todo, si la ocasión se presenta, haré lo que pueda. Entre tanto, amigos míos, contentémonos con esta pobre cena de migajas de *pemmican*, procuremos dormir, y, al amanecer, proseguiremos nuestro camino.

Algunos instantes después, el exceso de fatiga se sobrepuso a todas las consideraciones, y todos quedaron profundamente dormidos.

El sábado, muy temprano, Johnson despertó a sus compañeros. Los perros ocuparon su puesto en el trineo, y éste siguió su marcha hacia el Norte.

El cielo estaba magnífico, pura la atmósfera y muy baja la temperatura. Cuando apareció el sol en el horizonte, tenía la forma de una elipse prolongada. Su diámetro horizontal, con motivo de la refracción, parecía ser doble que su diámetro vertical, y el astro despedía sobre la inmensa llanura helada su haz de rayos claros, pero fríos. Aquel regreso a la luz, ya que no al calor, era agradable.

El doctor, armado de su escopeta, se separó una o dos millas del resto de la comitiva, desafiando la soledad y el frío. Antes de alejarse, había medido exactamente sus municiones; vio que no le quedaban más que cuatro cargas de pólvora y tres balas. Era muy poca cosa, si se

atiende a que un animal tan fuerte y de vida tan dura como el oso polar, no sucumbe frecuentemente sino al décimo o duodécimo tiro.

Así es que la ambición del buen doctor no le llevaba a la persecución de una caza tan terrible. Hubiera estado muy contento con encontrar algunas liebres o dos o tres zorras, que hubieran producido un aumento de provisiones.

Pero durante aquel día, si apercibió alguna zorra o liebre, no se pudo acercar a ella, o, engañado por la refracción, perdió su tiro. Aquel día le costó inútilmente una carga de pólvora y una bala.

Sus compañeros, que se habían entusiasmado llenos de esperanza al oír el tiro, le vieron volver cabizbajo. No dijeron una palabra. Por la noche se echaron todos como de costumbre, después de haber apartado las dos cuartas partes de ración reservadas para los dos días siguientes.

Al otro día el camino pareció más penoso. Los viajeros no andaban, sino que se arrastraban, y los perros, que habían ya devorado hasta las entrañas de la foca, empezaron a roer sus correas.

Pasaron algunas zorras a lo largo del trineo, y el doctor, habiendo perdido otro tiro que le costó el perseguirlas, no se atrevió a aventurar su última bala y su penúltima carga de pólvora.

Por la tarde se hizo alto más temprano, pues los viajeros no tenían ya aliento para dar un paso, y aunque el camino estaba alumbrado por una magnífica aurora boreal, tuvieron que detenerse.

La última comida, que se hizo el domingo por la noche bajo la helada tienda, fue muy triste. Si no les venía del cielo algún auxilio, los desventurados estaban perdidos.

Hatteras no hablaba; Bell no pensaba; Johnson reflexionaba a solas; únicamente el

doctor no estaba aún completamente desesperado.

Johnson tuvo la idea de armar algunas trampas durante la noche, pero no teniendo cebo que poner en ellas, contaba muy poco con el éxito de su ocurrencia, y tenía razón, pues por la mañana, al ir a recorrer los cepos, vio huellas de zorra, pero ni un solo animal había caído en el lazo.

Regresaba por lo mismo muy afligido cuando percibió un oso de colosal tamaño que olfateaba las emanaciones del trineo a menos de 500 toesas. El viejo marino se empeñó en que la Providencia le dirigía aquel animal inesperado para que lo matase, y, sin despertar a sus compañeros, cogió la escopeta del doctor y se dirigió hacia el punto en que se hallaba el oso.

Llegado a la distancia conveniente, se echó la escopeta a la cara, pero en el momento de ir a poner el dedo en el gatillo, sintió temblar su brazo. Los gruesos guantes de piel que llevaba

le servían de estorbo, por lo que se los quitó al momento y asió el arma con mano más segura.

De repente lanzó un grito de dolor. El tegumento de sus dedos, abrasados por la frialdad del cañón, quedó adherido a él; el arma cayó al suelo, y salió el tiro, perdiéndose en el espacio su última bala.

Al oír el estampido, el doctor acudió, y al momento lo comprendió todo. Vio al animal marcharse tranquilamente y a Johnson, desesperado, que no pensaba siquiera en sus padecimientos.

–¡Soy una verdadera señorita! –exclamaba–. ¡Un niño que no sabe soportar un dolor! ¡Yo! ¡Yo! ¡Y a mi edad!

–Vamos, Johnson –le dijo el doctor–, retiraos, vais a quedar helado; tenéis ya las manos blancas. ¡Venid! ¡Venid!

–¡Soy indigno de vuestros cuidados, señor Clawbonny! –respondía el contraamaestre–. ¡Dejadme!

–¡Seguidme y no seáis terco! ¡Seguidme!
¡Dentro de un momento será ya tarde!

Y el doctor, arrastrando hacia la tienda al viejo marino, le hizo sumergir las manos en agua que el calor de la estufa mantenía líquida, aunque fría, pero al contacto de las manos de Johnson, quedó helada inmediatamente.

–Ya veis –dijo el doctor– cuánto apremiaba el tiempo; si hubiésemos tardado un poco más, hubiera tenido que proceder a la amputación.

Gracias a sus cuidados, todo peligro había desaparecido al cabo de una hora, pero no sin trabajo, pues hubo necesidad de repetidas fricciones para restablecer en los dedos del viejo marino la circulación de la sangre.

El doctor recomendó a Johnson que no acercase las manos a la estufa, pues el calor hubiera acarreado graves accidentes.

Aquella mañana no hubo almuerzo. No quedaba una pieza de *pemmican*, ni de carne salada, ni siquiera de galleta. Todas las provisiones estaban reducidas a media libra de café,

con cuya infusión tuvieron los náufragos que contentarse, y se pusieron en marcha.

–¡No hay ya ningún recurso! –dijo Bell a Johnson, con un acento indecible de desesperación.

–¡Tengamos confianza en Dios! –dijo el viejo marino–. Es omnipotente y puede salvarnos.

–¡Ah! ¡Ese capitán Hatteras –repuso Bell–, ha podido salir con vida de sus primeras expediciones, el insensato, pero en ésta se queda, y no volveremos a ver nuestro país!

–¡Valor, Bell! Confieso que el capitán es un hombre audaz, pero hay junto a él otro hombre fecundo en recursos.

–¿El doctor Clawbonny? –dijo Bell.

–¡El mismo! –respondió Johnson.

–¿Qué puede hacer en una situación semejante? –replicó Bell, encogiéndose de hombros– ¿Convertirá estos témpanos en pedazos de carne? ¿Es un dios para hacer milagros?

– ¡Quién sabe! –respondió el contraamaestre a las dudas de su compañero–. Yo tengo confianza en él.

Bell meneó la cabeza y cayó de nuevo en una completa taciturnidad, durante la cual ni siquiera pensaba.

En aquel día se anduvieron apenas tres millas. Por la noche tampoco se comió; los perros querían devorarse unos a otros, y los hombres experimentaban con violencia los dolores del hambre.

No se vio animal alguno, ni tampoco hubiera servido de nada verlo, careciendo de municiones. Sólo Johnson, a una milla a sota-vento, creyó reconocer el oso gigantesco que seguía a la desgraciada comitiva.

«¡Nos acecha! –dijo para sí–. ¡Ve en nosotros una presa segura!»

Pero Johnson no dijo nada a sus compañeros. Por la noche se hizo el alto de costumbre, y la cena no se compuso más que de café. Los desventurados sentían extraviarse sus miradas,

entorpecerse su cerebro, y, atormentados por el hambre, no podían hallar una hora de sueño. Extrañas y dolorosas apariciones asaltaban su imaginación enferma.

En una latitud en que el cuerpo pide imperiosamente confortativos, los desgraciados, cuando llegó la mañana del martes, habían pasado treinta y seis horas sin probar un bocado. Animados, sin embargo, por una voluntad y un valor sobrehumanos, volvieron a emprender su camino, empujando el trineo, que los perros no podían ya arrastrar.

Al cabo de dos horas cayeron aniquilados. Hatteras quería seguir adelante. Él, siempre enérgico, recurrió a los ruegos y a las súplicas para obligar a sus compañeros a levantarse, pero se empeñaba en lo imposible.

Entonces, con el auxilio de Johnson, talló en un *iceberg* una casa de hielo. Aquellos dos hombres, trabajando asiduamente, estaban, al parecer, cavando su tumba.

–Quiero morir de hambre –decía Hatteras–, pero no de frío.

Después de crueles fatigas, quedó la casa concluida y toda la comitiva se embutió en ella.

Así pasó aquel día. Por la noche, mientras sus compañeros permanecían inmóviles, Johnson tuvo una especie de alucinamiento; vio gigantescos osos.

Esta palabra, repetida por él con frecuencia, llamó la atención del doctor, el cual saliendo de su entorpecimiento, preguntó al viejo marino por qué hablaba de osos y de qué osos se trataba.

–El oso que nos sigue –respondió Johnson.

–¿El oso que nos sigue? –repitió el doctor.

–¡Sí, de dos días a esta parte!

–¡De dos días a esta parte! ¿Lo habéis visto?

–Sí, está a una milla a sotavento.

–¿Y no me lo habéis prevenido, Johnson?

–¿De qué hubiera servido?

–Decís bien –contestó el doctor–; no tenemos ni una bala para darle un susto.

–¡Ni siquiera un pedazo de hierro, un clavo cualquiera! –respondió el viejo marino.

El doctor calló y empezó a reflexionar. Luego dijo al contramaestre:

–¿Estáis seguro de que el animal nos sigue?

–¡Sí, señor Clawbonny, cuenta con un banquete de carne humana! ¡Sabe que no podemos escaparnos!

–¿Qué estáis diciendo? –exclamó el doctor, conmovido por el acento desesperado de su compañero.

–¡Está seguro de saciar en nosotros su hambre! –replicó el desgraciado, que estaba casi delirando–. Está hambriento, y no sé por qué le hacemos esperar tanto.

–¡Johnson, calmaos!

–No, señor Clawbonny; puesto que al fin y al cabo nos ha de comer, ¿por qué prolongamos la ansiedad de ese pobre animal? Está hambriento como nosotros, sin encontrar una foca

en que hincar el diente. ¡El cielo le envía hombres! Pues bien, ¡tanto mejor para él!

El viejo Johnson estaba como loco. Quería abandonar la casa de hielo. El doctor pudo difícilmente contenerle, y, si lo consiguió, no tanto lo debió a la fuerza como a las siguientes palabras, que pronunció con un acento de convicción profunda:

–¡Mañana mataré al oso!

–¡Mañana! –repitió Johnson, que parecía despertar de un mal sueño.

–¡Mañana!

–¡No tenéis bala!

–La haré.

–¡No tenéis plomo!

–No, pero tengo mercurio.

Y sin decir más, el doctor cogió el termómetro, que marcaba en el interior de la casa 50° sobre cero (+10° centígrados). El doctor salió, colocó el instrumento encima de un témpano y volvió a entrar. La temperatura era de 50° bajo cero (-47° centígrados).

–Hasta mañana –dijo el viejo marino–. Dormid y aguardaremos la salida del sol.

La noche se pasó con las molestias del hambre. El contramaestre y el doctor fueron los únicos que pudieron templarlas algo, porque tenían un poco de esperanza.

Al día siguiente, a los primeros rayos del alba, el doctor, seguido de Johnson, se precipitó fuera y corrió a ver el termómetro, cuyo mercurio se había refugiado todo en la parte inferior del tubo, bajo la forma de un cilindro compacto. El doctor rompió el instrumento, y con sus dedos prudentemente resguardados por el guante, sacó un verdadero pedazo de metal, muy poco maleable y sumamente duro. Era una verdadera bala.

–¡Ah, señor Clawbonny! –exclamó el contramaestre–. ¡Esto es maravilloso! ¡Sois un grande hombre!

–No, amigo mío –respondió el doctor–; no soy más que un hombre dotado de buena memoria y que he leído mucho.

–¿Qué queréis decir?

–Me he acordado con oportunidad de un hecho referido por el capitán Ross en la relación de su viaje. El capitán Ross dice que atravesó una plancha del grueso de una pulgada con un fusil cargado con una bala de mercurio helado. Si hubiese tenido aceite a mi disposición, no hubiera tenido necesidad de mercurio, pues cuenta el mismo capitán que una bala de aceite de almendras dulce, disparada contra un poste, lo rajó y chocó de rebote en tierra sin romperse.

–¡Eso no es creíble!

–Pero es verdad, Johnson. He aquí, pues, un pedazo de metal que puede salvarnos la vida. Dejémoslo expuesto al aire antes de servirnos de él, y veamos si el oso tiene aún paciencia para aguardarnos.

En aquel momento salió Hatteras de la choza. El doctor le mostró la barra y le dio a conocer su proyecto. El capitán le apretó la mano, y los tres cazadores empezaron a observar el horizonte.

El tiempo estaba muy claro. Hatteras, que andaba delante de sus compañeros, distinguió al oso a menos de seiscientas toesas.

El animal, sentado sobre sus patas traseras, balanceaba tranquilamente la cabeza, aspirando las emanaciones de aquellos huéspedes insólitos.

–¡Allí está! –exclamó el capitán.

–¡Silencio! –dijo el doctor.

Pero el enorme cuadrúpedo, cuando distinguió a los cazadores, no se movió. Los miraba sin miedo y sin cólera. Sin embargo, debía de ser muy difícil acercarse a él.

–Amigos míos –dijo Hatteras–, no se trata de proporcionarnos un vano placer, sino de salvar nuestra existencia. Obremos con prudencia.

–¡Sí! –respondió el doctor–. ¡No tenemos a nuestra disposición más que un solo tiro, y, si no lo aprovechamos, el animal se nos escapará y estará perdido para nosotros, pues ya sabéis que corre más que una liebre.

–Pues bien –respondió Johnson–, es menester ir derecho a él. ¡Se arriesga la vida! ¿Qué importa? Dejadme arriesgar la mía.

–¡La mía será! –exclamó el doctor.

–¡La mía! –respondió sencillamente Hatteras.

–¡Cómo! –exclamó Johnson–. ¿No sois vos acaso más útil para la salvación de todos que este pobre viejo que no sirve ya para nada?

–No, Johnson –repuso el capitán–. Dejadme hacer, yo no arriesgaré mi vida más que lo absolutamente necesario; en caso de apuro, os llamaré para auxiliarme.

–Hatteras –preguntó el doctor–, ¿vais, pues, a salir al encuentro del oso?

–Si estuviese seguro de derribarlo, aunque supiese que me había de hacer pedazos, me dirigiría a él resueltamente, pero al acercarme podría evadirse. Es un animal lleno de astucia, y hemos de procurar ser más astutos que él.

–¿Qué pensáis hacer?

–Ponerme a diez pasos de él, sin que él sospeche mi presencia.

–¿Y cómo?

–El medio es peligroso, pero sencillo.
¿Conserváis la piel de la foca que matasteis?

–Está en el trineo.

–Volvamos a nuestra casa de hielo, y que Johnson se quede observando.

El contramaestre se puso detrás de un *hummock* que le ponía enteramente a cubierto de las miradas del oso.

Éste, siempre en el mismo sitio, continuaba sus singulares balanceos, sorbiendo el aire.

CAPÍTULO V

LA FOCA Y EL OSO

ATTERAS y el doctor se metieron en
H la casa.

–Ya sabéis –dijo el primero– que los osos de Polo persiguen a las focas, que son su principal alimento. Las acechan desde los bordes de las quebrajas por espacio de días enteros y las ahogan entre sus patas apenas aparecen en la superficie de los hielos. La presencia de una foca no puede espantar a un oso. Todo lo contrario.

–Creo adivinar vuestro proyecto –dijo el doctor–; es peligroso.

–Pero ofrece probabilidades de éxito –respondió el capitán–, y, por consiguiente, debemos emplearlo. Voy a vestirme con la piel de foca y a echarme al campo de hielo. No perdamos tiempo. Cargad vuestra escopeta y dádmela.

El doctor no tenía nada que argüir, pues él hubiera hecho lo mismo que iba a intentar su compañero. Salió de la casa proveyéndose de dos hachas, una para Johnson y otra para él, y después, acompañado de Hatteras, se dirigió al trineo.

Allí tomó Hatteras su traje de foca, cuya piel le cubría casi completamente.

Entretanto, el doctor cargó su escopeta con su última carga de pólvora, y echó dentro del cañón la barra de mercurio que tenía la dureza del hierro y la pesadez del plomo. Entregó el arma a Hatteras, el cual se ocultó con ella bajo la piel del anfibio.

–Id –dijo al doctor– al encuentro de Johnson, y quedaos con él; yo voy a aguardar algunos instantes para desorientar a mi adversario.

–¡Valor, Hatteras! –dijo el doctor.

–Estad tranquilo, y, sobre todo, no os pongáis en evidencia antes de haber oído el disparo.

El doctor llegó pronto al *hummock* detrás del cual estaba Johnson.

–¿Qué hay? –dijo éste.

–¡Allá veremos! Hatteras se sacrifica para salvarnos.

El doctor estaba conmovido. Miró al oso, el cual daba señales de una agitación más violenta, como si presintiese la amenaza de un peligro próximo.

Al cabo de un cuarto de hora, la foca se arrastraba por un témpano. Había dado una vuelta al abrigo de algunas grandes moles de hielo para engañar mejor al oso del cual entonces se encontraba a la distancia de cincuenta toesas. El oso le percibió y se agachó como si tratase de ocultarse.

Hatteras imitaba con una habilidad suma los movimientos de una foca, de modo que el mismo doctor le hubiera tomado por una foca verdadera, si no hubiera estado en el secreto.

–¡Es una foca hecha y derecha! –decía Johnson en voz baja.

El anfibio, al mismo tiempo que se iba acercando al oso, parecía no percibirle, y quería dar a entender que buscaba una quebraja para sumergirse en su elemento.

El oso, por su parte, dando vueltas alrededor de los témpanos, se dirigía hacia él con la mayor prudencia. Sus ojos relampagueantes despedían llamas de codicia, pues había pasado tal vez un mes o dos sin comer, y la casualidad le ofrecía una presa segura.

Apenas llegó la foca a diez pasos de su enemigo, éste se levantó de pronto, dio un salto gigantesco, y atónito, espantado, se detuvo a tres pasos de Hatteras, el cual, con una rodilla hincada en tierra y echando atrás su piel de foca, le apuntó al corazón.

Sonó el disparo y cayó el oso.

–¡Adelante! ¡Adelante! –exclamó el doctor.

Y, seguido de Johnson, se precipitó hacia el teatro de combate.

La enorme bestia se había vuelto a levantar, hiriendo el aire con una pata delantera,

mientras que con la otra cogía un puñado de nieve con que tapaba su herida.

Hatteras no se había movido de su sitio. Aguardaba, cuchillo en mano; pero había apuntado bien y herido con una mano que no temblaba. Antes que llegasen sus compañeros, su cuchillo estaba hundido hasta el pomo en la garganta del animal, que caía para no volver a levantarse.

–¡Victoria! –exclamó Johnson.

–¡Hurra, Hatteras! ¡Hurra! –dijo el doctor.

Hatteras, sin la menor emoción, miraba, cruzándose de brazos, el gigantesco cuerpo.

–Ahora me toca a mí –dijo Johnson–; gran cosa es haber muerto al animal, pero no aguardemos a que el frío le endurezca como una piedra, porque después nada podrían contra él nuestros dientes ni nuestros cuchillos.

Johnson empezó entonces a desollar aquella bestia monstruosa, cuyas dimensiones alcanzaban casi las de un buey, pues medía 9 pies de longitud y 6 de circunferencia. Dos colmillos

enormes, que no bajaban de 3 pulgadas, salían de sus encías.

Johnson lo abrió, y no encontró en su estómago más que agua. Evidentemente, el oso no había comido desde hacía mucho tiempo, y, sin embargo, estaba muy gordo y pesaba más de mil quinientas libras. Se le descuartizó y cada cuarto dio doscientas libras de carne, sin olvidar el corazón del animal, que tres horas después latía aún con fuerza.

Los compañeros del doctor querían echarse sobre aquella carne cruda, pero el doctor se lo impidió y les suplicó que le diesen tiempo de asarla.

Clawbonny, al entrar en la casa, había notado que hacía en ella mucho frío. Se acercó a la estufa y la encontró completamente apagada. Las ocupaciones y emociones de aquella mañana habían hecho olvidar a Johnson el cuidado de alimentar la estufa, tarea que corría habitualmente a su cargo.

El doctor quiso encender de nuevo la estufa, pero no encontró ni una chispa de lumbre entre las cenizas ya frías.

«¡Vamos, un poco de paciencia!», se dijo.

Fue al trineo a buscar yesca, y pidió su eslabón a Johnson.

–La estufa está apagada –le dijo.

–Yo tengo la culpa –respondió Johnson.

Y buscó su eslabón en el bolsillo donde solía llevarlo, pero en vano.

Tentó los otros bolsillos con no mayor éxito, regresó a la casa, volvió en todas direcciones la manta sobre la cual había pasado la noche, y el eslabón no apareció.

–¿Y bien? –gritaba el doctor con impaciencia.

Johnson volvió, y miró a sus compañeros.

–¿No tenéis vos el eslabón, señor Clawbonny? –dijo.

–No, Johnson.

–¿Ni vos, capitán?

–No –respondió Hatteras.

–Siempre ha estado en vuestro poder, Johnson –repuso el doctor.

–¡Es verdad! Pero no lo encuentro... –murmuró el viejo marino, palideciendo.

–¡No lo encontráis! –exclamó el doctor, sin poder dejar de manifestarse afectado.

No había otro eslabón, y aquella pérdida podía acarrear consecuencias terribles.

–Buscadlo bien, Johnson –dijo el doctor.

Johnson corrió hacia el témpano desde el cual había acechado al oso, y después al lugar mismo del combate en que lo había desollado; pero no encontró nada.

Volvió desesperado. Hatteras le miró sin dirigirle reconvención alguna.

–La cosa es grave –dijo el doctor.

–Sí –respondió éste.

–No tenemos ningún instrumento, ni siquiera un antejo, del que podamos sacar el cristal de aumento para procurarnos fuego.

–Lo sé –respondió el doctor–, y es una desgracia, porque los rayos del sol tendrían bastante fuerza para encender yesca.

–Pues bien –respondió Hatteras–, es preciso matar el hambre con esta carne cruda; emprendemos luego la marcha y procuraremos llegar al buque.

–¡Sí! –decía el doctor, abismado en sus reflexiones–. Y esto, en rigor, sería posible. ¿Por qué no? Podríamos probar.

–¿En qué pensáis? –preguntó Hatteras.

–Se me ocurre una idea.

–¿Una idea? –exclamó Johnson–. ¡Una idea vuestra! ¡Entonces nos hemos salvado!

–¿Tendrá buen éxito? –respondió el doctor–. Allá veremos.

–¿Cuál es vuestro proyecto? –dijo Hatteras.

–No tenemos ninguna lente, y trato de hacer una.

–¿Cómo? –preguntó Johnson.

–Con un pedazo de hielo que tallaremos.

–¿Cómo? ¿Y creéis...?

–¿Por qué no? Se trata de hacer converger los rayos de sol en un foco común, y para el caso puede servirnos el hielo lo mismo que el mejor cristal.

–¿Es posible? –dijo Johnson.

–Sí; sólo que yo preferiría hielo de agua dulce a hielo de agua salada. El de agua dulce es más transparente y más duro.

–Pero, si no me engaño –dijo Johnson, indicando un *hummock* a cosa de cien pasos–, aquel témpano de aspecto casi negruzco y aquel color verde, indican...

–Tenéis razón; venid, amigos; tomad, Johnson, vuestra hacha.

Los tres se dirigieron hacia el témpano indicado, el cual se hallaba, efectivamente, formado de hielo de agua dulce.

El doctor hizo saltar un pedazo que tendría un pie de diámetro, y empezó a tallarlo groseramente con el hacha; después, con un cuchillo volvió más igual su superficie, y por fin lo pulimentó poco a poco con la mano, obteniendo

muy pronto una lente tan transparente como si hubiese sido del mejor cristal.

Volvió a entrar entonces en la casa de nieve, donde cogió un pedazo de yesca, y empezó su experimento.

El sol brillaba entonces con un resplandor bastante vivo, y el doctor expuso su lente de hielo a los rayos que se concentraron en la yesca.

Ésta estuvo encendida a los pocos segundos.

–¡Hurra! ¡Hurra! –exclamó Johnson, que no podía dar crédito a sus ojos–. ¡Ah, señor Clawbonny! ¡Señor Clawbonny!

El viejo marino no podía contener su alegría; iba y venía como un loco.

El doctor se metió en la casa; algunos minutos después estaba encendida la estufa, y luego un delicioso olor a asado sacaba a Bell de su entorpecimiento.

Se comió con el ansia que fácilmente se adivina. El doctor, sin embargo, aconsejó a sus

compañeros que se moderasen, y predicó con el ejemplo. Durante la comida, volvió a tomar la palabra.

–Hoy es un día de ventura –dijo–, tenemos provisiones aseguradas para el resto del viaje. Sin embargo, conviene no dormirnos en las delicias de Capua; y haríamos bien en ponernos inmediatamente en marcha.

–No debemos distar más que unas cuarenta y ocho horas del *Porpoise* –dijo Altamont, que había recobrado ya casi enteramente el uso de la palabra.

–Espero –dijo riendo el doctor– que hallaremos allí con qué echar lumbre.

–Sí –respondió el americano.

–Porque –repuso el doctor– si bien mi lente de hielo es buena, dejaría algo que desear los días en que no hace sol, y estos días son numerosos a menos de 4° del Polo.

–En efecto –respondió Altamont con un suspiro–. ¡A menos de 4°! ¡Mi fragata ha ido a donde jamás antes que ella se había aventurado

otro buque! –¡En marcha! –gritó Hatteras con voz breve.

–¡En marcha! –respondió el doctor, dirigiendo a los dos capitanes una mirada inquieta.

Las fuerzas de los viajeros se habían reparado con prontitud; los perros participaron a discreción de los despojos del oso, y se volvió a emprender rápidamente el camino del Norte.

Durante el viaje, el doctor quiso que Altamont le dijese algo acerca de las razones que le habían arrastrado tan lejos, pero el americano respondió evasivamente.

–Dos hombres que es preciso vigilar –dijo el doctor al oído del viejo contramaestre.

–Sí –respondió Johnson.

–Hatteras no dirige nunca la palabra al americano, y éste parece poco dispuesto a mostrarse reconocido. Afortunadamente, estoy yo aquí.

–Señor Clawbonny –respondió Johnson–, desde que el yanqui ha vuelto a la vida, su fisonomía me inspira cierta alarma.

–O mucho me engaño –respondió el doctor–, o él debe de sospechar los proyectos de Hatteras.

–¿Creéis, pues, vos, que ese extranjero haya tenido los mismos propósitos?

–¡Quién sabe, Johnson! Los americanos son atrevidos y audaces; lo que un inglés ha querido hacer, un americano puede haberlo intentado también.

–¿Pensáis vos que Altamont...?

–Yo no pienso nada –respondió el doctor–, pero la situación de un buque en el camino del Polo hace reflexionar.

–Sin embargo, Altamont dice que ha sido arrastrado a pesar suyo.

–Lo dice, sí; pero yo he creído sorprender en sus labios una singular sonrisa.

–¡Diablos, señor Clawbonny, sería una circunstancia fatal una rivalidad entre dos hombres del temple de los dos capitanes!

–¡Quiera el cielo que me engañe, Johnson, porque esta situación podría acarrear complicaciones graves, tal vez una catástrofe!

–Espero que Altamont no olvidará que le hemos salvado la vida.

–¿No va él a su vez a salvar la nuestra? Confieso que, sin nosotros, él no existiría; pero, sin él, sin su buque, sin los recursos que éste contiene, ¿qué sería de nosotros?

–En fin, señor Clawbonny, vos estáis aquí, y espero que con vuestra intervención todo irá bien.

–Lo espero igualmente, Johnson.

El viaje prosiguió sin ningún incidente digno de ser referido. La carne de oso no escaseaba, y se hicieron con ella abundantes comidas. Hasta reinaba cierta alegría en la comitiva, gracias a las ocurrencias del señor Clawbonny y a su amable filosofía. El digno doctor encontraba siempre en sus alforjas de sabio alguna enseñanza que sacar de los hechos y de las cosas. Su salud no se había deteriorado, y a pesar

de las fatigas y las privaciones, había enflaquecido tan poco que sus amigos de Liverpool le hubieran reconocido sin trabajo, sobre todo por su buen humor inalterable.

Durante la mañana del sábado, vieron los viajeros modificarse sensiblemente la naturaleza de la inmensa llanura de hielo. Los témpanos conmovidos, los *packs*, más frecuentes, los *hummocks* acumulados, demostraban que el *icefield* sufría una presión inmensa. Evidentemente, algún continente desconocido, alguna isla nueva, estrechando los pasos, había producido aquel trastorno. Moles de hielo de agua dulce, más frecuentes y más considerables, indicaban una costa próxima.

Existía, pues, a poca distancia una tierra nueva, y el doctor ardía en deseos de enriquecer con ella los mapas del hemisferio boreal. Nadie puede figurarse el placer que causa el levantamiento de planos de costas desconocidas y la formación de su trazado con la punta del lápiz. Éste era el objeto del doctor; así como

el de Hatteras era pisar con su pie el mismo polo, y se entusiasmaba de antemano pensando en los nombres con que bautizaría los mares, los estrechos, las bahías y hasta las más insignificantes tortuosidades de aquellos nuevos continentes. Ciertamente es que en aquella gloriosa nomenclatura no omitía ni a sus compañeros ni a sus amigos, ni a *Su Graciosa Majestad*, ni a la familia real, pero tampoco se olvidaba de sí mismo, y vislumbraba ya cierto cabo *Clawbonny* con una satisfacción legítima.

Estos pensamientos le ocuparon todo el día. Se dispuso lo necesario para acampar aquella noche según costumbre, y durante ella, pasada cerca de tierras desconocidas, cada cual estuvo un rato de centinela.

Al día siguiente, domingo, después de un abundante almuerzo suministrado por las patas del oso. que fue excelente, los viajeros se dirigieron al Norte, declinando algo hacia el Oeste. Aunque el camino era más difícil, se andaba a buen paso.

Altamont, desde lo alto del trineo, observaba el horizonte con una atención febril, y sus compañeros experimentaban una inquietud involuntaria. Las últimas observaciones solares habían dado por latitud exacta $83^{\circ} 35'$ y por longitud $120^{\circ} 15'$. Ésta era la situación que se suponía ocupaba el buque americano, y, por tanto, aquel mismo día debía resolverse lo que para ellos era cuestión de vida o muerte.

En fin, a cosa de las dos de la tarde, Altamont, poniéndose en pie, detuvo con un sonoro clamor a la comitiva, indicó con la mano una mole blanca que otra mirada cualquiera hubiera confundido con los *icebergs* circundantes, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡El *Porpoise*!

CAPÍTULO VI

EL PORPOISE

L 24 de marzo era domingo de Ramos, E día de gran fiesta, en que las calles de muchas aldeas y ciudades de Europa se cubren de flores y de hojas, y las campanas pueblan los aires de sonidos, y la atmósfera se llena de penetrantes perfumes.

Pero en aquel país desconsolador, ¡qué tristeza! ¡Qué silencio! ¡Nada más que un viento desapacible y áspero, y ni una hoja seca, ni un tallo de hierba!

Y, sin embargo, aquel domingo era también un día de alegría para los viajeros, porque iban a hallar al fin recursos sin los cuales estaban condenados a una muerte próxima.

Apresuraron el paso; los perros tiraron con más energía, *Duck* expresaba con sus ladridos su satisfacción, y la comitiva llegó luego al buque americano.

El *Porpoise* estaba enteramente sepultado en la nieve. No tenía ni palos, ni vergas, ni jarcias; todos sus aparejos se rompieron cuando naufragó. El buque se hallaba encajonado en un lecho de rocas completamente invisible entonces. Echado sobre un costado por la violencia del choque, tenía abierta la carena, y parecía inhabitable.

Así lo reconocieron el capitán, el doctor y Johnson, después de haber penetrado no sin trabajo en el interior del bergantín. Necesario fue quitar más de quince pies de hielo para llegar a la escotilla; pero con alegría general se vio que los animales, de los que se encontraban en el campo numerosas huellas, habían respetado el precioso depósito de provisiones.

–Si bien es verdad –dijo Johnson– que tenemos aquí combustible y municiones de boca

en abundancia, este casco no nos sirve de abrigo.

–Pues bien –respondió Hatteras–, es preciso construir una casa de nieve y establecernos lo mejor que podamos en el continente.

–Sin duda –respondió el doctor–; pero no nos precipitemos y hagamos las cosas en regla. En rigor, podemos alojarnos provisionalmente en el buque, y, entre tanto, construiremos una casa sólida, capaz de protegernos contra el frío y los animales. Yo seré el arquitecto y veréis cómo me porto.

–No dudo de vuestro talento, señor Clawbonny –respondió Johnson–; instalémonos aquí de cualquier modo, y hagamos el inventario de lo que el buque contiene. No veo, desgraciadamente, ninguna hacha ni bote, y el mal estado de estos restos no nos permite pensar en ellos para construir una embarcación.

–¿Quién sabe? –respondió el doctor–. Con reflexión y tiempo se hacen muchas cosas; pero ahora no se trata de navegar, sino de construir

una morada sedentaria, por lo que propongo que no nos ocupemos por ahora de otros proyectos, y más adelante veremos.

–Es lo racional –respondió Hatteras–. Empecemos por lo que más prisa corre.

Los tres compañeros dejaron el buque, volvieron al trineo y participaron sus ideas a Bell y al americano. Bell se manifestó dispuesto a trabajar, y el americano sacudió la cabeza al saber que los restos de su buque para nada servían; pero como esta discusión en aquel momento hubiera sido ociosa, se atuvieron todos al proyecto de refugiarse en el *Porpoise*, y de construir una vasta habitación en la costa.

A las cuatro de la tarde, los cinco viajeros se hallaban, bien o mal, establecidos en la cubierta. Por medio de tablones y restos de arboladura, Bell armó un entarimado casi horizontal donde colocó los coys endurecidos por el hielo y vueltos muy pronto a su estado propio con el calor de la chimenea. Altamont, apoyado en el doctor, pudo sin gran trabajo trasladarse al lu-

gar que le estaba reservado. Al poner el pie en su buque, no pudo contener un suspiro de satisfacción que pareció de mal agüero al contra-maestre.

«¡Se siente en su casa –pensó el viejo marino–, y cualquiera diría que nos convida!»

El resto del día se dedicó al reposo. El tiempo tendía a variar por la influencia de las ráfagas del Oeste; el termómetro, colocado al aire libre, marcó -26° (-32° centígrados).

En resumen, el *Porpoise* se hallaba colocado más allá del polo del frío y en una latitud relativamente menos glacial, aunque más próxima al Norte.

Aquel día se comió cuanto quedaba del oso, con galleta que se encontró en la despensa del buque, y algunas tazas de té; y después, rendidos todos de fatiga, se durmieron profundamente.

Por la mañana, Hatteras y sus compañeros madrugaron poco. Las imaginaciones seguían la pendiente de las ideas nuevas. No les pre-

ocupaba ya la incertidumbre del día siguiente, y nadie pensaba ya más que en albergarse de una manera cómoda. Aquellos náufragos se consideraban como colonos llegados a su destino, y, olvidando los padecimientos del viaje, sólo pensaban en crearse un porvenir lisonjero.

– ¡ Uf! – exclamó el doctor desperezándose–. Es magnífico no tener que preguntarse dónde dormirá uno por la noche y lo que comerá al día siguiente.

– Empecemos por hacer el inventario del buque – respondió Johnson.

El *Porpoise* había sido perfectamente equipado y abastecido para una excursión lejana.

El inventario dio las siguientes cantidades de provisiones: seis mil ciento cincuenta libras de harina, de manteca y de pasas para los *pud-dings*; dos mil libras de buey y cerdo salado; mil quinientas libras de *pemmican*; setecientas libras de azúcar y otras tantas de chocolate; una caja y media de té que pesaba noventa y seis libras; quinientas libras de arroz; varios barriles de

frutas y legumbres en conserva; abundancia de zumo de limón, granos de codearía, acederas y berros y trescientos galones de ron y de aguardiente. La santabárbara ofrecía una gran cantidad de pólvora, balas y plomo, y el carbón y la leña abundaban mucho. El doctor recogió con afán los instrumentos de física y navegación, y hasta una pila Bunsen de gran potencia, que había sido embarcada con objeto de hacer experimentos sobre la electricidad.

En resumen, las provisiones de todo género eran más que suficientes para cinco hombres por espacio de dos años, puestos a ración entera. Se desvanecían todos los riesgos de morir de hambre y de frío.

–He aquí nuestra existencia asegurada – dijo el doctor al capitán–, y nadie nos impedirá remontarnos hasta el Polo.

–¡Hasta el polo! –respondió Hatteras, estremeciéndose.

–Sin duda –repuso el doctor–. Durante los meses de verano, ¿quién nos impedirá verificar un reconocimiento por tierra?

–¡Por tierra, sí! Pero, ¿y por mar?

–¿No se puede construir una lancha con las tablas del *Porpoise*?

–Una lancha americana, ¿no es verdad? –respondió desdeñosamente Hatteras–. Y mandada por ese americano.

El doctor comprendió la repugnancia del capitán, y no creyó oportuno llevar la cuestión más adelante. Dio, pues, a la conversación otro giro.

–Ahora que sabemos a qué atenernos respecto a provisiones –repuso–, es menester construir almacenes para ellas y una casa para nosotros. Los materiales no faltan y podemos albergarnos muy cómodamente. Espero, Bell –dijo el doctor dirigiéndose al carpintero–, que vais a luciros, amigo mío. Yo, además, podré daros algunos buenos consejos.

–Estoy dispuesto, señor Clawbonny – respondió Bell–, y, si necesario fuese, me comprometería a construir con los enormes pedazos de hielo que tenemos a nuestra disposición una ciudad entera con sus casas y sus calles.

–No es necesario tanto. Sírvannos de ejemplo los agentes de la Compañía de la bahía de Hudson, que construyen fortalezas que les guardan de los animales y de los indios. He aquí todo lo que nosotros necesitamos: atrincherarnos lo mejor posible; a un lado la habitación y al otro los almacenes, con un lienzo de muralla y dos baluartes para defendernos. Yo procuraré para el caso recordar mis estudios castrenses.

–A fe mía, señor Clawbonny –dijo Johnson–, yo no dudo de que con vuestra dirección haremos algo de provecho.

–Pues bien, amigos míos, lo primero que hay que hacer es escoger un buen solar; un ingeniero, que sabe dónde tiene la mano derecha, reconoce ante todo el terreno. ¿Venís, Hatteras?

–Apruebo cuanto vos hagáis, doctor – respondió el capitán–. Obrad, pues, a discreción, y, entretanto, yo recorreré la costa.

Altamont, demasiado débil aún para tomar parte en los trabajos, se quedó en el buque, y los ingleses se trasladaron al continente.

El tiempo estaba borrascoso y encapotado. El termómetro marcaba al mediodía 11° bajo cero (–23° centígrados); pero como no hacía viento, la temperatura era soportable.

A juzgar por la disposición de la costa, un mar considerable, a la sazón enteramente helado, se extendía hacia el Oeste hasta perderse de vista. Estaba limitado al Este por una orilla redondeada, cortada por profundas quebrajas, y levantada súbitamente a doscientas yardas de la playa. Formaba también una vasta bahía erizada de rocas peligrosas como las que hicieron naufragar al *Porpoise*, y a lo lejos, en tierra firme, se levantaba una montaña, cuya elevación, según cálculos del doctor, era aproximadamente de 500 toesas. Hacia el Norte, un promonto-

rio terminaba en el mar, después de haber cubierto una parte de la bahía. Una isla de mediana extensión, o, por mejor decir, un islote, sobresalía del campo de hielo a tres millas de la costa, de suerte que si no hubiese sido por la dificultad de entrar en aquella rada, hubiese ofrecido un fondeadero abrigado y seguro. Había también en una escotadura de la playa un ancón muy accesible a los buques, si alguna vez llegaba a verificarse el deshielo en aquella parte del Océano Ártico. Sin embargo, según las narraciones de Belcher y de Penny, todo aquel mar quedaba libre durante los meses de verano.

A la mitad de la costa, el doctor notó una especie de meseta circular que tenía más de doscientos pies de diámetro, la cual dominaba la bahía por tres lados, estando el cuarto cerrado por un acantilado, cortado a pico, de una elevación de veinte toesas, a cuya cima no se podía llegar sino por medio' de peldaños labrados en el hielo. Aquel punto pareció propio

para levantar una construcción sólida y fortificarse debidamente. La naturaleza había hecho los primeros gastos, y bastaba aprovecharse de la disposición del terreno.

El doctor, Bell y Johnson alcanzaron la meseta tallando con el hacha los témpanos, que estaban perfectamente unidos. El doctor, después de haber reconocido la excelencia del emplazamiento, resolvió librarlo de los diez pies de nieve endurecida que lo cubrían, pues era preciso edificar la habitación y los almacenes sobre una base sólida.

El lunes, martes y miércoles, se trabajó sin descanso. Apareció al fin la tierra, que estaba formada de un granito muy duro y de grano apretado, conteniendo además granates y grandes cristales de feldespato que descubrió el azadón.

El doctor dio entonces las dimensiones y el plano de la casa de nieve, que debía tener cuarenta pies de longitud, veinte de anchura y diez de altura. Estaba dividida en tres piezas o de-

partamentos: un salón, un cuarto para dormir y una cocina. No se necesitaba más. La cocina estaba a la izquierda, el dormitorio a la derecha y el salón en medio.

Se trabajó cinco días asiduamente. Los materiales no escaseaban. Las paredes habían de ser bastante gruesas para resistir el deshielo, pues ni aun en verano quería el doctor correr el riesgo de quedarse sin abrigo.

A medida que se levantaba la casa, tomaba buen aspecto. Tenía en la fachada cuatro ventanas, de las cuales dos correspondían al salón, una a la cocina y otra al dormitorio. Los cristales eran magníficas tablas de hielo, según usanza de los esquimales, y permitían el paso a una luz suave como la que atraviesa el vidrio deslustrado.

Delante del salón, entre sus dos ventanas, había un largo corredor, a manera de galería, cubierta o colgadiza, que daba entrada a la casa, cerrándolo herméticamente una puerta sóli-

da que había pertenecido a la cámara del *Porpoise*.

Cuando estuvo terminada la casa, el doctor quedó encantado de su obra. Difícil hubiera sido determinar a qué estilo de arquitectura pertenecía aquella construcción, si bien el arquitecto hubiera preferido a todo el gótico-sajón, tan popular en Inglaterra. Pero la solidez era lo principal, por lo que el doctor se limitó a revestir la fachada de robustos contrafuertes, macizos como pilares romanos. Encima, un tejado muy pendiente se apoyaba en la pared de granito, la cual servía igualmente para sostener los tubos de las estufas que conducían el humo fuera.

Terminada la gran obra, se procedió al arreglo del mobiliario. Se trasladaron al cuarto de dormir los coys del *Porpoise*, que se colocaron circularmente alrededor de una gran estufa. En el salón, que sirvió también de comedor, se pusieron banquetas, sillas, sillones, mesas y armarios, y la cocina recibió los hornillos del

buque con todos sus utensilios. Las velas tendidas en el suelo servían de tapices, y ejercían también en las puertas interiores, que no tenían otro medio de cerrarse, las funciones de mamparas.

Las paredes de la casa medían comúnmente un espesor de cinco pies, y los huecos de las ventanas parecían troneras de cañón.

Todo era de una solidez suma. ¿Qué más podía exigirse? ¡Ah! Si se hubiese ejecutado cuanto ideaba el doctor, ¡qué no se hubiera hecho con aquel hielo y aquella nieve que tan dócilmente se prestaban a todas las combinaciones! Todo el día estaba el doctor rumiando mil proyectos soberbios que no pensaba realizar, pero así volvía más divertido con los recursos de su ingenio el trabajo común.

Además, a fuer de bibliófilo, había leído un libro bastante raro de M. Kraft, titulado: «Descripción detallada de la casa de hielo construida en San Petersburgo, en enero de 1740, y de todos los objetos que contenía». Y aquel re-

cuerdo sobreexcitaba su inventiva. Una noche, contó a sus compañeros las maravillas de aquel palacio de hielo.

–¿No podemos –les dijo– hacer nosotros aquí lo que se ha hecho en San Petersburgo? ¿Qué nos falta? Nada, ni siquiera la imaginación.

–Era un palacio de hadas, amigo mío. La casa, construida por orden de la emperatriz Ana, que, en 1840, hizo celebrar en ella los esponsales de uno de sus bufones, tenía casi las dimensiones de la nuestra; pero delante de su fachada había, puestos en sus cureñas, seis cañones de hielo, con los que, sin que reventasen, se dispararon muchos cañonazos con pólvora y bala. Había igualmente morteros que tiraban bombas de setenta libras, y por consiguiente nosotros, en caso necesario, podríamos artillar-nos de una manera formidable. El bronce no está lejos y nos cae del cielo. Pero donde sobresalieron el gusto y el arte fue en el frontis del palacio, adornado con estatuas de hielo de sor-

prendente hermosura. La gradería exterior de la fachada estaba llena de jarrones con flores y macetas con naranjos, todo hecho de hielo, y a la derecha se levantaba un enorme elefante que durante el día arrojaba chorros de agua y durante la noche ríos de petróleo ardiendo. ¡Oh! ¡Qué casa tan completa haríamos nosotros, si quisiéramos!

–Se me figura –replicó Johnson– que animales no nos faltarán, y no por no ser de hielo serán menos interesantes.

–¡Que vengan! –replicó el belicoso doctor–. Sabremos defendernos contra sus ataques. Pero, volviendo a mi casa de San Petersburgo, añadiré que en su interior había mesas, tocadores, espejos, candelabros, bujías, camas, naipes y armarios con su servicio completo, todo de hielo cincelado, torneado, esculpido, en una palabra, un mobiliario al cual no faltaba nada.

–¿Era, pues, un verdadero palacio? –dijo Bell.

–Un palacio espléndido y digno de una soberana. ¡Ah! ¡El hielo! ¡Qué bien ha hecho la Providencia en inventarlo, puesto que se presta a tantas maravillas y puede proporcionar el bienestar a los náufragos!

Se llegó al 30 de marzo sin haber hecho más que amueblar la casa de nieve. El 31 era domingo de Pascua, y este día se consagró al reposo, pasándolo todos en el salón, donde se leyó el Oficio divino y todos pudieron apreciar la buena disposición de la *snov-house*.

Al día siguiente se empezaron a construir los almacenes y el polvorín, en lo que se invirtieron ocho días, comprendiendo en ellos el tiempo empleado en la descarga completa del *Porpoise*, que no se hizo sin dificultad, pues lo bajo de la temperatura no permitía trabajar mucho tiempo. En fin, el 8 de abril, las provisiones, el combustible y las municiones se hallaban en tierra firme y perfectamente al abrigo. Los almacenes estaban situados al Norte de la meseta, y el polvorín al Sur, a unos sesenta pies de

cada extremidad de la casa. Se construyó junto a los almacenes una especie de perrera para alojar a los canes groenlandeses, que fue honrada por el doctor con el nombre de Palacio de los Perros. *Duck* participaba de la morada común.

Entonces el doctor pensó en los medios de defensa de la plaza. Bajo su dirección, se rodeó la meseta de una verdadera fortificación de hielo que la ponía a cubierto de todas las invasiones. Su altura formaba una escarpa natural, y como no tenía puntos entrantes ni salientes, era igualmente fuerte en todos sus flancos. El doctor, organizando este sistema de defensa, recordaba indeciblemente al digno tío Tobías, de Sterne, del cual tenía la dulce bondad y el apacible humor. Daba gusto verle calcular la pendiente de su escarpa interior, la inclinación del terraplén y la anchura de la trinchera. Pero este trabajo se hacía con tanta facilidad con aquella nieve complaciente, que el amable ingeniero pudo dar a su muralla de hielo hasta

siete pies de grueso, y, además, como la meseta dominaba la bahía, no hubo necesidad de construir ni contraescarpa, ni talud exterior, ni glacis. El parapeto de nieve, después de rodear la meseta, seguía la muralla de la roca, y se unía con la casa por los dos lados. Aquellas obras castrenses terminaron hacia el 15 de abril. El fuerte estaba completo, y el doctor contemplaba su obra con orgullo.

Aquel recinto fortificado se hubiera, en realidad, sostenido mucho tiempo contra una tribu de esquimales, si semejantes enemigos se hubiesen encontrado por aquella latitud; pero no había en aquella costa vestigio alguno de seres humanos. Hatteras, estudiando la configuración de la bahía, no vio nunca un solo resto de las chozas que se encuentran comúnmente en los parajes frecuentados por tribus groenlandesas. Los náufragos del *Forward* y del *Porpoise* eran, al parecer, los primeros seres humanos que habían pisado aquel suelo desconocido.

Pero si los hombres no eran de temer, podían los animales ser peligrosos, y el fuerte debía poner a su pequeña guarnición a cubierto de sus ataques.

CAPÍTULO VII

UNA DISCUSIÓN CARTOLÓGICA

URANTE estos preparativos de inver-
D nada, Altamont había recobrado comple-
tamente sus fuerzas y su salud, y hasta pudo
tomar parte activa en la descarga del buque. Su
poderosa constitución le valió, y su anemia no

pudo resistir mucho tiempo al vigor de su sangre.

En él se vio renacer al individuo robusto y sanguíneo de los Estados Unidos, al hombre enérgico e inteligente, dotado de un carácter resuelto, al americano emprendedor, audaz, dispuesto a todo. Era oriundo de Nueva York, y navegaba desde niño, según dijo a sus compañeros. Su buque, el *Porpoise*, había sido tripulado y fletado por una sociedad de ricos negociantes de la Unión, a cuyo frente se hallaba el famoso míster Grimmel.

Entre Hatteras y Altamont existían semejanzas de carácter, pero no simpatías. Estas semejanzas no eran a propósito para hacer de aquellos dos hombres dos amigos. Todo lo contrario. Además, un observador hubiera notado en el acto entre ellos graves desacuerdos. Altamont, al mismo tiempo que parecía mostrar más franqueza que Hatteras, era menos franco que éste. Con más llaneza, había en él menos sinceridad, y su carácter abierto inspiraba me-

nos confianza que la índole sombría del capitán británico. Éste concebía una idea, la manifestaba una sola vez y se aferraba a ella. El otro, hablaba de sus propósitos, los comentaba mil veces, y sus palabras, con mucha frecuencia, nada significaban.

He aquí lo que el doctor fue reconociendo poco a poco en el carácter del americano, y tenía razón en presentir una enemistad futura, ya que no un odio a muerte, entre el capitán del *Porpoise* y el del *Forward*.

Y, sin embargo, eran dos, y no podía mandar más que uno. Hatteras tenía, sin duda alguna, todos los derechos a la obediencia del americano, los derechos de la prioridad y los de la fuerza. Pero si el uno se hallaba a la cabeza de los suyos, el otro se hallaba a bordo de su buque, lo que también era algo.

Por política o por instinto, Altamont contrajo desde luego con el doctor amistosas relaciones. Le debía la vida, pero la simpatía le inclinaba hacia aquel digno hombre más aún

que el reconocimiento. Tal era el inevitable efecto del carácter del digno Clawbonny, a cuyo alrededor nacían los amigos como los trigos al calor del sol. Se ha hablado de personas que se levantaban a las cinco de la mañana para crearse enemigos; el doctor no lo hubiera conseguido, aunque se hubiese levantado a las cuatro.

Resolvió, no obstante, sacar partido de la amistad de Altamont para conocer la verdadera razón de su presencia en los mares polares. Pero el americano, con toda su verbosidad, respondió sin responder, y volvió a su acostumbrado tema del paso del Noroeste.

El doctor sospechaba que el motivo de la expedición era otro, el mismo precisamente que tenía Hatteras. Resolvió, por lo mismo, no provocar acerca del particular ninguna cuestión entre los dos adversarios, pero no siempre lo consiguió, pues las más insignificantes conversaciones tomaban a pesar suyo un giro peligroso, bastaba una palabra cualquiera para hacer

brotar la chispa al choque de los intereses rivales.

Así sucedió, en efecto. Concluida la casa, el doctor resolvió celebrar tan fausto suceso con una comida espléndida. Clawbonny tenía la idea de introducir en aquel continente desierto las costumbres y placeres de la vida europea. Bell había muerto precisamente algunos ptarmigans y una liebre blanca, primer mensajero de la nueva primavera.

El festín se celebró el 14 de abril, segundo domingo de Cuasimodo, haciendo un tiempo muy seco, pero el frío no se atrevía a penetrar en la casa de hielo, seguro de ser vencido por las estufas que estaban atestadas de combustible.

Se comió perfectamente. La carne fresca formó un agradable contraste al lado del *pemmican* y de la cecina. Un maravilloso pudding, obra del doctor, mereció los honores de la repetición, y el sabio cocinero, con su mandil y su

cuchillo al cinto, no hubiera deshonrado las cocinas del gran canciller de Inglaterra.

A los postres aparecieron los licores, pues el americano no estaba sometido al régimen de los *teetotalers* ingleses (5), y no había ninguna razón para que él se privase de un vaso de ginebra o de brandy. Los otros invitados, sobrios ordinariamente, podían, sin inconveniente, permitirse en tan señalado día una infracción a la regla, sobre todo cuando para ello les autorizó el mismo médico. Durante los brindis, dirigidos a la Unión, Hatteras no hizo más que guardar silencio.

Entonces fue cuando el doctor suscitó una cuestión interesante.

–Amigos míos –dijo–, no basta haber salvado los estrechos, los bancos y los campos de hielo, y haber llegado hasta aquí; nos quedan aún por hacer algunas cosas. Os propongo dar

⁵ Régimen que excluye todas las bebidas espirituosas.

nombres a esta tierra hospitalaria, en que hemos encontrado la salvación y el reposo. Esta es la costumbre seguida por todos los navegantes del mundo, sin que ninguno haya faltado nunca a ella, y, por consiguiente, nosotros, al regresar a nuestra patria, debemos enseñar, al mismo tiempo que la configuración hidrográfica de las costas, los nombres con que se distinguen los cabos, las bahías, las puntas y los promontorios. Eso es absolutamente necesario.

–Muy bien dicho –exclamó Johnson–. Además, cuando se puede dar a todas estas tierras un nombre especial parecen ya una cosa distinta, y se adquiere el derecho de no considerarse como abandonado en un continente desconocido.

–Sin contar –replicó Bell– con que así se simplifican las instrucciones durante un viaje, y se facilita la ejecución de las órdenes. Podrá ser que nos veamos obligados a separarnos durante alguna expedición o en una cacería, y nada

mejor para encontrar un camino que saber cómo se llama.

–Pues bien –dijo el doctor–, puesto que acerca del particular estamos todos de acuerdo, procuremos ahora entendernos respecto de los nombres que vamos a dar, y no olvidemos ni nuestro país, ni a nuestros amigos, en la nomenclatura. En cuanto a mí, cuando recorro un campo, nada me causa tanta alegría como ver el nombre de un compatriota en el extremo de un cabo, al lado de una isla o en medio del mar. Así interviene de una manera encantadora la amistad en la geografía.

–Tenéis razón, doctor –respondió el americano–. Y, además, decís las cosas de una manera que aumenta mucho su precio.

–Veamos –respondió el doctor–, procedamos con orden.

Hatteras no había tomado aún parte en la conversación. Reflexionaba. Sin embargo, notando que se fijaban en él las miradas de sus compañeros, se levantó y dijo:

–Salvo mejor parecer, y nadie aquí me contradirá, yo opino –en aquel momento Hatteras miraba a Altamont– que debemos dar a nuestra habitación el nombre de su hábil arquitecto, el mejor de los aquí presentes, y llamarla *Casa del Doctor*.

–Perfectamente –respondió Bell.

–Perfectamente –repitió Johnson–. ¡*Casa del Doctor!*

–Es lo mejor que puede hacerse –respondió Altamont–. ¡Hurra por el doctor Clawbonny!

Se echó un triple hurra de común acuerdo, y también *Duck* ladró, sin duda en señal de aprobación.

–Así, pues –repuso Hatteras–, que esta casa sea así llamada en tanto que una tierra nueva nos permita distinguirla con el nombre de nuestro amigo.

–¡Ah! –exclamó el viejo Johnson–. ¡Si el paraíso terrestre no tuviese aún nombre, el de Clawbonny le sentaría a las mil maravillas!

El doctor, muy conmovido, quiso excusarse por modestia, pero tuvo que pasar por lo que querían todos. Quedó, pues, debidamente decretado que aquella alegre comida se había celebrado en el gran salón de la *Casa del Doctor*, después de haberse preparado en la cocina de la *Casa del Doctor*, y que se irían a acostar tranquilamente en el dormitorio de la *Casa del Doctor*.

–Ahora –dijo el doctor– pasemos a otros puntos más importantes de nuestros descubrimientos.

–Hay –respondió Hatteras– este mar inmenso que nos rodea, y cuyas olas no ha surcado aún ningún buque.

–¡Ningún buque! Me parece, sin embargo –dijo Altamont–, que el *Porpoise* no merece que se le olvide, a no ser que haya venido por tierra– añadió sarcásticamente.

–Bien podría creerse –replicó Hatteras–, al ver las rocas sobre las que duerme en este momento.

–En verdad, Hatteras –dijo Altamont, algo amoscado–, que, mal por mal, vale más estar varado en las rocas, como el *Porpoise*, que desparramarse por los aires, como ha hecho el *Forward*.

Hatteras iba a replicar con vehemencia, cuando el doctor intervino:

–Amigo –dijo–, aquí no se trata de buques, sino de un mar nuevo...

–No es nuevo –respondió Altamont–. Es un mar que se halla indicado en todas las cartas del polo. Se llama Océano Boreal, y no creo sea oportuno variar su nombre. Más adelante, si descubrimos que no es más que un estrecho o un golfo, veremos lo que hay que hacer.

–Sea –dijo Hatteras.

–Sea –respondió el doctor, sintiendo casi haber suscitado una discusión preñada de rivalidades nacionales.

–Lleguemos, pues, a la tierra que pisamos en este momento –replicó Hatteras–. Yo no sé

que tenga nombre alguno en las cartas más modernas.

Tal diciendo, fijó una mirada en Altamont, el cual no bajó los ojos, y respondió:

–Acaso estéis engañado, Hatteras.

–¡Engañado! ¡Cómo! Esta tierra desconocida, este país nuevo...

–Tiene ya un nombre –respondió tranquilamente el americano.

Hatteras calló. Sus labios temblaron.

–¿Qué nombre tiene? –preguntó el doctor, a quien la rotunda afirmación del americano dejó casi atónito.

–Mi querido Clawbonny –respondió Altamont–, todo navegante tiene la costumbre, por no decir el derecho, de dar nombre al continente a que él llega el primero. Me parece, pues, que en esta ocasión puedo y debo usar de este derecho incontestable.

–Sin embargo... –dijo Johnson, a quien tenía en ascuas la mordaz sangre fría de Altamont.

–Me parece –repuso éste– que sería temeridad ridícula empeñarse en sostener que el *Porpoise* no ha atracado en esta costa, y, aun admitiendo que hubiese venido por tierra –añadió, mirando a Hatteras–, no habría cuestión.

–Es una pretensión que yo no admito –respondió gravemente Hatteras, conteniéndose–. Para nombrar, es por lo menos necesario descubrir, y supongo que no es descubrimiento lo que vos habéis hecho. Además, sin nosotros, ¿dónde estaríais vos, caballero; vos, que queréis imponernos condiciones? ¡A veinte pies debajo de la nieve!

–Y sin mí, caballero –replicó con energía el americano–, sin mí y sin mi buque, ¿qué sería de vosotros en este momento? ¡Estaríais muertos de hambre y de frío!

–Amigos –dijo el doctor, interviniendo como pudo–, un poco de calma, y todo puede arreglarse. Oídmeme.

–El caballero –continuó Altamont designando al capitán– podrá dar nombre a todas las demás tierras que descubra, si alguna descubre: pero este continente me pertenece. Ni siquiera podría admitir la pretensión del que quisiera que llevase dos nombres, como la Tierra Grinnell, que se llama igualmente Tierra del Príncipe Alberto, porque un inglés y un americano la reconocieron casi al mismo tiempo. Aquí es otra cosa. Mis derechos de prioridad son incontestables. Ningún buque, antes que el mío, ha rozado esta costa con su borda. Ningún ser humano, antes que yo, ha puesto el pie en este continente, al cual yo he dado un nombre, y lo conservaré.

–¿Y qué nombre le habéis dado? –preguntó el doctor.

–Nueva América –respondió Altamont.

Los puños de Hatteras se crisparon sobre la mesa. Pero, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, se contuvo.

–¿Podéis probarme –repuso Altamont– que un inglés haya pisado nunca este suelo antes que un americano?

Johnson y Bell callaban, no obstante irritarles tanto como al capitán el imperioso aplomo de su contradictor. Pero comprendían que nada podían oponer a sus afirmaciones.

El doctor volvió a tomar la palabra, después de algunos instantes de un silencio penoso.

–Amigos míos –dijo–, la primera ley humana es la ley de la justicia, que contiene todas las otras. Seamos, pues, justos y no nos dejemos avasallar por los malos sentimientos. La prioridad de Altamont me parece incontestable. No hay para qué discutirla. Nosotros tomaremos el desquite más adelante, y tendrá Inglaterra una buena parte en nuestros descubrimientos futuros. Dejemos, pues, a esta tierra el nombre de Nueva América. Pero supongo que Altamont, al darle este nombre, no habrá dispuesto de las bahías, de los cabos, de las

puntas, de los promontorios que contiene, y no creo que pueda haber inconveniente en que llamemos a esta bahía la bahía Victoria.

–Ninguno –respondió Altamont–, si el cabo que se extiende allá abajo, en el mar, lleva el nombre de cabo Washington.

–Habríais podido, caballero –exclamó Hatteras fuera de sí–, escoger un nombre menos desagradable a un oído inglés.

–Pero no más querido a un oído americano –respondió Altamont con mucha altanería.

–¡Veamos, veamos! –respondió el doctor, que tenía no poco que hacer para conservar la paz en aquella pequeña sociedad–. ¡No haya discusión acerca del particular! ¡Que sea permitido a un americano estar orgulloso de sus grandes hombres! Honremos el genio dondequiera que se encuentre, y, puesto que Altamont ha hecho su elección, hablemos ahora en pro de nosotros y de los nuestros. Que nuestro capitán...

–Doctor –respondió Hatteras–, siendo esta tierra una tierra americana, deseo que mi nombre no figure en ella.

–¿Es una decisión irrevocable? –preguntó el doctor Clawbonny.

–Absoluta –respondió Hatteras.

El doctor no insistió.

–Pues bien, ahora, nosotros –dijo dirigiéndose al viejo marino y al carpintero–, dejemos aquí alguna huella de nuestro paso. Os propongo llamar a la isla que vemos a tres millas de aquí isla Johnson, en honor de nuestro contramaestre.

–¡Oh! –dijo éste algo confuso–. ¡Señor Clawbonny?

–En cuanto a esta montaña que hemos reconocido hacia el Oeste, le ¿haremos el nombre de monte Bell, si nuestro carpintero lo consiente.

–Es demasiado honor para mí –respondió Bell.

–Es justicia –replicó el doctor.

–Perfectamente –dijo Altamont.

–Ya no nos queda que bautizar más que nuestro fuerte –repuso el doctor–. Y respecto al particular no habrá discusión, pues no es ni a su graciosa majestad la reina Victoria ni a Washington, a quienes debemos el albergue que tenemos en este momento, sino a Dios, cuya inmensa bondad nos ha salvado a todos. ¡Que este fuerte se llame, pues, Fuerte Providencia!

–Muy acertado –respondió Altamont.

–El Fuerte Providencia –dijo Johnson– viene muy bien. Así, pues, al volver de nuestras excursiones del Norte, tomaremos por el cabo Washington para ganar la bahía Victoria, y desde allí el Fuerte Providencia, donde hallaremos alimento y descanso en la *Casa del Doctor*.

–Está entendido –respondió el doctor–. Más adelante, a medida que vayamos descubriendo, tendremos que dar otros nombres que no provocarán desavenencias. Así lo espero. Porque, amigos míos, aquí es preciso sostenerse

y amarse. Nosotros representamos la humanidad entera en este extremo de costa; no nos abandonemos, pues, a estas detestables pasiones que destrozan las sociedades; reunámonos de modo que seamos fuertes e inquebrantables contra la adversidad. ¡Quién sabe los peligros que el cielo nos reserva y los padecimientos que tendremos que arrostrar antes de volver a ver a nuestro país! Seamos, pues, cinco en uno solo, y dejemos a un lado rivalidades que no tienen jamás razón de ser, y aquí menos que en ninguna otra parte. ¿Me entendéis, Altamont? ¿Y vos, Hatteras?

Los dos capitanes no respondieron, pero el doctor hizo como si hubiesen respondido.

Después se habló de otra cosa. Se trató de organizar cacerías para renovar y variar las provisiones de carne. Con la primavera debían volver las liebres, las perdices, las zorras y hasta los osos, por lo que se resolvió no dejar pasar un solo día favorable sin practicar un reconocimiento por las tierras de Nueva América.

CAPÍTULO VIII

EXCURSIÓN AL NORTE DE LA BAHÍA VICTORIA

L día siguiente, apenas rayó el sol, A Clawbonny se encaramó por las rudas pendientes del murallón de rocas en que se apoyaba la *Casa del Doctor*, murallón que terminaba en una especie de cono truncado. No sin trabajo consiguió el doctor llegar a su cima, y desde allí su mirada abarcó una vasta extensión de terreno conmovido, que parecía ser el resul-

tado de algún sacudimiento volcánico. Una inmensa sábana blanca cubría el continente y el mar, sin que fuese posible distinguir uno de otro.

Al reconocer que aquel sitio culminante dominaba toda la llanura que le circundaba, el doctor tuvo una idea, que no puede causar admiración a los que conocemos su fecunda inventiva.

Maduró su idea, la combinó, pero sin probabilidades de éxito, y cuando fue completamente dueño de ella, volvió a la casa de nieve y la comunicó a sus compañeros:

–Se me ha ocurrido colocar un faro en la cúspide del cono que se levanta sobre nuestras cabezas.

–¿Un faro? –contestaron todos.

–¡Sí, un faro! Un faro que tendrá una doble ventaja: nos guiará durante la noche, cuando volvamos de nuestras excursiones lejanas, y alumbrará la meseta durante nuestros ocho meses de invierno.

–Sin duda –respondió Altamont–, un aparato semejante sería sumamente útil, pero ¿cómo vais a establecerlo?

–Con uno de los faroles del *Porpoise*.

–Convenido. Pero ¿con qué alimentaréis la luz de vuestro faro? ¿Con aceite de foca?

–¡No! La luz producida por el aceite que decís no alumbraría bastante, y podría apenas atravesar la niebla.

–¿Pretendéis extraer de nuestro aceite el hidrógeno que contiene y hacernos gas de alumbrado?

–Tampoco. Esta luz sería también insuficiente, y tendría, además, el grave inconveniente de consumir una parte de nuestro combustible.

–Entonces –dijo Altamont–, no acierto a adivinar. ..

–En cuanto a mí –respondió Johnson–, desde lo de la bala de mercurio y lo de la lente de hielo, y la construcción de Fuerte Providen-

cia, considero al señor Clawbonny capaz de todo.

–Pues bien –repuso Altamont–, ¿queréis decirnos qué género de faro pretendéis establecer?

–Es muy sencillo –respondió el doctor–, un faro eléctrico.

–¡Un faro eléctrico!

–Sin duda. ¿No teníais a bordo del *Porpoise* una pila de Bunsen en muy buen estado?

–Sí –respondió el americano.

–Evidentemente, cuando os la trajisteis teníais intenciones de hacer algunos experimentos, pues nada le falta, ni los hilos conductores, perfectamente aislados, ni el ácido necesario para poner en actividad los elementos. Es, pues, fácil procurarnos luz eléctrica. Veremos mejor y no nos costará nada.

–Perfectamente –respondió el contramaestre–. Y cuanto menos tiempo perdamos...

–Pues bien, los materiales están allí –respondió el doctor–. Y en una hora habremos

levantado una columna de hielo de diez pies de altura, que será más que suficiente.

El doctor salió y sus compañeros le siguieron hasta la cumbre del cono. La columna se levantó con prontitud, y encima de ella se colocó uno de los faroles del *Porpoise*.

Entonces el doctor adaptó a él los hilos conductores que estaban en contacto con la pila, la cual, colocada en la casa de hielo, estaba preservada de la helada por el calor de las estufas. Desde allí los hilos subían hasta la linterna.

Todo se estableció rápidamente, y se aguardó la puesta del sol para gozar del efecto. Por la noche, las dos puntas del carbón, mantenidas en la linterna a una distancia conveniente, se acercaron una a otra, y haces de una luz intensa, que el viento no podía moderar ni extinguir, brotaban del fanal. Era un maravilloso espectáculo el que ofrecían aquellos rayos deslumbradores, cuyo resplandor, rivalizando con la blancura nítida de las llanuras, dibujaba vivamente los contornos de todas las prominencias.

cias circundantes. Johnson palmoteo con entusiasmo.

–He aquí –dijo a míster Clawbonny– que el doctor nos ha fabricado un sol.

–Es preciso hacer algo de todo –respondió modestamente el doctor.

El frío puso fin a la admiración general, y todos fueron a acurrucarse entre mantas.

La vida quedó entonces regularmente organizada. Durante los días siguientes, desde el 15 al 20 de abril, el tiempo estuvo muy inseguro. La temperatura saltaba súbitamente 20 grados y la atmósfera experimentaba variaciones imprevistas. Tan pronto estaba impregnada de nieve y agitada por los torbellinos, tan pronto se volvía fría y seca hasta el punto de no poder salir al aire libre sin muchas precauciones.

Sin embargo, el sábado calmó el viento, y esta circunstancia hizo posible una excursión, por lo que se resolvió dedicar un día a la caza para renovar las provisiones.

Al amanecer, Altamont, el doctor y Bell, armado cada cual de su escopeta de dos cañones, municiones suficientes, un hacha y un cuchillo de nieve para el caso en que fuese necesario crearse un abrigo, partieron estando el tiempo cubierto.

Durante su ausencia Hatteras fue a reconocer la costa y a hacer algunas observaciones. El doctor había cuidado de hacer funcionar el faro, cuyos rayos lucharon ventajosamente con los del astro del día. En efecto, la luz eléctrica, que equivale a la de 3.000 bujías o 300 mecheros de gas, es la única que puede sostener la comparación con el brillo del sol.

El frío era intenso, seco y tranquilo. Los cazadores se dirigieron hacia el cabo Washington, favoreciendo su marcha la nieve endurecida. En media hora anduvieron las tres millas que separaban el cabo de Fuerte Providencia. *Duck* iba con ellos, retozando muy alegre.

La costa torcía hacia el Este, y las altas cimas de la bahía Victoria tendían a deprimirse

por el lado del Norte, lo que permitía suponer que la Nueva América podía muy bien no ser más que una isla, pero entonces no se trataba de determinar su configuración.

Los cazadores tomaron por la orilla del mar y avanzaron rápidamente por un terreno virgen de todo paso humano en que no había ningún vestigio de habitación, ni el más insignificante resto de una choza.

Así anduvieron quince millas durante las tres primeras horas, corriendo sin detenerse; pero no parecía que su caza debiese ser de algún provecho. Apenas vieron huellas de liebre, de zorra, ni de lobo, si bien algunos *snow-birds* (6), revoloteando en distintas direcciones, anunciaban la vuelta de la primavera y de los animales árticos.

Los tres compañeros habían tenido que meterse tierra adentro para salvar los obstáculos que les ofrecían derrumbaderos profundos

⁶ Pájaros de nieve.

y peñascos cortados a pico que terminaban en el monte Bell; pero, después de sufrir algún retraso, ganaron de nuevo la orilla y vieron que los hielos no estaban aún segregados. El mar permanecía helado y, eso no obstante, vestigios de focas anunciaban las primeras visitas de estos anfibios que pasaban ya a respirar a la superficie del *icefield*. Anchas huellas y roturas aún frescas de témpanos, no permitían dudar que algunos de ellos habían recientemente tomado tierra.

Las focas son muy aficionadas a los 'rayos del sol, y se tienden en las orillas para dejarse penetrar por su benéfico calor.

El doctor hizo observar esta particularidad a sus compañeros.

–Examinemos este sitio con cuidado –les dijo–, pues es muy posible que en él, al llegar el verano, encontremos focas a centenares, y en los parajes poco frecuentados por los hombres es fácil cogerlas, porque se dejan acercar cuanto se quiere. Pero es menes-

ter procurar no asustarlas, porque entonces desaparecen como por encanto y ya no vuelven. Así es como algunos pescadores torpes, en lugar de matarlas aisladamente, las han atacado en masa, con gritos y ruidos, y han perdido o comprometido su negocio.

–¿Se las caza solamente para utilizar su piel o su aceite? –preguntó Bell.

–Los europeos, sí; pero los esquimales se las comen, y se puede decir que de ellas viven, a pesar de que nada tienen de apetitoso los pedazos de foca que mezclan con sangre y grasa. Hay, sin embargo, cierta manera de prepararla, y yo me encargo de sacar de una foca sus chuletitas delgadas que no parecerán despreciables a los que se acostumbren a su color negro.

–Allá veremos –respondió Bell–; lo que es yo, me comprometo a comerme toda la carne de foca que os dé la gana. Tenedlo entendido, señor Clawbonny.

–Amigo Bell, lo que vos queréis decir es que comeréis toda la carne de foca que os dé la

gana a vos, no a mí. Pero, cualquiera que sea vuestra voracidad, no igualará nunca a la del groenlandés, que consume diariamente de 10 a 15 libras de carne de foca.

–¡Quince libras! –dijo Bell–. ¡Qué estómagos!

–Estómagos polares –respondió el doctor–. Estómagos prodigiosos y elásticos que se dilatan y contraen cuanto se quiera, pues son tan propios para soportar la abstinencia como la abundancia. Al principio de la comida, el esquimal está flaco, y a la conclusión de ella está tan gordo que parece una persona distinta. Verdad es que su comida dura a veces un día entero.

–Evidentemente –preguntó Altamont–, ¿esta voracidad es particular a los habitantes de los países fríos?

–Tal creo –respondió el doctor–; en las regiones árticas es necesario comer mucho. Ésta es una de las exigencias, no sólo de la reparación de las fuerzas físicas, sino hasta de la exis-

tencia. Así es que la Compañía de la bahía de Hudson señala a cada hombre diariamente ocho libras de carne, o 12 de pescado, o 2 de *pemmican*.

–Es un régimen confortativo –dijo el carpintero.

–No tanto como suponéis, amigo mío. Un indio, alimentado según dicho régimen, no trabaja más que un inglés nutrido con una libra de buey y una botella de cerveza.

–Entonces, señor Clawbonny, bien estamos como estamos.

–Sin duda, pero es lógico que una comida de esquimales nos cause sorpresa. En la tierra de Boothia, sir John Ross, durante su invernada, se asombraba al ver la voracidad de sus guías. Cuenta que dos hombres, dos nada más, devoraron en una mañana un toro almizclado. Cortaban la carne a tiras que introducían en su gaznate; después ras con ras de la nariz, cortando cada cual lo que no podía contener su boca, lo pasaba a su compañero. O bien, dejan-

do colgar hasta el suelo las tiras de carne, las tragaban poco a poco, del mismo modo que una boa se traga un buey, y también comían tendidos a lo largo.

–¡Qué asco! –dijo Bell–. ¡Qué brutos!

–Cada cual tiene su manera de comer –respondió filosóficamente el americano.

–¡Afortunadamente! –replicó el doctor.

–Ya no me extraña –repuso Altamont– que, siendo en estas latitudes tan imperiosa la necesidad de comer, en las relaciones de los viajes árticos se haga siempre mención de la comida.

–Tenéis razón –respondió el doctor–. Y yo he hecho la misma observación. Esto depende, no sólo de que se necesita una alimentación abundante, sino también de que es con frecuencia muy difícil procurársela. Se piensa en ella sin cesar, y, por consiguiente, se habla de ella siempre.

–Sin embargo –dijo Altamont–, si mal no recuerdo, en Noruega, en las comarcas más frías, los indígenas no tienen necesidad de una

alimentación tan sustancial, y se crían muy robustos sin más que un poco de leche, huevos, pan, corteza de álamo, algunas veces salmón, y nunca carne.

–Cuestión de organización –respondió el doctor–, que yo no me sé explicar. Creo, sin embargo, que una segunda o tercera generación de noruegos, trasplantados a Groenlandia, acabaría por aclimatarse a la manera groenlandesa. Y nosotros mismos, amigos míos, si permaneciésemos en este venturoso país llegaríamos a vivir como esquimales, y seríamos tan voraces como ellos.

–Señor Clawbonny –dijo Bell–, me abrí el apetito hablando de esta manera.

–A fe mía, no –respondió Altamont–; lo que cuenta me parece repugnante y me haría cobrar aversión a la carne de foca... Pero creo que ha llegado el caso de probarla, pues, o mucho me engaño, o distingo, allá abajo, tendida sobre los témpanos, una mole que me parece animada.

–¡Es una loba marina! –exclamó el doctor–.
¡Silencio, adelante!

En efecto, un anfibio de los de mayor tamaño parecía desperezarse a cosa de 200 yardas de los cazadores, extendiéndose y retorciéndose con voluptuosidad a los pálidos rayos del sol.

Los tres cazadores evolucionaron de modo que pudieran cercar al animal para cortarle la retirada, y llegaron a algunas toesas de donde él se hallaba escondiéndose detrás de los *hummocks*, e hicieron fuego.

La loba marina, herida, se arrastró llena aún de vigor, y rompía los hielos queriendo huir; pero Altamont la atacó con el hacha, y consiguió cortar sus aletas derechas. La loba intentó una defensa desesperada, y entonces nuevos tiros la remataron, y quedó tendida exánime sobre el *icefield*, enrojecido con su sangre.

Era un animal que medía unos 15 pies desde su hocico a la extremidad de su cola, y

hubiera podido suministrar algunas barricas de aceite.

El doctor cortó en la carne las partes más sabrosas, y dejó el cadáver a la disposición de algunos cuervos que, en aquella época del año, se cernían ya por el aire.

Empezaba a anochecer, por lo que se trató de volver al Fuerte Providencia. El cielo estaba enteramente despejado, y, en tanto que llegaban los próximos rayos de luna, se iluminaba con los magníficos resplandores siderales.

–En marcha –dijo el doctor–, se va haciendo tarde. Nuestra cacería no ha sido de las más felices, pero, llevando para cenar, un cazador no tiene ya motivo de queja. Atajemos todo lo posible, y procuremos no extraviarnos; las estrellas nos indicarán el camino.

Pero en aquellas comarcas, en que la estrella polar brilla sobre la cabeza del viajero, es mala cosa tomarla por guía; porque cuando el Norte está exactamente en el centro de la bóveda celeste, son difíciles de determinar los otros

puntos cardinales. Afortunadamente, la luna y las grandes constelaciones ayudaron al doctor a determinar su camino.

Resolvió, para atajar, evitar las tortuosidades de la costa y cortar por entre las sierras, lo que era más directo, pero menos seguro. Así es que después de algunas horas de marcha, los tres viajeros de hallaban completamente extraviados.

Se pensó en pasar la noche en una casa de nieve, y aguardar el día para orientarse, volviendo, si era necesario, a la playa, a fin de seguir el *icefield*; pero el doctor, temiendo poner en zozobra a Hatteras y Johnson, insistió en que se continuase la marcha.

–*Duck* nos conduce –dijo–, y *Duck* no puede engañarse. Está dotado de un instinto que no necesita brújulas ni estrellas. Sigámosle.

Duck marchaba delante, y todos se confiaron a su inteligencia. Hicieron bien, pues muy pronto en el horizonte apareció a lo lejos una

luz que, saliendo de brumas bajas, no podía confundirse con una estrella.

–¡He aquí nuestro faro! –exclamó el doctor.

–¿De veras, señor Clawbonny? –dijo el carpintero.

–Estoy seguro. Adelante.

A medida que los viajeros avanzaban, la luz se hacía más intensa, y muy pronto se quedaron envueltos en un torbellino de polvo luminoso. Caminaban dentro de un inmenso resplandor, y detrás de ellos sus sombras gigantescas, perfectamente contorneadas, se prolongaban desmedidamente sobre el blanco tapiz de nieve.

Aceleraron el paso, y media hora después se encaramaban por la escarpa del Fuerte Providencia.

CAPÍTULO IX

EL FRÍO Y EL CALOR

ATTERAS y Johnson aguardaban con cierta inquietud a los tres cazadores. Estos se hallaban en sus glorias dentro de una habitación caliente y cómoda. La temperatura, llegada la noche, había bajado considerablemente, de modo que el termómetro, expuesto al aire libre, marcaba 32° bajo cero (-31° centígrados).

Los recién llegados, rendidos de fatiga y casi helados, no podían con su alma. Afortunadamente las estufas estaban encendidas, y el hornillo no aguardaba más que los productos de la caza. El doctor se convirtió en cocinero y se puso a asar algunas chuletas de loba marina.

A las nueve de la noche, los cinco convidados se sentaban a la mesa, delante de una buena cena.

–A fe mía –dijo Bell–, que a riesgo de pasar por un esquimal, he de decir muy alto que la cena es lo mejor que tiene una invernada, y que delante de ella, cuando se nos presenta, no debemos andarnos con escrúpulos ni dengues.

Como todos los convidados tenían la boca llena, ninguno pudo responder inmediatamente al carpintero, pero el doctor le dio a entender con su actitud que participaba de sus opiniones.

Las chuletas de loba marina fueron halladas excelentes, y si no se las declaró tales, fueron ávidamente devoradas, lo que valía más que todas las declaraciones del mundo.

Al llegar los postres, el doctor preparó el café como tenía por costumbre, pues no confiaba nunca a nadie el cuidado de destilar el magnífico brebaje. Lo hacía en la misma mesa, en una cafetera de espíritu de vino, y lo servía hir-

viendo. Para él era necesario, para no considerarlo indigno de pasar por su gaznate, que le abrasase la lengua. Aquella noche lo tomó a una temperatura tan elevada, que sus compañeros no pudieron imitarle.

–Vais a incendiaros, doctor –dijo Altamont.

–No hay cuidado –respondió el interpelado.

–Por lo visto, tenéis el paladar forrado de cobre –replicó Johnson.

–Nada de eso, amigos, y os aconsejo que sigáis mi ejemplo. Hay personas, en cuyo número me cuento, que beben el café a la temperatura de ciento treinta y un grados (+ 55° centígrados).

–¡Ciento treinta y un grados! –exclamó Altamont–. ¡Ni la mano podría soportar un calor semejante!

–Evidentemente, Altamont, porque la mano no puede tolerar más allá de 122° (+ 50° centígrados) en el agua, pero el paladar y la lengua

son menos sensibles que la mano, y resisten temperaturas que ésta no podría resistir.

–Me dejáis atónito –dijo Altamont.

–Pues voy a convencerlos.

Y el doctor, cogiendo el termómetro del salón, sumergió la esfera en su taza de café hirviendo, aguardó a que el instrumento no marcara más que 131° ($+55^{\circ}$ centígrados) y se tomó de un sorbo el benéfico licor con una satisfacción evidente.

Bell quiso imitar resueltamente al doctor y se abrasó la lengua.

–Falta de costumbre –dijo el doctor.

–Clawbonny –repuso Altamont–, ¿podrías decirnos cuáles son las más altas temperaturas que el cuerpo humano es capaz de arrostrar?

–Muy fácilmente –respondió el doctor–, es cosa experimentada, y hay acerca del particular hechos curiosos. Uno o dos me vienen a la memoria, y os probarán que uno se acostumbra a todo, hasta a no cocerse donde se cocería un bistec. Cuéntase de algunas jóvenes ocupadas

en el horno de la ciudad de La Rochefoucauld, en Francia, que podían permanecer diez minutos dentro del horno, hallándose éste a la temperatura de 300° (+ 132° centígrados), es decir, a una temperatura que excedía en 89° a la del agua hirviendo, en tanto que en torno suyo se asaban perfectamente carne y patatas.

–¡Qué mujeres! –exclamó Altamont.

–He aquí otro ejemplo que no puede ponerse en duda. En 1774, nueve compatriotas nuestros, Fordyce, Banks, Solander, Blagdin, Home, Nooth, lord Seaforth y el capitán Phillips, soportaron una temperatura de 295° (+ 128° centígrados), en tanto que junto a ellos se cocían huevos y un *roast-beef*.

–¡Y eran ingleses! –dijo Bell, con cierto sentimiento de orgullo.

–Sí, Bell –respondió el doctor.

–¡Oh! Algo más hubieran hecho si hubiesen sido americanos –dijo Altamont.

–Se hubieran asado –dijo el doctor riendo.

–¿Y por qué? –respondió el americano.

–Como no se han sometido a la prueba, por consiguiente la gloria es de mis compatriotas. Añadiré otro hecho, que sería increíble si se pudiese, dudar de la veracidad de los testigos. El duque de Ragusa y el doctor Jung, francés el uno y austríaco el otro, vieron a un turco meterse en un baño cuya temperatura era de 170° ($+ 78^{\circ}$ centígrados).

–Me parece –dijo Johnson– que eso no equivale a lo de las jóvenes del horno y a lo de nuestros compatriotas.

–Perdonad –respondió el doctor–; hay mucha diferencia entre sumergirse en el aire caliente o en el agua caliente; el aire caliente determina una transpiración que resguarda la carne, al paso que en el agua hirviendo, el cuerpo no transpira, y se quema. Así es que el límite extremo de temperatura prescrita para baños no es, en general, más que de 107° ($+42^{\circ}$ centígrados). Necesario era, pues, que el tal turco fuese un hombre muy extraordinario para sobrellevar un calor semejante.

–Señor Clawbonny –preguntó Johnson–, ¿cuál es, pues, la temperatura habitual de los seres animados?

–Varía según su naturaleza –respondió el doctor–. Las aves son los animales de más elevada temperatura, y entre ellas las más notables son el ánade y la gallina, cuyo calor pasa de 110° ($+43^{\circ}$ centígrados), al paso que el halcón, por ejemplo, no llega más que a los 104° ($+40^{\circ}$ centígrados), y vienen en segundo lugar los mamíferos, entre ellos los hombres. La temperatura de los ingleses es, en general, de 101° ($+37^{\circ}$ centígrados).

–Estoy seguro de que el señor Altamont va a reclamar algún grado más para los americanos –dijo Johnson riendo.

–Algunos hay que queman –dijo Altamont–; pero como yo no les he colocado nunca un termómetro en el tórax ni debajo de la lengua, nada seguro puedo decir acerca del particular.

–La diferencia –respondió el doctor– no es sensible entre los hombres de razas distintas, cuando se hallan colocados en idénticas circunstancias, aunque sea diferente su género de alimentación; y añadiré que la temperatura humana es casi la misma en el Ecuador y en el Polo.

–Así, pues –dijo Altamont–, ¿nuestro calor propio es el mismo aquí que en Inglaterra?

–Sin diferencia perceptible –respondió el doctor–. En cuanto a los demás mamíferos, su temperatura es, en general, algo superior a la del hombre. A la de éste se acercan mucho la del caballo, la de la liebre, la del elefante, la de la marsopa y la del tigre; pero el gato, la ardilla, el ratón, la pantera, el carnero, el toro, el perro, el mono, el macho cabrío y la cabra, alcanzan a 103° , y, por último, el más favorecido de todos, que es el cerdo, pasa de 104° ($+40^{\circ}$ centígrados).

–Lo que es humillante para nosotros –dijo Altamont.

–Vienen después los anfibios y los peces, cuya temperatura varía mucho según la del agua. La serpiente no alcanza más que a los 86° (+30° centígrados), la rana 70° (+25° centígrados), y el tiburón otros tantos en agua que tiene un grado y medio menos. En fin, los insectos tienen, al parecer, la misma temperatura del agua y del aire.

–Lo que me decís me parece muy curioso –dijo Hatteras, que no había tomado aún la palabra–, y os doy las gracias, doctor, por haber puesto vuestra ciencia a nuestra disposición; pero hablamos aquí como si tuviésemos que desafiar los calores de la zona tórrida. ¿No sería más oportuno hablar del frío, saber a qué estamos expuestos y cuáles han sido las temperaturas más bajas observadas hasta ahora?

–Es verdad –respondió Johnson.

–Nada es más fácil –repuso el doctor–. Y acerca del particular puedo decir algo.

–Ya lo creo –dijo Johnson–, vos lo sabéis todo,

–Amigos míos, yo no sé más que lo que me han enseñado otros, y cuando haya hablado sabréis tanto como yo. He aquí lo que puedo deciros respecto del frío y de las bajas temperaturas que Europa ha experimentado. Se cuentan varios inviernos memorables, y parece que los más rigurosos se han sometido a un regreso periódico cada cuarenta y un años, a poca diferencia, regreso que coincide con la mayor apariencia de las manchas del sol. Os citaré el invierno de 1364, en que el Ródano se heló hasta Arles; el de 1408, en que el Danubio se heló en todo su curso y los lobos atravesaron el Categat a pie enjuto; el de 1509, durante el cual el Adriático y el Mediterráneo se solidificaron en Venecia, en Séte y en Marsella, y el 10 de abril se heló también el Báltico; el de 1608, que hizo perecer en Inglaterra todo el ganado; el de 1789, en que el Támesis se heló hasta Gravesend, a 6 leguas de Londres; el de 1813, del que conservan los franceses tan terribles recuerdos, y, en fin, el de 1829, el más precoz y el más largo de

los inviernos del siglo XIX. Eso en cuanto a Europa.

–Pero aquí, más allá del círculo polar, ¿qué grado de temperatura puede alcanzarse? –preguntó Altamont.

–Creo, en verdad –respondió el doctor–, que hemos experimentado los mayores fríos que se hayan observado nunca, pues el termómetro de alcohol señaló un día 72° bajo cero (-58° centígrados), y si mis recuerdos son exactos, las más bajas temperaturas reconocidas hasta hoy por los viajeros árticos son sólo de 61° en la isla de Melville, 65° en Puerto Félix y 70° en *Fort Reliance* ($-56'7^{\circ}$ centígrados).

–Sí –dijo Hatteras–, nos ha detenido un ruído invierno..., por desgracia.

–¿Os ha detenido? –preguntó Altamont, mirando de hito en hito al capitán.

–En nuestro viaje al Oeste –se apresuró a decir el doctor.

–Así, pues –dijo Altamont volviendo a la conversación–, ¿el máximo y el mínimo de

temperaturas arrostradas por el hombre ofrecen una diferencia de unos doscientos grados?

–Sí –respondió el doctor–, un termómetro expuesto al aire libre y al abrigo de toda reverberación no se eleva nunca más de 135° sobre cero ($+57^{\circ}$ centígrados), ni en los grandes fríos desciende nunca debajo de los 72° (-58° centígrados). Ya veis, pues, camaradas, que sabemos a qué atenernos.

–Sin embargo –dijo Johnson–, si el sol se extinguiese de repente, ¿no quedaría la tierra sumida en un frío más considerable?

–El sol no se extinguirá –respondió el doctor–, pero aunque se extinguiese, no es de creer que la temperatura descendiese más abajo del frío que os he indicado.

–Es cosa curiosa.

–Ya sé yo que en otro tiempo se admitían millares de grados para los espacios situados fuera de la atmósfera, pero estos grados se han rebajado mucho después de los experimentos del sabio francés Fourier, el cual ha probado

que si la tierra estuviese colocada en un medio desprovisto de todo calor, la intensidad del frío que observamos en el Polo no sería mucho más considerable, ni habría entre la noche y el día formidables diferencias de temperatura.

No hace, por consiguiente, más frío a algunos millones de leguas de aquí que aquí mismo.

–Decidme, doctor –preguntó Altamont–, ¿no es más baja la temperatura de América que la de los restantes países del mundo?

–Sin duda, pero no os envanezcáis por ello –respondió el doctor riendo.

–¿Y cómo se explica este fenómeno?

–Se ha procurado explicar, pero de una manera poco satisfactoria. Se le ocurrió a Halley que habiendo un cometa chocado en otro tiempo oblicuamente con la tierra, varió la posición de su eje de rotación, es decir, de sus polos, y según él, el Polo Norte, situado en otro tiempo en la bahía de Hudson, se encontró trasladado más al Este, y las comarcas del antiguo

Polo, heladas por espacio de tanto tiempo, conservan un frío considerable, sin que hayan podido aún calentarlas largos siglos de sol.

–¿Y vos admitís está teoría?

–No puedo admitirla, porque lo que es verdad para la costa oriental de América, no lo es para la occidental, cuya temperatura es más elevada. ¡No! Es preciso comprobar que hay líneas isotérmicas diferentes de los paralelos terrestres, he aquí todo.

–¿Sabéis, señor Clawbonny –dijo Johnson–, que .da gusto hablar del frío en las circunstancias en que nos hallamos?

–Tenéis razón, amigo Johnson, porque casi estamos en aptitud de llamar la práctica en auxilio de la teoría. Estas comarcas son un vasto laboratorio en que se pueden hacer curiosos experimentos sobre las bajas temperaturas, pero importa mucho que seáis siempre circunspectos y prudentes. Si alguna parte de vuestro cuerpo se hiela, frotadla inmediatamente con nieve para restablecer la circulación de la san-

gre; si os acercáis al fuego, tened cuidado, porque podríais quemaros las manos o los pies sin apercibiros de ello, en cuyo caso sería necesario recurrir a amputaciones, y debemos procurar a toda costa no dejar nada nuestro en las comarcas boreales. Ahora, amigos míos, creo que haríamos muy bien en pedir al sueño algunas horas de descanso.

–Tenéis razón –respondieron los compañeros del doctor.

–¿Quién está de guardia junto a la estufa?

–Yo –respondió Bell.

–Pues bien, amigo mío, procurad alimentar bien el fuego, porque esta noche hace un frío de todos los diablos.

–Estad tranquilo, señor Clawbonny; mucho frío hace, y, sin embargo, ya lo veis, el cielo parece un incendio.

–Sí –respondió el doctor, acercándose a la ventana–. ¡Una aurora boreal de las más espléndidas! ¡Qué magnífico espectáculo! No me cansaría nunca de contemplarlo.

En efecto, el doctor admiraba incesantemente aquellos fenómenos cósmicos, que apenas llamaban la atención de sus compañeros, porque él tenía observado que a su aparición precedían siempre perturbaciones de la aguja imantada, y preparaba acerca del particular observaciones destinadas al *Weather Book* (7).

En tanto que Bell vigilaba la estufa, se echaron todos en su coy respectivo y durmieron tranquilamente.

⁷ *Libro del Tiempo*, que publicaba el almirante Fitz-Roy, donde se consignaban todos los fenómenos meteorológicos.

CAPÍTULO X

LAS DELICIAS DE LA INVERNADA

A vida en el Polo es uniformemente triste. El hombre se encuentra enteramente sometido a los caprichos de la atmósfera, que ofrece sus tempestades y sus fríos intensos con una monotonía que desespera. La mayor parte del tiempo hay imposibilidad de salir al aire libre, y es menester permanecer encerrado en las casas de hielo. Así se

pasan largos meses, haciendo durante las invernadas una verdadera vida de topo.

Al día siguiente el termómetro bajó algunos grados, y el aire se plagó de torbellinos de nieve que absorbían toda la claridad del día. El doctor se vio, pues, encerrado en casa y se cruzó de brazos, no teniendo otra cosa más que desobstruir de cuando en cuando el colgadizo que podía cerrarse y enlucir de nuevo las paredes de hielo que volvía húmedas el calor interior; pero la *snow-house* estaba construida con mucha solidez, y la nieve, engrosando sus paredes, acababa de reforzarla.

Los almacenes se conservaban también perfectamente. Todos los objetos sacados del buque habían sido colocados con el mayor orden en aquellos «docks de mercancías», como les llamaba el doctor. Pero si bien aquellos almacenes estaban situados a menos de 60 pasos de la casa, en ciertos días de *drift* era imposible llegar a ellos, por lo que para el consumo

diario tenía que conservarse siempre en la cocina cierta cantidad de provisiones.

La precaución de descargar el *Porpoise* había sido oportuna. El buque experimentaba una presión insensible y lenta, pero irresistible, que le aplastaba poco a poco, y era evidente que de nada servían sus restos. Sin embargo, el doctor esperaba poder sacar de ellos una lancha para regresar a Inglaterra; pero no había llegado aún el momento de proceder a su construcción.

Así, pues, la mayor parte del tiempo, los cinco invernadores permanecían mano sobre mano. Hatteras estaba pensativo, echado en su coy; Altamont bebía y comía, y el doctor procuraba no sacarles de su modorra, porque temía siempre algún altercado peligroso. Los dos capitanes se dirigían muy rara vez la palabra.

Durante las comidas, el prudente Clawbonny procuraba ser siempre él quien guiase la conversación para dirigirla de modo que no se hiriese ningún amor propio; pero le

costaba mucho trabajo paralizar las susceptibilidades sobreexcitadas. Tendía, en lo posible, a instruir, a distraer, a interesar a sus compañeros. Cuando no ponía en orden sus notas de viaje, se ocupaba en voz alta de objetos de historia, de geografía o de meteorología que salían de la situación misma; presentaba las cosas de una manera agradable y filosófica, sacando de los más pequeños incidentes una enseñanza saludable. Su inagotable memoria no le abandonaba nunca, hacía aplicación de sus doctrinas a las personas presentes, a quienes recordaba tal o cual hecho que se había producido en tal o cual circunstancia, y completaba sus teorías con la fuerza de los argumentos personales.

Puede decirse que aquel digno hombre era el alma de aquella pequeña sociedad, un alma de la que brotaban los sentimientos de franqueza y de justicia. Sus compañeros tenían en él una confianza absoluta, y causaba cierto respeto hasta al capitán Hatteras, el cual, por otra

parte, le amaba cordialmente. Con sus palabras, con sus maneras, con sus costumbres, hacía que la existencia de aquellos cinco hombres abandonados a 6° del Polo pareciese enteramente natural; cuando el doctor hablaba, se creía estarle oyendo en un gabinete de Liverpool.

Y, sin embargo, ¡cuan diferente era aquella situación de la de los náufragos echados a las islas del Océano Pacífico, de la de aquellos Robinsones cuya agradable historia causa casi siempre envidia a los lectores! Allí, en efecto, una tierra pródiga, una naturaleza opulenta, ofrecía mil recursos variados, bastando en aquellos privilegiados países un poco de imaginación y de trabajo para procurarse el bienestar material. Allí la naturaleza ayudaba al hombre, se le ofrecía espontáneamente; la caza y la pesca bastaban para cubrir todas las necesidades; los árboles le brindaban sus frutos, las cavernas se abrían para darle abrigo, los arroyos corrían para apagar su sed; magníficas sombras le defendían contra el calor del sol, y nunca el

terrible frío le amenazaba en sus apacibles inviernos; un grano echado de cualquier modo en aquel suelo fecundo, se convertía en una cosecha al cabo de algunos meses. Aquello era la felicidad completa fuera de la sociedad. Y, además, aquellas islas encantadas, aquellas tierras caritativas, se encontraban al paso de los buques, y el naufrago, que podía siempre esperar ser recogido, aguardaba pacientemente que le arrancasen de su feliz existencia.

Pero en la costa de Nueva América, ¡qué diferencia! El doctor hacía algunas veces esta comparación, pero la guardaba para sí, y sólo echaba pestes contra su ociosidad forzosa.

Deseaba con ardor que llegase el deshielo para volver a sus excursiones, y, sin embargo, no veía sin miedo acercarse aquel momento, porque preveía entre Hatteras y Altamont escenas graves. Si se llegaba al Polo, ¿a qué extremos conduciría la rivalidad de aquellos dos hombres?

Era preciso estar preparado para cuando el caso llegase, y entre tanto hacer todo lo posible para poner en buena inteligencia a los dos rivales e inducirles a adoptar una franca comunión de ideas. ¡Pero qué misión tan difícil era reconciliar a un americano y un inglés, dos hombres a quienes su común origen volvía aún más enemigos, el uno penetrado de toda la aversión insular y el otro dotado del espíritu especulativo, audaz y brutal de su nación poco aficionada a fórmulas!

Quando el doctor reflexionaba sobre la implacable antipatía de los hombres y la rivalidad de las nacionalidades, no se encogía de hombros, como hacen muchos, sino que no podía dejar de lamentar amargamente las debilidades humanas.

Con frecuencia conversaba con Johnson acerca del particular, y estaban los dos enteramente conformes. Se preguntaban qué partido sería menester tomar, por qué camino llegarían

a su objeto, y entrevistaron para el porvenir muchas complicaciones.

El mal tiempo continuaba, y no había que pensar en salir, ni siquiera una hora, del Fuerte Providencia. Era preciso permanecer día y noche en la casa de nieve. Todos se sentían aburridos, a excepción del doctor, que hallaba siempre medios de ocuparse en algo.

–¿No hay, pues, ninguna posibilidad de distraerse? –dijo una noche Altamont–. No es vivir como vivimos, a la manera de reptiles metidos en sus madrigueras durante todo el invierno.

–En efecto –respondió el doctor–. Desgraciadamente, no somos bastantes para organizar un sistema cualquiera de distracción.

–¡Cómo! –repuso el americano–. ¿Creéis que mataríamos mejor el tiempo si estuviésemos reunidos en mayor número?

–Sin duda, y cuando tripulaciones completas han pasado el invierno en las regiones boreales, han hallado medios para no aburrirse.

–En verdad –dijo Altamont–, quisiera saber cómo lo harían, pues se necesita verdadero ingenio para encontrar algún recreo en una situación como la nuestra. Supongo que no pasarían el tiempo descifrando jeroglíficos.

–No –respondió el doctor–. Pero introdujeron en estos países hiperbóreos dos grandes elementos de distracción: la prensa y el teatro.

–¿Cómo? ¿Tenían un periódico? –dijo el americano.

–¿Representaban comedias? –exclamó Bell.

–Sin duda, y se divertían en grande. Durante su internada en la isla de Melville, el comandante Parry propuso a los tripulantes estas dos diversiones, y la proposición fue acogida con general entusiasmo.

–Confieso –respondió Johnson– que yo hubiera querido encontrarme allí. Es una cosa curiosa.

–Curiosa y recreativa, querido Johnson. El teniente Beechey fue nombrado director del teatro, y el capitán Sabine director y redactor

principal de la *Crónica de invierno o Gaceta de la Georgia del Norte*.

–Buenos títulos –dijo Altamont.

–El periódico salió todos los lunes, desde el 1 de noviembre de 1819 hasta el 20 de marzo de 1820. Refería todos los incidentes de la inverna, las cacerías, los hechos diversos, los sucesos imprevistos, la meteorología, la temperatura. Contenía crónicas más o menos divertidas. No estaba redactado con la chispeante gracia de Sterne, ni eran tan encantadores sus artículos como los del *Daily Telegraph*, pero era lo suficiente para distraerse, y como sus lectores no eran difíciles de contentar, el oficio de periodista se ejercía de una manera muy agradable.

–A fe mía –dijo Altamont–, quisiera conocer, mi querido doctor, algunos extractos de la tal Gaceta, cuyos artículos debían estar helados desde la primera palabra hasta la última.

–No tanto –respondió el doctor–. De todos modos, lo que tal vez hubiera parecido trivial a la Sociedad Filosófica de Liverpool o al Institu-

to Literario de Londres, era suficiente para aquellas tripulaciones sepultadas bajo la nieve. ¿Queréis juzgarlo vos mismo?

– ¡Cómo! ¿Los retenéis en vuestra memoria?

– No; pero vos tenéis a bordo del *Porpoise* los *Viajes* de Parry, y bastará que os lea sus propias narraciones.

– ¡Leedlas! – exclamaron los compañeros del doctor Clawbonny.

– Con mucho gusto.

El doctor fue a buscar en el armario del salón la obra indicada, y apenas empezó a hojearla halló lo que buscaba.

– He aquí – dijo – algunos extractos de la *Gaceta de la Georgia del Norte*. Es una carta dirigida al redactor en jefe.

«Con una verdadera satisfacción, hemos acogido vuestras proposiciones para la publicación de un periódico, el cual, bajo vuestra inteligente dirección, nos procurará mu-

chas diversiones y aligerará no poco el peso de nuestros cien días de tinieblas.

»El interés que me inspira vuestra publicación me ha hecho examinar el efecto que ha producido su anuncio en nuestra soledad, y puedo aseguraros, para servirme de las frases de que se vale la prensa de Londres, que la sensación que ha causado en el público ha sido profunda.

»Al día siguiente de la aparición de vuestro prospecto, ha habido a bordo una demanda de tinta enteramente insólita y sin precedentes. El tapete verde de nuestras mesas se ha cubierto súbitamente de plumas, con gran perjuicio de uno de los asistentes que, al limpiar el polvo se clavó una en un dedo, entre carne y uña.

»En fin, sé de buena tinta que el sargento Martin ha tenido que afilar nada menos que nueve cortaplumas.

«Todas nuestras mesas rechinan sin cesar bajo el peso de los pupitres a que no están acos-

tumbradas. Hasta se dice que las profundidades de la sentina han sido cuidadosamente registradas para buscar resmas de papel que no esperaban empezar a funcionar tan pronto.

»No puedo dejar de deciros que tengo algunas sospechas de que se trata de introducir fraudulentamente en vuestras cajas algunos artículos que, careciendo del carácter de absoluta originalidad y no siendo completamente inéditos, no pueden conveniros en manera alguna. Puedo afirmar que ayer mismo por la noche se vio a un "autor" inclinado sobre su pupitre, con un volumen del *Spectateur* en su mano, mientras que con la otra procuraba que la llama de la lámpara desliese su tinta helada. Inútil es recomendaros que os pongáis en guardia ante semejantes perfidias. Es preciso que no veamos reproducido en la *Crónica de invierno*, lo que nuestros abuelos leían almorzando, hace ya más de un siglo.»

–Bien, muy bien –dijo Altamont, cuando el lector hubo concluido–. Hay en lo que habéis leído verdadero buen humor, y bien se conoce que el autor de la carta era un mozo listo.

–Sin duda –respondió el doctor–. Ved ahora un anuncio que no carece de gracia:

«Se desea encontrar una mujer de mediana edad y buena reputación para ayudar a vestirse a las actrices de la compañía del Teatro Real de la Georgia septentrional. Se le dará un buen sueldo, y tendrá té y cerveza a discreción. Dirigirse al comité del teatro. – N. B. Será preferida una viuda.»

–No me parece que nuestros compatriotas estuviesen muy afligidos –dijo Johnson.

–¿Y se encontró la viuda? –preguntó Bell.

–Así parece –respondió el doctor–, a juzgar por la siguiente respuesta dirigida a la dirección del teatro.

«Señores, yo soy viuda; tengo veintiséis años, y hay personas respetables que podrán responder de mi aptitud y buenas costumbres. Pero antes de encargarme del tocado de las actrices de vuestro teatro, deseo saber si tienen intención de conservar sus pantalones, y si se me proporcionará el auxilio de algunos marineros vigorosos para apretar convenientemente sus corsés. Siendo así, señores, podéis contar con vuestra servidora,

A.B.»

«P. D. En lugar de cerveza, ¿no podríais dar aguardiente?»

–¡Bravo! –exclamó Altamont–. Me parece que estoy viendo doncellas apretando la cintura de las actrices con un cabrestante. La verdad es que estaban alegres los compañeros del capitán.

–Como todos los que han alcanzado su objetivo –respondió Hatteras.

Hatteras dejó caer estas palabras en medio de la conversación y se abismó de nuevo en su silencio acostumbrado. El doctor, no queriendo seguir el giro que parecía querer dar el capitán a la cuestión, volvió a su lectura.

–He aquí ahora –dijo– un cuadro de las tripulaciones árticas, que se podría variar hasta lo infinito; pero algunas de las observaciones son bastante justas. Juzgadlas:

«Salir por la mañana para tomar el aire, y, al poner el pie fuera del buque, caer en un pozo que surte al cocinero, y tomar un baño completo, aunque involuntario.

«Partir a una cacería, acercarse a un soberbio reno, apuntarle a boca jarro, querer hacer fuego, y no salir el tiro por haberse humedecido el pistón.

«Ponerse en marcha con un pedazo de pan tierno en el bolsillo, y cuando el hambre apremia, hallarlo endurecido de tal modo

por la helada, que él puede romper los dientes, pero no ser roto por ellos.

«Levantarse precipitadamente de la mesa sabiendo que pasa un lobo junto al buque, y a la vuelta hallar la comida devorada por el gato.

«Volver de paseo entregándose a profundas y útiles meditaciones, y verse de repente arrancado de ellas por los abrazos de un oso.»

–Ya veis, amigos –añadió el doctor–, no nos costaría a nosotros mucho imaginar algunos otros percances polares; pero desde el momento en que es menester sufrirlos, sentía un verdadero placer al consignarlos.

–A fe mía –respondió Altamont–, que es un periódico divertido la tal *Crónica de invierno*, y es sensible que no podamos nosotros suscribirnos a ella.

–¿Por qué no fundamos un periódico nosotros? –dijo Johnson.

–¡Nosotros cinco! –respondió Clawbonny–. Nosotros formaríamos la redacción, y no quedarían lectores en número suficiente.

–Ni espectadores, si se nos metiese en la cabeza representar comedias –añadió Altamont.

–Al grano, señor Clawbonny –dijo Johnson–. Contadnos algo del teatro del capitán Parry. ¿Se representaban en él piezas nuevas?

–¡Vaya si se representaban! En un principio hicieron todo el gasto dos volúmenes embarcados a bordo del *Hecla*, y había representaciones cada quince días; pero se agotó el repertorio, y entonces autores improvisados tomaron la pluma, y el mismo Parry compuso para las fiestas de Navidad una comedia de circunstancias titulada *El Paso del Noroeste o el término del viaje*, que alcanzó un éxito inmenso.

–El título es soberbio –respondió Altamont–, pero confieso que si yo tuviera que desarrollar semejante argumento, me daría mucho que hacer el desenlace.

–Tenéis razón –dijo Bell–. Porque, ¿quién sabe cómo concluirá nuestro drama?

–¿Por qué –exclamó el doctor– pensar en el último acto? Hasta ahora los primeros no salen del todo mal. Dejemos hacer a la Providencia, amigos; desempeñemos nuestro papel lo mejor que podamos, y, puesto que el desenlace pertenece al Autor de todas las cosas, tengamos confianza en su sabiduría. Él sabrá sacarnos de apuros.

–Vámonos, pues, a soñar con todo lo que se ha dicho –respondió Johnson–. Es tarde, y, puesto que es ya hora de dormir, durmamos.

–Mucha prisa tenéis, amigo mío –dijo el doctor.

–¿Qué queréis, señor Clawbonny? ¡Me encuentro tan perfectamente entre mantas! Además, yo he adquirido la costumbre de tener buenos sueños. ¡Sueño con países calientes, de lo que resulta que paso la mitad de mi vida bajo el Ecuador, y la otra mitad en el Polo!

–¡Diablo! –dijo Altamont–. Poseéis una organización envidiable.

–Excelente –respondió el contramaestre.

–Pues bien –repuso el doctor–, sería una crueldad hacer permanecer más tiempo en el Polo al buen Johnson. Su sol de los trópicos le aguarda. Vamos a acostarnos.

CAPÍTULO XI

HUELLAS ALARMANTES

URANTE la noche del 26 al 27 de abril D varió el tiempo. El termómetro bajó sen-

siblemente, y los habitantes de la *Casa del Doctor* lo notaron por el frío que se filtraba debajo de sus mantas. Altamont, de guardia junto a la estufa, tuvo mucho cuidado del fuego, y se vio en la precisión de alimentarlo muy abundantemente para mantener la temperatura interior a 50° sobre cero (+ 10° centígrados).

Aquel enfriamiento, del que se alegró el doctor, anunciaba el fin de la tempestad, y por consiguiente se iban a emprender de nuevo las ocupaciones habituales, la caza, las excursiones, el reconocimiento del terreno, lo que pondría un término a aquellos ocios solitarios, durante los cuales llegan a agriarse los mejores caracteres.

Al día siguiente por la mañana, el doctor se levantó temprano y se abrió un camino por entre los hielos acumulados, llegando hasta el faro.

El viento había saltado al Norte; la atmósfera era pura, y anchas sábanas blancas ofrecían al pie un tapiz firme y resistente.

Muy pronto los cinco compañeros de invernada habían salido todos de la vivienda, siendo su primer cuidado descargar la casa de las moles de hielo que sobre ella pesaban. La meseta estaba desconocida, y hubiera sido imposible descubrir en ellas los vestigios de una habitación, porque la tempestad, colmando las desigualdades del terreno, lo había nivelado todo, levantándolo por lo menos quince pies.

Era menester despejar la meseta, y luego volver a dar al edificio una forma más arquitectónica, rehacer sus líneas menoscabadas y restablecer su aplomo. La operación no era difícil, y, quitados los hielos, muy pronto se podía devolver a las paredes su grosor normal.

Después de dos horas de un trabajo sostenido, apareció el fondo de granito, y fue practicable la entrada del polvorín y de los almacenes de víveres.

Pero como en aquellos climas variables el mismo estado de cosas podía cambiar de la noche a la mañana, se hizo una nueva provi-

sión de comestibles que fue transportada a la cocina. Aquellos estómagos sobreexcitados por las salazones sentían la necesidad de carne fresca, por lo que los cazadores se encargaron de modificar el sistema corriente de alimentación y se dispusieron a partir.

Sin embargo, los últimos días de abril no son aún los de la primavera polar. La hora de la buena estación todavía no había llegado; faltaban seis semanas por lo menos; los rayos del sol, demasiado débiles, no podían penetrar en aquellas llanuras de nieve y hacer brotar del suelo los escuálidos productos de la tierra boreal. Era de temer que escaseasen aún mucho las aves y los cuadrúpedos. Sin embargo, una liebre, algunos pares de ptarmigans o una zorra joven, hubieran figurado con honra en la mesa de la *Casa del Doctor*, y los cazadores resolvieron disparar contra todo lo que pasase al alcance de su escopeta.

El doctor, Altamont y Bell se encargaron de explorar el país. Altamont, a juzgar por su cos-

tumbre, debía de ser un cazador diestro y determinado, un gran tirador, aunque algo presuntuoso. Fue, pues, de la partida, e igualmente *Duck*, que en su género valía tanto como él, con la ventaja de ser menos hablador.

Los tres compañeros de aventuras se encaramaron por el cono del Este y se internaron por las inmensas llanuras blancas; pero no tuvieron necesidad de ir lejos, pues numerosas huellas se descubrieron a menos de dos millas del fuerte, las cuales bajaban hasta la orilla de la bahía Victoria y parecían envolver el Fuerte Providencia con sus círculos concéntricos.

Después de seguir con curiosidad aquellas pisadas, los cazadores se miraron.

—¿Y qué? —dijo el doctor—. La cosa me parece clara.

—Demasiado clara —respondió Bell—. Son huellas de un oso.

—Excelente caza —respondió Altamont—, pero que peca por una cualidad.

—¿Cuál? —preguntó el doctor.

–La abundancia –respondió el americano.

–¿Qué queréis decir? –repuso Bell.

–Quiero decir que hay aquí huellas de cinco osos, perfectamente distintas, y cinco osos son mucho para cinco hombres.

–¿Estáis seguro de lo que decís? –preguntó el doctor.

–Mirad, y vos mismo juzgaréis. He aquí una huella que no se parece a otra; las garras de ésta están más separadas que las de aquélla. He aquí las pisadas De un oso más pequeño. Comparad bien, y en un reducido círculo hallaréis las huellas de cinco animales diferentes.

–Es evidente –dijo Bell; después de haber examinado las huellas con atención.

–Entonces –dijo el doctor– no hagamos alarde de un valor inútil, y procuremos estar en guardia. Los osos, al concluirse un invierno riguroso, están muy hambrientos, y pueden ser sumamente peligrosos, y puesto que no es posible dudar de su número...

–Ni aun de sus intenciones –replicó el americano.

–¿Creéis –dijo el doctor– que han descubierto nuestra presencia en esta costa?

–No cabe la menor duda, a no ser que hayamos caído en un paso de osos; pero entonces, ¿por qué esas huellas se extienden circularmente, en lugar de alejarse hasta perderse de vista? ¡Mirad! Esos animales han venido del Sudeste, y se han detenido en este sitio, y aquí han empezado el reconocimiento del terreno.

–Tenéis razón –dijo el doctor–, y hasta es indudable que han venido esta noche.

–Y, sin duda, las anteriores –respondió Altamont–. Sólo que la nieve ha borrado sus pisadas.

–No –replicó el doctor–; es más probable que hayan aguardado el fin de la tempestad. Impelidos por el hambre, han avanzado por el lado de la bahía, con intención de sorprender algunas focas, y entonces nos habrán oído.

–Es lo que yo creo –respondió Altamont–. Además, es fácil averiguar si vuelven o no esta noche.

–¿Cómo? –preguntó Bell.

–Borrando sus pisadas en una parte del terreno que han recorrido, y si mañana encontramos huellas nuevas será evidente que el Fuerte Providencia es el objeto en que los osos tienen puestas sus miras.

–Bueno –respondió el doctor–, así sabremos al menos a qué atenernos.

Los tres cazadores, rascando la nieve, hicieron muy pronto desaparecer las pisadas de un espacio de unas cien toesas.

–Es, sin embargo, singular –dijo Bell– que esos animales nos hayan olido desde tanta distancia, pues no hemos quemado ninguna sustancia grasienta propia para atraerlos.

–¡Oh! –respondió el doctor–. Los osos están dotados de una vista muy penetrante y de un olfato muy sutil; son, además, muy inteligentes, los más inteligentes tal vez de todos los anima-

les, y han olido por aquí algo a que no están acostumbrados.

–¿Y quién nos dice –repuso Bell– que durante la tempestad no hayan avanzado hasta la meseta?

–Entonces –respondió el americano–, ¿por qué se habrían detenido en este límite?

–Sí, no hay nada que replicar a eso –dijo el doctor–. Y debemos creer que poco a poco estrecharán el círculo de sus investigaciones alrededor del Fuerte Providencia.

–Allá veremos –respondió Altamont.

–Entre tanto, prosigamos nuestra marcha –dijo el doctor–; pero ojo alerta.

Los cazadores vigilaron con atención, pues podían temer que algunos osos se hubieran emboscado detrás de los montecillos de hielo. Más de una vez tomaron los gigantescos témpanos por osos, pues muchos tenían su tamaño y su blancura. Pero al cabo, con gran satisfacción suya, comprendieron que todo eran ilusiones.

Regresaron, por fin, al cono, y desde allí su mirada no descubrió ningún peligro desde el cabo Washington hasta la isla Johnson.

Nada vieron; todo era inmovilidad y blancura; nada oyeron: ni un rumor, ni un chasquido.

Entraron en la casa de nieve.

Pusieron a Hatteras y a Johnson al corriente de la situación, y se resolvió vigilar con la atención más escrupulosa. Vino la noche; nada turbó su calma espléndida, nada se oyó que indicase la inminencia de un peligro.

Al día siguiente, al rayar el alba, Hatteras y sus compañeros, bien armados, fueron a reconocer el estado de la nieve, y en ella encontraron huellas idénticas a las de la víspera, pero más cercanas. Evidentemente, los enemigos tomaban sus disposiciones para el sitio de Fuerte Providencia.

—Han abierto su segunda paralela —dijo el doctor.

–Y hasta han establecido un punto avanzado –respondió Altamont–. Ved esas huellas que están más cerca de la meseta, pertenecen a un animal poderoso.

–Sí, esos osos nos estrechan poco a poco –dijo Johnson–; es evidente que tienen intención de atacarnos.

–No cabe duda –respondió el doctor–, procuremos no dejarnos ver. No somos bastante fuertes para combatir con éxito.

–¿Pero dónde pueden estar esos condenados? –exclamó Bell.

–Detrás de algunos témpanos del Este, desde donde nos acechan; no vayamos a aventurarnos imprudentemente.

–¿Y la caza? –dijo Altamont.

–Aplacémosla para dentro de algunos días –respondió el doctor–; borremos las huellas más cercanas y veremos mañana por la mañana si se han renovado. Así estaremos al corriente de las maniobras de nuestros enemigos.

Siguióse el consejo del doctor, y volvieron todos a acuartelarse en el fuerte. La presencia de aquellas terribles fieras impedía todas las excursiones. Se vigilaron atentamente las inmediaciones de la bahía Victoria. Se desmontó el faro, que no era entonces de ninguna utilidad, y podía llamar la atención de los animales. Se metieron dentro de la casa el fanal y los hilos eléctricos, y después se montó una guardia, que se iba relevando, en la meseta superior.

Así la soledad se hacía más enojosa, pero ¿había medio de obrar de otra manera? Los naufragos no podían empeñar una lucha desigual, y era demasiado preciosa vida de cada uno para arriesgarla imprudentemente. Los osos, no viendo a nadie, acaso se desorientarían, y si se presentaban aisladamente se les podía atacar con probabilidades de triunfo.

En medio de aquella inacción, había cierta agitación en los ánimos. Había que vigilar y ninguno dejaba de estar alerta.

El día 28 de abril se pasó sin que los enemigos diesen señal de existencia. Al día siguiente se fueron a reconocer las huellas con un vivo sentimiento de curiosidad, que fue seguido de exclamaciones de asombro.

No había ni siquiera una pisada, y la nieve desplegaba a lo lejos su tapiz intacto.

–¡Bueno! –exclamó Altamont–. ¡Los osos han perdido la pista! ¡No han tenido perseverancia! ¡Se han cansado de esperar! ¡Se han marchado! ¡Buen viaje! ¡Y ahora, nosotros a cazar!

–¡Poco a poco! –replicó el doctor–. ¿Quién sabe? Para mayor seguridad os pido, compañeros, un día más de vigilancia. Verdad es que el enemigo no ha vuelto esta noche, al menos por este lado...

–Demos vuelta alrededor de la meseta –dijo Altamont–, y sabremos a qué atenernos.

–Buena idea –dijo el doctor.

Pero, por más que se examinó con cuidado todo el espacio en un radio de dos millas, fue imposible encontrar el menor vestigio.

–Pues bien, ¿no cazamos? –preguntó el impaciente americano.

–Aguardaremos a mañana –respondió el doctor.

–Pues hasta mañana –dijo Altamont, resignándose a pesar suyo.

Volvieron al fuerte. No obstante, lo mismo que la víspera, cada cual estuvo en su puesto de observación por espacio de una hora.

Cuando llegó la vez a Altamont, fue a relevar a Bell a la cúspide del cono.

Apenas salió, Hatteras llamó a sus compañeros. El doctor dejó su cuaderno de notas y Johnson sus hornillos.

Podía creerse que Hatteras iba a hablar de los peligros de la situación, pero ni siquiera pensaba en ellos.

–Amigos –dijo–, aprovechémonos de la ausencia del americano para hablar de nuestros

asuntos. Hay cosas con las cuales nada tiene él que ver, y no quiero que se meta en ellas.

Los interlocutores del capitán se miraron, no sabiendo dónde iría a parar.

–Deseo –dijo– entenderme con vosotros acerca de nuestros proyectos futuros.

–Bien, bien –respondió el doctor–; hablemos, ya que estamos solos.

–Dentro de un mes –repuso Hatteras–, o, todo lo más, dentro de seis semanas, va a llegar el momento de las grandes excursiones. ¿Habéis pensado en lo que convendría emprender durante el verano?

–¿Y vos, capitán? –preguntó Johnson.

–Yo puedo decir que no pasa una hora de mi vida en que no me halle en presencia de mi idea. Supongo que ni uno solo de vosotros tendrá la intención de retroceder...

Esta insinuación quedó sin respuesta inmediata.

–En cuanto a mí –repuso Hatteras–, aunque tuviera que ir solo, iría hasta el Polo Norte,

del cual nos hallamos, todo lo más, a 360 millas. Nunca otros hombres se habían aproximado tanto a este término apetecido, y yo no perderé esta ocasión propicia sin haberlo intentado todo, hasta lo imposible. ¿Cuáles son, acerca del particular, vuestros proyectos?

–Los vuestros –respondió el doctor.

–¿Y los vuestros, Johnson?

–Los del doctor –respondió el contraamaestre.

–Ahora hablad vos, Bell –dijo Hatteras.

–¡Capitán –respondió el carpintero–, nosotros, es verdad, no tenemos familia que nos aguarde en Inglaterra; pero, en fin, el país es el país! ¿No pensáis, pues, en regresar?

–El regreso –repuso el capitán– se puede verificar lo mismo después del descubrimiento del Polo. Mejor aún. Las dificultades no aumentarán, porque remontando, nos alejamos de los puntos más fríos del globo. Tenemos aún combustible y provisiones para mucho tiempo. Na-

da puede, pues, detenernos, y seríamos culpables si no llegásemos hasta el fin.

–Pues bien –respondió Bell–, todos somos de vuestra opinión, capitán.

–Bien –respondió Hatteras–. Yo no he dudado jamás de vosotros. Triunfaremos, amigos míos, y de Inglaterra será toda la gloria de nuestro triunfo.

–Pero hay un americano entre nosotros –dijo Johnson.

Hatteras, al oír esta observación, no pudo reprimir un gesto de cólera.

–Lo sé –dijo con voz grave.

–Y no podemos abandonarle –repuso el doctor.

–¡No! ¡No podemos! –respondió maquinalmente Hatteras.

–Y él irá a donde vayamos.

–¡Sí, irá! Pero ¿quién mandará?

–Vos, capitán.

–Y obedeciéndome vosotros, ¿se negará ese yanqui a obedecerme?

–No lo creo –respondió Johnson–, pero ¿y si no quisiera someterse a vuestras órdenes?

–Entonces la cuestión sería entre él y yo.

Los tres ingleses miraron a Hatteras y callaron. El doctor volvió a tomar la palabra.

–¿Cómo viajaremos? –dijo.

–Siguiendo la costa en cuanto sea posible –respondió Hatteras.

–Pero si hallamos el mar libre, como es probable...

–Lo pasaremos.

–¿De qué modo? No tenemos embarcación.

Hatteras no respondió. ¿Qué podía responder?

–Tal vez se podría –dijo Bell– construir una lancha con los restos del *Porpoise*.

–¡Jamás! –exclamó violentamente Hatteras.

–¿Jamás? –repitió Johnson.

El doctor meneaba la cabeza comprendiendo la repugnancia del capitán.

–¡Jamás! –volvió a decir éste–. ¡Una lancha hecha con la madera de un buque americano, sería americana!

–¡Pero, capitán...! –repuso Johnson.

El doctor hizo una señal al contraamaestre para que no insistiese en aquel momento. Era preciso reservar aquella cuestión para un momento más oportuno, y el doctor, que, al mismo tiempo que comprendía las repugnancias de Hatteras, no participaba de ellas, se prometió obligar con el tiempo a su amigo a revocar una decisión tan absoluta.

Habló de otra cosa, de la posibilidad de remontar la costa directamente hasta el Norte, y hasta el punto desconocido del globo que se llama Polo boreal.

Dio a la conversación un giro que no fuese ocasión para compromisos, hasta el momento en que terminó de pronto, es decir, hasta el momento de entrar Altamont.

Éste no tenía nada que decir.

Así concluyó el día, y la noche se pasó tranquilamente. Los osos habían, evidentemente, desaparecido.

CAPÍTULO XII

LA CÁRCEL DE HIELO

L día siguiente, se trató de organizar una cacería, en la cual debían tomar parte Hatteras, Altamont y el carpintero. Las huellas alarmantes no se habían renovado, y los osos habían renunciado decididamente a su proyecto de ataque, ya fuese por miedo a sus

enemigos desconocidos, ya por no haberles revelado nada nuevo la presencia de seres animados debajo de aquella mole de nieve.

Durante la ausencia de los tres cazadores, el doctor debía llegar hasta la isla Johnson, para reconocer el estado de los hielos, y hacer algunas observaciones hidrográficas. El frío era muy intenso, pero los invernadores lo soportaban bien, habiéndose acostumbrado ya su epidermis a temperaturas exageradas.

El contraamaestre debía permanecer en la *Casa del Doctor*.

Los tres cazadores hicieron sus preparativos de marcha. Todos llevaban escopetas de dos tiros, de cañón rayado y balas cónicas; tomaron una cantidad de *pemmican*, para el caso de que la noche les sorprendiese antes de concluir su excursión, y se armaron además con el inseparable cuchillo de nieve, que es el utensilio más indispensable en aquellas regiones, y con una hacha puesta en la cintura encima de un chaquetón de piel de gamo.

Así equipados, vestidos y armados, podían ir lejos, y, diestros y audaces como eran, podían regresar con abundante provisión de carne fresca.

Estuvieron dispuestos a las ocho de la mañana, y partieron. *Duck* les precedía retozando; se encaramaron por la colina del Este, doblaron el cerro del faro, y se hundieron en las llanuras del Sur limitadas por el monte Bell.

El doctor, por su parte, después de haber convenido con Johnson acerca de la señal de alarma que debían darse en caso de peligro, descendió hacia la playa para llegar a los témpanos multiformes de que se hallaba erizada la bahía Victoria.

El contraamaestre se quedó solo en Fuerte Providencia, pero no mano sobre mano. Empezó por soltar los perros groenlandeses, que se impacientaban en el Palacio de los Perros. Apenas se vieron libres, se revolcaron por la nieve. Johnson se ocupó luego de los complicados pormenores caseros. Tenía qué renovar el com-

bustible y las provisiones, poner en orden los almacenes, recomponer algunos utensilios rotos, reparar las mantas, que se hallaban en mal estado, y remendar el calzado con objeto de tenerlo listo para las largas excursiones del verano.

Trabajo no faltaba, y el contraamaestre desplegaba en él la habilidad del marino para quien no hay ningún oficio que le sea desconocido.

Entre tanto, reflexionaba sobre la conversación de la víspera. Pensaba en el capitán, y sobre todo en su obstinación, muy heroica y honrosa, que no le permitía tolerar que un americano y una lancha americana alcanzasen antes que él o con él el polo del mundo.

«Me parece difícil, sin embargo –se decía–, pasar el Océano sin buque, y si tenemos delante el mar libre, fuerza será someterse a la necesidad de navegar. Ni el mejor inglés de la tierra puede cruzar a nado 300 millas. El patriotismo tiene sus límites. En fin, veremos. Aún nos

queda tiempo para pensarlo todo; el señor Clawbonny no ha dicho aún sobre la cuestión su última palabra; él sabe dónde le aprieta el zapato y es muy capaz de hacer desistir al capitán de su idea. Seguro estoy de que, recorriendo hoy la costa de la isla, dedicará una ojeada a los restos del *Porpoise*, y sabrá qué partido puede sacarse de ellos.»

En este punto se hallaba Johnson de sus reflexiones, y hacía ya más de una hora que los cazadores habían salido del fuerte, cuando a 2 ó 3 millas a sotavento se oyó un estampido fuerte y claro.

«¡Bueno! –se dijo el viejo marino–. Ya han hallado algo, sin necesidad de ir muy lejos, puesto que se les oye distintamente. ¡Está, además, la atmósfera tan pura!»

El segundo tiro y después otro se repitieron casi sin intervalo.

«Veo –pensó Johnson– que han llegado a buen sitio.»

Sonaron otros tres tiros más cercanos.

«¡Seis tiros! –dijo Johnson–. Ahora tienen las armas descargadas. La refriega ha sido dura. ¿Si por acaso...?»

A la idea que se le ocurrió, Johnson se puso pálido, salió rápidamente de la casa de nieve, y en pocos instantes se encaramó por la cuesta hasta la cúspide del cerro.

Lo que vio le hizo estremecerse.

Los tres cazadores, seguidos de *Duck*, venían corriendo a todo correr, perseguidos por cinco animales gigantescos, a quienes no pudieron derribar sus seis balas. Los osos les acosaban de cerca; Hatteras, que era el más rezagado, no consiguió aumentar la distancia que le separaba de los animales, sino echándoles sucesivamente su gorra, su hacha y hasta su escopeta. Los osos se detenían, según tienen por costumbre, para olfatear el objeto echado a su curiosidad, y perdían algo de terreno. Su marcha era tan veloz que hubieran dejado atrás al caballo más ligero.

Hatteras, Altamont y Bell, jadeantes y sufridos, llegaron junto a Johnson y desde lo alto de la escarpa se deslizaron con él hasta la casa de nieve.

Los cinco osos les tocaban, y el capitán tuvo que parar con un cuchillo la violenta zarpada de uno de ellos.

En un abrir y cerrar de ojos, Hatteras y sus compañeros quedaron encerrados en la casa. Los animales se detuvieron en la meseta superior formada por el cono truncado.

–¡En fin –exclamó Hatteras–, podremos defendernos con menos desventaja siendo cinco contra cinco!

–¿Dónde están los cinco? –exclamó Johnson aterrorizado

–¿Cómo? –exclamó Hatteras.

–¡El doctor! –respondió Johnson, mostrando el salón vacío.

–¿Y qué?

–¡Se ha ido por el lado de la isla!

–¡Desgraciado! –exclamó Bell.

–No podemos abandonarle –gritó Altamont.

–¡Corramos! –dijo Hatteras.

Abrió rápidamente la puerta, pero apenas tuvo tiempo de volverla a cerrar; poco le faltó para que un oso le rompiera el cráneo de una zarpada.

–¡Aquí están! –exclamó.

–¿Todos? –preguntó Bell.

–¡Todos! –respondió Hatteras.

Altamont se precipitó hacia las ventanas, cuyos huecos colmó con pedazos de hielo arrancados de las paredes de la casa. Sus compañeros le imitaron sin decir una palabra, interrumpiendo únicamente el silencio los sordos ladridos de Duele.

Pero, justo es decirlo, aquellos cuatro hombres no tenían más que un solo pensamiento, y acordándose del doctor olvidaban su propio peligro. Pensaban en el doctor y no en sí mismos. ¡Pobre Clawbonny! ¡Tan bueno! ¡Tan afable! ¡Él era el alma de aquella pequeña colonia!

Por primera vez se hallaba lejos de sus compañeros. Peligros extremos, una muerte espantosa le aguardaba tal vez, porque, terminada su excursión, regresaría tranquilamente al Fuerte Providencia, y se hallaría en presencia de aquellos feroces animales.

–¿Y no habría medio de avisarle?

–Sin embargo –dijo Johnson–, o mucho me engaño, o el doctor está prevenido. Vuestros tiros le habrán puesto en guardia, y no puede dejar de creer en algún acontecimiento extraordinario.

–Pero, ¿y si entonces estaba lejos? –respondió Altamont–. ¿Y si no ha comprendido nada de lo que pasaba? ¡Lo más probable es que vuelva inadvertidamente, sin pensar en ningún peligro! ¡Los osos están abrigados por la escarpa del fuerte, y no puede percibirlos!

–Es, pues, necesario desembarazarse de los osos antes de que él vuelva –respondió Hatteras.

–Pero ¿cómo? –preguntó Bell.

La respuesta era difícil. Una salida parecía imposible. Habíase obstruido el corredor con una barricada, pero los osos podían fácilmente echar abajo aquellos obstáculos si se les ocurría esta idea, pues sabían a qué atenerse respecto del número y la fuerza de sus adversarios, y les era fácil llegar hasta ellos.

Los prisioneros se habían distribuido por todas las estancias de la *Casa del Doctor*, a fin de vigilar cualquier tentativa de invasión, y oían ir y venir a los osos, gruñir sordamente, y rascar las paredes de nieve con sus enormes patas.

Era menester tomar una determinación pronta, porque el tiempo apremiaba. Altamont resolvió practicar una aspillería para hacer fuego a los sitiadores, y en pocos minutos abrió una especie de agujero en la pared de hielo, y por él introdujo su escopeta; pero apenas el cañón salió fuera, se la arrancó de las manos un poder irresistible, sin darle tiempo de dispararla.

–¡Diablos! –exclamó–. Son más fuertes que nosotros.

Y volvió a tapar la aspillera.

Esta situación duraba hacía ya más de una hora, y nada dejaba prever su término. Se discutieron entonces las probabilidades de éxito de una salida, y se vio que eran muy escasas, pues los osos no podían ser combatidos separadamente. Sin embargo, Hatteras y sus compañeros, deseosos de acabar de una vez, y avergonzados de verse presos por unos cuantos animales, iban a intentar un ataque directo, cuando el capitán ideó un nuevo sistema de defensa.

Cogió el *poker* ⁽⁸⁾ que servía a Johnson para descargar sus hornillas, y lo puso encima de las ascuas de la estufa, practicó luego una abertura en la pared de nieve, pero sin prolongarla hasta

⁸ Barra de hierro para atizar el fuego de los hornillos.

el exterior, de suerte que conservase hacia la pared de afuera una ligera capa de hielo.

Sus compañeros estaban mirando lo que hacía. Cuando el *poker* se puso rojo, Hatteras tomó la palabra y dijo:

–Esta barra candente va a servirme para rechazar a los osos, que no podrán cogerla, y nos será fácil por la aspillera hacer contra ellos un fuego nutrido, sin que puedan arrancarnos las armas.

–¡Bien pensado! –exclamó Bell, apostándose cerca de Altamont.

Entonces Hatteras, sacando el *poker* de las ascuas, lo hundió rápidamente en la pared. La nieve, evaporándose a su contacto, silbó estrepitosamente. Dos osos acudieron, cogieron la barra enrojecida, y lanzaron un terrible aullido, al mismo tiempo que sonaron cuatro disparos.

–¡Heridos! –exclamó el americano.

–¡Heridos! –repitió Bell.

–Repitamos la operación –dijo Hatteras, volviendo a tapar momentáneamente la abertura.

Se puso otra vez el *poker* encima de las ascuas, y a los pocos minutos estaba rojo.

Altamont y Bell volvieron a su puesto después de cargar las armas. Hatteras restableció la aspillera, e introdujo por ella de nuevo el *poker* candente.

Pero una superficie impenetrable le detuvo.

–¡Maldición! –exclamó el americano.

–¿Qué sucede? –preguntó Johnson.

–¡Que esos malditos animales hacían témpanos sobre témpanos; nos tapiaban dentro de nuestra casa, nos entierran vivos!

–¡Es imposible!

–¡Ya lo veis, el *poker* no puede pasar! ¡La cosa empieza ya a ser ridícula!

Más que ridícula era alarmante. La situación empeoraba. Los osos, animales dotados de un instinto sumamente desarrollado, emplea-

ban aquel medio para ahogar su presa. Amononaban los témpanos de modo que imposibilitaban la fuga de los sitiados.

–¡Es triste cosa! –dijo el viejo Johnson herido en su amor propio–. Que otros hombres nos traten así, pase; ¡pero osos!

Después de esta reflexión, transcurrieron dos horas sin que se modificase sensiblemente la situación de los encarcelados. El proyecto de salir era ya impracticable, y las gruesas paredes no permitían pasar ningún ruido exterior. Altamont se paseaba con la agitación de un hombre audaz que se exasperaba delante de un peligro superior a su denuedo. Hatteras pensaba con espanto en el doctor, y en el gravísimo peligro que le amenazaba a su regreso.

–¡Ah! –exclamó Johnson–. ¡Si el señor Clawbonny estuviese aquí!

–¿Y qué haría? –respondió Altamont.

–¡Oh! ¡Él nos sacaría de apuros!

–¡No sé cómo! –respondió de muy mal humor el americano.

–Ni yo tampoco –replicó Johnson–. Si lo supiera, no tendría de él necesidad. Sin embargo, creo adivinar el consejo que nos daría en este momento.

–¿Cuál?

–¡El de tomar un bocado! Eso no puede perjudicarnos. Todo lo contrario. ¿No os parece lo mismo, señor Altamont?

–Comamos, si tenéis apetito –respondió el americano–; aunque la situación es bien tonta, por no decir humillante.

–Estoy seguro –dijo Johnson– de que después de comer, encontraremos un medio cualquiera para salir del apuro.

Nadie respondió al contraamaestre, y se sentaron todos a la mesa.

Johnson, educado en la escuela del doctor, trató de ser filósofo en el peligro, pero no lo consiguió y sus chanzas se le atravesaban en la garganta. Además, los sitiados empezaban a sentir cierta desazón; el aire se condensaba en aquella morada herméticamente cerrada; la

atmósfera no podía renovarse por el tubo de la chimenea, y era fácil prever que, dentro de muy poco tiempo, el fuego se apagaría. Absorbido el oxígeno por los pulmones y por la lumbre, muy pronto no quedaría en aquel limitado ambiente más que ácido carbónico, cuya mortal influencia es bien conocida.

Hatteras fue el primero que se apercibió de este nuevo peligro, y no lo quiso ocultar a sus compañeros.

–Entonces –respondió Altamont– es preciso salir a toda costa.

–¡Sí! –repuso Hatteras–. Pero aguardemos la noche; haremos un agujero en la bóveda para renovar nuestra provisión de aire, y uno de nosotros, apostándose en él, hará fuego a los osos.

–No hay más partido que tomar –replicó el americano.

Convinieron todos en el plan. se aguardó el momento de correr la aventura, y durante las horas sucesivas, Altamont no escatimó sus im-

precaciones contra un estado de cosas en el cual, decía él, «dado un número de osos y otro de hombres, no son estos últimos los que desempeñan el mejor papel».

CAPÍTULO XIII

LA MINA

A noche llegó y la lámpara del salón L empezaba ya a amortiguarse en aquella atmósfera pobre de oxígeno.

A LAS OCHO SE HICIERON LOS ÚLTIMOS PREPARATIVOS. SE CARGARON

CON CUIDADO LAS ARMAS, Y SE PRAC-
TICÓ UNA ABERTURA EN LA BÓVEDA DE
LA *SNOW-HOUSE*.

Hacía ya algunos minutos que se estaba
trabajando, y Bell daba nuevas pruebas de su
destreza cuando Johnson, saliendo del dormi-
torio, en que estaba de observación, se dirigió
rápidamente a sus compañeros. Estaba inquie-
to.

-¿Qué tenéis? -le preguntó el capitán.

-¿Yo? ¡Nada! -respondió con voz balbu-
ciente el viejo marino-. Y sin embargo...

-¿Pero qué sucede? -preguntó Altamont.

-¡Silencio! ¿No oís un ruido singular?

-¿Hacia qué lado?

-¡Allí! ¡Algo pasa en la pared del dormito-
rio...!

Bell suspendió su trabajo, y todos escucha-
ron.

Se percibía un ruido lejano, que parecía
producido en la pared lateral, siendo evidente
que se estaba abriendo un agujero en el hielo.

–¡Escarban! –dijo Johnson.

–¡Nada más cierto! –respondió Altamont.

–¿Los osos? –preguntó Bell.

–¡Sí! Los osos.

–Han tomado otra táctica –repuso el viejo marino–, renuncian a ahogarnos.

–O nos creen ya ahogados –dijo el americano, cuya cólera iba en aumento.

–Vamos a ser atacados –dijo Bell.

–¡Y qué! –respondió Hatteras–. Lucharemos cuerpo a cuerpo.

–¡Más vale así! –exclamó Altamont–. ¡Lo prefiero! ¡Estoy cansado de enemigos invisibles! ¡Nos veremos y nos batiremos!

–Sí –respondió Johnson–, pero no a tiros; a tiros es imposible en un espacio tan estrecho.

–¡Nos batiremos con el hacha y con el cuchillo!

El ruido aumentaba, se oía distintamente la escarbadura de las garras; los osos habían atacado la pared en el ángulo mismo en que

se juntaba la escharpa de nieve apoyada en el peñasco.

–El animal que escarba –dijo Johnson– no está a seis pies de nosotros.

–Tenéis razón, Johnson –respondió el americano–; pero tenemos tiempo para prepararle la acogida que merece.

El americano cogió una hacha con una mano y con la otra su cuchillo, y apoyado en su pie derecho, con el cuerpo inclinado hacia atrás, tomó la actitud de ataque. Hatteras y Bell le imitaron. Johnson preparó su escopeta para el caso en que hubiese necesidad de usar arma de fuego.

El ruido era cada vez más fuerte; el hielo arrancado rechinaba bajo la violenta incisión de las garras de acero.

Ya sólo separaba al sitiador de sus adversarios una delgada capa. Esta capa se hendió de pronto, como el aro de papel tirante bajo el esfuerzo del volatinero, y apareció en la estancia casi oscura un cuerpo negro, enorme.

Altamont contuvo rápidamente su mano armada para herir.

–¡Deteneos! ¡Por el cielo! –dijo una voz bien conocida.

–¡El doctor! ¡El doctor! –exclamó Johnson.

Era el doctor, en efecto, que arrastrado por su mole, cayó rodando en medio del cuarto.

–¡Buenos días, mis valientes amigos! –dijo levantándose al momento.

Sus compañeros quedaron atónitos; pero a su asombro sucedió la alegría, todos quisieron abrazar al digno hombre; Hatteras, muy conmovido, le tuvo abrazado mucho tiempo. El doctor le contestó con el más afectuoso apretón de manos.

–¡Vos aquí, señor Clawbonny! –dijo el contramaestre.

–Sí, mi querido Johnson, y vuestra suerte me tenía tan alarmado como a vosotros la mía.

–Pero ¿cómo habéis sabido que estábamos sitiados por una chusma de osos? –preguntó Altamont–. Temíamos que volviéseis tranqui-

lamente al Fuerte Providencia sin sospechar el peligro.

–¡Oh! Yo lo había visto todo –respondió el doctor–; vuestros disparos me pusieron alerta; me hallaba en aquel momento junto a los restos del *Porpoise*; me he encaramado hasta la cima de un *hummock*; he percibido los cinco osos que os perseguían de cerca, y he tenido miedo, miedo por vosotros. Pero, en fin, vuestras volteretas desde lo alto de la colina y la vacilación de los animales me han tranquilizado momentáneamente, y he comprendido que habíais tenido tiempo de parapetaros en la casa. Entonces, poco a poco, me he acercado, ya a rastras, ya deslizándome entre los témpanos; he llegado junto al fuerte y he visto a esas enormes bestias que, trabajando así, duramente, como gigantescos castores, arrancaban el hielo, amontonaban témpanos, y, en una palabra, os enteraban vivos. Buena fortuna ha sido que no les haya pasado por el magín arrojar moles de hie-

lo desde el vértice del cono, en cuyo caso os hubieran aplastado.

–Pero –dijo Bell– vos no estabais a salvo, señor Clawbonny. ¿No podían abandonar el asedio y lanzarse contra vos?

–No pensaban en eso. Los perros groenlandeses, soltados por Johnson, han estado muchas veces a muy poca distancia de ellos, y no les han hecho caso; estaban seguros de una caza más sabrosa.

–Gracias por el cumplimento –dijo Altamont riendo.

–¡Oh! No hay que envanecerse por ello. Cuando comprendí la táctica de los osos, determiné unirme a vosotros. La prudencia aconsejaba aguardar la noche, y así es que, a las primeras sombras del crepúsculo, me deslicé sin ruido hacia la escarpa, por el lado del polvorín. Al escoger aquel punto llevaba mi idea; quería abrir una galería. He empezado, pues, a trabajar, y he atacado el hielo con mi cuchillo de nieve, que es una herramienta que no tiene

precio. He estado tres horas escarbando, ahuecando, trabajando, y aquí me tenéis hambriento, quebrantado, molido; pero, en fin, estoy aquí.

–¿Para participar de nuestra suerte? –dijo Altamont.

–Para salvarnos todos... Pero dadme un poco de galleta y de carne; estoy desfallecido.

Un instante después el doctor hincaba sus blancos dientes en una respetable tajada de cecina. Mientras comía, contestaba a la grani-zada de preguntas que se le hacían.

–¡Salvarnos a todos! –repitió Bell.

–Sin duda –respondió el doctor, apoyando su respuesta con una aspiración de aire que hinchó su pecho.

–La verdad es –dijo Bell– que nada nos impide escabullimos por el mismo camino que el doctor utilizó para entrar.

–¡Eso es! –respondió el doctor–. ¡Y dejar el campo libre a esa picara chusma, que acabará

por descubrir nuestros almacenes y saquearnos!

–Es menester permanecer aquí –dijo Hatteras.

–Sin duda –respondió el doctor–, y librar-nos al mismo tiempo de los animales.

–¿Hay, pues, un medio? –preguntó Bell.

–Un medio infalible –respondió el doctor.

–¡No lo decía yo! –exclamó Johnson frotán-dose las manos–. Con el señor Clawbonny no hay nada desesperado; tiene siempre en sus alforjas de sabio algún medio de salir del paso.

–¡Oh! ¡Oh! Mis pobres alforjas están bien desprovistas, pero registrándolas con cuidado...

–Doctor –dijo Altamont–, ¿no pueden los osos penetrar por la galería que habéis abierto?

–Buen cuidado he tenido yo en tapar sólida-mente la abertura, y ahora podemos ir desde aquí al polvorín sin que ellos lo noten.

–¡Bueno! ¿Nos diréis ahora qué medio pen-sáis emplear para librarnos de esas incómodas visitas?

–Uno muy sencillo, y para el cual está ya hecha una parte del trabajo.

–¿Cómo es eso?

–Ya lo veréis. Pero ahora recuerdo que no he venido aquí solo.

–¿Qué queréis decir? –preguntó Johnson.

–Que tengo que presentaros un compañero.

Y así diciendo, el doctor sacó de la galería el cuerpo de una zorra recién muerta.

–¡Una zorra! –exclamó Bell.

–Mi caza de esta mañana –respondió modestamente el doctor–, y ya veréis cómo nunca se ha muerto una zorra de más provecho.

–Pero, en fin, ¿cuál es vuestro plan? –preguntó Altamont.

–Tengo la pretensión –respondió el doctor– de volar todos los osos a la vez con cien libras de pólvora.

Miraron todos al doctor con sorpresa.

–Pero ¿y la pólvora? –le preguntaron.

–Está en el polvorín.

–¿Y el polvorín?

–Por este agujero se va a él. No sin intención he abierto una galería de cien toesas de longitud. Podía haber atacado al parapeto más cerca de la casa; pero tenía una idea.

–En fin, ¿dónde pretendéis establecer la mina? –preguntó el americano.

–En el frente mismo de nuestra descarga, es decir, en el punto más lejano de la casa, del polvorín y de los almacenes.

–Pero ¿cómo atraeréis allí todos los osos a la vez?

–Yo me encargo de ello –respondió el doctor–, basta de conversación y manos a la obra. Tenemos que abrir durante la noche cien pies de galería, y éste es un trabajo penoso, pero siendo cinco, no nos cansaremos demasiado. Nos iremos relevando. Bell va a empezar, y entretanto nosotros descansaremos un poco.

–Cuanto más pienso en él –exclamó Johnson–, tanto mejor me parece el medio del señor Clawbonny.

–Es un medio seguro –respondió el doctor.

–¡Oh! Cuando vos lo decís, ya pueden los osos darse por muertos, y ya me parece que tengo su piel puesta en los hombros.

–¡A la obra, pues!

El doctor, seguido de Bell, se metió en la galería. Por donde él pasaba, bien podían pasar holgadamente sus compañeros. Los dos marineros llegaron al polvorín; y fueron a salir en medio de los barriles colocados en buen orden. El doctor dio a Bell las instrucciones necesarias. El carpintero atacó la pared opuesta en que se apoyaba la escarpa, y su compañero volvió a la casa.

Bell trabajó por espacio de una hora, y abrió un conducto subterráneo que tendría de largo unos diez pies, por el cual podía pasar un hombre arrastrándose. Altamont le remplazó, y en el mismo tiempo hizo a poca diferencia un trabajo equivalente. La nieve sacada de la galería era trasladada a la cocina, donde, para que

ocupase menos sitio, el doctor la hacía derretirse al calor de los hornillos.

Al americano sucedió el capitán, y a éste Johnson. En diez horas, es decir, a cosa de las ocho de la mañana, la galería estaba enteramente abierta.

A los primeros resplandores de la alborada, el doctor examinó los osos por una aspillera que practicó en el polvorín.

Los pacientes animales no se habían movido de su sitio. Allí estaban, yendo, viniendo, gruñendo, pero siempre en guardia, con una perseverancia ejemplar, y sin dejar de rondar alrededor de la casa, que desaparecía bajo los témpanos amontonados. Pero hubo, no obstante, un momento en que al parecer se había agotado su paciencia, pues el doctor les vio de pronto separar las moles de hielo que habían acumulado.

–¡Está bien! –dijo el doctor al capitán, que se hallaba junto a él.

–¿Qué hacen? –preguntó Hatteras.

–¡Se me figura que quieren demoler su obra y llegar hasta nosotros! Pero tengan la bondad de aguardar aunque no sea más que un momento, y veremos quién mata a quién. No perdamos tiempo.

El doctor se deslizó hasta el punto en que debía practicarse la mina, hizo ensanchar la galería hasta la altura de la escarpa, y bien pronto no quedó en la parte superior más que una espesa costra de hielo que tenía todo lo más un pie de grueso, y que fue preciso sostener para que no se viniese abajo.

Una estaca sólidamente apoyada en el suelo de granito hizo el oficio de pie derecho, y en su extremidad superior fue atado el cadáver de la zorra. Una larga cuerda, atada a la parte inferior, se fue extendiendo a lo largo de la galería hasta llegar al polvorín.

Los compañeros del doctor seguían sus instrucciones sin comprenderlas enteramente.

–He aquí el cebo –dijo mostrando la zorra.

Al pie de la estaca hizo colocar un barril que contenía unas cien libras de pólvora.

–Y he aquí la mina –añadió.

–Pero –preguntó Hatteras–, ¿no volaremos nosotros al mismo tiempo que los osos?

–¡No! Nosotros estamos suficientemente distantes del lugar de la explosión, y, además, nuestra estancia es sólida. Si se produce alguna grieta, tendremos tiempo de repararla.

–Bien –respondió Altamont–, ¿pero cómo pretendéis operar?

–Muy fácilmente. Tirando de esta cuerda, caerá la estaca que sostiene el hielo encima de la misma, aparecerá súbitamente encima de la escarpa el cadáver de la zorra, y vos admitiréis sin dificultad que animales hambrientos no vacilarán en precipitarse sobre esta presa inesperada.

–Convenido.

–Pues bien, en aquel momento, prendo fuego a la mina y hago que vuelvan a la vez el cebo y los convidados.

–¡Bien! ¡Bien! –exclamó Johnson, que seguía la conversación con el más vivo interés.

Hatteras, teniendo en su amigo una confianza absoluta, no pedía ninguna explicación. Aguardaba. Pero Altamont quería saberlo todo.

–Doctor –dijo–, ¿cómo calculáis la duración de vuestra mecha con una precisión tal que la explosión sobrevenga en el momento oportuno?

–Muy sencillamente –respondió el doctor–, no calcularé nada.

–¿Tenéis, pues, una mecha de cien pies de longitud?

–No.

–¿Haréis, pues, simplemente un reguero de pólvora?

–¡Tampoco! El reguero podría fallar.

–¿Será, pues, preciso que alguno se sacrifique y prenda fuego a la mina?

–Si hace falta un voluntario –dijo Johnson al momento–, yo me ofrezco con mucho gusto.

–No es necesario, mi digno amigo –respondió el doctor tendiendo la mano al viejo contraamaestre–; nuestras cinco vidas son preciosas; y, Dios mediante, las conservaremos por ahora!

–Entonces –dijo el americano– renuncio a adivinar.

–Veamos –respondió el doctor sonriéndose–; si en circunstancias como ésta no supiese un hombre salir de apuros, ¿de qué le serviría haber estudiado física?

–¡Ah! –exclamó Johnson con entusiasmo–. ¡La física!

–¡Si! ¿No tenemos aquí una pila eléctrica, con hilos de una longitud suficiente, los mismos que servían para nuestro faro?

–¿Y qué?

–Pues bien, prenderemos fuego a la mina cuando nos plazca, inmediatamente y sin peligro.

–¡Hurra! –exclamó Johnson.

–¡Hurra! –repitieron sus compañeros, sin cuidarse de si les oían o no sus enemigos.

Los hilos eléctricos fueron inmediatamente tendidos a lo largo de la galería desde la casa hasta la mina. Una de sus extremidades quedó enrollada a la pila, y la otra se hundió en el centro del barril, quedando colocados los otros dos extremos a poca distancia uno de otro.

A las nueve de la mañana todo quedó terminado. Ya era tiempo; los osos se entregaban con furor a su ansia destructora.

El doctor juzgó llegado el momento. Johnson se colocó en el polvorín, y se encargó de tirar de la cuerda atada a la estaca. Ocupó su puesto.

–Ahora –dijo el doctor a sus compañeros–, preparad las armas para el caso de que los sitiadores no mueran de pronto, y colocaos junto a Johnson; inmediatamente después de la explosión, echaos fuera.

–Comprendido –respondió el americano.

–Y ahora, nosotros hemos hecho todo lo que es dado hacer a hombres. Nos hemos ayudado. ¡Que el cielo nos ayude!

Hatteras, Altamont y Bell se trasladaron al polvorín. El doctor se quedó solo junto a la pila.

Oyó luego la voz lejana de Johnson que gritaba:

–¡Atención!

–Todo va bien –respondió el doctor.

Johnson tiró vigorosamente de la cuerda, y derribó la estaca; después se precipitó a la aspillera y atisbo.

La superficie de la escarpa se había derrumbado.

El cuerpo de la zorra aparecía encima de los témpanos de hielo. Los osos, sorprendidos en un principio, no tardaron en precipitarse en grupo hacia aquella nueva presa.

–¡Fuego! –gritó Johnson.

El doctor estableció inmediatamente entre sus hilos la corriente eléctrica; se produjo una explosión formidable; la estancia vaciló como

en un terremoto; las paredes se hundieron. Hatteras, Altamont y Bell se precipitaron fuera del polvorín, dispuestos a hacer fuego.

Pero sus armas fueron inútiles. De los cinco osos, cuatro, envueltos en la explosión, cayeron a pedazos, despedazados, mutilados, carbonizados, en tanto que el otro, medio asado, huía precipitadamente.

–¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! –exclamaron los compañeros de Clawbonny, mientras éste les iba abrazando a todos sonriéndose.

CAPÍTULO XIV

LA PRIMAVERA POLAR

Los cautivos estaban libres, y manifestaron su alegría dando al doctor las más expresivas gracias. El viejo Johnson sintió no poder aprovechar las pieles de los osos, que estaban quemadas e inservibles, pero este sentimiento no era de tal magnitud que influyese ostensiblemente en su humor.

Se pasó el día reparando la casa de nieve, que se había resentido mucho de la explosión. Se la desembarazó de los témpanos hacinados por los animales y se compusieron sus paredes.

El trabajo se hizo con rapidez, al compás de las alegres canciones que cantaba el contramaestre.

Al día siguiente la temperatura mejoró mucho, y por un repentino salto de viento, el termómetro subió a 15° sobre cero (-9° centígrados). De una diferencia tan considerable se resintieron vivamente los hombres y las cosas. La brisa del Sur aparecía acompañada de los primeros indicios de la primavera polar.

Aquel calor relativo duró algunos días. El termómetro, al abrigo del viento, señaló hasta el 31° sobre cero (-1° centígrado), y empezaron a manifestarse síntomas de deshielo.

El hielo se agrietaba. Algunos arroyos de agua salada brotaban en distintos puntos como las fuentes de un parque inglés, y algunos días después la lluvia caía abundantemente.

Un intenso vapor se elevaba de las nieves, lo que era de buen agüero, y la licuación de aquellas inmensas moles parecía próxima. El disco pálido del sol tendía a enrojecerse y tra-

zaba espirales más prolongadas encima del horizonte. La noche duraba apenas tres horas.

Otro síntoma había no menos significativo. Algunos ptarmigans, gansos boreales, chorlitos y ortegas regresaban a bandadas, y el aire se poblaba, poco a poco, de atronadores gritos, de los que se acordaban aún los navegantes de la última primavera. Numerosas liebres, de las cuales se cazaron muchas, aparecieron en la playa de la bahía, e igualmente los ratones árticos, cuyas madrigueras forman un sistema de alvéolos regulares.

El doctor hizo notar a sus compañeros que casi todos aquellos animales empezaban a perder el pelo o la pluma blanca del invierno para tomar su traje de verano. «Se primaverizaban», decía él, y al mismo tiempo la Naturaleza empezaba a ofrecerles su pasto en forma de musgos, amapolas, saxífragas y menudo césped. Se veía que una nueva existencia atravesaba las nieves descompuestas.

Pero con los animales inofensivos volvieron sus enemigos maléficos. Las zorras y los lobos llegaron acechando su presa, y lúgubres aullidos resonaban durante la corta oscuridad de las noches.

El lobo de aquellas comarcas es muy próximo pariente del perro; ladra como él, y ladra de un modo que hace incurrir en error a los oídos más ejercitados, a los de la misma raza canina. Hasta hay quien dice que aquellos animales se prevalen sagazmente de esta facultad para atraer a los perros y devorarlos. Este hecho fue observado en las tierras de la bahía de Hudson, y el doctor pudo verlo confirmado en Nueva América. Johnson se abstuvo de soltar a sus perros de tiro, que habrían podido caer en el lazo.

En cuanto a *Duck*, tenía demasiada experiencia y era demasiado listo para ponerse él mismo en la boca del lobo.

Se cazó mucho por espacio de quince días. Abundaron las provisiones de carne fresca. Se

mataron perdices, ptarmigans y hortelanos de nieve, que son un bocado delicioso. Los cazadores no se alejaban del Fuerte Providencia, porque la caza menor parecía salirles al encuentro, y animaba singularmente con su presencia aquellas playas silenciosas. La bahía Victoria tomaba un aspecto nuevo, que regocijaba los ojos.

Los quince días que sucedieron a la gran refriega de los osos se emplearon en ocupaciones diversas. El deshielo hizo visibles progresos, el termómetro ascendió a 22° sobre cero (0° centígrados); los torrentes empezaban a mugir en las barrancas, y millares de cataratas se improvisaron en las laderas de las colinas.

El doctor, después de haber preparado cierta extensión de terreno, sembró en ella berros, acederas y coclearias. Veía salir de la tierra algunos verdes tallos, cuando, de repente, con una rapidez inconcebible, el frío reapareció y recobró su imperio.

En una sola noche, sobreviniendo una violenta brisa del Norte, volvió a perder el termómetro cerca de 40° , pues descendió a los 8° bajo cero (-22° centígrados). Todo quedó helado. Aves, cuadrúpedos, anfibios, todos desaparecieron como por encanto; volviéronse a cerrar los agujeros de las focas; desaparecieron las quebrajas; el hielo recobró su dureza de granito, y las cascadas, detenidas en su caída, se convirtieron en prolongados carámbanos de cristal.

Era aquella una metamorfosis que se veía realizar; se produjo en la noche del 11 al 12 de mayo, y cuando Bell, por la mañana sacó las narices al aire libre, estuvo expuesto a quedarse sin ellas.

–¡Oh, naturaleza boreal! –exclamó el doctor, un poco desazonado–. ¡Qué salidas de tono tienes! ¡Paciencia! Tendré que empezar otra vez mi sementera.

Hatteras tomaba las cosas menos filosóficamente, por la impaciencia con que esperaba

la ocasión de proseguir sus descubrimientos. Pero fuerza era resignarse.

–¿Durará mucho esta temperatura? – preguntó Johnson.

–No, amigo mío, no –respondió Clawbonny–; este esfuerzo es el último del frío. Hacedos cargo de que él está aquí en su casa, y no se deja desalojar sin resistencia.

–Se defiende bien –replicó Bell, frotándose la cara.

–¡Sí! Pero yo debí haberlo previsto todo – replicó el doctor–, y no sacrificar mis granos como un ignorante, tanto más cuanto que podía, en rigor, haberlos hecho germinar junto a los hornillos de la cocina.

–¡Cómo! –exclamó Altamont–. ¡Debíais vos haber previsto esta variación de temperatura!

–Sin duda, y sin ser adivino. Debí haber puesto mis semillas bajo la protección inmediata de San Mamerto, San Pancracio y San Servando, cuya fiesta cae en los días 11, 12 y 13 de este mes.

–¿Vais a decirme, doctor –exclamó Altamont–, la influencia que sobre la temperatura tienen los tres santos que habéis nombrado?

–Una, muy grande, según los labradores, que los llaman «los tres santos de hielo».

–¿Y por qué?

–Porque generalmente se produce un frío periódico en el mes de mayo, y el mayor descenso de temperatura suele ser del 11 al 13 de este mes. Es un hecho, y he aquí todo.

–Es curioso. ¿Tiene eso alguna explicación?

–preguntó el americano.

–Sí, de dos maneras: o por la interposición en esta época del año entre la tierra y el sol de un número mayor de asteroides, o, simplemente por la disolución de las nieves, que, licuándose, absorben necesariamente una cantidad mayor de calor. Las dos causas son plausibles, mas ¿se pueden admitir de una manera absoluta? Lo ignoro; pero si no estoy seguro del valor de la explicación, lo estoy de la autenticidad del

hecho, y, por consiguiente, no debí comprometer mis plantaciones.

El doctor decía bien. Por una razón ú otra, el frío fue muy intenso durante el resto del mes de mayo, y tuvieron que interrumpirse las cacerías, no tanto por el rigor de la temperatura como por la falta completa de caza. Afortunadamente, no se había aún agotado, ni con mucho, la reserva de carne fresca.

Los invernadores se hallaron, pues, condenados a una nueva inacción. Por espacio de quince días, desde el 11 al 25 de mayo, su existencia monótona no ofreció más que un solo incidente, una enfermedad grave, una angina membranosa, que atacó inopinadamente al carpintero. Al ver sus amígdalas sumamente hinchadas y la falsa membrana que las tapizaba, el doctor no podía equivocarse el diagnóstico de tan terrible dolencia, pero él se hallaba en su elemento, y la enfermedad, que sin duda no había contado con esto, fue rápidamente contrarrestada. El tratamiento fue muy sencillo, y

el medicamento se tenía muy a mano, pues el doctor se limitó a introducir algunos pedacitos de hielo en la boca del enfermo, con lo que empezó a disminuir la hinchazón y desapareció la falsa membrana. Veinticuatro horas después, Bell pudo levantarse.

El doctor, viendo que a todos causaba maravilla el plan curativo, respondió:

–Ése es el país de las anginas; preciso es que el remedio se halle cerca del mal.

–Bueno es el remedio, pero mejor es el médico –añadió Johnson, en cuya mente el doctor tomaba proporciones piramidales.

Durante estos nuevos ocios, el doctor resolvió tener con el capitán una conversación importante. Tratábase de hacer desistir a Hatteras de su propósito de emprender de nuevo el camino del Norte sin proveerse de una lancha, de un bote cualquiera, de un madero, de algo, en fin, con que cruzar los brazos de mar o los estrechos. El capitán, tan absoluto en sus ideas, se había formalmente pronunciado contra el

uso de una embarcación construida con los restos aprovechables del buque americano.

El doctor no sabía cómo entrar en materia, y, sin embargo, importaba mucho que la cuestión se resolviese muy pronto, porque en el mes de junio llegaba la época de las grandes excursiones. En fin, después de haber reflexionado mucho tiempo, llamó un día a Hatteras aparte y, con su característica bondad, le dijo:

–Hatteras, ¿creéis que soy vuestro amigo?

–Sin duda –respondió el capitán al momento–, el mejor y tal vez el único.

–Si os doy un consejo –repuso el doctor–, un consejo que no me pedís, ¿lo juzgaréis desinteresado?

–Sí, porque sé que el interés personal no ha sido jamás vuestro móvil, pero ¿dónde queréis ir a parar con vuestras preguntas?

–Escuchad, Hatteras, aún tengo que hacer otra:

¿Me creéis un buen inglés como vos, y ambicioso De gloria para mi país?

Hatteras fijó en el doctor una mirada de sorpresa.

–Sí –respondió, procurando adivinar el objeto De su pregunta.

–Queréis llegar al Polo Norte –repuso el doctor–. Concibo vuestra ambición, de la cual participo; pero para llegar a este objeto es preciso hacer lo necesario.

–¿Y qué? ¿Hasta ahora no lo he sacrificado todo para lograrlo?

–No, Hatteras; no habéis sacrificado vuestras repulsiones personales, y en este mismo momento os veo dispuesto a rechazar los medios indispensables para alcanzar el Polo.

–¡Ah! –respondió Hatteras–. Aludís a esa lancha, a ese hombre...

–Veamos, Hatteras, razonemos sin pasión, con frialdad, y examinemos la cuestión bajo todos sus aspectos. La costa en que acabamos de invernar puede ser interrumpida, nada nos prueba que se prolongue seis grados más al Norte; si los datos que hasta ahora os han guia-

do se justifican, debemos, durante los meses de verano, hallar una vasta extensión de mar libre. Y en presencia del Océano Ártico, desembarazado de hielos y propicio para una navegación fácil, ¿cómo lo haremos, si nos faltan los medios de atravesarlo?

Hatteras no respondió.

—¿Queréis, pues, hallaros a algunas millas del Polo Norte sin poder llegar a él?

Hatteras había dejado caer de nuevo la cabeza entre sus manos.

—Y ahora —repuso el doctor—, examinemos la cuestión desde el punto de vista moral. Yo concibo que un inglés sacrifique su fortuna y su existencia para dar a Inglaterra una nueva gloria. Pero la circunstancia de que una lancha formada por unas cuantas tablas arrancadas a un buque americano, a una embarcación naufraga y sin valor, haya tocado la costa nueva o recorrido el Océano desconocido, ¿podrá menoscabar en lo más mínimo la honra del descubrimiento? ¿Acaso si vos mismo hubieseis en-

contrado en esta playa el casco de un buque abandonado habrías vacilado en servirlo de él? ¿No es, por ventura, al jefe de la expedición a quien pertenece únicamente el beneficio del éxito? Y yo os pregunto si esta lancha, construida por cuatro ingleses, tripulada por cuatro ingleses, no será inglesa desde la quilla hasta la borda.

Hatteras seguía callando.

–No –dijo Clawbonny–, hablemos francamente, no es la lancha vuestra pesadilla; es el hombre.

–Sí, doctor, sí –respondió el capitán–; yo aborrezco con todo el odio de un inglés a ese americano, a ese hombre que la fatalidad ha interpuesto en mi camino...

–¡Para salvaros!

–¡Para perderme! Me parece que se burla de mí, que habla aquí como amo, que se figura tener entre sus manos mi destino y que ha adivinado mis proyectos. ¿No se ha quitado enteramente la máscara cuando se ha tratado de dar

nombre a estas tierras nuevas? ¿Ha confesado jamás lo que venía a hacer a estas latitudes? No me quitaréis de la cabeza una idea que me mata, y es que ese hombre es el jefe de una expedición de descubrimiento enviada por el gobierno de la Unión.

—Y aun cuando así sea, Hatteras, ¿quién prueba que esa expedición trataba de llegar al Polo? América puede intentar, como Inglaterra, hallar el paso del Noroeste. De todos modos, Altamont ignora absoluta mente vuestros proyectos, porque ni Johnson, ni Bell, ni vos, ni yo, hemos dicho delante de él una palabra acerca de ello.

—¡Pues bien! ¡Que los ignore siempre!

—Acabará necesariamente por conocerlos, porque nosotros no podemos dejarle aquí solo.

—¿Y por qué no? —preguntó el capitán con cierta violencia—. ¿No puede él quedarse en Fuerte Providencia?

—Él no lo consentiría, Hatteras; y, además, abandonar a ese hombre sin estar seguros de

encontrarle a nuestro regreso, sería más que imprudencia, sería inhumano. Altamont irá con nosotros, es necesario que vaya. Pero, como es inútil darle ahora noticias de que carece, no le diremos nada, y construiremos una lancha destinada en apariencia al reconocimiento de estas nuevas costas.

Hatteras no podía resignarse a prohiar las ideas de su amigo, y éste aguardaba una respuesta que no obtenía.

–¿Y si ese hombre no consintiese en el destroz de su buque? –dijo al fin el capitán.

–En tal caso, tendríais de vuestra parte el derecho, y construiríais la lancha a pesar suyo, sin que él pudiese hacer más que tener paciencia.

–¡Quiera el cielo que no consienta! –exclamó Hatteras.

–Antes de una negativa –respondió el doctor–, es necesario una petición, y de ésta yo me encargo.

En efecto, aquella misma noche, durante la cena, Clawbonny provocó una conversación sobre ciertos proyectos de excursiones durante los meses de verano, con objeto de proceder a la observación hidrográfica de las costas.

–Creo, Altamont– dijo el doctor–, que seréis de los nuestros.

–Y creéis bien –respondió Altamont–, fuerza es saber hasta dónde se extiende esta tierra de Nueva América.

Hatteras miraba fijamente a su rival.

–Y para eso– continuó Altamont– es necesario aprovechar como se pueda los restos del *Porpoise*. Construyamos, pues, una lancha sólida y que nos lleve lejos.

–Ya lo oís, Bell –dijo al momento el doctor– : desde mañana, manos a la obra.

CAPÍTULO XV

EL PASO DEL NOROESTE

L día siguiente, Bell, Altamont y el A doctor se trasladaron al *Porpoise*. La madera no escaseaba. La antigua lancha de la fragata, abierta por el choque de los témpanos, podía aún si ministrar las partes principales de la nueva. El carpintero se puso a trabajar inmediatamente. Se necesitaba una embarcación capaz de resistir el oleaje, y bastante ligera al mismo tiempo para poder transportarla en el trineo.

La temperatura se elevó durante los últimos días de mayo; el termómetro subió al grado de congelación; la primavera volvió de buena fe, y los invernadores tuvieron que aligerar-

se de ropa y dejar sus abrigos. Las lluvias eran frecuentes, y la nieve empezó luego a aprovecharse de los menores declives del terreno para convertirse en saltos y cascadas.

Hatteras no pudo contener su satisfacción al ver los campos helados dar las primeras señales de deshielo. Para él la libertad era el mar libre.

Pronto iba a saber si sus predecesores se engañaron o no acerca de la gran cuestión del golfo polar, de lo que dependía todo el éxito de la empresa.

Una noche, después de un día bastante caluroso, durante el cual los síntomas de descomposición de los hielos se manifestaba más claramente, hizo girar la conversación sobre el mar libre, que era para él el más interesante de los objetos.

Repitió la serie de argumentos que le eran familiares, y halló como siempre en el doctor un acérrimo partidario de su doctrina. Sus conclusiones no dejaban de ser justas.

–Es evidente –dijo– que si el Océano se libera de sus hielos delante de la bahía Victoria, su parte meridional será igualmente libre hasta Nuevo Cornualles y hasta el canal de la Reina. Así lo han visto Penny y Belcher, y lo han visto sin duda alguna.

–Creo lo mismo que vos, Hatteras –respondió el doctor–, y no hay nadie autorizado, para poner en duda la buena fe de tan ilustres marinos. Se ha querido suponer que se habían dejado engañar por un efecto de espejismo; pero se mostraban demasiado afirmativos para no estar seguros del hecho.

–Yo he opinado siempre del mismo modo –dijo Altamont, que tomó entonces la palabra–; el mar polar se extiende no sólo hacia el Oeste, sino también hacia el Este.

–Así es de suponer, en efecto –respondió Hatteras.

–Es de suponer –repuso el americano–; porque el mar libre, que los capitanes Penny y Belcher vieron cerca de las costas de la Tierra

de Grinnell, Morton, el teniente de Kane, lo percibió igualmente en el estrecho que lleva el nombre del atrevido sabio.

–No estamos en el mar de Kane –respondió con sequedad Hatteras–, y, por consiguiente, no podemos cerciorarnos del hecho.

–Es de suponer, al menos –dijo Altamont.

–Seguramente –replicó el doctor, que quería evitar una discusión inútil–. Lo que piensa Altamont debe de ser verdad. No oponiéndose a ello disposiciones particulares de los terrenos circundantes, los mismos efectos se producen bajo las mismas latitudes. Así, pues, yo creo en el mar libre en el Este lo mismo que en el Oeste.

–¡De todos modos, poco nos importa! –dijo Hatteras.

–No digo yo lo mismo, Hatteras –respondió el americano, a quien la indiferencia afectada del capitán empezaba a exasperarle–, la cosa podrá tener para nosotros cierta importancia.

–¿Cuándo?

–Cuando pensemos en la vuelta.

–¡En la vuelta! –exclamó Hatteras–. ¿Y quién piensa en ella?

–Nadie –respondió Altamont–, pero supongo que al fin nos detendremos en alguna parte.

– ¿Dónde? –preguntó Hatteras.

Por primera vez se dirigía al americano esta pregunta categórica. El doctor hubiera dado uno de sus brazos para detener aquella discusión.

Viendo que Altamont no respondía, el capitán renovó su pregunta.

–¿Dónde? –dijo con insistencia.

–Donde vayamos –respondió tranquilamente el americano.

–¿Y quién lo sabe? –preguntó el doctor, con acento conciliador.

–Yo sostengo –repuso Altamont– que si queremos aprovecharnos del mar polar para regresar, podremos intentar ganar el mar de

Kane, que nos conducirá más directamente al mar de Baffin.

–¿Lo creéis? –dijo irónicamente el capitán.

–Lo creo, como creo que si alguna vez estos mares boreales se hacen practicables, se llegará a ellos por el camino de Kane, que es el más directo. ¡Oh! ¡Qué gran descubrimiento el del doctor Kane!

–¿De veras? –dijo Hatteras mordiéndose los labios.

–Sí –dijo el doctor–, no se puede negar, y es preciso dejar a cada cual su mérito.

–Sin contar que antes de este célebre marino –repuso el obstinado americano– nadie había avanzado tanto hacia el Norte.

–Me complazco en creer –dijo Hatteras– que en la actualidad le han dejado atrás los ingleses.

–¡Y los americanos! –dijo Altamont.

–¿Los americanos? –interrogó Hatteras.

–¿Qué soy yo, pues? –respondió Altamont con altanería.

–Vos sois –respondió Hatteras con una saña difícilmente contenida–, vos sois un hombre que pretende otorgar a la casualidad y a la ciencia una misma parte de la gloria. Vuestro capitán americano avanzó mucho hacia el Norte, pero la casualidad...

–¡La casualidad! –exclamó Altamont–. ¿Os atrevéis a decir que Kane no debe a su energía y su saber este gran descubrimiento?

–Digo –replicó Hatteras– que el nombre de Kane no es un nombre que merezca ser pronunciado en un país esclarecido por los Parry, los Franklin, los Ross, los Belcher, los Penny, en estos mares que han franqueado el paso del Noroeste al inglés McClure...

–¡McClure! –respondió el americano–. ¿Citáis a McClure, y os subleváis contra los beneficios de la casualidad? ¿No es acaso la casualidad, y no más que la casualidad, quien le ha favorecido?

–¡No –respondió Hatteras animándose–, no! Es su valor, su obstinación en pasar cuatro inviernos en medio de los hielos...

–Ya lo creo –respondió el americano–. ¡Estaba cogido, no podía regresar, y concluyó por abandonar su buque *Investigator* para volver a Inglaterra!

–Amigos... –dijo el doctor.

–Además –repuso Altamont, interrumpiéndole–, dejemos al hombre y vamos al resultado. Habláis del paso del Noroeste; pues bien, no se ha encontrado aún este paso.

Al oír esta frase, Hatteras dio un salto; nunca entre las nacionalidades rivales se había suscitado una cuestión más irritante.

El doctor trató nuevamente de intervenir.

–No tenéis razón, Altamont –dijo.

–La tengo y me afirmo en mi opinión –repuso obstinadamente–. ¡No se ha encontrado aún, no se ha salvado el paso del Noroeste! ¡McClure no lo remontó, y hasta hoy ningún

buque salido del estrecho de Behring ha llegado al mar de Baffin!

El hecho era cierto, hablando de una manera absoluta. ¿Qué se podía responder al americano?

Hatteras, sin embargo, se levantó y dijo:

–¡Yo no sufriré que en mi presencia la gloria de un capitán inglés sea por más tiempo atacada!

–¡Vos no lo sufriréis –respondió el americano levantándose igualmente–, pero los hechos son ciertos! Vuestro poder no alcanza a destruirlos.

–¡Caballero! –dijo Hatteras, pálido de cólera.

–¡Amigos –dijo el doctor–; un poco de calma! ¡Discutimos un punto científico!

El buen Clawbonny no quería ver más que una discusión de ciencia donde el odio de un americano estaba en pugna con el de un inglés.

–¡Los hechos! Voy a exponerlos –repuso Hatteras en son de amenaza y sin querer oír nada.

–¡Y yo también! –respondió el americano. Johnson y Bell no sabían qué actitud tomar.

–Señores –dijo el doctor con energía–; permitidme tomar la palabra. Quiero tomarla. Conozco los hechos tan bien como vosotros; mejor que vosotros, y no os atreveréis a dudar de mi imparcialidad.

–¡Sí! ¡Sí! –dijeron Bell y Johnson, a quienes alarmaba el giro que había tomado la discusión, y crearon una mayoría favorable al doctor.

–Hablad, señor Clawbonny –dijo Johnson–. Esos señores os escucharán y nos instruiremos todos.

–¡Hablad, pues! –dijo el americano.

Hatteras volvió a sentarse, haciendo un ademán de aquiescencia, y se cruzó de brazos.

–Quiero contar los hechos tal como han pasado –dijo el doctor–, sin omitir ni alterar ninguno.

–Os conocemos, señor Clawbonny – respondió Bell–, y sabemos que no sois capaz de faltar a la verdad a sabiendas.

–He aquí la carta de los mares polares – repuso el doctor, que se había levantado para ir a buscar las piezas del proceso–. Fácil os será seguir la navegación de McClure, y podréis juzgar con conocimiento de causa.

El doctor extendió sobre la mesa una de las excelentes cartas publicadas por orden del Almirantazgo, la cual contenía los descubrimientos más modernos hechos en las regiones árticas, y luego se expresó en los siguientes términos:

–En 1848, dos buques, de los cuales, como sabéis, uno era el *Herald*, al mando del capitán Kellet, y el otro el *Plover*, mandado por el comandante Moore, fueron enviados al estrecho de Behring para averiguar el paradero de Franklin. Sus investigaciones fueron infructuosas. En 1850, se les unió McClure, que mandaba el *Investigator*, buque en el que acababa de hacer

la campaña de 1849 a las órdenes de James Ross. Seguía a éste el capitán Collinson, su jefe, que mandaba el *Enterprise*; pero James Ross le ganó la delantera y llegando al estrecho de Behring declaró que no aguardaría ya más tiempo, que partiría solo bajo su propia responsabilidad, y (oídmelo bien, Altamont) que descubriría el paradero de Franklin o el paso.

Altamont permaneció silencioso.

–El 5 de agosto de 1850 –siguió el doctor–, después de haberse puesto por última vez en comunicación con el *Plover*, McClure penetró muy adentro en los mares del Este por un camino casi desconocido. Mirad, apenas en esta costa se ven indicadas algunas tierras. El 30 de agosto, el joven oficial doblaba el cabo Bathurst; el 6 de setiembre descubría la Tierra de Behring, que después vio que formaba parte de la Tierra de Banks, y luego la Tierra del Príncipe Alberto, y entonces entró resueltamente en el prolongado estrecho que separa las dos grandes islas, dándole el nombre de estrecho del

Príncipe de Gales. Entrad mentalmente en él con el valeroso navegante. Él espera, y no sin razón, poder desembarcar en el golfo de Melville, que nosotros hemos atravesado: pero en la extremidad del estrecho los hielos le opusieron una barrera infranqueable. Entonces, detenido en su marcha, McClure inverna desde 1850 hasta 1851, y durante la internada atraviesa el banco para asegurarse de la comunicación del estrecho con el golfo de Melville.

–Sí –dijo Altamont–, pero no lo atravesó.

–Aguardad –respondió el doctor–. Durante la internada, los oficiales de McClure recorren las costas circundantes: Creswell, la Tierra de Behring; Haswell, la Tierra del Príncipe Alberto al Sur, y Wynniat el cabo Walter al Norte. En julio, a los primeros deshielos, McClure procura de nuevo arrastrar el *Investigator* al golfo de Melville, del cual se aproxima a la distancia de 20 millas, no más que 20 millas; pero los vientos le lanzan irresistiblemente al Sur, sin que pueda vencer el obstáculo. Entonces se decide a volver

a bajar por el estrecho del Príncipe de Gales y a rodear la Tierra de Banks para intentar por el Oeste lo que no ha podido conseguir por el Este. Vira en redondo, y el 18 dobla el cabo Kelllet, el 19 el cabo del Príncipe Alberto, dos grados más arriba, y, después de una tremenda lucha con los *icebergs*, queda como incrustado en el paso de Banks, a la entrada del aquel laberinto de estrechos que conducen al mar de Baffin.

–Pero no pudo pasarlos –respondió Altamont.

–Aguardad aún, y tened la paciencia de McClure. El 2 de setiembre tomó sus posiciones de invierno en la bahía de Mercy, al norte de la Tierra de Banks, y permaneció allí hasta 1852. Al llegar abril, McClure no tenía provisiones más que para dieciocho meses. Sin embargo, no quiere regresar; y parte. Y atraviesa en trineo el estrecho de Banks, y llega a la isla de Melville. Sigámosle. Él tenía la esperanza de encontrar en aquellas costas los buques del comandante

Austin enviados a su encuentro por el mar de Baffin y el estrecho de Lancaster. El 28 toca en Winter-Harbour, en el mismo punto en que Parry había invernado treinta y tres años antes; pero no vio buque alguno y solamente descubrió en un *cairn* un documento por el cual supo que McClintock, el teniente de Austin, había pasado por allí el año precedente y se había marchado. Donde se hubiera desesperado cualquier otro, McClure no se desesperó. Coloca, por lo que pudiera valer, en el *cairn* un nuevo documento, en que anuncia su intención de volver a Inglaterra por el paso del Noroeste que ha encontrado, ganando el estrecho de Lancaster y el mar de Baffin. Si no se oye hablar más de él, es porque ha sido arrastrado al Norte o al Oeste de la isla de Melville. Después, sin desalentarse, vuelve a la bahía de Mercy para una tercera invernada, desde 1852 a 1853.

–Yo no he puesto en duda su valor – respondió Altamont–, sino su éxito.

–Sigámosle aún –replicó el doctor–. En marzo, reducido a dos terceras partes de ración, a consecuencia de un invierno muy riguroso en que faltó la caza, McClure determinó enviar a Inglaterra la mitad de su tripulación; ya fuese por el mar de Baffin, ya por el río Mackenzie y la bahía de Hudson. La otra mitad debía reconducir el *Investigator* a Europa. Escogió a los hombres más achacosos, a quienes hubiera sido más funesta una cuarta invernada, y todo estaba dispuesto para su partida, que se había fijado para el 15 de abril, cuando el 6, mientras se paseaba por los hielos, con su teniente Creswell, McClure vio venir hacia él, de la parte del Norte, a un hombre, y aquel hombre era el teniente Pim, del *Herald*, el teniente de aquel mismo capitán Kellet, a quien, como os he dicho al empezar, había dejado dos años antes en el estrecho de Behring. Kellet, al llegar a Winter-Harbour, había encontrado el documento que había dejado McClure, por el cual se informó de su situación en la bahía de Mercy, y le

envió su teniente Pim. Seguía a éste un destacamento de marineros del *Herald*, entre los cuales se hallaba el alférez de navío francés, M. de Bray, el cual sirvió voluntariamente en el estado mayor del capitán Kellet. Supongo que no dudáis de este encuentro de nuestros compatriotas...

–De ninguna manera –respondió Altamont.

–Pues bien, veamos lo que sucedió después, y si el paso del Noroeste ha sido salvado. Notad que si se eslabonasen los descubrimientos de Parry con los de McClure, hallaríamos que se ha dado la vuelta entera a las costas septentrionales de América.

–Pero no la ha dado ningún buque –respondió Altamont.

–No, pero la ha dado un hombre. Prosigamos. McClure fue a la isla de Melville para visitar al capitán Kellet, y en doce días anduvo las 70 millas que separan la bahía de Mercy de Winter-Harbour. Convino con el comandante del *Herald* en enviarle sus enfermos, y volvió a

su buque. Otro, en lugar de McClure, hubiese creído haber hecho ya bastante, pero el intrépido joven quiso aún probar fortuna. Entonces, y sobre eso llamo particularmente vuestra atención, entonces su teniente Creswell, acompañando a los enfermos e inválidos del *Investigator*, salió de la isla de Mercy, ganó Winter-Harbour, y después de un viaje de 470 millas entre los hielos, alcanzó el 2 de junio la isla Bechey, y algunos días después, con doce hombres, pasó a bordo del *Phoenix*.

–Donde yo servía entonces –dijo Johnson– con el capitán Inglefield, y regresamos a Inglaterra.

–Y el 7 de octubre de 1853 –prosiguió el doctor–, Creswell llegaba a Londres después de haber salvado todo el espacio comprendido entre el estrecho de Behring y el cabo Farawell.

–Pues bien –dijo Hatteras–, haber llegado por un lado y salido por otro es lo que se llama haber pasado.

–Sí –respondió Altamont–, pero atravesando 470 millas sobre los hielos.

–¿Y eso qué importa?

–Importa mucho –respondió el americano–. ¿Fue el buque de McClure el que hizo la travesía?

–No –respondió el doctor–, porque después de una cuarta invernada, McClure tuvo que abandonarlo en medio de los hielos.

–Pues bien, en un viaje marítimo quien ha de pasar es el buque y no el hombre. Si alguna vez se dice que la travesía del Noroeste es practicable será por haber hecho esta travesía en buque y no en trineos. Es preciso que sea el buque el que lleve a cabo el viaje, o, a falta del buque, la lancha.

–¡La lancha! –exclamó Hatteras, que vio una intención evidente en las palabras del americano.

–Altamont –dijo al momento el doctor–, hacéis una distinción pueril, y, respecto del particular, decimos todos que no tenéis razón.

–Fácil os es quitármela –respondió el americano–, sois cuatro contra uno. Mas no por eso dejaré de conservar mi opinión.

–Conservadla en buena hora –exclamó Hatteras–, pero procurad conservarla de modo que nadie la conozca.

–¿Y con qué derecho me habláis así? –dijo el americano, enfurecido.

–¡Con mi derecho de capitán! –respondió Hatteras con cólera.

–¿Estoy, pues, bajo vuestras órdenes? –replicó Altamont.

–¡Sin duda alguna! ¡Desgraciado de vos si...!

El doctor, Johnson y Bell intervinieron. Ya era tiempo; los dos enemigos se medían con la mirada. El doctor estaba muy afectado.

Sin embargo, después de algunas palabras conciliadoras, Altamont fue a acostarse, silbando el canto nacional del *Yankee Doodle*. No podemos asegurar si se durmió, pero lo cierto es que no dijo una sola palabra.

Hatteras salió de la tienda y se paseó a paso acelerado por espacio de una hora, después de la cual volvió a entrar y se acostó sin despegar tampoco los labios.

CAPÍTULO XVI

LA ARCADIA BOREAL

L 20 de mayo fue el primer día del año E en que no hubo puesta de sol. El disco del

astro no hizo más que tomar el extremo del horizonte, rozándolo apenas, y se levantó en seguida. Se entraba en el período de los días sin noche, de los días de veinticuatro horas. Al día siguiente el radiante astro apareció rodeado de un halo magnífico, círculo luminoso que brillaba con todos los colores del prisma. La aparición muy frecuente de semejantes fenómenos llamaba siempre la atención del doctor, el cual no dejaba nunca de anotar la fecha, las dimensiones y la apariencia. El que observó en aquel día presentaba, por su forma elíptica, disposiciones aún poco conocidas.

Pronto reaparecieron aves en gran número. Bandadas de avutardas; ejércitos de gansos canadienses, o procedentes de las lejanas comarcas de la Florida o de Arkansas, cruzaban hacia el Norte con una rapidez asombrosa, teniendo la primavera debajo de sus alas. El doctor logró matar algunas, e igualmente tres o cuatro grullas precoces y hasta una cigüeña solitaria.

Las nieves, sin embargo, se licuaban en todas direcciones bajo la acción del sol; el agua salada, derramada sobre el *icefield* por las quebradas y los agujeros de las rocas, aceleraba su descomposición, y el hielo, mezclado con el agua del mar, formaba una especie de fango sucio llamado *slush* por los navegantes árticos. Dilatadas ciénagas se formaban en las sierras próximas a la bahía, y en el terreno descubierto parecía brotar como una producción de la primavera boreal.

El doctor renovó entonces sus plantaciones. No le faltaban semillas, y además le sorprendió la presencia de una especie de amapola que nació espontáneamente entre las piedras secas, pues no podía dejar de admirar aquella fuerza creadora de la naturaleza que tan pocas cosas necesitaba para manifestarse. Sembró berros, cuyos tiernos tallos, tres semanas después, habían ya adquirido cerca de una pulgada de longitud.

Los brezos empezaron también a manifestar tímidamente sus florecillas de un color de rosa dudoso y casi pálido, como si fuese un color que una mano inhábil hubiese aguado demasiado. En resumen, la flora de la Nueva América dejaba mucho que desear y, sin embargo, se veía con gusto aquella vegetación escasa y medrosa, única que podían vivificar los rayos debilitados del sol, último recuerdo de la Providencia que no había olvidado completamente aquellas comarcas lejanas.

Empezó al fin a hacer verdadero calor. El 15 de junio el doctor notó que el termómetro señalaba 57° sobre cero (+ 14° centígrados), y apenas podía dar crédito a sus ojos, pero tuvo que rendirse a la evidencia. El país se transformaba; innumerables y ruidosas cascadas caían de todas las cimas acariciadas por el sol; el hielo se dislocaba, y la gran cuestión del mar libre iba al fin a decidirse. Conmovía el aire el estrépito de los aludes que desde lo alto de las colinas se

precipitaban a los valles y los chasquidos del *icefield* producían estampidos atronadores.

Se hizo una excursión hasta la isla Johnson, la cual no era realmente más que un islote sin importancia, árido y desierto; mas no por eso el viejo contramaestre se sentía menos satisfecho por haber dado él su nombre a aquellas peñas perdidas en el mar. Hasta intentó grabarlo en una roca, y por poco se desnuca al encaramarse por ella.

Durante sus paseos, Hatteras había reconocido cuidadosamente las tierras hasta más allá del cabo Washington. La licuación de las nieves modificaba sensiblemente la comarca apareciendo valles y cerros donde el vasto tapiz blanco del invierno parecía cubrir llanuras uniformes.

La casa y los almacenes amenazan derretirse, y era preciso repararlos instantáneamente. Afortunadamente, las temperaturas de 57° son raras en aquellas latitudes, siendo su término

medio superior, apenas, al punto de congelación.

A mediados de junio, la lancha estaba ya muy adelantada y tomaba buen aspecto. Mientras Bell y Johnson se ocupaban en su construcción, se realizaron algunas cacerías que fueron asaz productivas. Hasta se mataron renos, que son animales que difícilmente dejan acercarse; pero Altamont adoptó el método de los indios de su país, que consiste en arrastrarse por el suelo procurando figurar con el fusil y los brazos la cornamenta de uno de aquellos tímidos cuadrúpedos, única manera de acercarse a ellos y tirarles a boca jarro.

Pero la caza por excelencia, el toro almizclado, de que halló Parry numerosas manadas en la isla de Melville, no parecía que se hallase en las costas de la bahía Victoria. Se resolvió, por lo tanto, realizar una excursión lejana que, al mismo tiempo que para cazar tan precioso animal, sirviese para reconocer las tierras orientales. Verdad es que Hatteras no se proponía

dirigirse al Polo por aquella parte del continente, pero el doctor deseaba adquirir una idea general del país. Se decidió, pues, encaminarse hacia el Este del Fuerte Providencia. Altamont contaba con cazar. *Duck* formó, naturalmente, parte del cuerpo expedicionario.

El lunes, 17 de junio, con un día hermoso, marcando el termómetro 41° ($+5^{\circ}$ centígrados), en una atmósfera tranquila y pura, los tres cazadores, armado cada cual con su correspondiente escopeta de dos cañones y un cuchillo de nieves, salieron de la *Casa del Doctor*, seguidos de *Duck*, a las seis de la mañana. Se dispusieron para una excursión que debía durar dos o tres días y se llevaron provisiones al efecto.

A las ocho de la mañana, Hatteras y sus dos compañeros habían salvado una distancia de unas 7 millas, sin haber visto ni un solo ser viviente que les hiciese gastar un grano de pólvora, y parecía por consiguiente que su expedición, desde el punto de vista venatorio, había de ser muy poco fructífera.

Aquel país nuevo ofrecía vastas llanuras que se perdían más allá del alcance de la vista. Arroyos nacidos el día anterior serpenteaban por ellas en gran número, y dilatadas lagunas, inmóviles como estanques, reverberaban a los oblicuos rayos del sol. Las capas de hielo disuelto permitían ver un terreno perteneciente a la gran división de los sedimentarios, debidos a la acción de las aguas, que tan extendidos se hallan en la superficie del globo.

Veíase, sin embargo, algunas moles erráticas de una naturaleza muy diferente de la del suelo que cubrían, explicándose difícilmente su presencia. Pero los esquistos pizarrosos, los distintos productos de los terrenos calizos, abundaban considerablemente, y se encontraban, sobre todo, especies de cristales curiosos, transparentes, incoloros y dotados de la refracción particular del espejuelo o espato de Islandia.

Pero el doctor, aunque no cazaba, no tenía tiempo de hacer observaciones geológicas. No

podía ser sabio uno al trote, porque sus compañeros avanzaban rápidamente. Él, sin embargo, estudiaba el terreno, y hablaba más que un descosido, pues sin él hubiera reinado un silencio absoluto. Altamont no tenía ningún deseo de hablar al capitán, ni éste ningún deseo tampoco de hablar a Altamont.

A cosa de las diez de la mañana, los cazadores habían avanzado hacia el Este unas 12 millas. El mar se ocultaba debajo del horizonte. El doctor propuso hacer un alto para almorzar, y se almorzó, en efecto, pero de prisa y corriendo. Al cabo de media hora, se emprendió de nuevo la marcha.

El terreno formaba nuevas pendientes, y algunas manchas de nieve, que se habían conservado por la exposición o por el declive de las rocas, le daban una apariencia vedijosa, como la de las olas en alta mar azotadas por una fresca brisa.

La comarca presentaba llanuras sin vegetación, que, al parecer, no habían sido nunca fre-

cuentadas por ningún ser animado. – Decididamente –dijo Altamont al doctor–, no somos felices en nuestras cacerías. Convengo en que el país ofrece pocos recursos a los animales, pero los de las tierras boreales no tienen el derecho de manifestarse difíciles de contentar y podrían haber sido más complacientes.

–No desesperemos –respondió el doctor–. La estación de verano empieza ahora, y pues Parry encontró tantos animales diversos en la isla de Melville, no hay ninguna razón para que a nosotros aquí nos falten.

–Sin embargo, nosotros nos hallamos más al Norte –respondió Hatteras.

–Sin duda, pero el Norte en esta cuestión no es más que una palabra. El polo del frío es lo que debemos considerar es decir, aquella inmensidad glacial en medio de la que hemos invernado con el Forward, pues, a medida que subimos, nos alejamos de la parte más fría del globo, y debemos, por tanto, encontrar más allá

lo que más acá encontraron Perry Ross y otros navegantes.

–¡En fin! –dijo Altamont lanzando un suspiro–. ¡Hasta ahora más parecemos viajeros que cazadores!

–Paciencia –respondió el doctor–. El país tiende a variar poco a poco, y me llevaré un solemne chasco si no encontramos caza en las hondonadas en que la vegetación haya encontrado algún medio de deslizarse.

–¡Preciso es confesar –replicó el americano– que atravesamos una comarca tan inhabitada como inhabitable!

–¡Oh! Eso de inhabitable es una palabra hueca –respondió el doctor–. Yo no creo que haya comarcas inhabitables. El hombre, a fuerza de sacrificios, gastando una generación tras otra y con todos los recursos de la ciencia agrícola, acabaría por fertilizar este país.

–¿Lo creéis así? –dijo Altamont.

–No me cabe duda. Si corrieseis las comarcas célebres de los primeros días del mundo,

los lugares donde estuvo Tebas, donde estuvo Nínive, donde estuvo Babilonia, aquellas villas fértiles de nuestros padres, os parecería imposible que el hombre haya podido jamás vivir en ellas, y hasta la atmósfera se ha viciado allí desde la desaparición de los seres humanos. Una ley general de la naturaleza vuelve insalubres lo mismo las comarcas donde no hemos vivido nunca y las en que hemos dejado de vivir. Sabedlo: es el hombre mismo quien forma su país, con su presencia, con sus costumbres, con su industria, diré más, con su aliento. Él modifica poco a poco las exhalaciones del suelo, y las condiciones atmosféricas y sana por lo mismo que respira. Estamos, pues, de acuerdo en que hay parajes inhabitados; pero no inhabitables.

Y mientras hablaban, convertidos en naturalistas, los cazadores seguían avanzando, y llegaron a una especie de valle muy despejado, en cuyo fondo serpenteaba un riachuelo casi deshelado, cuya exposición al Mediodía había

determinado en sus orillas y hasta la mitad de la costa una especie de vegetación. La tierra manifestaba allí una verdadera intención de fertilizarse; no pedía más para producir que unas cuantas pulgadas de tierra vegetal. El doctor hizo observar estas tendencias manifiestas.

–Ahí lo tenéis –dijo–. ¿No podrían en rigor algunos colonos emprendedores establecerse en este valle? Con industria y perseverancia harían de él, no una campiña de las zonas templadas, no digo tanto, pero una cosa muy diferente de lo que es, un país aceptable. ¡Mirad! Si no me engaño, veo algunos habitantes de cuatro patas. Los pícaros conocen los buenos sitios.

–¡Toma! ¡Son liebres polares! –exclamó Altamont, amartillando la escopeta.

–¡Aguardad! –exclamó el doctor–. ¡Aguardad, cazador furioso! Son unos pobres animales que no piensan en huir. Dejadles hacer; vienen hacia nosotros.

En efecto, tres o cuatro lebratos, retozando entre los matorrales y los nuevos musgos,

avanzaban hacia los tres cazadores, cuya presencia no les inspiraba ningún recelo. Corrían inocentemente y con gracia, pero esta gracia no parecía suficiente para desarmar a Altamont.

Muy pronto pasaron entre las piernas del doctor, y éste les acarició con la mano diciendo:

–¿Por qué hemos de recibir a tiros a los que vienen a buscar nuestras caricias? ¡La muerte de esos animalillos nos es inútil!

–Tenéis razón, doctor –respondió Hatteras–. Dejémosles que vivan.

–¡Y esos ptarmigans que vuelan hacia nosotros! –exclamó Altamont–. ¡Esos caballeros que avanzan gravemente montados sobre sus largas zancas!

Una inmensa caterva de volatería salía al encuentro de los cazadores, no sospechando el peligro que la presencia del doctor acababa de conjurar. El mismo *Duck*, conteniéndose, estaba un poco asombrado.

Ofrecían un espectáculo curioso y patético aquellos hermosos animales que corrían, salta-

ban y revoloteaban sin desconfianza, que se posaban en los hombros del buen Clawbonny, que se echaban a sus pies, que mendigaban sus caricias, que hacían al parecer todo lo posible para recibir debidamente a sus huéspedes desconocidos. Las numerosas aves, lanzando alegres gritos, se llamaban unas a otras, y se las veía acudir de todos los puntos de la hondonada. El doctor parecía verdaderamente un hechicero. Los cazadores prosiguieron su camino a lo largo de los húmedos ribazos del riachuelo, seguidos de aquella familiar muchedumbre, y al llegar a una ribera que formaba el valle, percibieron un grupo de ocho o diez renos que pacían algunos líquenes medio sepultados por la nieve. Daba gusto ver aquellos animales graciosos y tranquilos, con sus ramosos mogotes que coronaban la cabeza de las hembras lo mismo que la de los machos. Su pelaje, que parecía lanar, abandonaba ya la blancura invernal para tomar el color pardo y ceniciento del verano. Tampoco aquellos renos parecían

más ariscos y menos afectuosos que las liebres y las aves de aquella pacífica comarca. Tales debieron ser las relaciones de los primeros hombres con los primeros animales, en la infancia del mundo.

Los cazadores llegaron en medio del grupo sin que ninguno de los que lo componían diese un paso para huir, y eso no obstante, al doctor le costó un poco refrenar los instintos de Altamont, que no podía ver tranquilamente aquella magnífica caza sin que se le subiese a la cabeza una embriaguez de sangre. Hatteras miraba conmovido a aquellas apacibles criaturas que restregaban su hocico entre los vestidos del doctor, el amigo de todos los seres animales.

–¿A qué hemos venido aquí? –decía Altamont–. ¿Hemos venido o no para cazar?

–¡Para cazar el toro almizclado –respondió Clawbonny– y no otra cosa! No sabríamos qué hacer de los renos que cazásemos, pues nuestras provisiones son suficientes. Dejados gozar por tanto de este espectáculo conmovedor del

hombre que se pone en cierta intimidad con estos animales sin inspirarles la menor desconfianza.

–Lo que prueba que no le han visto nunca –dijo Hatteras.

–Evidentemente –respondió el doctor1–. Y de vuestra observación se deduce que estos animales no son de procedencia americana.

–¿Y por qué? –dijo Altamont.

–Si hubiesen nacido en tierras de la América septentrional, sabrían a qué atenerse respecto del mamífero bípedo y bímano que se llama hombre, y hubieran huido al vernos. No, no son de origen americano. Es probable que hayan venido del Norte, que sean oriundos de aquellas comarcas desconocidas de Asia donde no se han acercado nunca a nuestros semejantes, y que hayan atravesado los continentes próximos al polo. Así, pues, Altamont, no tenéis el derecho de reclamarlos como compatriotas.

–Lo que menos importa a un cazador –respondió Altamont– es la patria de los animales. La caza es siempre del país del que la mata.

–¡Calmaos, valeroso Nemrod! ¡Calmaos! En cuanto a mí, antes de sembrar el espanto en esta población encantadora, renunciaría a volver a coger una escopeta en todos los días de mi vida. Ya lo veis, hasta el mismo *Duck* fraterniza con tan hermosos animales. Creedme, seamos buenos mientras podamos. La bondad es una fuerza.

–Bien, bien –replicó Altamont, que comprendía poco esta sensibilidad–. Pero yo quisiera veros sin más armas que vuestra bondad en medio de una manada de osos o de lobos.

–¡Oh! Yo no pretendo dominar a las bestias feroces –replicó el doctor–, creo poco en los hechizos de Orfeo. Además, los osos y los lobos no nos saldrían afectuosamente al encuentro como estas liebres, perdices y renos.

–¿Por qué no –respondió Altamont–, si no hubiesen visto nunca hombres?

–Porque son animales naturalmente feroces, y la ferocidad, como la maldad, engendra la sospecha, observación que puede hacerse en el hombre lo mismo que en los animales. Quien dice malvado, dice desconfiado, y el miedo es propio de los que lo inspiran.

Con esta leccioncilla de filosofía natural terminó la observación.

Todo el día se pasó en aquel valle que el doctor quiso llamar la Arcadia Boreal, a lo que sus compañeros no se opusieron en lo más mínimo, y, llegada la noche, después de una cena que no había costado la vida a ninguno de los habitantes de aquella comarca, los tres cazadores se durmieron en el hueco de una roca dispuesto expresamente para ofrecerles un cómodo abrigo.

CAPÍTULO XVII

EL DESQUITE DE ALTAMONT

L día siguiente, el doctor y sus compañeros se despertaron, habiendo pasado la noche en la más perfecta tranquilidad. El frío, sin ser intenso, les había desazonado algo antes de amanecer, pero se abrigaron bien y durmieron profundamente bajo la salvaguardia de los animales pacíficos.

COMO EL TIEMPO SEGUÍA BUENO, RESOLVIERON DEDICAR OTRO DÍA AL RECONOCIMIENTO DEL PAÍS Y A LA CAZA DE TOROS ALMIZCLADOS. PRECISO ERA PONER A ALTAMONT EN LA POSIBILIDAD DE CAZAR UN POCO, Y SE CONVINO EN QUE AUN CUANDO LOS TOROS

ALMIZCLADOS FUESEN LOS ANIMALES MÁS INOFENSIVOS DEL MUNDO, TENDRÍA EL DERECHO DE TIRARLES. ADEMÁS SU CARNE, AUNQUE MUY IMPREGNADA DE ALMIZCLE, FORMA UN ALIMENTO SABROSO, Y LOS CAZADORES DESEABAN LLEVAR AL FUERTE PROVIDENCIA ALGUNOS PEDAZOS DE AQUELLA CARNE FRESCA Y SALUDABLE.

Nada de particular, que digno de contar sea, ofreció el viaje en las primeras horas de la mañana. El país, hacia el Nordeste, empezaba a variar de fisonomía. Algunas prominencias, primeras ondulaciones de una comarca montuosa, hacían presagiar un terreno nuevo. Si aquella tierra de la Nueva América no formaba un continente, era, al menos, una isla importante; pero no se trataba de dilucidar este punto geográfico.

Duck corría a lo lejos, y no tardó en ventear un rebaño de toros almizclados, y luego, to-

mando la delantera con una rapidez suma, no tardó en desaparecer a la vista de los cazadores.

Estos se guiaron por sus ladridos, claros y distintos, cuya precipitación les hizo comprender que el leal perro había, al fin, descubierto el objeto de sus afanes.

Siguieron adelante, y, después de una hora y media de marcha, se hallaron en presencia de dos animales bastante corpulentos y un aspecto verdaderamente imponente. Aquellos singulares cuadrúpedos estaban, al parecer, asombrados de los ataques de *Duck*, pero no los temían. Pacían una especie de musgo sonrosado que aterciopelaba la tierra desprovista de nieve. El doctor les reconoció fácilmente por su mediana talla, por sus cuernos muy aplastados y soldados en la base, por su falta de hocico; por la conformación de su testuz, parecido al del carnero, y por su cola muy corta. Por el conjunto de su estructura los naturalistas llaman al toro almizclado «ovibos» palabra compuesta que

recuerda las dos naturalezas de animales de que participan.

Forman su pelaje una borra espesa y larga y una especie de seda de color oscuro.

Al ver a los cazadores, los animales huyeron, y los cazadores corrieron tras ellos con toda la ligereza de sus piernas.

Pero era difícil que alcanzasen a los toros unos hombres a quienes una carrera sostenida, que duró media hora, quitó casi todo el aliento. Hatteras y sus compañeros se detuvieron jadeando.

–¡Diablos! –dijo Altamont.

–Diablos son, sin duda –respondió el doctor, que apenas podía respirar–. De esos ruminantes sí que digo que son americanos y me parece que no tienen formada de vuestros compatriotas una idea muy ventajosa.

–Lo que prueba que somos buenos cazadores –respondió Altamont.

No viéndose ya perseguidos, los toros almizclados se detuvieron en un actitud de

asombro. Era evidente que no se les podía rendir corriendo tras ellos, por lo que pensó en acorralarlos, prestándose a esta maniobra la meseta que ocupaban. Los cazadores, dejando a *Duck* que hostigase a los animales, bajaron por las hondonadas circundantes, de modo que pudiesen cercar la meseta. Altamont y el doctor se escondieron en una de sus extremidades, detrás de una roca, mientras Hatteras, subiendo de improviso por el extremo opuesto, debía rechazarlos.

Al cabo de media hora, cada cual ocupaba su puesto.

–Esta vez –dijo Altamont– no os opondréis a que reciba a tiros a esos cuadrúpedos...

–¡No! Les haremos una guerra de buena ley –respondió el doctor, el cual, no obstante su apacibilidad natural, era cazador en el fondo del alma.

En este punto de la conversación, vieron agitarse a los toros almizclados, cuyos corvejones casi mordía *Duck*, y más lejos a Hatteras,

que, lanzando grandes gritos, los impelía hacia el doctor y el americano, que se colocaron delante de aquella magnífica presa.

Entonces los toros se detuvieron, y espantándoles menos la presencia de un solo enemigo, se dirigieron a Hatteras. Éste les aguardó a pie firme, apunto al cuadrúpedo que tenía más cerca e hizo fuego, sin que su bala, hiriendo al animal en medio del testuz, le contuviese en su arremetida. El segundo tiro de Hatteras no produjo más efecto que volver más furiosos a los animales, los cuales se arrojaron contra el cazador desarmado y le derribaron en un instante.

–¡Está perdido! –exclamó el doctor.

En el momento de pronunciar Clawbonny estas palabras con el acento de la desesperación, Altamont dio un paso hacia adelante para volar en socorro de Hatteras, pero se detuvo, luchando contra sí mismo y contra sus preocupaciones.

–¡No! –exclamó–. ¡Sería una felonía!

Y se lanzó al teatro de combate con Clawbonny.

Su vacilación no había durado más que medio segundo. Pero si el doctor vio lo que pasaba en el alma del americano, Hatteras lo comprendió, y se hubiera dejado matar antes de implorar la intervención de su rival. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de darse cuenta de nada, porque Altamont apareció junto a él.

Hatteras, derribado, procuraba parar las cornadas y coces de los dos animales, pero la lucha no podía prolongarse mucho tiempo.

Iba inevitablemente a ser despedazado, cuando resonaron dos tiros. Hatteras oyó el silbido de las balas, que le rozaron casi la cabeza.

–¡Valor! –exclamó Altamont, el cual, tirando el arma descargada, se precipitó contra los furiosos animales.

Uno de los toros, atravesado el corazón, cayó como herido por un rayo. El otro, en el colmo del furor, iba a despanzurrar al desgra-

ciado capitán, cuando Altamont, colocándose enfrente, hundió entre sus mandíbulas abiertas su mano armada del cuchillo de nieve, y con la otra le hendió la cabeza de un hachazo.

Todo pasó con una rapidez tan maravillosa, que a la luz de un solo relámpago se hubiera podido ver toda la escena. El segundo toro dobló sus corvejones y cayó muerto.

–¡Hurra! ¡Hurra! –exclamó Clawbonny.

Hatteras estaba salvado.

¡Debía, pues, la vida al hombre que detestaba más en el mundo! ¿Qué pasó en su alma en aquel instante? ¿Qué movimiento humano, que no pudo dominarse, se produjo en ella?

Hay en el corazón secretos cuyo análisis es imposible.

Lo cierto es que Hatteras, sin vacilar, se dirigió a su rival, y le dijo con voz grave:

–Me habéis salvado la vida, Altamont.

–Vos me habéis salvado la mía –respondió el americano.

Hubo un momento de silencio, y luego, Altamont añadió:

–¡Estamos en paz, Hatteras!

–No, Altamont –respondió el capitán–; cuando el doctor os sacó de vuestra tumba de hielo, yo ignoraba quien erais vos, y vos, sabiendo quién soy yo, me habéis salvado la vida con peligro de la vuestra.

–Porque vos sois mi semejante –respondió Altamont–, y un americano será lo que se quiera, pero no un infame, ni un cobarde.

–¡No, es verdad! –exclamó el doctor–. ¡Es un hombre! ¡Un hombre como vos, Hatteras!

–Y como yo, participará de la gloria que nos está reservada.

–¡La gloria de ir al Polo Norte! –dijo Altamont.

–¡Sí! –respondió el capitán con un acento soberbio.

–¡Lo había, pues, adivinado! –exclamó el americano–. ¿Os habéis atrevido a concebir semejante proyecto? ¡Habéis intentado alcanzar

el punto inaccesible! ¡Ah! ¡Eso es magnífico! ¡Yo os lo digo, es sublime!

–¿Pero vos –preguntó Hatteras con voz rápida– no os lanzabais, como nosotros, por el camino del Polo?

Altamont parecía vacilar en responder.

–¿Qué decís? –preguntó el doctor.

–¡Pues bien, no! –respondió el americano–. ¡No! ¡La verdad antes que el amor propio! ¡No! Yo no he tenido la idea sublime que os ha arrastrado hasta aquí. Yo quería con mi buque salvar el paso del Noroeste. He aquí todo.

–Altamont –dijo Hatteras, tendiendo la mano al americano–, sed, pues, nuestro compañero de gloria y acompañadnos a descubrir el Polo Norte.

Los dos se apretaron la mano afectuosamente, una mano franca y leal.

Cuando se volvieron hacia el doctor, éste lloraba.

–¡Ah, amigos míos! –murmuró, restregándose los ojos–. ¡Cómo puede mi corazón conte-

ner en este momento su alegría! ¡Ah! ¡Mis queridos compañeros! Habéis sacrificado, para reuniros en una empresa común, las miserables cuestiones de nacionalidad. Os habéis dicho que Inglaterra y América nada tienen que ver en el asunto, y que una estrecha simpatía debía unirnos contra los peligros de nuestra expedición. Si el Polo Norte se alcanza, ¿qué importará que lo hayan descubierto unos u otros? ¿Por qué rebajarnos individualmente y acordarnos de si somos americanos o ingleses, cuando podemos gloriarnos de ser hombres?

El buen doctor abrazaba a los enemigos reconciliados; no podía contener su alegría, y los dos nuevos amigos se sentían más unidos aún por la amistad que el digno hombre profesaba a los dos. Clawbonny, sin poder reprimirse, hablaba de la vanidad de las competencias, de la locura, de las rivalidades y del acuerdo tan necesario entre hombres abandonados lejos de su país. Sus palabras, sus lágrimas, sus caricias, todo salió de lo más íntimo de su corazón.

Se calmó después de haber abrazado veinte veces a Altamont y a Hatteras.

—¡Y ahora —dijo—, manos a la obra! Puesto que como cazador no he tenido ocasión de lucirme, utilicemos alguna otra de mis aptitudes.

Y empezó a despedazar al toro, al cual llamaba «el toro de la reconciliación», pero con tanta destreza que parecía un cirujano practicando una autopsia delicada.

Sus dos compañeros le miraban sonriéndose. En pocos minutos, el hábil práctico sacó del cuerpo del animal un centenar de libras de excelente carne; la dividió en tres partes, cargando cada cual con la suya, y emprendieron los tres directamente el camino del Fuerte Providencia.

A las diez de la noche, marchando a la claridad de los oblicuos rayos del sol, los cazadores llegaron a la *Casa del Doctor*, donde Johnson y Bell tenían preparada una buena cena.

Pero antes de sentarse a la mesa, el doctor exclamó con acento de triunfo, indicando a Johnson sus dos compañeros de caza:

–Amigo Johnson, salieron de aquí conmigo un inglés y un americano, ¿no es verdad?

–Sí, señor Clawbonny –respondió el contramaestre.

–Pues bien, vuelvo con dos hermanos.

Los marineros tendieron alegremente la mano a Altamont; el doctor les refirió lo que el capitán americano había hecho por el capitán inglés; y aquella noche la casa de nieve albergó a cinco hombres completamente dichosos.

CAPÍTULO XVIII

ÚLTIMOS PREPARATIVOS

L día siguiente varió el tiempo, A habiendo una recrudescencia de frío; la nieve, la lluvia y los torbellinos se sucedieron durante algunos días.

Bell había terminado su falúa, que correspondía perfectamente al objeto a que se la destinaba. Con su barcaza a popa y alta de borda, podía contrarrestar una mar gruesa sin más que su trinquete y su foque, pudiendo por su ligereza ser conducida en el trineo sin agobiar demasiado a los perros.

En fin, se preparaba para los invernadores una alteración de la mayor importancia en el estado del mar polar. Los hielos en medio de la

bahía empezaban a quebrantarse, y los más altos, incesantemente minados por los choques, no necesitaban más que una tempestad algo fuerte para desprenderse de la playa y convertirse en *icebergs* movedizos. Hatteras no quiso, sin embargo, para empezar su excursión, aguardar a que se consumara la dislocación del campo de hielo. Puesto que el viaje tenía que hacerse por tierra, poco les importaba que el mar estuviese o no libre. Fijó su marcha para el 25 de junio, en cuya fecha podían estar enteramente terminados todos los preparativos. Johnson y Bell se ocuparon en reparar perfectamente el trineo; se reforzaron sus asientos y se renovaron sus patines. Los viajeros contaban con poder aprovechar para su excursión algunas semanas de buen tiempo que la naturaleza concede a las regiones hiperbóreas. No eran, pues, tan crueles los padecimientos que había de arrostrar, ni tan difíciles de vencer los obstáculos.

Algunos días antes de la marcha, el 20 de junio, los hielos dejaron entre sí algunos pasos libres, de los que los viajeros se aprovecharon para probar su falúa en un paseo hasta el cabo Washington. El mar no estaba, ni con mucho, enteramente libre, pero, en fin, no presentaba ya una superficie sólida, y hubiera sido imposible intentar a pie una excursión por entre los *icefields* quebrantados.

Aquel medio día de navegación permitió apreciar las buenas cualidades náuticas de la falúa.

Durante su regreso, los navegantes fueron testigos de una escena curiosa, que consistió en la caza de una foca, llevada a cabo por un oso gigantesco. Éste, afortunadamente, se hallaba demasiado ocupado para percibir la falúa, pues de otra suerte no hubiera dejado de perseguirla. Estaba al acecho junto a una quebraja del *icefield*, por la cual la foca se había evidentemente sumergido. El oso espiaba, pues, su reaparición con la paciencia de un cazador, o, por mejor

decir, de un pescador, pues verdaderamente pescaba. Acechaba silencioso, sin moverse ni dar señal alguna de vida.

Pero de repente se agitó algo en el agujero: era el anfibio que subía para respirar; entonces el oso se tendió a lo largo sobre el campo helado, y con sus patas delanteras cerró el contorno de la quebraja.

Un instante después apareció la foca con la cabeza fuera del agua, pero no tuvo tiempo de volverla a sumergir, porque las patas del oso, como distendidas por un resorte, se juntaron y apretaron al animal con un vigor irresistible, y lo arrancaron de su elemento predilecto.

La lucha fue rápida. La foca se defendió durante algunos segundos, y quedó estrujada contra el pecho de su colosal adversario. Éste, llevándosela sin trabajo, aunque ella era de gran tamaño, y saltando ligeramente de un témpano a otro hasta la tierra firme, desapareció con su presa.

–¡Buen viaje! –dijo Johnson–. El tal oso tiene a su disposición demasiadas patas.

La falúa ganó muy pronto el ancón que Bell le había preparado entre los hielos.

Cuatro días faltaba aún a Hatteras y sus compañeros para emprender su marcha. Hatteras activaba los últimos preparativos. Tenía prisa en dejar aquella Nueva América, aquella tierra que no era suya, a la que él no había dado nombre, y en la cual se consideraba extranjero.

El 22 de junio se empezaron a transportar al trineo los efectos de campamento, la tienda y las provisiones. Los viajeros se llevaban doscientas libras de carne salada, tres cajas de legumbres y de carne en conserva, cincuenta libras de salmuera y de zumo de limón, cinco *quarters* ⁽⁹⁾ de harina, paquetes de berros y de codearía procedentes de las plantaciones del doctor, y, además, doscientas libras de pólvora, los instrumentos, las armas y otros utensilios.

⁹ 380 libras.

Todo junto con la falúa, el bote de goma y el trineo, formaba una carga de cerca de mil quinientas libras, que era muy pesada para cuatro perros, tanto más cuanto que, contra la costumbre de los esquimales que no les hacen trabajar más que cuatro días seguidos, no teniendo quienes les remplazasen, habían de tirar todos los días. Pero los viajeros se prometían ayudarles en caso necesario, y no pensaban hacer sino jornadas cortas. La distancia de la bahía Victoria al Polo era todo lo más de 150 millas, y a 12 millas diarias se necesitaba un mes para salvarla. Además, cuando faltase la tierra, la falúa permitiría concluir el viaje sin fatiga para los perros ni para los hombres.

Éstos gozaban de buena salud. La de todos era excelente; el invierno, aunque rudo, terminaba con suficientes condiciones de bienestar, pues todos, habiéndose dejado guiar por los consejos del doctor, se habían librado de las enfermedades inherentes a tan duros climas. Algo habían enflaquecido, sin embargo, de lo

que se alegraba mucho el digno Clawbonny; pero habían acostumbrado el alma y el cuerpo a aquella áspera existencia, y, aclimatados, ya podían sobrellevar, sin sucumbir, las más brutales pruebas de la fatiga y del frío.

Por otra parte, iban ya directamente al objeto de su viaje, a aquel Polo inaccesible, y después ya no tendrían que pensar más que en la vuelta. La simpatía que unía a unos con otros a aquellos cinco hombres de la expedición, debía ayudarles a llevar felizmente a cabo su atrevido viaje, y ninguno de ellos dudaba del éxito de la empresa.

Previendo una expedición lejana, el doctor había obligado a sus compañeros a prepararse a ella con anticipación y a desprenderse cuidadosamente del tejido celular superfluo por medio de un ejercicio activo.

–Amigos míos –les decía–, yo no os pido que imitéis a los corredores ingleses, cuyo peso disminuye dieciocho libras en dos días de carrera y veinticinco en cinco días; pero es menes-

ter hacer algo para colocarse en las mejores condiciones posibles que requiere un largo viaje. Lo primero, en el corredor como en el jockey, es suprimir la grasa, lo que se consigue por medio de purgantes, transpiraciones y ejercicios violentos. Esos *gentlemen* saben que este procedimiento cuesta menos que las medicinas a que sin él tendrían que recurrir, y obtienen resultados verdaderamente prodigiosos. De algunos se cuenta que antes de adoptar este método no podían correr el espacio de una milla sin sofocarse, y que después de adaptarlo han podido fácilmente correr el espacio de 25. Se cita a un tal Townsend, que, sin detenerse, recorría 100 millas en doce horas.

–¡Magnífico resultado! –respondió Johnson–. Y aunque nosotros no estamos muy gordos, si hay que enflaquecer aún más...

–Es inútil, Johnson, pero podemos decir sin exagerar que el procedimiento produce buenos efectos; da más resistencia a los huesos, más elasticidad a los músculos, más perspicacia al

oído, más claridad a la vista, y, por tanto, no lo olvidemos.

En fin, olvidando o no el procedimiento, los viajeros estuvieron en disposición de partir el 23 de junio, y como era domingo, se pasó todo el día en un absoluto reposo.

El instante de la partida se acercaba, y los habitantes del Fuerte Providencia no lo veían llegar sin cierta emoción. No sin cierto dolor en el corazón dejaban aquella choza de nieve que tan bien había desempeñado su oficio de casa; y aquella bahía Victoria, aquella playa hospitalaria en que habían pasado los últimos meses de invernada. ¿Hallarían a su regreso aquellas construcciones? ¿Los rayos del sol acabarían de licuar sus frágiles paredes?

Allí se habían pasado muy buenos ratos, que el doctor, durante la cena, recordó a sus compañeros, y no se olvidó de dar gracias al cielo por su visible protección.

Llegó al fin la hora del sueño. Todos se acostaron para levantarse muy de mañana. Tal

fue la última noche pasada en Fuerte Providencia.

CAPÍTULO XIX

MARCHA AL NORTE

L día siguiente, al rayar el alba, Hatteras dio la señal de marcha. Los perros fueron enganchados al trineo. Bien alimentados y descansados, después de un invierno pasado en muy buenas condiciones, no tenían ninguna razón para no prestar grandes servicios durante

el verano. No se hicieron, pues, de rogar para ponerse sus arneses de viaje.

Eran aquellos perros groenlandeses muy honrados animales. Su salvaje naturaleza se había modificado poco a poco; perdían cada día más la semejanza que tenían con el lobo, para irse pareciendo a *Duck*, el más acabado modelo de la raza canina; en una palabra, se civilizaban.

Duck podía indudablemente reclamar una parte en su educación, él les había dado lecciones de compañerismo y predicaba con el ejemplo; en su cualidad de inglés, muy puntilloso en cuestiones de urbanidad, tardó mucho tiempo en familiarizarse con perros «que no le habían sido presentados en debida forma», y al principio no les dirigió la palabra; pero a fuerza de participar en los mismos peligros, de las mismas privaciones y de la misma fortuna, contrajo poco a poco relaciones íntimas con animales de raza tan diferente. *Duck*, que tenía buen

corazón, dio los primeros pasos, y toda la gente de cuatro patas formó luego una sola familia.

El doctor acariciaba a los groenlandeses, y *Duck* no tenía envidia a aquellas caricias distribuidas entre sus congéneres.

No se hallaban los hombres en peor estado que los animales, y si éstos debían tirar mucho, aquéllos se habían propuesto no andar menos.

Se partió a las seis de la mañana estando el tiempo hermoso. Después de haber dado vuelta a la bahía y doblado el cabo de Washington, Hatteras trazó directamente el camino hacia el Norte, y a las siete los viajeros perdían de vista en el Sur el cono del faro y el Fuerte Providencia.

El viaje se presentaba bien, y sobre todo mucho mejor que la expedición en busca de carbón emprendida en pleno invierno. Hatteras dejaba entonces en pos, a bordo de su buque, la revuelta y la desesperación, sin estar seguro de la existencia del objeto hacia el cual se dirigía, abandonaba una tripulación medio muerta de

frío; partía con compañeros debilitados por las miserias de un invierno ártico, y él, el hombre del Norte, volvía hacia el Sur. Ahora, al contrario, rodeado de amigos vigorosos y sanos, sostenido, alentado, empujado, marchaba al Polo, al sueño dorado de toda su vida. Nunca hombre alguno había estado tan próximo a adquirir esta gloria inmensa para su país y para sí mismo.

¿Pensaba en todas estas cosas tan naturalmente inspiradas por la situación presente? El doctor se complacía en suponerlo, y de ello no podía dudar viéndole tan afanoso. El buen Clawbonny gozaba pensando en lo que gozaba su amigo, y desde la reconciliación de los dos capitanes, de sus dos amigos, se consideraba el más feliz de los hombres, él, la mejor de las criaturas, incapaz de concebir una idea de odio, envidia o competencia. ¿Cuál sería el resultado de aquel viaje? Lo ignoraba, pero empezaba bien y esto era ya mucho.

En el Oeste la costa occidental de la Nueva América se prolongaba más allá del cabo Washington, formando sucesivas bahías. Los viajeros, para evitar aquella inmensa curva, después de haber salvado las primeras pendientes del monte Bell, se dirigieron hacia el Norte por las mesetas superiores. Así se economizaba mucho camino. Hatteras quería, a no ser que a ello se opusiesen obstáculos imprevistos de estrecho o de montañas, trazar una línea recta de trescientas cincuenta millas desde Fuerte Providencia hasta el Polo.

El viaje se hacía cómodamente. Las llanuras alteradas ofrecían vastos tapices blancos, sobre los cuales el trineo, con los aros debidamente azufrados, se deslizaba con facilidad, y los hombres, calzados con sus *snow-shoes*, andaban con paso seguro y rápido.

El termómetro indicaba 37° (+3° centígrados). El tiempo no era absolutamente fijo, pues tan pronto se presentaba claro como nebuloso;

pero ni el frío, ni los torbellinos hubieran detenido a viajeros tan decididos a seguir adelante.

El camino con el compás náutico se trazaba fácilmente. Alejándose del Polo magnético, la aguja se volvía menos perezosa, y ya no oscilaba. Verdad es que, dejando atrás el punto magnético, la aguja se volvía hacia él, y marcaba, si así puede decirse, el Sur a gentes que marchaban hacia el Norte, pero esta indicación inversa no complicaba ni dificultaba ningún cálculo.

Además, el doctor inventó un sistema de miras de alineación muy sencillo, que evitaba recurrir incesantemente a la brújula. Una vez establecida la posición, los viajeros en los días claros se fijaban en un objeto exactamente colocado al Norte y situado a dos o tres millas de donde ellos se hallaban. Entonces marchaban hacia él hasta que lo habían alcanzado, después escogían otro siguiendo la misma dirección, y así sucesivamente.

Durante los primeros días del viaje, anduvieron a razón de veinte millas por doce horas.

El resto del tiempo se invertía en comer y descansar, bastando la tienda para preservar del frío durante las horas del sueño.

La temperatura tendía a elevarse. La nieve se licuaba enteramente en algunos puntos expuestos al sol, al paso que otros conservaban su blancura inmaculada. Charcos de agua y hasta verdaderos estanques, que podían casi pasar por lagos, se formaban en distintas direcciones, hundiéndose a veces en ellos hasta media pierna los viajeros, lo que les hacía reír mucho; sobre todo al doctor, a quien hacían feliz aquellos baños inesperados.

–El agua –decía– no tiene en este país permiso para mojarnos. Es un elemento que aquí sólo tiene derecho al estado sólido y al estado gaseoso. En cuanto al estado líquido, es un abuso. Hielo o vapor, conforme ; pero agua, nunca.

Durante la marcha, no se había olvidado la caza para procurarse una alimentación fresca. Altamont y Bell, sin separarse demasiado, reco-

rrían los barrancos próximos, y mataban ptarmigans, gansos y algunas liebres grises; pero no tardaron los animales en volverse tímidos y ariscos, y huían desde muy lejos. Sin *Duck*, los cazadores algunos días hubieran hecho muy poco negocio.

Hatteras les recomendaba que no se alejasen más allá de una milla, porque no quería perder un día, ni una hora, y no podían contar más que con tres meses de buen tiempo.

Era, además, preciso que ocupasen todos su puesto junto al trineo cuando se llegaba a algún punto difícil, a alguna garganta estrecha, a algunas cuestas muy pendientes que tenían que pasarse. Entonces todos tiraban del vehículo y lo empujaban o sostenían j más de una vez hubo necesidad de descargarlo de todo, lo que no era aún suficiente para prevenir choques, y por consiguiente averías, que Bell reparaba del mejor modo posible.

El tercer día, miércoles 26 de junio, los viajeros encontraron un lago que tenía bastante

extensión, y se hallaba aún enteramente helado a consecuencia de su orientación al abrigo del sol, siendo su hielo bastante duro para soportar el peso de los viajeros y del trineo. Aquel hielo procedía, al parecer, de muchos inviernos, pues el lago, atendida su posición, no debía deshelarse nunca. Era un espejo compacto contra el cual nada podían los veranos árticos, y esta observación se hallaba confirmada por sus orillas rodeadas de una nieve seca, cuyas capas inferiores pertenecían sin duda a años precedentes.

Desde aquel momento el país se deprimió sensiblemente, de lo que el doctor dedujo que no podía tener mucha extensión hacia el Norte, siendo además muy verosímil que la Nueva América no fuese más que una isla y no se desenvolviese hasta el mismo Polo. El terreno poco a poco se iba haciendo llano, y sólo hacia el Oeste se levantaban algunas humildes colinas niveladas por el alejamiento y envueltas en una bruma azulada.

Hasta entonces la expedición se hizo sin fatiga. Lo único que molestaba a los viajeros era la reverberación de la nieve de los rayos solares. Aquella reflexión intensa podía acarrearles *snow-blindness* ⁽¹⁰⁾ que era imposible evitar. Para eludir este inconveniente, en cualquier otro tiempo hubieran viajado de noche, pero entonces no había noche. Afortunadamente, la nieve tendía a derretirse, con gran alegría de los caminantes, y perdía mucho de su brillo cuando estaba próxima a convertirse en agua.

El 28 de junio la temperatura se elevó a 45° sobre cero (+7° centígrados). Esta subida termométrica se presentó acompañada de una lluvia abundante, que los viajeros recibieron estoicamente, y hasta con gusto, porque aceleraba la descomposición de las nieves. Fue menester ponerse el calzado de piel de gamo, y variar el sistema de deslizamiento del trineo. La marcha sufrió algún retraso, pero como no

¹⁰ Enfermedad ocasionada en la vista por la reverberación de las nieves.

había obstáculos serios, se avanzaba más o menos.

Algunas veces el doctor cogía en el camino piedras redondeadas o chatas, a la manera de los guijarros gastados por el movimiento de las olas, y entonces se creía muy cerca del mar polar. Sin embargo, la llanura se extendía sin cesar a cuanto alcanzaba la vista.

La llanura no ofrecía ningún vestigio de habitación, ni chozas, ni *cairns*, ni escondrijos de esquimales. Nuestros viajeros eran evidentemente los primeros que pisaban aquella nueva comarca. Los groenlandeses, cuyas tribus pueblan las tierras árticas, no llegaban nunca tan lejos, y, sin embargo, en aquel país la caza hubiera sido fructuosa para aquellos desgraciados siempre hambrientos. Se veían de cuando en cuando algunos osos a sotavento que seguían a la pequeña caravana, sin manifestar intención de atacarla. A lo lejos aparecían toros almizclados formando numerosas manadas. Se veían también renos, de los que el doctor

hubiera querido apoderarse para reforzar el tiro del trineo, pero se manifestaban muy recelosos y era imposible coger ninguno vivo.

El día 29 Bell mató una zorra, y Altamont tuvo la fortuna de derribar un toro almizclado de regular tamaño, después de haber dado a sus compañeros una alta idea de su destreza y sangre fría. Era verdaderamente un cazador maravilloso, y el doctor, que sabía lo que era cazar, le admiraba mucho. El toro fue hecho pedazos, y suministró un alimento fresco y abundante.

Aquellas casuales comidas, sanas y succulentas, eran siempre bien recibidas. Los menos glotones no podían abstenerse de dirigir miradas de satisfacción a las tajadas de carne fresca. El doctor se reía de sí mismo, cuando se sorprendía en éxtasis delante de ellas.

–No nos hagamos los desganados –decía–, la comida es una cosa importante en las expediciones polares.

–Sobre todo –respondió Johnson– cuando depende de un tiro más o menos certero.

–Tenéis razón, estimado Johnson – replicaba el doctor–; y se piensa menos en comer cuando se sabe que están los pucheros cociendo con regularidad en los hornillos de la cocina.

El 30, el país, contra todas las previsiones, se presentó muy accidentado, como si lo hubiese sacudido una conmoción volcánica. Los conos y los picachos agudos se multiplicaban hasta lo infinito, y algunos eran gigantescos.

Empezó a soplar con violencia una brisa del Sudeste que degeneró pronto en un verdadero huracán. Mugía por entre los peñascos coronados de nieve y los montañas de hielo, las cuales, no obstante hallarse en tierra firme, afectaban formas de *humos* y de *icebergs*. Su presencia en aquellas elevadas mesetas era inexplicable hasta para el doctor, que sabía explicarlo todo.

Sucedió a la tempestad un tiempo caliente y húmedo, que produjo un general deshielo. Resonaban en todas direcciones los chasquidos de los témpanos mezclados con el estrépito más imponente de los aludes.

Los viajeros evitaban cuidadosamente el paso por las laderas de las colinas, y hasta se abstendrían de hablar alto, porque el ruido de la voz podía, agitando el aire, determinar catástrofes. Eran testigos de derrumbamientos frecuentes y terribles que no habrían tenido tiempo de prever, porque el carácter principal de los aludes polares es su espantosa instantaneidad, en lo que se diferencia de los de Suiza y Noruega, donde se forma una bola, poco considerable en un principio, que creciendo por la yuxtaposición o asimilación de las nieves y de las rocas que encuentra al paso, cae con una rapidez progresiva, devasta los bosques, derriba las aldeas, pero emplea en precipitarse un tiempo susceptible de ser apreciado. No sucede lo mismo en las co-

marcas atacadas por el frío ártico. La dislocación de la mole de hielo es en ellas inesperada, fulminante. Parte y cae instantáneamente, y el que la viese oscilar en su línea de proyección sería inevitablemente aplastado por ella. No es más rápida la bala de cañón, no es más pronto el rayo. Desprenderse, caer y aplastar es todo una sola cosa para el alud de las tierras boreales, el cual rueda con el formidable retumbar de los truenos, encontrando repercusiones extrañas de ecos más plañideros que ruidosos.

Así, pues, delante de los espectadores atónitos, se producían algunas veces verdaderas transformaciones que podían seguir la vista. El país se metamorfoseaba, la montaña se convertía en llanura bajo la atracción de un deshielo repentino; cuando el agua del cielo, infiltrada en las hendiduras de las grandes moles, se solidificaba por el frío de una sola noche, rompía entonces todo obstáculo por su irresistible expansión, más poderosa aún pasando al estado

de hielo que pasando al estado de vapor, y el fenómeno se cumplía con una espontaneidad espantosa.

Afortunadamente, ninguna catástrofe sobrevino al trineo ni a sus conductores. Se tomaron precauciones y se evitó todo peligro. Además, aquel país erizado de crestas, de picos, de lomas y de *icebergs*, no tenía una gran extensión, y tres días después, el 3 de julio, los viajeros se encontraron en llanuras más fáciles.

Pero entonces un nuevo fenómeno sorprendió sus miradas, un fenómeno que por espacio de mucho tiempo excitó las pacientes investigaciones de los sabios de los dos mundos. La pequeña caravana seguía una cordillera de colinas que tendría unos cincuenta pies de extensión, la cual cordillera se extendía a muchas millas, pero de una nieve enteramente roja.

Se concibe la sorpresa que experimentaron todos. Se conciben sus exclamaciones, y hasta el primer efecto algo aterrador de aquella larga

cortina carmesí. El doctor se apresuró, ya que no a tranquilizar, al menos a instruir a sus compañeros; conocía aquella particularidad de las nieves rojas, y los trabajos de análisis químico hechos sobre el particular por Wollaston, Candolle y Bäuer. Dijo, pues, que aquella nieve se encuentra, no sólo en las comarcas árticas, sino también en Suiza, en medio de los Alpes. De Saussure recogió una gran cantidad de ella en el Breven, en 1760, y después los capitanes Ross, Sabine y otros navegantes, la recogieron en abundancia en sus expediciones boreales.

Altamont interrogó al doctor sobre la naturaleza de aquella sustancia extraordinaria, y el doctor le dijo que aquel color procedía únicamente de la presencia de corpúsculos orgánicos. Durante mucho tiempo los químicos se preguntaron si aquellos corpúsculos eran de naturaleza animal o vegetal; pero reconocieron al fin que pertenecían a la familia de los hongos microscópicos del género *Uredo*, llamado por Bäuer *Uredo nivalis*.

Entonces el doctor, hundiendo en la nieve su bastón con punta de hierro, hizo ver a sus compañeros que la capa de color escarlata medía 9 pies de profundidad, y les dio a entender el número que en un espacio de muchas millas podía haber de aquellos hongos, de los cuales los sabios contaron 43.000 en un centímetro cuadrado.

Aquel color, según la disposición de la vertiente, debía remontarse a un tiempo muy remoto, porque aquellos hongos no se descomponen por la evaporación ni por la licuación de las nieves, y su color no se altera.

El fenómeno, aun después de explicado, no pareció menos extraño a los compañeros del doctor. El color rojo se halla poco esparcido en dilatadas extensiones en la naturaleza. La reverberación de los rayos del sol en aquel tapiz de púrpura producía efectos extraños, dando a los objetos circundantes, a las rocas, a los hombres y a los animales, un matiz de fuego, como si estuviesen alumbrados por una antorcha

interior, y cuando aquella nieve se licuaba, parecía que arroyos de sangre corrían debajo de los pies de los viajeros.

El doctor, que no había podido examinar aquella sustancia, cuando la vio, en los picos carmesíes del mar de Baffin, teniéndola entonces a discreción, cogió no poco y la embotelló cuidadosamente.

Aquel terreno rojo, aquel «Campo de sangre», como él lo llamó, no se dejó atrás sino después de tres horas de marcha, y el país recobró su habitual aspecto.

CAPÍTULO XX

HUELLAS EN LA NIEVE

L día 4 de julio se pasó en medio de una niebla muy espesa. El camino del Norte no se pudo seguir sino con las mayores dificultades, siendo a cada instante preciso el compás náutico para verificarlo. Por fortuna, no sobrevino durante la oscuridad más accidente que el haber perdido Bell sus *snow-shoes*, que se rompieron contra el borde cortante de una roca.

–A fe mía –dijo Johnson–, yo me figuraba que después de haber frecuentado el Mersey y el Támesis estábamos curados de espantos en materia de nieblas, pero veo que me engañaba.

–Pues bien –respondió Bell–, deberíamos encender antorchas, como suele hacerse en Londres o en Liverpool.

–¿Por qué no? –replicó el doctor–. La idea es buena; no se alumbraría mucho el camino,

pero al menos se vería al guía y seguiríamos mejor la línea recta.

–Pero ¿cómo lo haríamos –dijo Bell– para procurarnos antorchas?

–Con estopa empapada en espíritu de vino y puesta en un extremo de nuestros palos.

–Bien pensado –respondió Johnson–; y es cosa que puede hacerse, desde luego.

Un cuarto de hora después, la comitiva volvía a emprender su marcha al resplandor de las antorchas en medio de la húmeda oscuridad.

Pero aunque se seguía mejor la línea recta, no por eso se andaba más de prisa, y los tenebrosos vapores no se disiparon hasta el 6 de julio, en cuya época se enfrió la atmósfera, y un viento del Norte bastante fuerte se llevó toda aquella niebla como los harapos de una túnica destrozada.

El doctor fijó inmediatamente la posición, y vio que los viajeros, durante la niebla, no habí-

an andado por término medio más que 8 millas diarias.

El 6 se trató de ganar el tiempo perdido, y se partió muy de madrugada. Altamont y Bell formaron la vanguardia, sondeando el terreno y procurando levantar la caza. *Duck* les acompañaba. El tiempo, con su asombrosa movilidad, se había puesto muy claro y muy seco, y aunque los guías se hallaban a dos millas del trineo, el doctor no perdía de vista ninguno de sus movimientos.

Quedó asombrado viéndoles detenerse de repente y tomar una actitud de sorpresa. Parecía que miraban ansiosamente a lo lejos como si interrogasen al horizonte.

Después, agachándose, examinaban con atención y se levantaban sorprendidos. Bell, al parecer, quería seguir adelante, pero Altamont le contuvo.

—¿Qué están haciendo? —dijo el doctor a Johnson.

–Los examino como vos, señor Clawbonny –respondió el viejo marino–, y no comprendo sus ademanes.

–Habrán encontrado huellas de animales –dijo Hatteras.

–No puede ser –contestó el doctor.

–¿Por qué?

–Porque *Duck* ladraría.

–Huellas son, sin embargo, lo que observan.

–Adelante –dijo Hatteras–. Pronto sabremos a qué atenernos.

Johnson excitó a los perros, los cuales tomaron un trote más rápido.

Veinte minutos después, los cinco viajeros estaban reunidos, y Hatteras, el doctor y Johnson participaban de la sorpresa de Bell y Altamont.

En efecto, huellas de hombres, visibles, incontestables y frescas, como si fuesen de la víspera, se veían diseminadas por la nieve.

–Son esquimales –dijo Hatteras.

–En efecto –respondió el doctor–, he aquí las impresiones de sus abarcas.

–¿Lo creéis? –dijo Hatteras.

–Es indudable.

–¿Qué me decís de esta pisada? –repuso Altamont, indicando una huella varias veces repetida.

–¿Esta pisada?

–¿Os parece que es de un esquimal?

El doctor miró atentamente y quedó atónito. La impresión de un zapato europeo con sus clavos, su suela y su tacón, estaba profundamente marcada en la nieve. No había duda; un hombre, un extranjero había pasado por allí.

–¡Europeos aquí! –exclamó Hatteras.

–Evidentemente –dijo Johnson.

–Y, sin embargo –dijo el doctor–, es el hecho tan improbable que es preciso pensarlo más de una vez antes de decidirse.

El doctor examinó de nuevo las pisadas y las volvió a examinar, y se vio obligado a reconocer su origen extraordinario.

No quedó más asombrado el héroe de Daniel de Foe cuando encontró la huella de un pie en la arena de su isla; pero lo que él experimentó fue miedo, y lo que experimentaba Hatteras era despecho. ¡Un europeo tan cerca del Polo!

Se siguió adelante para reconocer aquellas huellas, que se repetían en un trayecto de un cuarto de milla, mezcladas con otras de abarcas y mocasines, y luego continuaban hacia el Oeste.

–No –respondió Hatteras–. Vámonos...

Fue interrumpido por una exclamación del doctor, que encontró en la nieve un objeto aún más convincente, acerca de cuyo origen no podía haber duda. Era el objetivo de un antejo de bolsillo.

–¡Ahora –dijo– no se puede ya dudar de la presencia de un extranjero en esta tierra!

–¡Adelante! –exclamó Hatteras.

Y con tanta energía pronunció esta palabra, que todos le siguieron. El trineo volvió a emprender su marcha un momento interrumpida.

Todos examinaban el horizonte con ansiedad, todos menos Hatteras, a quien animaba una cólera sorda y no quería ver nada. Sin embargo, como se corría el riesgo de tropezar con un grupo de viajeros, era menester tomar precauciones. Era en verdad una gran desgracia verse precedido en aquel camino ignorado. El doctor, sin experimentar la cólera de Hatteras, no dejaba de sentir cierto despecho a pesar de su filosofía habitual. Altamont parecía también vejado, y Johnson y Bell murmuraban entre dientes palabras amenazadoras.

–Paciencia –dijo al fin el doctor–; hagamos de tripas corazón.

–Preciso es confesar –dijo Johnson, sin que Altamont le oyese– que sería mala suerte hacer un viaje «1 Polo, y encontrar el sitio tomado.

–Y, sin embargo– respondió Bell–, no cabe la menor duda...

–Ninguna –replicó el doctor–. Yo me devano los sesos para explicarme la aventura, y aunque me parece improbable, imposible, ten-

go que rendirme a la evidencia. Aquel zapato no habría dejado huella sobre la nieve sin hallarse en el extremo de una pierna, y sin que esta pierna estuviese unida a un cuerpo humano. Si fuesen esquimales, pase, ¡pero un europeo!

–El hecho es –respondió Johnson– que si encontramos que nos han cogido las camas en la posada del extremo del mundo, el chasco será solemne.

–Muy solemne –respondió Altamont.

–En fin, allá veremos –dijo el doctor.

Y se siguió la marcha.

Aquel día pasó sin que ningún hecho nuevo confirmase la presencia de extranjeros en aquella parte de Nueva América, y los viajeros establecieron su campamento para pasar la noche.

Habiendo saltado al Norte un viento bastante fuerte, fue preciso buscar para la tienda un abrigo seguro en una hondonada. El cielo estaba amenazador; prolongadas nubes surca-

ban el aire con mucha rapidez, besando casi la tierra, y la vista podía difícilmente seguir las en su desenfrenado curso. Algunas veces, jirones de aquellas nubes se arrastraban por el suelo, y no sin grandes dificultades podía la tienda resistir los embates del huracán.

–Mala noche se prepara –dijo Johnson, después de cenar.

–No será fría, pero será estrepitosa –respondió el doctor–. Tomemos precauciones y aseguremos la tienda con grandes piedras.

–Tenéis razón, señor Clawbonny; si el huracán se nos llevase nuestro abrigo de lienzo, Dios sabe dónde lo alcanzaríamos.

Se tomaron las más minuciosas precauciones para conjurar aquel peligro, y los viajeros, fatigados, procuraron dormirse.

Pero no les fue posible. La tempestad se había desencadenado y se precipitaba del Sur al Norte con una incomparable violencia. Las nubes se desparramaban por el espacio como el vapor fuera de una caldera que acababa de re-

ventar; los últimos aludes, a impulsos del huracán, caían al fondo de los valles, y los ecos les contestaban con sordas repercusiones; la atmósfera parecía ser teatro de un combate a muerte entre el aire y el agua, dos elementos formidables en sus cóleras, y sólo el fuego faltaba a la batalla.

El oído sobreexcitado percibía en la confusión general de los ruidos particulares, no el rumor que acompaña la caída de los cuerpos pesados, sino el chasquido claro de los cuerpos que se rompen. Se oían distintamente sonidos claros y tersos, como los dei acero que se rompe, en medio de los mugidos prolongados de la tempestad.

Estos últimos se explicaban naturalmente por los aludes que los torbellinos retorcían, pero el doctor no sabía a qué atribuir los otros.

Aprovechándose de los instantes de silenciosa ansiedad, durante los cuales parecía que el huracán tomaba aliento para soplar con más

violencia, los viajeros se daban cuenta unos a otros de sus respectivas suposiciones.

–Se producen choques –decía el doctor–, como si hubiese un combate entre los *icebergs* y los *icefields*.

–Sí –respondió Altamont–. Diríase que la corteza de la tierra salta toda entera. ¿Oís?

–Si estuviésemos cerca del mar –añadía el doctor– creería verdaderamente en un rompimiento de los hielos.

–En efecto –respondió Johnson–, este ruido no tiene otra explicación.

–¿Habremos llegado a la costa? –dijo Hatteras.

–No sería imposible –respondió el doctor–. Oíd –añadió después de un chasquido sumamente violento–, ¿no se diría que tenemos cerca una dislocación de los hielos? Muy posible es que estemos cerca del océano.

–Sí así fuese –repuso Hatteras–, no vacilaría en lanzarme por entre los campos de hielo.

–¡Oh! –exclamó el doctor–. Una tempestad semejante ha de haber quebrantado necesariamente los hielos. Mañana veremos. Lo que es esta noche, si hay alguno que viaje, le compadezco con toda mi alma.

El huracán duró diez horas sin interrupción, y ninguno de los huéspedes de la tienda pudo cerrar los ojos, pues pasaron toda la noche profundamente inquietos.

En efecto, en circunstancias como aquellas, cualquier incidente nuevo, una tempestad, un alud, podía ocasionar retrasos graves. El doctor hubiera querido salir de la tienda para reconocer el estado de la atmósfera; pero ¿cómo aventurarse estando el viento tan desencadenado?

Afortunadamente, al amanecer se apaciguó el huracán y se pudo salir de la tienda, la cual había resistido valerosamente. El doctor, Hatteras y Johnson se dirigieron a una colina que tendría unos trescientos pies de elevación, y con bastante facilidad se encaramaron por ella.

Sus miradas se pasearon entonces por un país metamorfoseado, compuesto de rocas vivas, de agudos picos y completamente desprovisto de hielo. Aquello era el verano que sucedía de improviso al invierno expulsado por la tempestad; la nieve, cortada por el huracán como por una hoja afilada, no había tenido tiempo de convertirse en agua, y aparecía la tierra con toda su aspereza primitiva.

Pero hacia el Norte se dirigieron rápidamente las miradas de Hatteras, y allí el horizonte parecía bañado en negros vapores.

–Aquellos vapores oscuros –dijo el doctor– podrían muy bien ser producidos por el océano.

–Tenéis razón –respondió Hatteras–, el mar debe de estar allí.

–Aquel color es el que nosotros llamamos el *blinck* del agua libre –dijo Johnson.

–Precisamente –repuso el doctor.

–¡Pues bien, al trineo –exclamó Hatteras–; y marchemos a este nuevo océano!

–Eso os alegra el corazón –dijo Clawbonny al capitán.

–Sí, por cierto –respondió éste con entusiasmo– ¡Antes de muy poco habremos alcanzado el Polo! Y a vos, mi querido doctor, ¿no os hace feliz esta perspectiva?

–¡ Oh! ¡ A mí me hace todo feliz, y principalmente la felicidad de los otros!

Los tres ingleses volvieron a la hondonada, y, preparado el trineo, se levantó el campo. Volvióse a emprender la marcha, temiendo todos encontrar de nuevo las huellas del día anterior; pero durante el resto del camino no se presentó ningún rastro de extranjeros ni indígenas. Tres horas después, los viajeros llegaban a la costa.

–¡ El mar! ¡ El mar! –clamaban todos a la vez.

–¡ Y el mar libre! –gritó el capitán.

Eran las diez de la mañana.

En efecto, el huracán había barrido el mar polar; los témpanos, quebrantados y removi-

dos, se agitaban en todas direcciones; los mayores, formando *icebergs*, acababan de «levar el ancla», según la expresión de los marinos, y flotaban en el mar libre. El campo había sido rudamente asaltado por el viento y una capa de láminas delgadas, de granizo y de polvo de hielo estaba esparcido por los peñascos circundantes. Lo poco que quedaba del *icefield* al nivel de la playa, parecía podrido; en las rocas, donde se estrellaban las olas, verdeaban anchas algas marinas y racimos de uvas o lechugas de mar.

El océano se extendía más allá del alcance de la vista, sin que ninguna isla, ninguna tierra nueva, limitase el horizonte.

La costa, en el Este y el Oeste, formaba dos cabos, que en suave pendiente iba a perderse en medio de las olas. El oleaje se rompía en su extremidad, y una ligera espuma se agitaba a impulsos del viento como una blanca sábana. Así moría la tierra de Nueva América en el océano polar, sin convulsiones, tranquila y lige-

ramente inclinada. Se redondeaba en forma de bahía muy abierta y constituía una ensenada de herradura limitada por los dos promontorios. En el centro, una roca saliente formaba un ancón natural abrigado por tres lados, que penetraba en la tierra por el ancho lecho de un río, el cual era el camino ordinario de las nieves líquidas después del invierno, y que en aquella ocasión era un torrente.

Hatteras, después de darse cuenta de la configuración de la costa, resolvió hacer en aquel mismo día los preparativos de marcha: echar al mar la falúa, desmontar el trineo y conservarlo para las excursiones sucesivas.

Todos los preparativos podían ocupar el resto del día. Se levantó, pues, la tienda, y después de una comida abundante empezó a trabajar. Entre tanto, el doctor cogió sus instrumentos para orientarse y levantar el plano hidrográfico de una parte de la bahía.

Hatteras activaba el trabajo, porque tenía mucha prisa en partir, deseando pisar la tierra

firme y coger la delantera, en el caso de que llegase al mar un grupo de hombres.

A las cinco de la tarde Johnson y Bell podían ya cruzarse de brazos. La falúa se balanceaba graciosamente en el pequeño ancón, con el palo erguido, arriado el foque y cargado el trinquete. A ella se habían transportado las provisiones y las partes desmontadas del trineo, no quedando más para embarcar al día siguiente que la tienda y algunos avíos del campamento.

El doctor, a su vuelta, halló terminados todos los aprestos. Viendo la falúa tranquila y al abrigo de los vientos, pensó en dar un nombre a la rada, y propuso el de Altamont.

La proposición se admitió sin discutirse, y a todos pareció perfectamente justa.

La rada fue, en consecuencia, llamada Puerto Altamont.

Según los cálculos del doctor, se halla situado a los $87^{\circ} 05'$ de latitud, y $118^{\circ} 35'$ de longitud al oriente de Greenwich, es decir, a me-

nos de 3 grados del Polo. Los viajeros habían salvado una distancia de 200 millas desde la bahía Victoria hasta Puerto Altamont.

CAPÍTULO XXI

EL MAR LIBRE

L día siguiente por la mañana, Johnson A y Bell procedieron al embarque de los efectos de campamento. A las ocho, los preparativos de marcha estaban terminados. En el momento de dejar aquella costa, el doctor empezó a pensar en los viajeros cuyas huellas se

habían encontrado, incidente que no dejaba de preocuparle.

¿Querían aquellos hombres ganar el Polo Norte? ¿Tenían a su disposición algún medio de pasar el océano polar? ¿Se les volvería a encontrar en aquel camino nuevo?

En tres días ningún vestigio había descubierto la presencia de aquellos viajeros, y en verdad que cualesquiera que ellos fuesen, no debían haber llegado a Puerto Altamont, que era un lugar enteramente virgen aún de pasos humanos.

El doctor, sin embargo, perseguido por sus pensamientos, quiso echar al país la última ojeada, y se encaramó a una eminencia que tendría todo lo más cien pies de elevación, pudiendo desde ella recorrer su mirada todo el horizonte del Sur.

Llegado a la cima, miró con el anteojo. ¡Pero cuál fue su sorpresa al notar que nada veía, no ya a lo lejos en las llanuras, sino aun a la distancia de dos pasos! Esto le pareció muy

singular, examinó de nuevo, y, al fin, miró su anteojo... Le faltaba el objetivo.

–¡ El objetivo! –exclamó.

Se comprende la revelación súbita que se hacía en su mente. Dio un grito bastante fuerte para que sus compañeros le oyesen, y la curiosidad de éstos fue grande viéndole a toda prisa bajar de la colina.

–¿Qué sucede? –preguntó Johnson.

El doctor, sofocado, no pudo en un principio pronunciar una palabra; pero al fin dejó oír las siguientes:

–Las huellas... Los pasos... El destacamento...

–¿Y qué? –preguntó Hatteras-. ¿Extranjeros aquí?

–¡No...! ¡No...! –respondió el doctor-. El objetivo.... Mi objetivo...

Y mostraba su incompleto anteojo.

–¡Ah! –exclamó el americano-. ¿Habéis perdido...?

–¡Sí!

–Así, pues, aquellas huellas...

–¡Eran las nuestras, amigos, las nuestras! – exclamó el doctor–. ¡Nos hemos extraviado en la niebla, describimos un círculo y tropezamos con nuestros propios pasos!

–¿Pero aquella impresión de zapatos? –dijo Hatteras.

–Los zapatos de Bell, del mismo Bell, el cual, después de haber hecho pedazos sus *snow-shoes*, anduvo todo el día con zapatos por encima de la nieve.

–Es verdad –dijo Bell.

Y el error fue tan evidente que todos soltaron una carcajada, a excepción de Hatteras, el cual no era, sin embargo, el que menos se alegraba del descubrimiento.

–Nos hemos puesto bien en ridículo – repuso el doctor, cuando la hilaridad se hubo calmado–. ¡Qué suposiciones hemos hecho! ¡Extranjeros en esta costa! ¡Al diablo no se le ocurre semejante disparate! Decididamente, aquí es necesario reflexionar antes de hablar.

En fin, puesto que respecto del particular podemos estar tranquilos, no nos queda que hacer más que partir.

–¡En marcha! –dijo Hatteras.

Un cuarto de hora después, cada cual ocupaba su respectivo asiento en la falúa, y ésta, con su trinquete desplegado e izado su foque, zarpó rápidamente de Puerto Altamont.

Aquella travesía marítima empezaba el miércoles, 10 de julio. Los navegantes se hallaban a una distancia muy corta del Polo, exactamente a 175 millas, y habiendo una tierra situada en aquel punto del globo, la navegación por mar debía de ser muy breve.

El viento era escaso, pero favorable. El termómetro marcaba 50° sobre cero (+ 10° centígrados). Hacía, en realidad, calor.

La falúa no había sufrido nada en su viaje en el trineo. Se hallaba en perfecto estado, y se manejaba fácilmente. Johnson estaba en el timón, y el doctor, Bell y el americano se habían recostado lo mejor posible entre los efectos de

viaje, de los cuales algunos había sobre cubierta y otros debajo.

Hatteras, colocado en la proa, tenía fija la mirada en aquel punto misterioso hacia el cual se sentía atraído por una fuerza irresistible, como la aguja imantada hacia el polo magnético. En el caso de presentarse alguna costa, quería ser el primero en reconocerla. Tan grande honor le pertenecía realmente.

Notaba, además, que la superficie del océano polar estaba formada de olas pequeñas, tales como se producen en los mares encajonados. En esto veía el indicio de una tierra próxima, y el doctor participaba acerca del particular de su opinión.

Fácil es comprender los motivos que tenía Hatteras para desear con tanto afán encontrar un continente en el Polo Norte. ¡Qué tristeza se hubiera apoderado de él si hubiese visto el mar incierto extenderse allí donde una porción de tierra, por pequeña que fuese, era necesaria a sus proyectos! ¿Cómo dar un nombre especial a

un espacio de océano indeterminado? ¿Cómo enarbolar en pleno mar el pabellón de su país? ¿Cómo tomar posesión en nombre de Su Graciosa Majestad de una parte del elemento líquido?

Así es que, sin pestañear y con la brújula en la mano, Hatteras devoraba el Norte con sus miradas.

Nada, sin embargo, limitaba la extensión del mar polar hasta la línea del horizonte. Sus aguas se confundían con el cielo puro de aquellas zonas. Algunas montañas de hielo, huyendo por los lados, querían al parecer abrir paso a aquellos intrépidos navegantes.

El aspecto de aquella región ofrecía caracteres irregularísimos. ¿Dependía aquella impresión de la disposición de ánimo de viajeros muy conmovidos e hipernerviosos? Difícil es decirlo. El doctor, sin embargo, en sus notas diarias pinta aquella fisonomía extraña del océano; habla de ella como habla Penny, según el cual, «aquellas comarcas ofrecen al viajero el

más raro contraste de un mar animado por millones de criaturas vivientes».

La llanura líquida, matizada de una manera vaga, se mostraba muy transparente y estaba dotada de un increíble poder de dispersión, como si hubiese estado formada de carburo de azufre. Aquella diafanidad permitía registrar el mar con la mirada hasta profundidades inconmensurables. Parecía que el mar polar estaba alumbrado por debajo a la manera de un inmenso acuario. Algún fenómeno eléctrico, producido en el fondo de los mares, iluminaba sin duda las capas más remotas. Así es que la falúa parecía suspendida sobre un abismo sin fondo.

Sobre la superficie de aquellas aguas asombrosas, volaban las aves en numerosas bandadas, semejantes a nubes densas y preñadas de tempestades. Aves de paso, aves de río, aves nadadoras, ofrecían en su conjunto todo el muestrario de la gran familia acuática, desde el albatros, tan común en las comarcas australes, hasta el pingüino de los mares árticos, pero en

proporciones gigantescas. Sus gritos producían un ensordecimiento continuo. El doctor, considerándolas, perdía su ciencia de naturalista; se le escapaban de la memoria los nombres de aquellas especies prodigiosas, y se sorprendía hasta el punto de bajar la cabeza, cuando sus alas azotaban el aire con un poder indescriptible.

Algunos de aquellos monstruos aéreos desplegaban hasta veinte pies de envergadura; cubrían enteramente la falúa bajo sus alas, y había allí, por legiones, aves cuya nomenclatura no apareció jamás en el *Index Ornitologus* de Londres.

El doctor estaba aturdido al reconocer la ineficacia de su ciencia.

Después, cuando su mirada, dejando las maravillas del cielo, se deslizaba por la superficie de aquel océano tranquilo, encontraba producciones del reino animal no menos asombrosas, y, entre otras, medusas que tenían hasta treinta pies de longitud, servían para la alimen-

tación general de la muchedumbre aérea, y flotaban como verdaderos islotes en medio de algas y de fucos gigantescos. ¡Qué objeto de asombro! ¡Qué diferencia entre ellas y aquellas otras medusas microscópicas observadas por Scoresby en los mares de Groenlandia, cuyo número evaluó aquel navegante en veintitrés trillones ochocientos ochenta y ocho billones, novecientos mil millones en un espacio de dos millas cuadradas! (11).

En fin, cuando, más allá de la superficie líquida, la mirada se abismaba en las aguas transparentes, no era menos sobrenatural el espectáculo que ofrecía aquel elemento surcado por millares de peces de todas las especies, que tan pronto se hundían rápidamente en lo más profundo del abismo, y se les veía disminuir

¹¹ A fin de hacer asequible la Indicada cifra, Scoresby decía que 50.000 individuos, ocupados noche y día en contar, hubiesen tardado en llegar a esta cifra desde el día de la creación del mundo hasta el momento actual.

poco a poco, decrecer, borrarse a la manera de espectros fantasmagóricos, como dejaban las profundidades del océano, y subían creciendo a la superficie de las olas. Los monstruos marinos no se asustaban en lo más mínimo al ver la falúa; la acariciaban, al pasar, con sus enormes aletas, y allí donde los balleneros de oficio se hubieran con mucha razón amilanado, los navegantes no tenían siquiera la conciencia de que estaban corriendo algún peligro; y, sin embargo, algunos de aquellos habitantes del mar alcanzaban formidables proporciones.

Las vacas marinas jóvenes retozaban; el narval, fantástico como el unicornio, armado de su larga espada, estrecha y cónica, instrumento maravilloso que le sirve para aserrar los campos de hielo, perseguía a los cetáceos más tímidos; innumerables ballenas, que arrojaban por sus espiráculos columnas de agua y de mucílago, poblaban el aire de silbidos muy singulares; el *nord-caper*, de suelta cola y anchas aletas caudales, hendía las olas con una velocidad in-

conmensurable, nutriéndose de paso a expensas de animales tan rápidos como él, de *gados* y de sarghos, en tanto que la ballena blanca, más perezosa, se engullía pacíficamente moluscos tranquilos e indolentes como ella.

A mayor profundidad, los ballenópteros de hocico puntiagudo, los anarnarcos groenlandeses, prolongados y negruzcos, los cachalotes gigantes, especie difundida en el seno de todos los mares, nadaban en medio de bancas de ámbar gris, en que se daban batallas homéricas que enrojecían el Océano en una superficie de muchas millas, y los fisalos cilíndricos, y el voluminoso *teigusik* del Labrador, y los delfines de aleta dorsal en forma de sable, y toda la familia de focas y de morsas, los perros, los caballos, los osos marinos, los leones, los elefantes de mar estaban al parecer paciendo en las húmedas praderas del océano. El doctor contemplaba aquellos innumerables animales con tanta facilidad como se pueden contemplar los

crustáceos y los peces al trasluz de los depósitos de cristal del *Zoological Garden*.

¡Qué belleza, qué variedad, qué poder en la naturaleza! ¡Cuan extraño y prestigioso parecía todo en el seno de aquellas regiones circumpolares!

La atmósfera adquiriría una pureza sobrenatural; hubiérase dicho que estaba sobrecargada de oxígeno; los navegantes absorbían con afán aquel aire que les daba una vida más ardiente; sin darse cuenta del resultado, eran presa de una verdadera combustión de que no es posible dar una más remota idea; sus funciones afectivas, digestivas y respiratorias se ejercían con una energía sobrehumana; las ideas, sobreexcitadas en su cerebro, se desenvolvían hasta lo grandioso: vivían en una hora la vida de un día entero.

En medio de tantos asombros y maravillas, la falúa avanzaba pacíficamente al blando soplo de un viento moderado que los grandes alba-

tros activaban algunas veces con sus extensas alas.

A la caída de la tarde, Hatteras y sus compañeros perdieron de vista la costa de Nueva América. Las horas de la noche sonaban para las zonas templadas lo mismo que para las equinocciales; pero en éstas el sol, ensanchando sus espirales, trazaba un círculo rigurosamente paralelo al del Océano. La falúa, sumergida en sus rayos oblicuos, no podía dejar aquel centro luminoso que se desplazaba con ella.

Los seres animados de las regiones hiperbóreas sintieron, sin embargo, venir la noche, como si el astro luminoso se hubiese sepultado detrás del horizonte. Las aves, los peces y los cetáceos desaparecieron. ¿Dónde? ¿En lo más profundo del cielo? ¿En lo más profundo del mar? ¿Quién puede decirlo? Pero a sus gritos, a sus silbidos, el estremecimiento de las olas agitadas por la respiración de los monstruos marinos, sucedió luego la silenciosa inmovilidad; las

aguas se mecieron somnolientas en una insensible ondulación y la noche recobró su pacífica influencia bajo las miradas centelleantes del sol.

Desde que zarpó de Puerto Altamont, la falúa había ganado un grado hacia el Norte, y al día siguiente nada aparecía aún en el horizonte, ni los altos picos que indican de lejos las tierras, ni los signos particulares que hacen presentir a un marino la aproximación de las islas o de los continentes.

El viento se sostenía, sin ser fuerte; el mar estaba poco picado; la muchedumbre de aves y de peces volvió a presentarse tan numerosa como la víspera, y el doctor, inclinado sobre las olas, pudo ver a los cetáceos salir de su profundo retiro, y subir poco a poco a la superficie. Sólo algunos *icebergs* y témpanos diversos alteraban la inmensa monotonía del Océano.

Pero los hielos eran escasos e impotentes para oponerse a la marcha de un buque. Es de notar que la falúa se encontraba entonces a 10° encima del polo del frío, que bajo el punto de

vista de los paralelos de temperatura era lo mismo que si se hubiera encontrado a 10° bajo aquél. Nada, además, tenía de particular que el mar estuviese libre en aquella época, como debía estarlo en la bahía de Disko, en el mar de Baffin. Así, pues, un buque hubiera tenido allí libertad de movimientos durante los meses de verano.

Esta observación tiene una gran importancia práctica, porque si alguna vez los balleneros pueden elevarse hasta el mar polar, ya sea por los mares del Norte de América, ya por los del Norte de Asia, están seguros de hacer allí rápidamente su cargamento, porque parece que aquella parte del Océano es el criadero universal, la reserva general de ballenas, focas y demás animales marinos.

Hacia la parte del Mediodía, la línea de agua se confundía aún con la línea del cielo, y el doctor empezaba a dudar de la existencia de un continente en aquellas latitudes elevadas.

Pero, reflexionando, se veía forzosamente inducido a creer en la existencia de un continente boreal. En los primeros días del mundo, después del enfriamiento de la costra terrestre, las aguas, formadas por la condensación de los vapores atmosféricos, debieron de obedecer a la fuerza centrífuga, lanzarse hacia las zonas ecuatoriales y abandonar las extremidades inmóviles del globo, de lo que se debe deducir la emersión necesaria de las comarcas contiguas al Polo. El doctor encontraba muy justo este razonamiento.

A Hatteras le parecía lo mismo.

Así es, que sus miradas se afanaban en talar las brumas del horizonte. No dejaba ni un momento el antejo. Buscaba en el color de las aguas, en la forma de las olas, en el soplo del viento, los indicios de una tierra próxima. Su frente se inclinaba hacia delante, y cualquiera, aunque no hubiera conocido sus pensamientos, le hubiera admirado por los enérgicos de-

seos y ansiosas interrogaciones que su actitud revelaba.

CAPÍTULO XXII

LAS CERCANÍAS DEL POLO

EINABA cierta incertidumbre. Nada se descubría en aquella circunferencia con tanta limpieza trazada. Ni un punto que no fuese mar o cielo. Ni siquiera se veía flotar en la superficie de las olas un tallo de aquellas hierbas terrestres que hicieron palpitar el corazón de Cristóbal Colón cuando marchaba al descubrimiento de América.

Hatteras seguía mirando.

Por fin, a las seis de la tarde, un vapor de forma indecisa, pero sensiblemente elevado, apareció sobre el nivel del mar. Parecía un pe-

nacho de humo. El cielo estaba perfectamente puro, y, por consiguiente, aquel vapor, que desaparecía y reaparecía a cada instante, como agitado, no podía ser una nube.

Hatteras fue el primero que observó aquel fenómeno, aquel punto indeciso, aquel vapor inexplicable, y con su anteojo lo examinó sin descanso por espacio de una hora.

De repente, cierto indicio, cierta apariencia sorprendió su mirada, pues extendió los brazos hacia el horizonte gritando con entusiasmo:

–¡Tierra! ¡Tierra!

Al oír estas palabras, todos se levantaron como movidos por un sacudimiento eléctrico.

Una especie de humo se elevaba sensiblemente encima del mar.

–¡ La veo! ¡ La veo! –exclamó el doctor.

–Sí, es verdad, sí –balbució Johnson.

–Es una nube –dijo Altamont.

–¡Tierra! ¡Tierra! –respondió Hatteras con una convicción inquebrantable.

Los cinco navegantes examinaron con la mayor atención.

Pero, como sucede con frecuencia con los objetos cuya distancia vuelve imprecisos, parecía que el punto observado había desaparecido. En fin, las miradas se apoderaron de él nuevamente, y el doctor hasta creyó sorprender un resplandor rápido a veinte o veinticinco millas hacia el Norte.

–¡Es un volcán! –exclamó.

–¿Un volcán? –preguntó Altamont.

–Sin duda.

–¿En una latitud tan elevada?

–¿Por qué no? –repuso el doctor–. ¿No es acaso Islandia una tierra volcánica y hasta pudiéramos decir formada de volcanes?

–¡Sí! Islandia –repuso el americano–. ¿Pero tan cerca del Polo?

–¿Y qué? Nuestro ilustre compatriota, el comodoro James Ross, ¿no comprobó en el continente austral la existencia del Erebus y del Terror, dos montes ignívomos en plena activi-

dad a los 170° de longitud y 78 de latitud? ¿Por qué, pues, no han de poder existir volcanes en el Polo Norte?

–Es posible, en efecto –respondió Altamont.

–¡Ah! –exclamó el doctor–. Lo veo muy distintamente: ¡es un volcán!

–Pues bien –dijo Hatteras–, corramos hacia él.

–Empezamos a tener viento de proa –dijo Johnson.

–Toquemos, pues, el aparejo y naveguemos de vuelta a vuelta. Ciñamos el viento todo lo posible.

Pero esta maniobra dio por resultado alejar la falúa del punto observado, y las miradas más atentas no pudieron divisarlo de nuevo.

Sin embargo, no era posible dudar de la proximidad de la costa, y aquella costa era el objeto del viaje entero, entrevisto, ya que no alcanzado, y no habían de pasar veinticuatro horas sin que aquella nueva tierra fuese pisada

por un pie humano. La Providencia, después de haber permitido a los viajeros acercarse tanto al Polo, no impediría que a él llegasen.

Eso, no obstante, en aquellas circunstancias, nadie manifestó la alegría que debía producir semejante descubrimiento. Cada cual se encerraba en si mismo y se preguntaba lo que podía ser aquella tierra del Polo. Los animales huían, al parecer, de ella; al llegar la noche, las aves, en lugar de buscar en ella un refugio, volaban hacia el Sur con toda la fuerza de sus alas. ¿Tan inhospitalaria era, pues, aquella tierra que ni una gaviota o un ptarmigan podían encontrar en ella asilo? Los mismos peces, los grandes cetáceos abandonaban con rapidez aquella costa atravesando las transparentes aguas. ¿De dónde procedía aquel sentimiento de repulsión, ya que no de terror, común a todos los seres animados que habitaban aquella parte del globo?

Los navegantes habían experimentado la impresión general, se dejaban llevar de los sen-

timientos de su situación, y poco a poco sintieron todos ellos que el sueño pesaba en sus párpados.

¡Tocó a Hatteras estar de vigilante! Se puso al timón, en tanto que Altamont, Johnson y Bell, tendidos sobre los bancos, se durmieron uno tras otro, y se abismaron en el mundo de los sueños.

Hatteras hizo para resistir el sueño esfuerzos desesperados. No quería perder un instante de aquel tiempo precioso; pero el pesado movimiento de la falúa le mecía insensiblemente, y cayó a pesar suyo en una irresistible somnolencia.

La embarcación apenas se movía, no llegando el viento a hinchar su vela desplegada. A lo lejos, hacia el Oeste, algunos témpanos inmóviles reflejaban los rayos luminosos y formaban manchas incandescentes en pleno Océano.

Hatteras empezó a soñar. Su raudo pensamiento recorrió toda su existencia. Remontó el

camino de su vida con aquella velocidad propia de los sueños, que ningún sabio ha podido aún calcular; rememoró sus días pasados; volvió a ver su internada, la bahía Victoria, el Fuerte Providencia, la *Casa del Doctor*, el encuentro del americano sepultado en el hielo.

Entonces retrocedió más lejos aún en el pasado. Soñó con su buque, con el *Forward* incendiado, con sus compañeros, con los traidores que le habían abandonado. ¿Qué era de ellos? Pensó en Shandon, en Wall, en el brutal Pen. ¿Dónde estaban? ¿Habían podido ganar el mar de Baffin atravesando los hielos?

Después su imaginación de soñador se cernió aún más arriba y se encontró a su salida de Inglaterra, y se refirió a sus viajes anteriores, a sus tentativas abortadas, a sus desgracias. Entonces olvidó su situación presente, su próximo triunfo, sus esperanzas medio realizadas. Su sueño le arrojó desde la alegría a la angustia.

Así pasó dos horas. Después su pensamiento tomó un nuevo curso, y le condujo al Polo. Se vio al fin con un pie puesto en aquel continente inglés, desplegando el pabellón del Reino Unido.

Y mientras soñaba, una nube enorme de color aceitunado, ganaba el horizonte y oscurecía el Océano.

Nadie puede figurarse la fulminante rapidez con que los huracanes invaden los mares árticos. Los vapores engendrados en las comarcas ecuatoriales se condensan encima de los inmensos hielos del Norte, y llaman con una violencia irresistible torrentes de aire para que les reemplacen. Así se puede explicar la energía de las tempestades boreales.

Al primer choque del viento el capitán y sus compañeros se habían arrancado de los brazos del sueño, dispuestos a maniobrar.

Henchían el mar erguidas olas de base poco desenvuelta. La falúa traqueteada por un violento oleaje, se abismaba en profundas si-

mas, oscilaba sobre el lomo de una ola, incli-
nándose en ángulos de más de cuarenta y cinco
grados.

Hatteras había vuelto a coger con mano
firme la caña del timón que giraba con ruido
alrededor del gobernalle, y algunas veces, em-
pujada violentamente por una declinación del
rumbo, le rechazaba y encorvaba a pesar suyo.
Johnson y Bell se ocupaban sin descanso en
echar fuera de la chalupa el agua que introdu-
cía la marejada.

–He aquí una tempestad con la cual no
contábamos –dijo Altamont agarrándose a su
banco.

–Aquí es preciso contar con todo –
respondió el doctor.

Estas palabras se cruzaban entre los silbi-
dos del viento y los bramidos de las olas, redu-
cidas por la violencia del aire a un impalpable
polvo líquido. El estrépito era tal, que era casi
imposible oírse unos a otros.

Era difícil mantener el rumbo hacia el Norte. La densa oscuridad no dejaba entrever el mar más allá de algunas toesas, y había desaparecido todo punto de mira.

Aquella tempestad súbita, en el momento de ir a alcanzar el objetivo, parecía una severa advertencia, y se presentaba a los ánimos sobrecitados como una prohibición de ir más lejos. ¿La naturaleza quería que el Polo fuese inaccesible? ¿Estaba aquel punto del globo rodeado de una fortificación de huracanes y borrascas que no permitían acercarse a él?

Sin embargo, al ver el semblante enérgico de aquellos hombres, se comprendía que no cederían ni al viento ni a las olas, y que irían a su objeto.

Así lucharon durante todo el día, desafiando la muerte a cada instante, sin ganar nada hacia el Norte, pero sin perder tampoco nada, envueltos en una lluvia tibia y mojados por las olas con que la tempestad abofeteaba su rostro.

Algunas veces con los silbidos del aire se mezclaban siniestros gritos de aves.

Pero a cosa de las seis de la tarde, en medio de una recrudescencia del furor de las olas, vino una calma súbita. El viento cesó como por un milagro. El mar se presentó tranquilo y llano, como si las olas no le hubieran henchido por espacio de doce horas. Parecía que el huracán había respetado aquella parte del Océano polar.

¿Qué pasaba, pues? Un fenómeno extraordinario, inexplicable, y del cual va el capitán Sabine había sido testigo en el curso de sus viajes a los mares groenlandeses.

La niebla, sin disiparse, se había vuelto extrañamente luminosa.

La falúa navegaba en una zona de luz eléctrica, en un inmenso fuego de San Telmo que, sin dar calor, resplandecía. El mástil, la vela, la jarcia se destacaban en el fondo fosforescente del cielo con una incomprendible nitidez de perfiles, los navegantes estaban como sumergi-

dos en un baño de rayos transparentes, y reflejos inflamados enrojecían sus facciones.

La calma repentina de aquella porción del Océano procedía sin duda del movimiento ascendente de las columnas de aire, en tanto que la tempestad, perteneciente al género de los ciclones, giraba con rapidez alrededor de aquel centro pacífico.

Pero aquella atmósfera de fuego engendró un pensamiento en la mente de Hatteras.

–¡ El volcán! –exclamó.

–¿Es posible? –exclamó Bell.

–¡No! ¡No! –respondió el doctor–. Nos ahogaríamos si sus llamas llegasen hasta nosotros.

–Acaso –dijo Altamont– sea un reflejo en la niebla.

–Tampoco. Para eso sería preciso admitir que nos hallamos cerca de la tierra, en cuyo caso oíríamos los estampidos de la erupción.

–¿Pero entonces...? –preguntó el capitán.

–Es un fenómeno cósmico –respondió el doctor–, fenómeno poco observado hasta ahora.

Si continuamos nuestra marcha, no tardaremos en salir de esta esfera luminosa para volver a encontrar la oscuridad y la borrasca.

–¡ Como quiera que sea, adelante! – respondió Hatteras.

–¡Adelante! –exclamaron sus compañeros que no pensaron siquiera en tomar aliento en aquel mar tranquilo.

La vela, con sus pliegues de fuego, caía a lo largo del palo centelleante. Los remos se hundieron en las ardientes olas, y levantaban, al parecer, chorros de centellas formadas de gotas de agua vivamente iluminadas.

Hatteras, con la brújula en la mano volvió a tomar el camino del Norte. Poco a poco la niebla perdió su luz, luego su transparencia; el viento hizo oír sus rugidos a algunas toesas, y muy pronto la falúa, inclinándose a impulsos de una violenta ráfaga, entró de nuevo en la zona de las tempestades.

Afortunadamente, el huracán había caído algo hacia el Sur, y la embarcación pudo nave-

gar viento en popa en dirección al Polo, corriendo gran peligro de zozobrar, pero precipitándose con una velocidad insensata. Un escollo cualquiera, roca o témpano, podía a cada instante salir de las olas y hacerla irremisiblemente pedazos.

Sin embargo, ni uno solo de aquellos hombres se permitía la menor objeción, ni uno solo dejaba oír la voz de la prudencia. Estaban todos dominados por el vértigo del peligro. Les acababa la sed de lo desconocido. Así iban, no ciegos, sino cegados, pareciéndoles la espantosa rapidez de su marcha demasiado lenta para su impaciencia. Hatteras mantenía la proa en su imperturbable dirección, en medio de las olas que echaban espuma bajo el látigo de la tempestad.

Se dejaba sentir, no obstante, la aproximación de la costa. Había en el aire síntomas extraños. De repente, la niebla se hendió como una cortina destrozada por el viento, y durante

un espacio de tiempo, que no duró más que un relámpago de llamas que subía al cielo.

–¡ El volcán! ¡ El volcán!

Tal fue la palabra que se escapó de todos los labios; pero la fantástica visión había desaparecido, y el viento, saltando al Sudeste, cogió a la embarcación de lado, y la obligó a huir de nuevo de aquella tierra inaccesible.

–¡Maldición! –exclamó Hatteras, entablando el trinquete–. ¡ Estábamos a tres millas de la costa!

Hatteras no podía sobreponerse a la violencia de la tempestad, pero, sin ceder a ella, torció ciñendo el viento, que se desencadenaba con un furor indescriptible. A veces la falúa se inclinaba sobre un costado de tal manera que era de temer que su quilla se sumergiese enteramente. Sin embargo, se levantaba de nuevo bajo la acción del gobernalle, como un caballo cuyos corvejones se doblan y a quien su jinete obliga a levantarse con la brida y las espuelas.

Hatteras, desgreñado, con la mano aferrada a la caña del timón, parecía ser el alma de aquella barca y no formar con ella más que un solo cuerpo, como el hombre y el caballo del tiempo de los centauros.

De repente, se ofreció a sus miradas un espectáculo espantoso.

A menos de 10 toesas, un témpano se balanceaba sobre el lomo palpitante de las olas. Bajaba y subía como la falúa, y amenazaba con caer encima de ella, cuando sólo con tocarla la hubiera aplastado.

Pero con aquel peligro de precipitarla en el abismo, se presentaba otro no menos terrible, porque aquel témpano gigantesco, corriendo al azar, estaba cargado de osos blancos, apiñados unos contra otros y locos de terror.

–¡Osos! ¡Osos! –exclamó Bell con voz ahogada.

Y todos, aterrorizados, vieron lo que él veía.

El témpano declinaba de una manera espantosa, sin orden ni concierto. Algunas veces se inclinaba en ángulos tan agudos, que los animales rodaban mezclados los unos con los otros. Entonces, lanzaban mugidos que luchaban con el estrépito de la tempestad, y un formidable concierto salió de aquella flotante casa de fieras.

Si llegaba a desplomarse aquella almadía de hielo, los osos se precipitarían contra la embarcación intentando el abordaje.

Durante un cuarto de hora, largo como un siglo, el barquichuelo y el témpano navegaron de conserva, tan pronto a la distancia de 20 toesas como próximos a chocar; algunas veces el uno dominaba al otro, y los monstruos no habrían tenido que hacer más que dejarse caer. Los perros groenlandeses temblaban de espanto. *Duck* permanecía inmóvil.

Hatteras y sus compañeros estaban mudos. Ni siquiera se les ocurrió la idea de virar para

separarse de aquel terrible vecindario, y se mantenían en su camino con un rigor inflexible.

Un sentimiento vago, que más tenía de asombro que de terror, se apoderaba de su cerebro. Admiraban, y aquel aterrador espectáculo completaba la lucha de los elementos.

En fin, el témpano se alejó poco a poco, impelido por el viento, al cual la falúa resistía con su trinquete entablado, y desapareció en medio de la niebla, indicando de cuando en cuando su presencia los mugidos lejanos de su tripulación monstruosa.

En aquel momento arreció la tempestad. Hubo un desencadenamiento sin nombre de las ondas atmosféricas. La embarcación, levantada fuera de las oías, empezó a dar vueltas con una velocidad vertiginosa; su trinquete arrancado desapareció entre las sombras como una gran ave blanca; un agujero circular, un nuevo *Maelstroem* se formó en el remolino de las olas, y los navegantes, envueltos en aquel torbellino, corrieron con una rapidez tal, que sus líneas de

agua les parecían inmóviles, a pesar de su velocidad incalculable. Se hundían poco a poco. En el fondo del abismo había una aspiración poderosa, una succión irresistible, que les atraía y engullía vivos.

Los cinco se habían levantado. Miraban con una mirada extraviada. Se había apoderado de ellos A vértigo. Llevaban en su interior el sentimiento indefinible del abismo.

Pero de pronto Ja falúa se levantó perpendicularmente. Su proa dominó las líneas del torbellino; la velocidad de que estaba dotada la echó fuera del centro de atracción, y escapándose por la tangente de aquella circunferencia que daba más de mil vueltas en un segundo, fue arrojada fuera con la velocidad de una bala de cañón.

Altamont, el doctor, Johnson y Bell fueron derribados en sus bancos. Cuando se levantaron, Hatteras había desaparecido.

CAPÍTULO XXIII

EL PABELLÓN DE INGLATERRA

Un grito, salido de cuatro pechos, sucedió al primer instante de estupor.

–¡Hatteras! –dijo el doctor.

–¡Desaparecido! –exclamaron Johnson y Bell.

–¡Perdido!

Miraron alrededor. Nada apareció en aquel mar tumultuoso. *Duck* ladraba con un acento desesperado, quería precipitarse en medio de las olas, y Bell podía difícilmente contenerle.

–¡Colocaos en el gobernalle, Altamont –dijo el doctor–, y hagamos cuanto humanamente pueda hacerse para encontrar a nuestro desventurado Cí pitan!

Johnson y Bell volvieron a sus bancos. Altamont cogió la caña del timón, y la falúa errante se entregó al viento.

Johnson y Bell empezaron a bogar vigorosamente, y se pasó más de una hora en el lugar de la catástrofe. Todas las investigaciones fueron inútiles. El desgraciado Hatteras, arrebatado por el huracán, estaba perdido.

–¡Perdido! ¡Y tan cerca del Polo! ¡Tan cerca del objeto que no había hecho más que entrever!

El doctor gritó, llamó, disparó sus armas; *Duck* unía a su voz los más lamentables ladridos; nada respondió a los dos amigos del capitán. Entonces un profundo dolor se apoderó de Clawbonny; su cabeza cayó sobre sus manos, y sus compañeros le oyeron llorar.

En efecto, a aquella distancia de la tierra, sin un remo, sin un pedazo de tabla para sostenerse, Hatteras no podía haber ganado la costa, y si algo suyo llegaba, en fin, a aquella tierra tan deseada, sería su cadáver entumecido y magullado.

Después de una hora de investigaciones, fue preciso tomar de nuevo el camino hacia el Norte, y luchar contra los últimos furores de la tempestad.

El 11 de julio, a las cinco de la mañana, cayó el viento, las olas se apaciguaron poco a poco; recobró el cielo su claridad polar, y, a menos de 3 millas, la tierra se ofreció con todo su esplendor.

Aquel nuevo continente no era más que una isla, o, por mejor decir, un volcán levantado como un faro en el polo boreal del mundo.

La montaña, en plena erupción, vomitaba un diluvio de piedras abrasadoras y de rocas incandescentes; parecía agitarse bajo sacudimientos repetidos como una respiración de

gigante; las moles arrojadas subían por el aire a una gran altura, en medio de surtidores de una llama intensa, y arroyos de lava corrían por sus flancos como torrentes impetuosos. Serpientes de llamas se enroscaban entre los peñascos humeantes, ardientes cascadas caían en medio de un vapor purpúreo, y más abajo un río de fuego, formado por mil riachuelos ígneos, se echaba al mar por una hirviente desembocadura.

El volcán no tenía, al parecer, más que un cráter único, del cual se escapaba la columna de fuego, cruzada de relámpagos transversales, como si la electricidad desempeñase un papel en aquel magnífico fenómeno.

Encima de las llamas jadeantes ondeaba un inmenso penacho de humo, rojo en su base y negro en su vértice. Se elevaba con una majestad incomparable, y se deshacía pródigamente en anchas y copiosas vueltas.

El cielo, a una gran altura, era de un color ceniciento. La oscuridad experimentada duran-

te la tempestad, y de la cual el doctor no había podido darse cuenta, procedía evidentemente de las columnas de ceniza desplegadas delante del sol como una impenetrable cortina. Entonces se acordó de un hecho semejante ocurrido en 1812 en la isla Barbada, la cual, en pleno día, quedó abismada en profundas tinieblas por la inmensidad de cenizas que arrojaba el cráter de la isla de San Vicente.

Aquel enorme peñasco ignívoro, colocado en medio del Océano, medía 1.000 toesas de elevación, la cual es a poca diferencia la del Hecla.

La línea tirada desde su cima a su base formaba con el horizonte un ángulo de unos 11 grados aproximadamente.

Parecía ir saliendo poco a poco del seno de las olas, a medida que se acercaba la falúa. No presentaba ningún vestigio de vegetación. Ni siquiera tenía una playa, pues sus costados caían al mar como cortados a pico.

–¿Podremos atracar? –dijo el doctor.

–El viento nos arrastra –respondió Altamont.

–¡ Pero yo no veo un pedazo de playa en qué poder sentar el pie!

–Así parece desde lejos –respondió Johnson–; pero hallaremos donde anclar nuestra embarcación, y es todo lo que necesitamos.

–¡Vamos, pues! –respondió melancólicamente el doctor.

Clawbonny no tenía ya miradas para aquel extraño continente que se levantaba ante sus ojos. ¡La tierra del Polo estaba allí; pero no el hombre que la había descubierto!

A 500 pasos de las rocas, el mar hervía bajo la acción de los fuegos subterráneos. La isla que él rodeaba podía tener, todo lo más, de ocho a diez mil millas de circunferencia, y se hallaba, según cálculo. muy cerca del Polo, si es que no pasaba exactamente por ella el eje del mundo.

En las inmediaciones de la isla, los navegantes notaron un ancón en miniatura suficiente para el abrigo de una embarcación, y se diri-

gieron a él inmediatamente, con el miedo de hallar el cuerpo del capitán arrojado a la costa por la tempestad.

Sin embargo, difícil parecía que allí reposase un cadáver. No había playa, y el mar azotaba escuetas rocas. Una ceniza densa y virgen de toda huella humana cubría su superficie más allá del alcance de las olas.

En fin, la falúa se deslizó por una abertura estrecha entre dos rompientes a flor de agua, y allí se encontró perfectamente libre de la resaca.

Duck multiplicó entonces sus lamentables aullidos.

El pobre animal llamaba al capitán en su lenguaje conmovido, y se lo pedía a aquel mar sin piedad a aquellas rocas sin eco. Ladraba en vano, y el doctor le acariciaba con la mano sin poderle calmar, cuando el fiel perro, como si hubiese querido remplazar a su amo, dio un salto prodigioso y se lanzó a las rocas en medio de un polvo de ceniza que formó una nube en torno suyo.

–¡*Duck*, aquí! ¡Aquí, *Duck*! –gritó el doctor.

Pero *Duck* desapareció sin hacerle caso. Se procedió entonces al desembarque; Clawbonny y sus tres compañeros saltaron a tierra, y amarraron sólidamente la falúa.

Altamont se disponía a encaramarse por un montón enorme de piedras, cuando a alguna distancia resonaron los aullidos de *Duck* con insólita energía. Aquellos aullidos no expresaban cólera, sino dolor.

–¡Escuchad! –dijo el doctor.

–¿Algún animal extraviado? –dijo el contraestre.

–¡ No, no! –respondió el doctor estremeciéndose–. ¡Estos aullidos son quejumbrosos! ¡Son un llanto! Allí está el cuerpo de Hatteras.

A estas palabras, los cuatro viajeros se lanzaron en pos de *Duck*, en medio de las cenizas que les cegaban, y llegaron al fondo de una pequeña cala, de un espacio de 10 pies, en la cual las olas morían insensiblemente.

Allí, *Duck* aullaba junto a un cadáver envuelto en el pabellón de Inglaterra.

–¡Hatteras! ¡Hatteras! –exclamó el doctor precipitándose hacia el cuerpo de su amigo.

Pero prorrumpió luego en una exclamación que no es susceptible de expresarse.

Aquel cuerpo ensangrentado, exánime en apariencia, acababa de palpar bajo su mano.

–¡Vivo! ¡Vivo! –exclamó.

–Sí –dijo una voz débil–, vivo, en la tierra del Polo, a la que me ha arrojado la tempestad.
¡Vivo, en la *isla de la Reina!*

–¡Hurra! ¡Por Inglaterra! –gritaron de acuerdo los cinco hombres.

–¡Y por América! –repuso el doctor, tendiendo una mano a Hatteras y otra al americano.

También *Duck* gritaba hurras a su manera, que valía tanto como otra cualquiera.

Durante los primeros instantes, aquellos valientes se entregaron no más que a la alegría

de volver a ver a su capitán, y sus ojos estaban inundados de lágrimas.

El doctor se aseguró del estado de Hatteras. El capitán no estaba herido gravemente. El viento le había arrojado a la costa, cuyo abordaje era muy peligroso. El intrépido marino, varias veces echado mar adentro, consiguió al fin, a fuerza de energía, asirse a una roca, y pudo izarse encima de las olas.

Allí perdió el conocimiento, después de haberse envuelto en la bandera de Inglaterra, y volvió en sí entre las caricias de *Duck* y sus aullidos de queja.

Después de los primeros cuidados, Hatteras pudo levantarse, y apoyado en el brazo del doctor, tomó el camino del ancón en que estaba la falúa.

–¡ El Polo! ¡ El Polo Norte! –repetía andan-
do.

–¿Sois feliz? –le decía el doctor.

–¡Sí, feliz! Y vos, amigo mío, ¿no sois feliz también? ¿No os llena de alegría el encontraros

aquí? ¡ Esta tierra que pisamos es la tierra del Polo! ¡ Este mar que hemos atravesado es el mar del Polo Norte! ¡Este aire que respiramos es el aire del Polo! ¡Oh! ¡El Polo Norte, el Polo Norte!

Hablando así, Hatteras estaba dominado por una exaltación violenta, por una especie de calentura, y el doctor trató en vano de tranquilizarle. Sus ojos brillaban de una manera extraordinaria, y sus pensamientos hervían en su cerebro. Clawbonny atribuyó su estado de sobreexcitación a los espantosos peligros que el capitán acababa de arrostrar.

Hatteras tenía mucha necesidad de reposo, y se buscó un sitio a propósito para acampar.

No tardó Altamont en hallar una gruta formada de peñascos que, al caer, se habían colocado de modo que constituían una caverna. Johnson y Bell metieron en ella las provisiones y soltaron los perros groenlandeses.

A cosa de las once estuvo dispuesta la comida. La tela de la tienda sirvió de mantel y la

comida, compuesta de *pemmican*, de carne salada, de té y de café, estaba puesta en tierra y aguardando a los viajeros.

Pero antes Hatteras exigió que se levantase el plano de la isla, pues quería saber exactamente a qué atenerse respecto de su posición.

El doctor y Altamont tomaron entonces sus instrumentos, y obtuvieron por observación, precisando la posición de la grata, $89^{\circ} 59' 15''$ de latitud. La longitud, a aquella altura, no tenía la menor importancia, porque algunos centenares de pies mas arriba, todos los meridianos se confundían.

En realidad, pues, la isla se hallaba situada en el Polo Norte, y los 90° de latitud no se hallaban de allí más que a 45 segundos, exactamente a tres cuartas partes de milla, es decir, hacia la cima del volcán.

Cuando Hatteras conoció este resultado, quiso que se consignase en un acta hecha por duplicado, la cual debía depositarse en un *cairn* levantado en la costa.

Inmediatamente después de la sesión, el doctor tomó la pluma y redactó el siguiente documento, del cual se conserva un ejemplar en los archivos de la Real Sociedad Geográfica de Londres:

«El 11 de julio de 1861, a los 89° 59' 15" de latitud septentrional, ha sido descubierta la *isla de la Reina*, en el Polo Norte, por el capitán Hatteras, que mandaba el bergantín *Forward*, de Liverpool, el cual firma, e igualmente sus compañeros.

»Se suplica al que encuentre este documento, que lo haga llegar al Almirantazgo.

»Firmado: JOHN HATTERAS, comandante del *Forward*; doctor CLAWBONNY; ALTA-MONT, comandante del *Porpoise*; JOHNSON, contraamaestre; BELL, carpintero.»

–¡Y ahora, amigos míos, a comer! –dijo alegremente el doctor.

CAPÍTULO XXIV

CURSO DE COSMOGRAFÍA POLAR

O es necesario decir que, para comer, N los viajeros se sentaban en el suelo. –Pero –decía Clawbonny–, ¿quién no daría todas las mesas, todos los comedores del mundo por comer a los 89° 59' 15" de longitud boreal?

Todos los pensamientos se referían, en efecto, a la situación presente, estando los ánimos subordinados a la predominante idea del

Polo Norte. Los peligros que se habían arros-trado para alcanzarlo y los que había que arros-trar para el regreso a Inglaterra se olvidaban, al considerar aquel éxito sin precedentes que se había obtenido. Lo que ni los antiguos ni los modernos, lo que ni los europeos, ni los ameri-canos ni los asiáticos habían podido hacer hasta entonces, acababa de llevarse a cabo.

Así es que el doctor fue escuchado con mu-cha atención por sus compañeros cuando les contó todo lo que la ciencia y su inagotable memoria había podido recoger, de lo que podía referirse a su situación actual.

Fue acogida con verdadero entusiasmo su proposición de brindis a la salud del capitán.

–¡A la salud de John Hatteras! –dijo.

–¡A la salud de John Hatteras! –contestaron unánimemente sus compañeros.

–¡Brindo por el Polo Norte! –respondió el capitán con un acento de entusiasmo que pare-cía extraño en aquel ser hasta entonces tan frío

y tan contenido, y a la sazón dominado por una sobreexcitación imperiosa.

Las tazas se chocaron y siguieron a los brindis calurosos apretones de manos.

–¡He aquí, pues –dijo el doctor–, el hecho geográfico más importante de nuestra época! ¡Quién había de decir que este descubrimiento precedería a los del centro de África o de Australia! En verdad, Hatteras, estáis muy por encima de los Sturt y de los Livingstone, de los Burton y de los Barth. ¡Gloria a vos!

–Tenéis razón, doctor –respondió Altamont–, pues parece que, por las dificultades de la empresa, el Polo Norte debía ser el último punto de la tierra que se descubriese. El día en que un gobierno hubiese querido conocer a toda costa el centro de África, lo hubiera conseguido inevitablemente a fuerza de hombres y de dinero; pero aquí no hay nada más inseguro que el éxito, y podían presentarse obstáculos absolutamente insuperables.

–¡Insuperables! –exclamó Hatteras con vehemencia–. ¡No hay obstáculos insuperables! ¡Hay voluntades más o menos enérgicas, y he aquí todo!

–En fin –dijo Johnson–, ya hemos llegado, lo que no es poco. Pero ahora, señor Clawbonny, ¿queréis decirme lo que tiene de particular este Polo?

–Tiene de particular, amigo Johnson, que es el único punto inmóvil del globo, en tanto que todos los demás puntos giran con una rapidez suma.

–Pero yo no noto –respondió Johnson– que estemos aquí más inmóviles que en Liverpool.

–Porque en Liverpool no notáis vuestro movimiento, y esto depende de que, en ambos casos, participáis vos mismo del movimiento o de la inmovilidad. Pero el hecho es cierto. La tierra está dotada de un movimiento de rotación que se consume en veinticuatro horas, y se supone que este movimiento se verifica alrededor de un eje, cuyas extremidades pasan por el

Polo Norte y por el Polo Sur. Pues bien, nosotros nos hallamos en una de las extremidades de este eje necesariamente inmóvil.

–Así, pues –dijo Bell–, mientras nuestros compatriotas giran rápidamente, ¿nosotros estamos quietos?

–No del todo, porque no estamos absolutamente en el Polo.

–¡Tenéis razón, doctor! –dijo Hatteras con tono grave y sacudiendo la cabeza–. ¡Nos faltan aún cuarenta y cinco segundos para llegar al punto preciso! Ya lo veis, su movimiento de traslación es, por lo tanto, de siete leguas seis décimas por segundo, cosa bien distinta del desplazamiento de los puntos del Ecuador.

–¡Diablo! –exclamó Bell–. ¡Lo que decís parece increíble, señor Clawbonny! ¡Más de siete leguas por segundo, cuando tan fácil hubiera sido permanecer inmóviles, si Dios hubiese querido!

–¿Sabéis lo que decís, Bell? –dijo Altamont–. En la tierra, según vuestros deseos, no habría

ni día, ni noche, ni primavera, ni otoño, ni verano, ni invierno.

–Y sucedería, además, una cosa horrible –repuso el doctor.

–¿Qué sucedería? –preguntó Johnson.

–¡ Una friolera! ¡ Caeríamos sobre el sol!

–¡ Sobre el sol! –replicó Bell con sorpresa.

–Sin duda. Si este movimiento de traslación se detuviese, la tierra se precipitaría sobre el sol en sesenta y cuatro días y medio.

–¡Una caída de sesenta y cuatro días! –replicó Johnson.

–Ni más ni menos –respondió el doctor–, porque hay que recorrer una distancia de treinta y ocho millones de leguas.

–¿Cuál es, pues, el peso del globo terrestre? –preguntó Altamont.

–El globo terrestre pesa cinco mil ochocientos ochenta y un cuatrillones de toneladas.

–¡Caramba! –exclamó Johnson–. ¡Esos números nada me dicen al oído! ¡ No los alcanzo!

–Por lo mismo, querido Johnson, voy a daros dos términos de comparación que os quedarán en la memoria. Procurad recordar que se necesitarían setenta y cinco lunas para constituir el peso de la tierra, y trescientas cincuenta mil tierras para constituir el peso del sol.

–¡Todo eso asombra! –dijo Altamont.

–Decís bien, asombra –respondió el doctor–. Pero volvamos al Polo, puesto que nunca habrá sido más oportuna una lección de cosmografía en esta parte de la tierra, en el supuesto de que el cuento no os parezca fastidioso.

–¡Seguid, doctor, seguid! –dijo Altamont.

–Os he dicho –repuso el doctor, el cual tenía tanto gusto en enseñar como sus compañeros en instruirse–, os he dicho que el Polo era un punto inmóvil, relativamente a los demás puntos de la tierra. Pues bien, lo que he dicho no puede ser enteramente exacto.

–¿Cómo? –dijo Bell–. ¿Será menester rebajar algo?

–Sí, Bell, el Polo no ocupa siempre exactamente el mismo sitio. En otro tiempo, la estrella polar se hallaba más lejos que en la actualidad del polo celeste. Nuestro Polo, por consiguiente, está dotado de cierto movimiento; describe un círculo en unos veintiséis mil años, lo que depende de la precesión de los equinoccios, de que os hablaré luego.

–Pero –dijo Altamont–, ¿no podría suceder que el desplazamiento del polo fuese mayor algún día?

–Mi querido Altamont –respondió el doctor–, tocáis una gran cuestión que los sabios dilucidaron por espacio de mucho tiempo, a consecuencia de un singular descubrimiento.

–¿Qué descubrimiento?

–Helo aquí. En 1771 se encontró el cadáver de un rinoceronte en las orillas del mar glacial, y en 1799 el de un elefante en las costas de Siberia. ¿Cómo aquellos cuadrúpedos de los países cálidos se encontraban en una latitud semejante? De aquí nacieron varias controversias entre

los geólogos, que no eran tan sabios como lo fue después un francés, monsieur Elie de Beaumont, el cual demostró que aquellos animales vivían en latitudes ya elevadas, y que los torrentes y los ríos habían conducido sus cadáveres donde se les había encontrado. Pero como esta explicación no se había emitido aún, ya podéis figuraros lo que inventó la imaginación de los sabios.

–Los sabios son capaces de todo –dijo Altamont riendo.

–Sí, de todo, para explicar un hecho. Pues bien, supusieron que el Polo de la tierra se hallaba en otro tiempo en el Ecuador, y el Ecuador en el Polo.

–¿De veras?

–Como con toda seriedad os lo digo. Pero si así hubiese sido, como la tierra tiene en el Polo un aplastamiento de más de cinco leguas, los mares, transportados al nuevo Ecuador por la fuerza centrífuga, habrían cubierto montañas dos veces más altas que el Himalaya, y todos

los países próximos al círculo polar, Suecia, Noruega, Rusia, Siberia, Groenlandia, y Nueva Bretaña, habrían sido sepultadas debajo de cinco leguas de agua, al paso que las regiones ecuatoriales, rechazadas al Polo, habrían formado montañas de cinco leguas de altura.

–¡Qué trastorno! –exclamó Johnson.

–El trastorno no asustaba a los sabios.

–¿Y cómo lo explicaban? –preguntó Altamont.

–Por el choque de un cometa. El cometa es el *Deux ex machina*; cuantas veces hay en cosmografía alguna dificultad, se recurre a su cometa para allanarla. Es el astro más complaciente que conozco, y a la menor señal de un sabio, se desarregla él para arreglarlo todo.

–Entonces, señor Clawbonny –dijo Johnson–, es, según vos, imposible semejante trastorno.

–Imposible.

–¿Y si sobreviniese?

–Si sobreviniese, el Ecuador se helaría en veinticuatro horas.

–¡Pues estaríamos apañados, si sobreviniese en la actualidad! –dijo Bell–. ¡Capaz sería la gente de decir que no hemos estado en el Polo!

–Tranquilizaos, Bell. Volviendo a la inmovilidad del eje terrestre, resulta lo siguiente, y es, que si estuviésemos durante el invierno en este lugar, veríamos las estrellas describiendo a nuestro alrededor un círculo perfecto. En cuanto al sol, el día del equinoccio de la primavera, el veintitrés de marzo, nos parecería (no tengo en cuenta la refracción), nos parecería exactamente cortado en dos por el horizonte, y subiría poco a poco formando curvas muy prolongadas; pero aquí lo que hay de notable es que desde que aparece no se pone, y permanece visible durante seis meses; después su disco roza de nuevo el horizonte en el equinoccio de otoño, el veintidós de setiembre, y desde que se

pone ya no se le vuelve a ver en todo el invierno.

–Habéis hablado del aplastamiento de la tierra en los polos –dijo Johnson–; ¿queréis explicármelo, señor Clawbonny?

–Sí, Johnson. Siendo la tierra fluida en los primeros días del mundo, ya comprenderéis que entonces su movimiento de rotación debió arrojar una parte de su masa movable al Ecuador, donde la fuerza centrífuga se hacía sentir más vivamente. Si la tierra hubiese estado inmóvil, hubiera quedado una esfera perfecta; pero a consecuencia del fenómeno que acabo de describir, presenta una forma elíptica, y los puntos del Polo están cosa de cinco leguas y un tercio de legua más cerca del centro de los puntos del Ecuador.

–Así, pues –dijo Johnson–, si nuestro capitán quisiera conducirnos al centro de la tierra, ¿tendríamos que andar para llegar a él cinco leguas menos?

–Tal como suena, amigo mío.

–Pues bien, capitán, tenemos ya andada una parte del camino. He aquí una ocasión que no debemos desperdiciar...

Hatteras no respondió. Evidentemente, no estaba en la conversación, o bien escuchaba sin oír.

–¡A fe mía! –respondió el doctor–, al decir de ciertos sabios, éste sería tal vez el caso de intentar la expedición.

–¡Ah! ¿De veras? –dijo Johnson.

–Pero dejadme concluir –dijo el doctor–, y os hablaré de eso más adelante. Quiero ahora explicaros cómo el aplastamiento de los polos es la causa de la precesión de los equinoccios, es decir, porque cada año el equinoccio de primavera llega un día antes de lo que llegaría si fuese la tierra perfectamente redonda. Eso procede simplemente de que la atracción del sol se verifica de una manera diferente en la parte hinchada del globo, situada en el Ecuador, que experimenta entonces un movimiento retrógrado. Por consiguiente, eso es lo que disloca un

poco este Polo, como os he dicho antes. Pero independientemente de este efecto, el aplastamiento debería tener otro más curioso y más personal, del que nos apercibiríamos si estuviésemos dotados de una sensibilidad matemática.

–¿Qué efecto es ése? –preguntó Bell.

–Que somos aquí más pesados que en Liverpool.

–¿Más pesados?

–Sí; nosotros, nuestros perros, nuestros fusiles, nuestros instrumentos.

–¿Es imposible?

–Es indudable, por dos razones; la primera, es que nos hallamos más cerca del centro del globo, el cual, por consiguiente, nos atrae más, y esta fuerza atractiva no es otra cosa que el peso. La segunda es que la fuerza de rotación, nula en el Polo, es muy marcada en el Ecuador; los objetos tienen en este último lugar una tendencia a separarse de la tierra, y son, por lo tanto, menos pesados.

–¡Cómo! –dijo Johnson–. ¿No tenemos el mismo peso en todas partes?

–No, Johnson. Según la ley de Newton, los cuerpos se atraen en razón directa de las masas, y en razón inversa del cuadro de las distancias. Aquí yo peso más porque estoy más cerca del centro de atracción, y en otro planeta pesaría más o menos, según la masa del planeta.

–¡Cómo! –exclamó Bell–. ¿En la luna...?

–En la luna, mi peso, que es de doscientas libras en Liverpool, no sería más que treinta y dos.

–¿Y en el sol?

–¡Oh! En el sol pesaría más de cinco mil libras.

–¡Gran Dios! –exclamó Bell–. Se necesitaría entonces una máquina para levantar vuestras piernas.

–¡Probablemente! –respondió el doctor, riéndose de la salida de Bell–. Pero aquí la diferencia no es sensible, y desplegando un esfuerzo igual de los músculos de la pantorrilla, Bell

saltará a tanta altura aquí como en los malecones del Mersey.

–Sí, pero ¿y en el sol? –replicó Bell, que no volvía en sí de su asombro.

–Amigo mío –le respondió el doctor–, la consecuencia de todo es que estamos bien donde estamos y que es inútil ir a otra parte.

–Habéis dicho antes –repuso Altamont– que el caso en que nos hallamos sería tal vez el más propio para intentar una excursión al centro de la tierra; ¿ha pensado alguien alguna vez en emprender semejante viaje?

–Sí, y con eso termina lo que tengo que decirnos relativo al Polo. No hay punto del mundo que haya dado origen a más hipótesis y quimeras. Los antiguos, muy ignorantes en cosmografía, situaban aquí el jardín de las Hespérides. En la Edad Media se supuso que la tierra descansaba sobre muñones o quicios colocados en los polos, a cuyo alrededor giraba; pero cuando se vio que los círculos se movían libremente en las regiones circumpolares, fue preciso renun-

ciar a semejante género de sustentáculo. Más adelante se encontró a un astrónomo francés, Bailly, el cual sostuvo que el pueblo civilizado y perdido de que habla Platón, la Atlántida, vivía aquí mismo. En fin, en nuestros días se ha pretendido que existía en los polos una inmensa abertura, de donde se desprendía la luz de las auroras boreales, y por las cuales se podía penetrar en el interior del globo; después, en la esfera hueca se imaginó la existencia de dos planetas, Plutón y Proserpina, y un aire luminoso a consecuencia de la fuerte presión que experimentaba.

–¿Todo eso se ha dicho? –preguntó Altamont.

–Y se ha escrito muy formalmente. El capitán Synnes, uno de nuestros compatriotas, propuso a Humphry Davy, a Humboldt y a Arago intentar el viaje. Los tres sabios se negaron.

–Y creo que hicieron perfectamente.

–Creo lo mismo. Comoquiera que sea, ya veis, amigos míos, que la imaginación ha hecho

de las suyas respecto del Polo, y que es preciso, tarde o temprano, volver a la simple realidad.

–Además, allá veremos –dijo Johnson, que no abandonaba su idea.

–Pues bien, guardemos las excursiones para mañana –respondió el doctor, sondándose al ver al viejo marino poco convencido–, y si hay una abertura para ir al centro de la tierra, iremos juntos.

CAPÍTULO XXV

EL MONTE HATTERAS

ESPUÉS de esta conversación substancial, cada cual acomodándose en la gruta lo mejor que pudo, concilio muy pronto el sueño.

Lo conciliaron todos, a excepción de Hatteras. ¿Por qué no durmió aquel hombre extraordinario?

¿No había alcanzado, acaso, el objeto de su vida? ¿No había cumplido los atrevidos proyectos que hacían palpar su corazón? ¿Por qué la calma no sucedía a la agitación en aquella alma ardiente? ¿No era de creer que, realizados sus propósitos, Hatteras caería en una especie de abatimiento, y que sus nervios distendidos aspirarían al descanso?

Después del éxito parecía natural que se apoderase de él el sentimiento de tristeza que suele seguir a los deseos satisfechos.

Pero, no. Se mostraba más sobreexcitado. ¿No era, sin embargo, lo que le agitaba el pensamiento de la vuelta? ¿Quería ir aún más lejos? ¿Su ambición de viajero no tenía, pues, ningún límite, y hallaba el mundo demasiado pequeño, porque él había dado la vuelta a su alrededor?

Ello es que no pudo dormir. Y, sin embargo, aquella primera noche, pasada en el Polo del mundo, fue pura y tranquila. La isla estaba absolutamente inhabitada. Ni un pájaro en su atmósfera inflamada, ni un animal en su suelo de ceniza, ni un pez en sus aguas hirvientes. Solamente, a lo lejos, los sordos ronquidos de la montaña, sobre cuya frente se erizaban melenas de humo incandescente.

Cuando Bell, Johnson, Altamont y el doctor se despertaron, no hallaron junto a sí a Hatteras. Salieron de la gruta inquietos, y vieron al

capitán en pie sobre una roca. Su mirada permanecía invariablemente fija en la cima del volcán. Tenía en la mano sus instrumentos, y acababa evidentemente de fijar con toda exactitud la posición de la montaña.

El doctor le siguió y le dirigió varias veces la palabra antes de sacarle de su contemplación. En fin, el capitán pareció comprenderle.

–¡En marcha! –dijo el doctor, que le examinaba atentamente–. ¡En marcha! Vamos a dar la vuelta alrededor de nuestra isla; todo está preparado para nuestra última excursión.

–La última –dijo Hatteras con esa entonación de voz característica de los que sueñan en voz alta–. Sí, la última, en efecto. ¡Pero también –añadió, con una animación suma– la más maravillosa!

Así hablaba, pasando sus dos manos por su frente, para calmar la fermentación de su cerebro.

En aquel momento, Altamont, Johnson y Bell se le agregaron; pareció entonces que Hatteras salía de su estado de alucinamiento.

–¡Amigos, míos –dijo con voz conmovida–, gracias por vuestro valor, gracias por vuestra perseverancia, gracias por vuestros esfuerzos sobrehumanos, que nos han permitido poner el pie en esta tierra!

–Capitán –dijo Johnson–, nosotros no hemos hecho más que obedecer, y a vos corresponde toda la gloria.

–¡No, no! –respondió Hatteras con el mayor entusiasmo–. ¡A vosotros todos, como a mí! ¡A Altamont como a todos nosotros, como al doctor mismo! ¡Oh! ¡Dejad que mi corazón se explaye en vuestras manos! ¡ No puede contener su alegría y su reconocimiento !

Hatteras estrechaba las manos de los valientes compañeros que le rodeaban. Iba, venía, no era dueño de sí mismo.

–No hemos hecho más que cumplir con nuestro deber de ingleses –decía Bell.

–Nuestro deber de amigos –respondía el doctor.

–Sí –repuso Hatteras–, pero este deber no todos han sabido cumplirlo. ¡Algunos han sucumbido! ¡Es preciso, sin embargo, perdonarles, perdonar a los que nos han hecho traición y a los que se han dejado arrastrar a la traición! ¡Desventurados! ¡Les perdono! ¿Oís, doctor?

–Sí –respondió el doctor, a quien la exaltación de Hatteras inspiraba serias inquietudes.

–Así, pues –repuso el capitán–, yo no quiero que pierdan la pequeña fortuna que habían venido a buscar tan lejos. ¡ No! ¡ No modifico en lo más mínimo mis disposiciones, y serán ricos..., si regresan un día u otro a Inglaterra!

Difícil era no conmoverse al oír el acento con que Hatteras pronunció estas palabras.

–Pero, capitán –dijo Johnson afectando buen humor–, cualquiera diría que estáis haciendo vuestro testamento.

–Tal vez –respondió gravemente Hatteras.

–Sin embargo, tenéis delante una hermosa y larga existencia de gloria –repuso el viejo marino.

–¿Quién sabe? –dijo Hatteras.

A estas palabras siguió un silencio bastante largo. El doctor no se atrevía a interpretar el sentido de las últimas palabras del capitán.

Pero éste se hizo comprender luego, porque con voz precipitada, que contenía difícilmente, repuso:

–Amigos míos, escuchadme: mucho hemos hecho ya, pero aún queda mucho por hacer.

Los compañeros del capitán se miraron con profundo asombro.

–Sí, estamos en la tierra del Polo, pero no estamos en el mismo Polo.

–¿Qué querrá decir? –preguntó Altamont.

–¡No comprendo! –exclamó el doctor, que temía adivinar.

–¡Sí! –añadió Hatteras con fuerza–. He dicho que un inglés pondría el pie en el Polo del mundo; lo he dicho, y un inglés lo pondrá.

–¿Cómo? –respondió el doctor.

–Distamos aún 45 segundos del punto desconocido –repuso Hatteras, con una animación creciente–, y donde está este punto iré yo.

–¡ Está en la cima del volcán! –dijo el doctor.

–Iré.

–¡Es un cono inaccesible!

–Iré.

–¡Es un cráter abierto, inflamado!

–Iré.

No puede expresarse la enérgica convicción con que Hatteras pronunció estas palabras. Sus amigos estaban atónitos. Miraban con terror la montaña que balanceaba en el aire su penacho de llamas.

El doctor volvió a tomar la palabra, insistió, apremió a Hatteras para que renunciase a su proyecto; dijo cuanto su corazón y su mente pudieron sugerirle, pasando de las súplicas a las amenazas amistosas; pero nada obtuvo del capitán, cuyo ánimo exaltado estaba sujeto a

una especie de locura que podríamos llamar «locura polar».

No había más que medios violentos para detener a aquel insensato que corría a su perdición. Pero previendo que acarrearían graves desórdenes, no quiso el doctor recurrir a ellos sino en último extremo.

Esperaba, además, que imposibilidades físicas, obstáculos insuperables detendrían a Hatteras en la ejecución de su proyecto.

–Pues si queréis ir –dijo–, os seguiremos.

–¡Sí –respondió el capitán–, hasta la mitad de la montaña! ¡No más allá! Es indispensable que llevéis a Inglaterra el testimonio que atestigüe nuestro descubrimiento...

–¡Sin embargo...!

–Perdéis el tiempo –respondió Hatteras con un tono inquebrantable–, y puesto que no bastan los ruegos del amigo, el capitán manda.

El doctor no quiso insistir más, y algunos instantes después la pequeña caravana, equi-

pada para una ascensión difícil, y precedida por *Duck*, se puso en marcha.

El cielo resplandecía. El termómetro marcaba 52° (+ 11° centígrados). La atmósfera se impregnaba abundantemente de la claridad particular a aquel alto grado de latitud.

Eran las ocho de la mañana.

Hatteras tomó la delantera con su valiente perro; Bell y Altamont, el doctor y Johnson le seguían de cerca.

–Tengo miedo –dijo Johnson.

–No, no hay nada que temer –respondió el doctor–, estamos nosotros aquí.

¡Singular islote! ¿Cómo copiar su fisonomía particular, que era lo imprevisto, la novedad, la juventud? Aquel volcán no debía de ser viejo, y los geólogos hubieran podido señalar a su formación una fecha reciente.

Las rocas, hacinadas unas sobre otras, no se sostenían sino por un milagro de equilibrio. La montaña, propiamente hablando, no era más que un montón de piedras caídas de arri-

ba. Nada de tierra, ni el menor musgo, ni el más pobre liquen, ni un vestigio de vegetación. El ácido carbónico, vomitado por el cráter, no había tenido aún tiempo de combinarse con el hidrógeno del agua ni con el amoníaco de las nubes, para formar, bajo la acción de la luz, las materias organizadas.

Aquella isla, perdida en el mar, no se debía más que a la agregación sucesiva de las deposiciones volcánicas. Así es como se han formado varias montañas del globo; lo que han echado de su seno ha bastado para construirlas. El Etna ha vomitado ya un volumen de lava más considerable que su misma mole, y el Monte Nuovo, junto a Nápoles, fue engendrado por escorias en el corto espacio de cuarenta y ocho años.

El cúmulo de rocas de que se componía la isla de la Reina había salido evidentemente de las entrañas de la tierra. Donde estaba, se extendía en otro tiempo el mar inmenso, formado desde los primeros días de la creación por la condensación de los vapores de agua en el glo-

bo enfriado, pero a medida que se apagaron, o, por mejor decir, se taparon los volcanes del antiguo y del nuevo mundo, tuvieron que ser remplazados por nuevos cráteres ignívomos.

Se puede comparar la tierra con una vasta caldera esferoide. Bajo la influencia del fuego central se engendran cantidades inmensa* de vapores almacenados a un término de millares de atmósferas, que harían saltar el globo sin las válvulas de seguridad abiertas al exterior.

Las válvulas son los volcanes. Cuando una se cierra, otra se abre, y en el punto de los polos, donde, sin duda a consecuencia del aplastamiento, la corteza terrestre es menos gruesa, no es asombroso que un volcán se haya formado impensadamente por el levantamiento de la tierra encima de las olas.

El doctor, mientras seguía a Hatteras, notaba estas extrañas particularidades. Sus pies pisaban una lava volcánica y depósitos de piedra pómez formados de escorias, cenizas y ro-

cas eruptivas, parecidas a los sideróxidos y granitos de Islandia.

Pero si atribuía al islote un origen casi moderno, debíase a que el terreno sedimentario no había tenido aún tiempo de formarse.

Faltaba también el agua. Si la isla de la Reina hubiese contado muchos siglos de existencia, habrían brotado en su seno fuentes termales, como en las inmediaciones de los volcanes. Y no solamente no se encontraba en ella una molécula líquida, sino que los vapores que se elevaban de los arroyos de lava eran, al parecer, absolutamente anhidros.

—Así, pues, aquella isla era de formación reciente, y del mismo modo que había aparecido, podía desaparecer y sumergirse de nuevo en el fondo del Océano.

A medida que los viajeros subían, iba siendo más difícil la ascensión; los costados de la montaña se acercaban a]a perpendicular, y era preciso tomar grandes precauciones para evitar los derrumbamientos. Con frecuencia, colum-

nas de ceniza se enroscaban alrededor de los viajeros y amenazaban asfixiarles, y con frecuencia también torrentes de lava les cerraban el paso. En algunas superficies horizontales, los arroyos, enfriados y solidificados en la parte superior, dejaban que la lava hirviendo corriese bajo su costra endurecida. Los viajeros tenían que ir sorteando el terreno para no abismarse de pronto en aquellas materias en fusión.

De cuando en cuando, el cráter vomitaba pedruscos enrojecidos en el seno de los gases inflamados. Algunos de ellos estallaban en la atmósfera como bombas, y sus cascos, lanzados a larga distancia, se dispersaban en todas direcciones.

Se concibe de cuán innumerables peligros estaba rodeada aquella ascensión, y cuán loco era preciso que estuviese un hombre para intentarla.

Hatteras, sin embargo, subía con una agilidad sorprendente, y desdeñando el apoyo de

su bastón con punta de hierro, trepaba sin vacilar por las más rápidas pendientes.

Llegó luego a un peñasco circular que formaba una especie de meseta de diez pies de anchura. La cercaba un río candente, después de haberse bifurcado en la cresta de una roca superior, sin dejar más que un paso estrecho, por el cual Hatteras se deslizó resueltamente.

Allí se detuvo, y sus compañeros pudieron alcanzarle. Pareció entonces que medía con la mirada el intervalo que tenía aún que salvar: horizontalmente, no se hallaba a más de cien toesas del cráter, es decir, del punto matemático del Polo; pero, verticalmente, tenía aún que elevarse a más de 1.500 pies.

Tres horas hacía ya que duraba la ascensión; Hatteras no parecía hallarse fatigado; sus compañeros no podían con su alma.

La cima del volcán parecía inaccesible. El doctor resolvió impedir a toda costa a Hatteras subir más alto. Trató de convencerle nuevamente, pero la exaltación del capitán llegaba ya

al delirio. Durante el camino había dado todos los indicios de una locura creciente, la cual no podía sorprender a los que le conocían, a los que le habían seguido en las varias peripecias de su dramática existencia. A medida que Hatteras se elevaba encima del Océano, su sobreexcitación aumentaba; no vivía ya en la región de los hombres; creía creer con la montaña misma.

–¡Basta, Hatteras! –le dijo el doctor–. No podemos más.

–Quedaos, pues, aquí –respondió el capitán con una voz extraña–. Yo iré más arriba.

–¡No! ¡Lo que hacéis es inútil! ¡Aquí estáis en el Polo del mundo!

–¡No! ¡No! ¡Más arriba!

–Amigo mío; soy yo quien os habla, soy el doctor Clawbonny. ¿No me conocéis?

–¡Más arriba! ¡Más arriba! –repetía e] insensato.

–¡Pues bien, no! ¡Nosotros no lo consentiremos!

Antes de concluir el doctor la frase, Hatteras, por un esfuerzo sobrehumano, pasó el río de lava y se encontró fuera del alcance de sus compañeros.

Éstos lanzaron un grito; creían que Hatteras se había abismado en el torrente de fuego; pero el capitán había ganado el borde opuesto, seguido de su perro *Duck*, que no quería dejarle.

Desapareció detrás de una cortina de humo, y se oyó su voz cada vez más débil y más lejana.

–¡Al Norte! ¡Al Norte! –gritaba–. \A la cima del monte Hatteras! ¡Acordaos del monte Hatteras!

No había que esperar alcanzar al capitán. Había veinte posibilidades contra una de caer en el torrente por donde él había pasado con la buena fortuna y la destreza que es peculiar a los locos. Era imposible evitar aquel torrente de fuego e imposible también franquearlo. En vano intentó Altamont pasarlo. Estuvo próximo a

perecer queriendo cruzar el río de lava, y sus compañeros tuvieron que detenerle a pesar suyo.

–¡ Hatteras! ¡ Hatteras! –gritaba el doctor.

Pero el capitán no respondió, y sólo resonaron en la montaña los ladridos de *Duck*, apenas perceptibles.

Hatteras, sin embargo, se dejaba ver por intervalos entre las columnas de humo y los torbellinos de ceniza. Tan pronto aparecía uno de sus brazos como su cabeza. Después desaparecía y volvía a presentarse más arriba y agarrado a las rocas. Su talla disminuía con la rapidez fantástica de los objetos que se elevan en el aire. Media hora después, parecía ya reducido a la mitad.

Poblaban la atmósfera los sordos rumores del volcán; la montaña resonaba y roncaba como una caldera hirviendo; se sentía el estremecimiento de sus flancos. Hatteras subía incesantemente. *Duck* le seguía.

Hatteras ni siquiera volvía la cabeza. Se había servido de un palo como de un asta para enarbolar el pabellón inglés. Sus compañeros, azorados, no perdían uno solo de sus movimientos. Sus dimensiones se hacían poco a poco microscópicas, y *Duck* parecía reducido al tamaño de un ratón.

Hubo un momento en que el viento lanzó sobre ellos un inmenso velo de llamas. El doctor lanzó un grito de angustia; pero Hatteras reapareció erguido, tremolando su bandera.

El espectáculo de aquella espantosa ascensión duró más de una hora, una hora de lucha con las rocas vacilantes, con las barrancas de ceniza en que aquel héroe de lo imposible desaparecía hasta la mitad del cuerpo. Tan pronto se izaba, apuntalándose con las rodillas y la espalda contra las escabrosidades de la montaña, tan pronto, asiéndose de alguna roca viva, oscilaba al viento como una rama seca.

Llegó al fin, a la cúspide del volcán, a la abertura misma del cráter. El doctor concibió

entonces la esperanza de que el desgraciado, conseguido su objeto, volvería tal vez sin tener que arrostrar más que los peligros del regreso.

Lanzó el último grito:

–¡Hatteras! ¡Hatteras!

El grito del doctor fue tal, que conmovió al americano hasta el fondo del alma.

–Yo le salvaré –exclamó Altamont.

Después, pasando de un salto el torrente de fuego con peligro de caer en él, desapareció en medio de las rocas.

Clawbonny no había tenido tiempo de detenerle.

Sin embargo, Hatteras, llegado a la cima de la montaña, avanzaba hacia el abismo de pie en una roca ya vencida, en una roca que se desplomaba. Las piedras llovían en torno suyo. *Duck* le seguía siempre. El pobre animal parecía ya arrastrado por la atracción vertiginosa del abismo. Hatteras agitaba su pabellón, que resplandecía con reflejos incandescentes, y el tono

rojo del estambre se desplegaba magníficamente al soplo del cráter.

Hatteras, con una mano, tremolaba la bandera. Con la otra, indicaba en el cénit el Polo de la esfera celeste. Sin embargo, parecía vacilar. Buscaba aún el punto matemático donde se reúnen todos los meridianos del globo, en el cual, en su obstinación sublime, quería sentar el pie.

De repente, le faltó la roca. Desapareció. Un grito terrible de sus compañeros subió hasta la cima de la montaña. ¡ Transcurrió un segundo, un siglo! Clawbonny creyó a su amigo perdido y sepultado para siempre en las profundidades del volcán. Pero Altamont estaba allí, y *Duck* también. El hombre y el perro habían cogido al desgraciado en el momento de ir a desaparecer en el abismo. Hatteras estaba salvado, salvado a pesar suyo, y una hora después el capitán del *Forward*, privado de todo sentido, descansaba en brazos de sus compañeros desesperados.

Cuando volvió en sí, el doctor interrogó su mirada con una angustia muda. Pero aquella mirada inconsciente, como la de un ciego que mira sin ver, no le respondió.

–¡ Gran Dios! –dijo Johnson–. ¡ Está ciego!

–¡ No! –respondió Clawbonny–. ¡ No! ¡ Mis pobres amigos, no hemos salvado más que el cuerpo de Hatteras! ¡Su alma ha quedado en la cima del volcán! ¡Su corazón ha muerto!

–¡Loco! –clamaron consternados Johnson y Altamont.

–¡Loco! –respondió el doctor.

Y copiosas lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas.

CAPÍTULO XXVI

REGRESO AL SUR

RES horas después del triste desenlace de las aventuras del capitán Hatteras, Clawbonny, Altamont y los dos marineros se hallaban reunidos en la gruta al pie del volcán.

Todos suplicaron a Clawbonny que diese su opinión acerca de lo que convendría hacer.

–Amigos míos –dijo el doctor–, no podemos prolongar nuestra permanencia en la isla de la Reina; tenemos delante un mar libre y una cantidad suficiente de provisiones. Es menester partir y volver a toda prisa al Fuerte Providencia, donde invernaremos hasta el verano próximo.

–Soy del mismo parecer –respondió Altamont–; debemos aprovechar el viento, que nos es favorable, y mañana nos haremos a la mar.

Hubo durante todo el día un profundo abatimiento. La locura del capitán era de un funesto presagio, y cuando Johnson, Bell y Altamont pensaban en la vuelta, se consideraban como abandonados, y sentían flaquear su ánimo. Les hacía falta el alma intrépida de Hatteras.

Sin embargo, a fuer de hombres enérgicos, se aprestaron a luchar de nuevo contra los elementos, y hasta contra sí mismo, si alguna vez se sentían desfallecer.

Al día siguiente, sábado 13 de julio, se embarcaron los efectos del campamento, y quedó todo dispuesto para la marcha.

Pero antes de dejar aquel peñasco para nunca más volverlo a ver, el doctor, siguiendo las intenciones de Hatteras, hizo levantar un *cairn* en el punto mismo en que el capitán había abordado la isla. Se formó el *cairn* con grandes

rocas sobrepuestas, de modo que formase una prominencia perfectamente visible, en el supuesto de que las erupciones del volcán lo respetasen.

En una de las piedras laterales, Bell grabó al cincel esta sencilla inscripción:

JOHN HATTERAS

1861

El documento original fue depositado dentro del *cairn* en un tubo de hojalata perfectamente cerrado, y así quedó abandonado en aquellas desiertas rocas el testimonio del descubrimiento.

Entonces los cuatro hombres y el capitán, un pobre cuerpo sin alma, y su fiel *Duck*, triste y quejumbroso, se embarcaron para el viaje de vuelta. Eran las seis de la mañana. Con el lienzo de la tienda se hizo una nueva vela. La falúa, viento en popa, dejó la isla de la Reina, y al

anochece, el doctor, de pie encima de su banco, dio un último adiós al monte Hatteras que resplandecía en el horizonte.

La travesía fue muy rápida. El mar, constantemente libre, ofreció una navegación fácil, y en verdad que parecía que era más cómodo huir del Polo que acercarse a él.

Pero Hatteras no se hallaba en estado de comprender lo que pasaba en torno suyo. Permanecía echado en la falúa, con la boca muda, con la mirada apagada, con los brazos cruzados sobre el pecho, con *Duck* echado a sus pies. En vano el doctor le dirigía la palabra; Hatteras no le oía.

Por espacio de cuarenta y ocho horas el viento fue favorable y el mar estaba poco picado. Clawbonny y sus compañeros se dejaban llevar de la brisa del Norte. El 15 de julio, distinguieron Puerto Altamont, en el Sur; pero como el océano polar estaba libre en toda la costa, resolvieron, en lugar de atravesar en tri-

neo la tierra de la Nueva América, costearla y ganar por mar la bahía Victoria.

El trayecto era más rápido y más fácil. El espacio que los viajeros habían tardado quince días en recorrer en trineo, lo salvaron en ocho navegando, y después de haber seguido las tortuosidades de una costa orlada de numerosos peñascos, cuya configuración determinaron, llegaron el lunes por la tarde, 23 de julio, a la bahía Victoria.

La falúa quedó sólidamente amarrada a la playa, y todos se dirigieron precipitadamente al Fuerte Providencia. Pero ¡qué devastación! La *Casa del Doctor*, los almacenes, el polvorín, las fortificaciones, todo se había convertido en agua bajo la acción de los rayos solares, y las provisiones habían sido saqueadas por los animales carniceros.

¡Triste y desconsolador espectáculo!

Los navegantes estaban muy escasos de provisiones y contaban con renovarlas en Fuerte Providencia. La imposibilidad de pasar allí el

invierno era evidente. Como hombres acostumbrados a tomar rápidamente su partido, resolvieron ganar el mar de Baffin por el camino más corto.

–No podemos hacer otra cosa –dijo el doctor–; el mar de Baffin está a menos de seiscientas millas; navegaremos en tanto que no falte el agua a nuestra falúa, ganaremos el estrecho de Jones, y desde allí los establecimientos dinamarqueses.

–Sí –respondió Altamont–, reunamos todas las provisiones que quedan, y partamos.

Buscando mucho se encontraron unas cajas de *pemmican* dispersas sin orden ni concierto, y dos barriles de carne en conserva, que se habían librado de la devastación. En resumen, se recogieron provisiones para seis semanas y una suficiente cantidad de pólvora. Todo se juntó en un momento; se empleó el resto del día en calafatear la falúa para ponerla en buen estado, y al día siguiente, 24 de julio, se volvió a emprender la marcha.

El continente, a los 83° de latitud, torcía hacia el Este. Era posible que se juntase con las tierras conocidas bajo el nombre de tierras Grinnell, Ellesmer y Lincoln Septentrional, que forman la línea costera del mar de Baffin. Podía, pues, tenerse por seguro que el estrecho de Jones penetraba en los mares interiores, a la manera del estrecho de Lancaster.

La falúa navegó desde entonces sin grandes dificultades, y evitaba fácilmente los témpanos flotantes. El doctor, previniendo retrasos posibles, redujo a sus compañeros a media ración de víveres; pero la fatiga era poca y la salud se conservaba en buen estado.

Además, no dejaban de disparar algunos tiros y mataron gansos, ánades y somorgujos, que les proporcionaban una alimentación fresca y sana. En cuanto a su aguada, la renovaban fácilmente con témpanos de agua dulce que se encontraban en el camino, porque tenían cuidado de no alejarse de las costas, ya que la fra-

gilidad de la falúa no permitía echarse mar adentro.

En aquella época del año el termómetro estaba ya constantemente bajo el punto de congelación, y el tiempo, después de algunos días de lloviznas, amenazó con nieve. El sol empezaba ya a rozar el extremo horizonte, y cada día su disco se dejaba notar más al sesgo. El 30 de julio los viajeros lo perdieron de vista por primera vez, es decir, que tuvieron ya una noche de algunos minutos.

Sin embargo, la falúa avanzaba bien, llegando algunas veces a andar en veinticuatro horas de 60 a 65 millas. No había ni un instante de detención. Los viajeros sabían cuántas fatigas tendrían que arrostrar y cuantos obstáculos les opondría el camino de tierra, si era preciso tomarlo, y aquellos mares no podían tardar en helarse. Había ya témpanos nuevos diseminados por distintos puntos. El invierno, bajo las altas latitudes, sucede inmediatamente al verano, sin primavera ni

otoño. Las estaciones intermedias faltan. Era, pues, preciso darse prisa.

El 31 de julio, estando el cielo despejado al ponerse el sol, se percibieron las primeras estrellas de la constelación del cénit. Desde aquel día reinó sin cesar una espesa niebla, que dificultó considerablemente la navegación.

El doctor, viendo multiplicarse los síntomas del invierno, concibió grandes zozobras. Sabía cuántas dificultades experimentó sir John Ross para ganar el mar de Baffin, después del abandono de su buque. Aquel audaz marino, después de haber intentado por primera vez pasar los hielos, se vio obligado a volver a su buque y a sufrir una cuarta invernadada. Pero él al menos tenía un abrigo para la mala estación y provisiones y comestibles.

Si semejante desgracia sobrevenía a los sobrevivientes del *Forward*, si se veían obligados a detenerse o a retroceder, estaban perdidos. El doctor no reveló sus zozobras a sus compañe-

ros, pero les dio prisa para que ganaran todo lo posible hacia el Este.

En fin, el 15 de agosto, después de treinta días de una navegación bastante rápida, después de haber luchado por espacio de cuarenta y ocho horas contra los témpanos que se acumulaban en los pasos, después de haber arriesgado cien veces su frágil falúa, los navegantes se vieron absolutamente detenidos, sin poder ir más lejos. El mar estaba helado en todas direcciones, y el termómetro señalaba de ordinario 15° sobre cero (-9° centígrados).

Por otra parte, en todo el Norte y el Este fue fácil reconocer la proximidad de una costa por las piedras chatas y redondeadas que las olas desgastan en las playas, y por el hielo de agua dulce que se encontraba más frecuentemente.

Altamont hizo sus observaciones con escurpulosa exactitud, y obtuvo $77^{\circ} 15'$ de latitud y $88^{\circ} 02'$ de longitud.

–Así, pues -dijo el doctor-, nuestra posición exacta es la siguiente: hemos alcanzado el Lincoln Septentrional, precisamente en el cabo Edén; entramos en el estrecho de Jones; con un poco de buena suerte, lo habríamos encontrado libre hasta el mar de Baffin. Pero no podemos quejarnos. Si mi pobre Hatteras hubiese encontrado un mar tan fácil, hubiera llegado rápidamente al Polo. Sus compañeros no le hubiesen abandonado y él no habría perdido la cabeza bajo el peso de las más terribles angustias.

–Entonces -dijo Altamont-, el único partido que podemos tomar es abandonar la falúa y pasar en trineo a la costa oriental de Lincoln.

–Estoy conforme en abandonar la falúa y tomar el trineo -respondió el doctor-, pero en lugar de atravesar Lincoln, propongo pasar en trineo el estrecho de Jones y ganar el Devon Septentrional.

–¿Y por qué? -preguntó Altamont.

–Porque cuanto más nos acerquemos al estrecho de Lancaster más probabilidades tendremos de encontrar balleneros.

–Tenéis razón, doctor, pero mucho me temo que los hielos, poco consistentes aún, no nos ofrezcan un paso practicable.

–Probaremos –respondió Clawbonny.

Se descargó la falúa; Bell y Johnson reconstruyeron el trineo, cuyas piezas estaban todas en buen estado, y al día siguiente se engancharon a él los perros, y se tomó a lo largo de la costa para ganar el *icefield*.

Entonces volvió a empezar aquel viaje tantas veces descrito, tan peligroso y lento. Razón había tenido Altamont en desconfiar del estado del hielo; no se pudo atravesar el estrecho de Jones, y hubo necesidad de seguir la costa de Lincoln.

El 21 de agosto los viajeros, cortando al sesgo, llegaron a la entrada del estrecho de Glacier, donde se aventuraron por el *icefield*, y al día siguiente alcanzaron la isla Coburgo, que

atravesaron en menos de dos días en medio de borrascas de nieve.

Pudieron entonces volver a tomar el camino más fácil de los campos de hielo, y, al fin, el 24 de agosto pusieron los pies en el Devon Septentrional.

–Ahora –dijo el doctor– no nos queda más que atravesar esta tierra y ganar el cabo Warender, a la entrada del estrecho de Lancaster.

Pero el tiempo se puso espantoso y muy frío; las ráfagas de nieve y los torbellinos recorrieron su violencia invernal, y los viajeros sentían agotarse sus fuerzas. Las provisiones estaban casi apuradas, y todos tuvieron que reducirse a una tercera parte de ración para poder dar a los perros una alimentación proporcionada a su trabajo.

La naturaleza del terreno aumentaba mucho las fatigas del viaje. Aquella tierra del Devon Septentrional era sumamente escabrosa, y fue preciso salvar los montes Trauter por gargantas impracticables, luchando contra todos

los elementos desencadenados. Allí estuvieron próximos a sucumbir el trineo, los hombres y los perros, y más de una vez la desesperación se apoderó de la comitiva, no obstante ser tan aguerrida y estar tan acostumbrada a la fatigas de una expedición polar. Pero aquellas pobres gentes, sin que ellas lo advirtieran, estaban gastadas moral y físicamente. No se arrostran impunemente dieciocho meses de incesantes fatigas y una sucesión enervadora de esperanzas y desesperaciones. Es, además, de notar que la ida se verifica con un entusiasmo, una convicción y una fe que faltan a la vuelta. Así es que los desgraciados se arrastraban con trabajo, se puede decir que marchaban por rutina, por un resto de energía animal casi independiente de su voluntad.

Hasta el 30 de agosto no salieron de aquel caos de montañas de las cuales la orografía de las zonas bajas no podía dar ninguna idea, pero salieron magullados y medio helados. El doctor

no acertaba a alentar a sus compañeros, porque se sentía desfallecer él mismo.

Los montes Trauter terminaban en una especie de llanura conmovida por el primitivo levantamiento de la montaña. Allí fue indispensable tomar un descanso de algunos días, pues los viajeros podían difícilmente tenerse en pie, y ya dos de los perros de tiro habían muerto extenuados.

La comitiva se abrigó detrás de un témpano, con un frío de 2° bajo cero (-19° centígrados). Ninguno se sintió con fuerzas para levantar la tienda.

Las provisiones eran muy escasas, y a pesar de la extremada parsimonia con que se gastaban, no podían durar más allá de ocho días. La caza era casi nula, obligándola el invierno a buscar climas menos rudos. La muerte por hambre se presentaba, pues, amenazadora ante sus víctimas extenuadas.

Altamont, que mostraba una gran adhesión y una abnegación verdadera, aprovechó un

resto de su fuerza y resolvió procurar, por medio de la caza, algún alimento a sus compañeros.

Cogió la escopeta, llamó a *Duck* y penetró en las llanuras del Norte. El doctor, Bell y Johnson, le vieron alejarse casi con indiferencia. En una hora no oyeron un solo tiro, y vieron regresar al americano sin haberlo disparado. El americano corría con cierto azoramiento.

–¿Qué sucede? –le preguntó el doctor.

–¡Allá abajo! ¡En la nieve! –respondió Altamont con un acento de horror, indicando un punto del horizonte.

–¿Qué?

–¡Una porción de hombres...!

–¿Vivos?

–Muertos..., helados y hasta...

El americano no se atrevió a concluir su pensamiento, pero su fisonomía expresaba el horror más indecible.

El doctor, Johnson y Bell, reanimados por aquel incidente, hallaron medios de levantarse

y se arrastraron en pos de Altamont, hacia aquella parte de la llanura que él había indicado.

Llegaron luego a un espacio cerrado, en el fondo de una barranca profunda, y allí ¡ qué espectáculo se ofreció a su vista!

Cadáveres rígidos, medio envueltos en un sudario de nieve, estaban diseminados en distintos puntos: aquí un brazo, allá una pierna, más lejos manos crispadas, cabezas que conservaban aún su fisonomía amenazadora y desesperada.

El doctor se acercó y retrocedió, pálido, con las facciones descompuestas, en tanto que *Duck* aullaba de una manera siniestra.

–¡Horror! ¡Horror! –exclamó Clawbonny.

–Pero... –empezó a decir el contramaestre.

–¿No les habéis conocido? –dijo el doctor con voz alterada.

–¿Qué queréis decir?

–¡ Mirad!

Aquella barranca había sido el teatro de una última lucha de los hombres contra el clima, contra la desesperación, contra el hambre misma, pues por ciertos despojos horribles se comprendía que los desgraciados se habían saciado en cadáveres humanos, en carne tal vez palpitante aún, y entre ellos, el doctor reconoció a Shandon, a Pen, la miserable tripulación del *Forward*; las fuerzas de aquellos desventurados se habrían agotado, les habrían faltado los víveres; su lancha probablemente fue hecha trizas por los aludes y se precipitó en un abismo, y no pudieron aprovecharse del mar libre; se puede suponer también que se extraviaron en medio de aquellos continentes desconocidos. Además, hombres que habían marchado bajo la excitación de la revuelta no podían permanecer ligados entre sí por aquella unidad de miras que permite llevar a cabo las grandes empresas. Un jefe de sediciosos no tiene nunca en las manos más que un poder dudoso. Sin duda la au-

toridad de Shandon fue muy pronto desconocida y desacatada.

Lo evidente es que aquella tripulación pasó por mil tormentos, por mil desesperaciones antes de llegar a tan espantosa catástrofe; pero el secreto de sus miserias queda sepultado con ellos para siempre en las nieves del Polo.

–¡ Huyamos! ¡ Huyamos! –exclamó el doctor Clawbonny.

Y arrastró a sus compañeros lejos del lugar del desastre.

El horror les devolvió una energía momentánea. Se pusieron en marcha.

CAPÍTULO XXVII

CONCLUSIÓN

E qué sirve ocuparse de las desventuras que abrumaron sin tregua a los sobrevivientes de la expedición? Ellos mismos no pudieron hallar jamás en su memoria el recuerdo circunstanciado de los ocho días que transcurrieron desde el horrible descubrimiento de los restos de la tripulación. Sin embargo, el 9 de setiembre, por un milagro de energía, se hallaron en el cabo Horsburg, en la extremidad del Devon Septentrional.

Estaban extenuados de hambre. Hacía cuarenta y ocho horas que no habían probado un bocado, y su última comida se debió a la carne de su último perro esquimal. Bell no podía ir más lejos, y el viejo Johnson se sentía morir.

Se hallaban a las orillas del mar de Baffin, helado en parte, es decir, en el camino de Europa. A tres millas de la costa, las olas libres se

estrellaban con ruido contra los tímpanos del campo de hielo.

Era preciso aguardar el paso problemático de un ballenero, ¿y cuántos días aún?

Pero el cielo tuvo piedad de aquellos desgraciados, pues, al día siguiente, Altamont distinguió perfectamente una vela en el horizonte.

¡Cuántas angustias acompañan a esas apariciones de buques! ¡Cuántos celos de ver frustrada la última esperanza! Parece que el buque se aproxima y aleja sucesivamente para hacerse desear más. Son horribles aquellas alternativas de esperanza y desesperación, y con frecuencia, en el momento de creerse los naufragos salvados, la vela entrevista se aleja y se borra en el horizonte.

Por todas estas amarguras pasaron el doctor y sus compañeros. Habían llegado al límite occidental del campo de hielo, llevándose, empujándose unos a otros, y veían desaparecer poco a poco aquel buque, sin que él hubiese

notado su presencia. ¡Le llamaban, pero en vano!

Entonces fue cuando el doctor tuvo una última inspiración de aquel fecundo genio que tan bien le había servido hasta entonces.

Un témpano, arrastrado por la corriente, chocó contra el *icefield*.

–¡Ese témpano! –dijo señalándolo con la mano.

No le comprendieron.

–¡Embarquémonos! ¡Embarquémonos! – exclamó

Aquello fue para todos un rayo de luz.

–¡Ah! ¡Señor Clawbonny! ¡Señor Clawbonny! –repetía Johnson besando las manos del doctor.

Bell, auxiliado de Altamont, corrió al trineo; se trajo de él uno de los montantes, lo plantó en el témpano como un mástil y lo sostuvo con cuerdas. Se hizo pedazos la tienda para formar bien o mal una vela. El viento era favorable. Los infelices abandonados se coloca-

ron precipitadamente en la frágil almadía y se dirigieron mar adentro.

Al cabo de dos horas, después de esfuerzos inauditos, los últimos hombres del *Forward* eran recogidos a bordo del *Hans Christien*, ballenero dinamarqués que navegaba en demanda del estrecho de Davis.

El capitán recibió como hombres de corazón a aquellos espectros que no tenían ya apariencia humana. A la vista de sus padecimientos, comprendió su historia; les prodigó los más solícitos cuidados y consiguió conservarles la vida.

Diez días después, Clawbonny, Johnson, Bell, Altamont y el capitán Hatteras desembarcaron en Korsoeur, sito en el Seeland, Dinamarca; un buque de vapor les condujo a Kiel; desde allí, por Altona y Hamburgo, se dirigieron a Londres, donde llegaron el 13 del mismo mes, apenas repuestos de sus largos padecimientos.

El primer cuidado del doctor fue solicitar de la Real Sociedad Geográfica de Londres el

favor de dirigirle una comunicación, y fue admitido a la sesión del 15 de julio.

Grande fue el asombro de aquella sabia asamblea, la cual acogió con hurras entusiastas la lectura del documento de Hatteras.

Aquel viaje, único en su especie, sin precedente en los fastos de la Historia, reunía todos los descubrimientos anteriores hechos en el seno de las regiones circumpolares; eslabonada unas con otras las expediciones de los Parry, de los Ross, de los Franklin, de los McClure; completaba, entre los meridianos 100 y 115 la costa de las comarcas hiperbóreas, y terminaba, en fin, en aquel punto del globo inaccesible hasta entonces, en el Polo mismo.

¡No, nunca, nunca había conmovido el corazón de Inglaterra atónita una noticia tan inesperada!

Los ingleses son apasionados a los grandes hechos geográficos. Se sintieron conmovidos y halagados en su amor propio, lo mismo el lord

que el *cockney*, lo mismo el banquero que el trabajador de los docks.

La noticia del gran descubrimiento circuló por todos los hilos telegráficos del Reino Unido con la rapidez del rayo; los periódicos inscribieron el nombre de Hatteras al frente de sus columnas como el de un mártir, e Inglaterra se estremeció de orgullo.

Se festejó al doctor y a sus compañeros, los cuales fueron presentados a Su Graciosa Majestad por el lord Gran Canciller en audiencia solemne.

El Gobierno confirmó los nombres de Isla de la Reina para el peñasco del Polo Norte, el monte Hatteras, adjudicado al mismo volcán, y de Puerto Altamont, dado al puerto de Nueva América.

Altamont no se separó nunca más de sus compañeros de miseria y de gloria, que fueron sus más íntimos amigos, y siguió al doctor, a Bell y a Johnson hasta Liverpool, que les vito-reó a su regreso, después de haberlos creído

desde mucho tiempo muertos y sepultados en los hielos eternos.

Pero el doctor Clawbonny siempre atribuyó aquella gloria al que entre ellos la merecía principalmente. En la relación de su viaje, titulada *The English at the North Pole*, publicada un año después por cuenta de la Real Sociedad de Geografía, coloca a John Hatteras al lado de los más grandes viajeros, émulo de los hombres audaces que se sacrifican en cuerpo y alma a los progresos de la ciencia.

Sin embargo, aquella triste víctima de una pasión sublime, vivía pacíficamente en el hospital de Sten Cottage, cerca de Liverpool, donde le hizo entrar su mismo amigo el doctor. Su locura era tranquila, pero no hablaba, ni comprendía, y parecía que su palabra había desaparecido con su razón. No le enlazaba con el mundo exterior más que un solo sentimiento, la amistad que profesaba a *Duck*, del cual no se separó.

Aquella enfermedad, aquella «locura polar», seguía, pues, tranquilamente su curso, y no presentaba ningún síntoma particular, cuando un día el doctor Clawbonny, que visitaba con frecuencia al pobre enfermo, quedó sorprendido al ver su modo de andar. Desde algún tiempo el capitán Hatteras, seguido de su fiel perro que le miraba con ojos dulces y tristes, se paseaba todos los días por espacio de muchas horas. Pero en su paseo seguía invariablemente un sentido determinado en la dirección de cierta alameda de Sten Cottage. El capitán, al llegar a la extremidad de la alameda, andaba a reculones. Si alguno le detenía, le indicaba con la mano un punto fijo en el cielo. Si se le quería obligar a volverse de cara, se irritaba, y *Duck*, participando de su cólera ladraba con furor.

El doctor observó atentamente una manía tan extraña, y comprendió el motivo de aquella obstinación singular; adivinó la razón que había para que aquel paseo se verificase siem-

pre en la misma dirección, y si así puede decirse, bajo la influencia de una fuerza magnética.

¡El capitán John Hatteras marchaba invariablemente hacia el Norte!